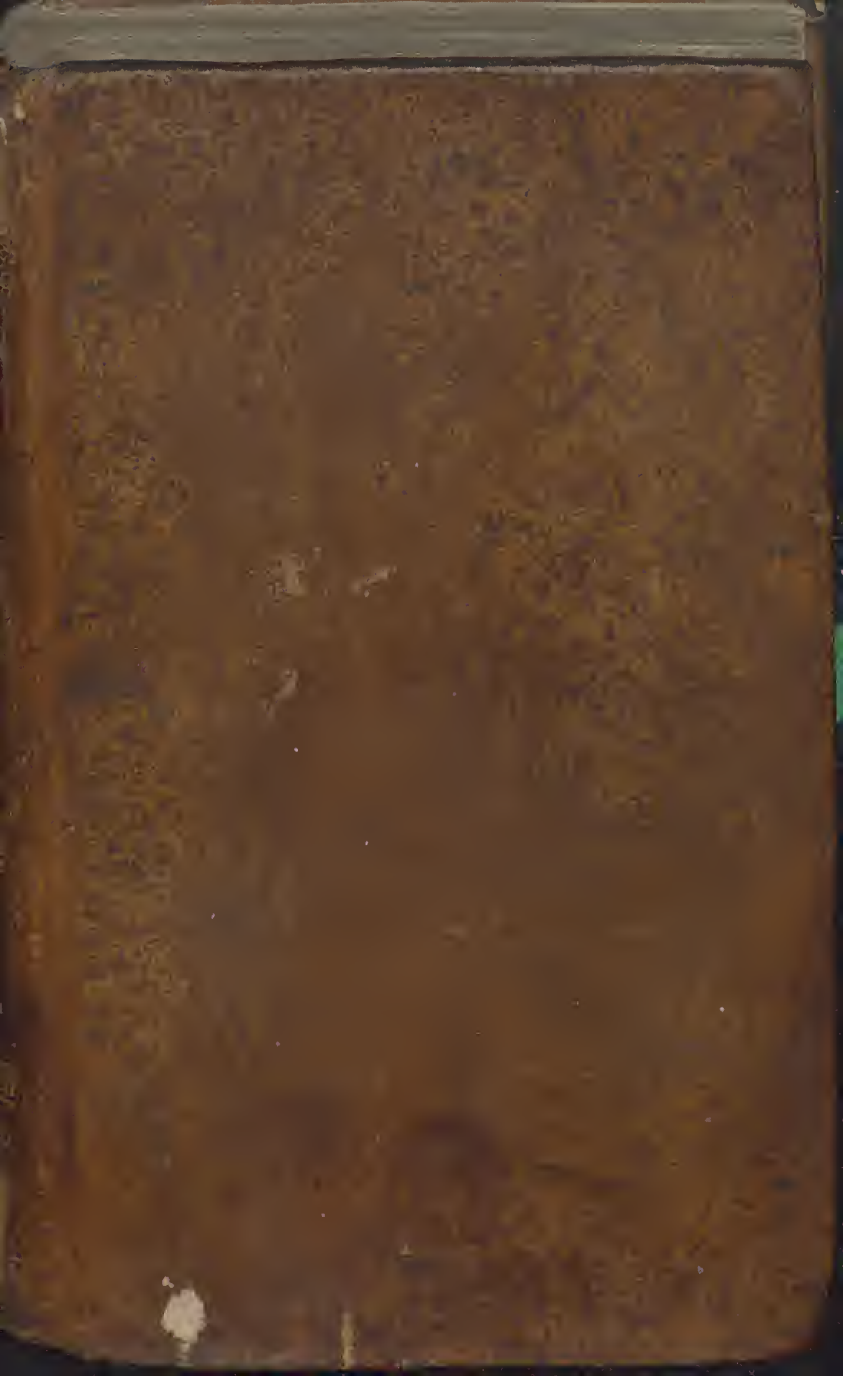






EL VIAGERO

UNIVERSAL.

QUADERNO XLIX.

EL
VIAGERO UNIVERSAL,
Ó NOTICIA DEL MUNDO
ANTIGUO Y NUEVO.

OBRA RECOPILADA

DE LOS MEJORES VIAGEROS

POR D. P. E. P.

TOMO XVII.

MADRID.
IMPRENTA DE VILLALPANDO.
1798.



EL

VIAGERO UNIVERSAL,

Ó

NOTICIA DEL MUNDO

ANTIGUO Y NUEVO.

CARTA CCLXIX.

Usos y costumbres de la Nueva Zelanda.

A lo que ya tengo dicho sobre el uso de comer carne humana en este pais, solo añadiré, que casi en todas las partes donde desembarcamos, encontramos huesos humanos aun cubiertos de carne, cerca de los parages en donde habian encendido fuego; y que entre las cabezas que el viejo trajo al navio, algunas parecia que tenian ojos y adornos en las orejas como si estuviesen vivas. La que compró Banks pare-

cia de un joven de catorce á quince años, y por las contusiones que tenia, juzgamos que habia sido herido con muchos golpes violentos; cerca del ojo le faltaba parte del hueso. Esto nos confirma en la opinion de que estos Isleños no dan quartel, y que no guardan ningun prisionero para matarle y comersele despues como los habitantes de la Florida; porque si hubieran conservado algunos prisioneros, este joven que no podia hacer mucha resistencia, hubiera sido de los reservados. Por otra parte sabemos que habia sido muerto con los otros, pues el combate habia sido pocos dias antes de nuestra llegada.

Ya he hecho una descripcion de las aldeas ó *hepás* de esta nacion, todas las quales estan fortificadas, y desde la bahia de *Abundancia* hasta el canal de la Reyna Carlota, los habitantes residen en ellas habitualmente ; pero en las cercanias de la bahia de *Pobreza*, de la bahia de Hawke, de Tegadoo y de Tolaga, no vimos ninguna *hepá*, sino solamente casas aisladas y dispersas á cierta distancia unas de otras. Sin embargo, en las laderas de los cerros hay plataformas muy largas guarnecidas de piedras y dardos; estas problemente sirven de refugio á estos Isleños quando se ven apretados. En efecto, lo que estan en lo alto pueden pelear con mucha ventaja contra los de aba-

xo, sobre los quales pueden descargar una lluvia de piedras y dardos, siendo imposible á éstos el hacer igual uso de sus armas. Es probable que las fortalezas no sirven á sus dueños sino para rechazar un ataque repentino, porque como los defensores de la plaza no tienen agua, les seria imposible sostener un sitio.

Los habitantes de este canton parecia que conocian lo ventajoso de su situacion, y así manifestaban vivir con la mayor seguridad. Sus plantios eran mas numerosos, y sus piraguas estaban mejor adornadas, tenian esculturas mas bellas, y ropas mas finas. Esta parte de la costa era tambien la mas poblada: quizá debian la abundancia y la paz de que gozaban en apariencia, á la ventaja de estar reunidos baxo de un Rey, porque todos los habitantes de este distrito nos dixeron que eran vasallos de Tératu. Quando nos señalaron con la mano la residencia de este Príncipe, juzgamos que era en lo interior de la tierra; pero luego que tuvimos mas conocimiento del pais, hallamos que era en la bahia de Abundancia.

Sentí mucho verme precisado á dexar la Nueva Zelanda sin conocer de Tératu mas que el nombre. Su territorio es ciertamente muy extenso, porque era reconocido por Soberano desde el Cabo Kidnapers

al Norte y al Oeste, hasta la bahia de Abundancia : esta extension de costa comprehende mas de ochenta leguas, y no sabemos quánta es la extension de sus dominios ácia el Oeste. Las aldeas fortificadas que vimos en la bahia de Abundancia, quizá eran las barreras de sus estados, mayormente porque en la bahia de Mercurio los habitantes no estaban sujetos á su autoridad ni á la de ningun xefe, pues en todos los parages donde desembarcamos, nos dixeron que estabamos á corta distancia de sus enemigos.

Encontramos en los dominios de Tératu varios xefes subalternos, á quienes tenian mucho respeto, y que probablemente administraban la justicia. Quando nos quejamos á uno de ellos de un hurto que habia hecho en el navio un Isleño, dió muchas patadas y bofetadas al ladron, quien las recibió como un castigo impuesto por una autoridad, á la qual no debia hacer resistencia, ni tenia derecho para darse por quejoso. No pudimos averiguar si esta autoridad se da por nombramiento, ó pasa por herencia; pero advertimos que en esta parte de la Nueva Zelanda, así como en otras, los xefes eran ancianos. Sin embargo, supimos que en algunos distritos la autoridad de los xefes era hereditaria.

Las cortas sociedades que encontramos en la parte Meridional de la Nueva Zelanda,

parecia que poseian muchas cosas en comun, y particularmente sus bellas telas y sus redes para pescar. Conservaban sus telas, que tal vez eran despojos de guerra, en una choza construida para este efecto en medio del pueblo. En casi todas las casas vimos hombres que estaban haciendo redes, cuyos diferentes pedazos juntaban despues para reunirlos.

Los habitantes de la Nueva Zelanda parece hacen menos caso de las mugeres que los Isleños del mar del Sur: esta era la opinion de Tupia, el qual vituperaba esta costumbre como una injuria hecha al bello sexô. Observamos que las personas de ambos sexôs comian juntas, pero no sabemos con certeza cómo reparten entre sí los trabajos. Yo me inclino á creer que los hombres labran la tierra, hacen las redes, cazan los páxaros, y van en las piraguas á pescar; y que las mugeres recogen las raices de helecho, cogen cerca de la orilla los cangrejos de mar, y los demas mariscos, guisan la comida, y fabrican las telas; á lo menos estas eran sus ocupaciones, quando las vimos trabajar, lo que logramos rara vez, pues por lo regular, por donde quiera que ibamos, nuestra visita era un dia festivo; hombres, mugeres y niños se amontonaban junto á nosotros, ó para satisfacer su curiosidad, ó para adquirir algunas de las bujerias que llevabamos,

que consistian principalmente en clavos, papel y pedazos de vidrio.

No se debe presumir que hayamos podido adquirir conocimientos muy extensos sobre la religion de estos Isleños. Reconocen la influencia de muchos seres superiores, de los quales uno es el supremo, y los demas subalternos: explican casi del mismo modo que los Otahitinos el origen del mundo, y la produccion del género humano. Tupia parecia tener sobre esta materia mas conocimientos que ninguno de los Isleños de la Nueva Zelanda, y quando se ponia á instruirlos, lo que hacia algunas veces con largos discursos, tenia siempre un auditorio numeroso que le escuchaba con silencio tan profundo, con tanto respeto y atencion, que nos obligaba á desearles un predicador que pudiese instruirlos en la verdadera Religion.

No pudimos saber qué culto dan á las divinidades que reconocen; pero no vimos ningun lugar destinado para un culto público, como los *morais* de los Isleños del mar del Sur. Sin embargo, vimos cerca de un plantío de patatas dulces una plazuela quadrada, rodeada de piedras, en medio de la qual habian clavado un palo aguzado de los que le sirven de azadon, del qual estaba colgado un cestillo lleno de raices de helecho. Preguntando á los naturales sobre aquel

objeto, nos dixeron que era una ofrenda dirigida á sus dioses, por medio de la qual esperaban tenerlos propicios y lograr una abundante cosecha.

No podemos formar una idea exâcta del modo con que disponen de sus muertos, porque las relaciones que nos hicieron sobre este particular, no estaban de acuerdo. En la parte Septentrional de la Nueva Zelanda dixeron que los enterraban, y en la parte Meridional supimos que los arrojaban al mar. Lo cierto es que no vimos ningun sepulcro en el pais, y ellos nos ocultaban con mucho misterio todo lo relativo á sus difuntos. Pero como quiera que sean sus cementerios, los vivos son una especie de monumentos de luto: apenas vimos ninguno entre ellos que no tuviese algunas cicatrices de las heridas que se habian hecho en muestra de su dolor por la pérdida de un pariente ó de un amigo. Algunas de estas heridas eran tan recientes, que aun no se habia estancado la sangre, lo que prueba que habria muerto alguno durante nuestra mansion en la isla: esto nos parecia estraño, porque no habiamos sabido se hubiese hecho ninguna ceremonia fúnebre. Algunas de estas cicatrices eran muy largas y profundas, desfigurando el rostro de algunos de ellos. Observamos tambien en este pais un monumento de otra especie, quiero decir, una cruz que esta-

ba plantada cerca del canal de la Reyna Carlota.

Despues de haber dado alguna noticia de los usos y costumbres de los habitantes de la Nueva Zelanda, solo observaré que las semejanzas que hemos hallado entre este pais y las islas del mar del Sur relativamente á todos estos objetos, son una fuerte prueba de que todos estos Isleños tienen un mismo origen, y que sus padres comunes eran naturales de una misma region. Cada una de estas naciones cree por tradicion que sus ascendientes vinieron ya hace mucho tiempo de otro pais, y segun esta tradicion, este pais se llamaba *Heawise.* La conformidad de ambas lenguas es una gran demostracion de este hecho: ya he advertido, que los Zelandeses entendian perfectamente á Tupia que les hablaba en Otahitino; y comparando gran número de voces de una y otra lengua se ve la mayor semejanza, y que solo se distinguen del Otahitino los dialectos Zelandeses, tanto como se diferencia el de la parte Septentrional de la Nueva Zelanda. De este cotejo se infiere claramente que la lengua de Otahiti y la de la Nueva Zelanda es radicalmente una misma: los dialectos de la parte Septentrional y de la Meridional de la Nueva Zelanda se diferencian principalmente en la pronunciacion; así como vemos en España.

Debo advertir que es propio de esta lengua de la Nueva Zelanda, principalmente en la parte Meridional de la isla, el poner artículos antes de los nombres, como nosotros usamos de *el*, *la*, *lo*: los artículos que ellos usan, son *he*, ó *ko*: tambien acostumbran añadir la palabra *oeia* despues de otra palabra, como una repeticion de la misma cosa, principalmente respondiendo á una pregunta, como si dixeramos, *si*, *ciertamente*, *en verdad*. En virtud de esta practica, formabamos nombres en extremo largos, porque no sabiamos distinguir el artículo y la repeticion que añadian á la palabra. Por exemplo, en la bahia de *las islas* hay una notable, llamada por los naturales *matuaro*: preguntando nosotros el nombre de aquella isla, nos respondieron *ke matuaro*; no entendiéndolo bien, repetimos la pregunta, y el Zelandés respondió añadiendo la palabra *oeia*, y de aquí resultó formar nosotros una sola palabra de las tres, diciendo *kematuarooeia*. Los Isleños del mar del Sur usaban de los artículos *te* ó *ta* en vez del *ke* de los Zelandeses, pero añaden tambien la palabra *oeia*, lo qual al principio nos hizo incurrir en equivocaciones muy ridículas.

Admitiendo que una misma nacion haya poblado originariamente estas islas, como tambien las del mar del Sur, queda por

averiguar quál fue esta nacion. Yo creo qu
estos pueblos no proceden de la América
que está situada al Este de estas regiones
y á no ser que al Sur haya un Continente d
bastante extension, es de presumir que pro
vienen del Oeste.

Nuestra navegacion no ha sido favora
ble á las ideas que se habian formado acer
ca de un Continente Meridional, pues ha
bemos recorrido sin encontrarlo, á lo me
nos las tres quartas partes de las situacio
nes en las quales se supone que exîste. Qui
rós, Juan Fernandez, Tasman, Lhermite
Rogewin son los principales navegantes, cu
ya autoridad se ha citado en este asunto,
mi viage ha demostrado que la tierra vis
por estos marinos no forma parte de un Con
tinente, como se habia creido.

(Quando mas adelante inserte el via
de Quirós, se verá la ninguna fuerza
las razones que expone Mr. Cook para pr
bar, que no hay ningun Continente Me
ridional, y que sus descubrimientos son
ultimos esfuerzos que se pueden hacer
esta parte. Los estrangeros no conocen si
por unos miserables extractos los viages
Mendaña (á quien llaman *Mindana*),
el de Pedro Fernandez de Quirós (á qui
llaman *Fernando de Quirós*): por consiguie
te no es estraño que juzguen ligeramente
sus descubrimientos.)

Yo tengo muchas razones, prosigue Cook, para creer que no hay ningun Continénte al Norte de los quarenta grados de latitud austral; pero no puedo afirmar igualmente que no lo haya al Sur mas allá de los quarenta grados. Estoy tan lejos de querer disuadir las empresas que se pueden hacer en adelante para resolver esta qüestion tan importante, que al contrario juzgo seria lástima dexar por mas tiempo esta parte del Globo sin exâminar; mayormente porque una expedicion hecha á este objeto, acarrearia probablemente las mayores ventajas. Desde luego se resolveria la qüestion principal, incierta por tanto tiempo, sobre si exîste un Continente Meridional, que con su peso mantenga el equilibrio de nuestro Globo; y quando no se hallase este Continente, no dexaria de encontrarse en las regiones del Trópico nuevas islas, entre las quales verosimilmente hay algunas, que hasta ahora no han sido reconocidas por ningun Européo. (En efecto nuestros Españoles en la ultima expedicion han descubierto nuevas islas que no vió Cook, ni viagero alguno de los que habian precedido.) Tupia nos hizo varias veces la descripcion de mas de ciento y treinta de estas islas, y en un mapa que él mismo formó, puso hasta setenta y quatro de ellas.



CARTA CCLXX.

Continuacion del viage.

Habiéndonos hecho á la vela, estuvimos á pique de perecer por haber encallado el navio en una punta de roca: por fortuna nos hallamos cerca de una ensenada, adonde se llevó el navio á remolque. Registrando el vaso, hallamos muchos destrozos, pero lo mas singular fue que uno de los agujeros, capaz él solo de habernos sumergido, estaba perfectamente tapado por un pedazo del peñasco, que despues de haber abierto el agujero, se habia quedado fixo allí; de suerte, que solamente el agua que pasaba entre la piedra y la madera habia hecho al principio mas progresos que lo que podiamos desaguar con nuestras bombas; de lo que se puede inferir lo que nos hubiera sucedido si la abertura no hubiera sido tapada con el pedazo de la peña. Puse á estas islas, en una de las quales desembarcamos, el nombre de *islas de la Esperanza*, porque en el grande apuro que nos hallabamos, toda nuestra esperanza consistia en poder tomar tierra. Nuestra latitud austral era de quince grados, veinte y seis minutos.

Mr. Gore, que se internó en el pais con su fusil, tuvo la fortuna de matar uno de quellos quadrúpedos, que habian sido muchas veces el objeto de nuestras especulaciones. Su figura es muy analoga á la del Gerbo, á quien se parece mucho en sus movimientos, pero es muy diferente en el tamaño, porque el Gerbo es como una rata ordinaria, y este animal quando llega á su total incremento, es del tamaño de un carnero. El que mató Gore era joven, y como aun no habia adquirido todo su aumento, no pesaba mas que treinta y ocho libras. La cabeza, el cuello y los hombros son muy pequeños á proporcion de las demas partes del cuerpo: la cola es casi tan larga como todo el cuerpo; es gruesa en su nacimiento, y termina en punta: las piernas delanteras tienen ocho pulgadas de largo, y las de atrás veinte y dos: camina á brincos y saltos: para esto pone la cabeza recta, y sus saltos son muy largos: dobla sus piernas delanteras junto al pecho, y parece no se sirve de ellas sino para escarbar la tierra: su piel está cubierta de un pelo corto, pardo, ó del color de rata obscuro; la cabeza y las orejas tienen alguna semejanza con las de la liebre: los naturales llaman á este animal *Kanguroo*. Al dia siguiente lo guisamos, y su carne era excelente.

Envié á buscar un pasage para el Norte,

y entre tanto marché con Banks y Solander á los bosques de la otra parte del rio. Tupia que ya habia estado en ellos, nos dixo que habia visto tres Indios, que le habian dado algunas raices del grueso de un dedo, de un gusto muy agradable: esto nos excitó á emprender el mismo viage con la esperanza de formar trato con los naturales. Apenas llegamos á la ribera, descubrimos quatro Indios en una piragua, los quales se dirigieron á nosotros sin ninguna muestra de sospecha ni temor, luego que nos vieron desembarcar. Dos de ellos tenian collares de caracolillos, que no quisieron vendernos á pesar de todas nuestras ofertas; sin embargo, les regalamos algunas cuentas de vidrio, y despues de haber estado un rato con nosotros, se marcharon. Intentamos seguirlos, esperando nos conducirian á algun parage, en donde encontrasemos mayor número de sus paisanos; pero nos dieron á entender por señas, que no gustaban de que los acompañasemos.

Al otro dia por la mañana nos visitaron varios naturales del pais, que se nos habian hecho muy familiares. Uno de ellos, á instancias nuestras, disparó su lanza, que tenia como ocho pies de largo, hendia el ayre con una rapidez y fuerza que nos admiró, aunque en su direccion no se elevó quatro pies sobre la tierra, y se clavó profunda-

mente en un arbol que distaba cincuenta pasos. Despues ya se atrevieron á subir á bordo; dexelos allí muy contentos, á mi parecer, y me embarqué con Banks para registrar el pais, y sobre todo para satisfacer una curiosidad que nos atormentaba, exâminando si el mar al rededor de nosotros era tan peligroso como imaginabamos. Despues de haber caminado siete á ocho millas al Norte á lo largo de la costa, subimos á un cerro muy alto, y bien pronto quedamos convencidos de que nuestros recelos eran bien fundados. A donde quiera que volviamos la vista, no veiamos mas que rocas y bancos de arena sin número, sin haber otro paso que por las vueltas y revueltas de los canales que se hallaban en los intervalos, por donde no se podia navegar sin exponerse á los mayores riesgos. Volvimos al navio con la misma inquietud que al salir de él; aun estaban allí algunos Indios, y los de la tripulacion me dixeron que unas doce tortugas que teniamos, habian llamado la atencion de aquellos Isleños sobre todo lo demas que habian visto en el navio.

Al otro dia vinieron á vernos otros diez Isleños: habitaban por la mayor parte en la parte opuesta al rio, donde descubrimos otros seis ó siete, y entre ellos habia mugeres enteramente desnudas, como los demas Indios que encontramos en aquel pais. Traian con-

sigo mayor número de lanzas que nunca, y despues de haberlas colocado junto á un arbol, encargaron á un hombre y á un muchacho que las guardase: los demas subieron á bordo. Conocimos bien pronto que su resolucion era adquirir una de nuestras tortugas, que para ellos era tan gran regalo como para nosotros: al principio nos la pidieron por señas, y habiéndosela negado, manifestaron en sus miradas y aspecto mucho enojo y colera. No teniamos á la sazon ninguna comida guisada, pero yo ofrecí á uno de ellos bizcocho, y arrancándomelo de la mano, lo arrojó al mar con mucho desprecio. Otro repitió la misma demanda á Banks, y habiéndosela negado, dió una furiosa patada en el suelo, y le apartó de sí de un empellon. Despues de haberse dirigido inutilmente casi á todos los que les pareció tenian algun mando en el navio, echaron mano repentinamente de dos tortugas, y las arrastraron ácia la parte del navio donde estaba su piragua; los nuestros las recobraron bien pronto por fuerza, y las juntaron con las otras; pero ellos no por eso abandonaron su empresa. Hicieron nuevas tentativas de la misma especie, y viendo lo poco que adelantaban, saltaron furiosos en su piragua, y bogaron ácia la costa. Al mismo tiempo me embarqué en el bote con Banks y cinco ó seis marineros, y llegamos an-

tes que ellos á tierra, donde muchos de los nuestros estaban ocupados en diferentes trabajos.

Luego que desembarcaron los Indios, echaron mano á sus armas; y antes que pudiesemos conocer su intento, cogieron un tizon del fuego, y dando un rodeo por la parte de donde corria el viento, al rededor del parage en que teniamos varias cosas, incendiaron la yerba con una prontitud y destreza admirables. Esta yerba que tenia cinco ó seis pies de alto, y estaba seca como paja, se encendió furiosamente, é hizo los mas rapidos progresos hacia una tienda de Banks, que se habia plantado para Tupia quando estuvo enfermo. Una cerda y sus lechoncillos se hallaron al paso del incendio, de cuyas resultas murió uno de ellos. Banks tuvo la fortuna de llegar con algunos hombres á tiempo que pudo librar su tienda arrastrandola á la playa, pero todo lo demas que habia en tierra, se quemó.

Entre tanto los Indios fueron á un parage en que algunos de los nuestros estaban labando la ropa, y habian puesto á secar gran cantidad de lienzo con algunas redes; los Isleños pegaron tambien fuego á la yerba sin hacer caso de las suplicas y amenazas que les haciamos. Nos vimos pues precisados á disparar un fusil cargado de perdigones, y alcanzando el tiro á uno de ellos se huyeron,

con lo que logramos apagar este segundo incendio antes que hiciese muchos progresos; pero desde el parage en que pegaron fuego la primera vez, se extendió el incendio á larga distancia en los bosques. Como todavia se descubrian los Indios, hice disparar un fusil con bala por el ayre, para que conociesen que aun estaban á tiro; luego que oyeron el silvido de la bala, huyeron mas que de paso, y bien pronto los perdimos de vista.

Creimos que no nos causarian mas inquietud; pero poco despues percibimos sus voces por entre los bosques, y conocimos que se nos iban acercando poco á poco: salí á encontrarlos acompañado de quatro ó cinco personas: luego que estuvimos á vista unos de otros, hicieron alto, excepto un anciano que marchó ácia nosotros, y despues de haber pronunciado algunas palabras que no entendimos, se volvió á sus compañeros y todos se fueron retirando á paso lento. Sin embargo, tuvimos medio para apoderarnos de algunos de sus dardos, y continuamos siguiendolos por espacio de una milla. Sentámonos sobre unas peñas desde donde podiamos observar sus movimientos, y ellos tambien se sentaron á unas cien varas de distancia. Despues de un corto intervalo, el viejo volvió á acercarse á nosotros trayendo en la mano una azagaya sin punta: se detuvó haciendo varias pausas y

nos habló ; nosotros le respondimos con todas las señas de amistad que pudimos imaginar; en vista de lo qual el viejo que presumimos fuese un mensagero de paz , se volvió y dixo algunas palabras en alta voz á los suyos , los quales arrimando sus lanzas á un arbol se acercaron á nosotros en ademan pacifico. Luego que llegaron , les volvimos sus dardos, y observamos con mucho gusto que esto acabó de reconciliarlos. En esta tropa de Indios habia quatro á quienes no habiamos visto antes , los quales nos fueron presentados por sus nombres como lo hacian de ordinario : el que fue herido quando quisieron quemarnos nuestras redes y lienzos, no se hallaba entre ellos , pero creimos que su herida no seria peligrosa por causa de la mucha distancia. Los regalamos con todas las bujerias que llevabamos , y se volvieron con nosotros ácia el navio. En el camino nos dieron á entender por señas que no volverian á pegar fuego á la yerba : nosotros les distribuimos algunas balas de fusil , haciendoles comprehender qual era su uso y efectos. Quando llegaron enfrente del navio, se sentaron , y no los pudimos reducir á que subiesen á bordo : dexamoslos , y á poco rato se marcharon: bien pronto vimos incendiado todo el bosque á unas dos millas de distancia. Si este accidente hubiera sucedido poco antes , sus conseqüencias pudieran ha-

ber sido terribles, porque hacia poco tiempo que se habia traido al navio la polvora y la tienda que contenia el equipage del navio con otras muchas cosas muy preciosas para nosotros á la sazon. No teniamos idea de la violencia con que se encendia la yerba en un pais calido, ni de la dificultad de apagar estos incendios; por lo qual resolvimos despejar antes el terreno al rededor, quando nos viesemos precisados á plantar nuestras tiendas en tierra.

Por la tarde embarcamos todas nuestras provisiones, y el navio se puso en estado de navegar: nuestros emisarios volvieron por la noche con la triste noticia de no haber encontrado paso al Norte por donde pudiese embocar el navio. Sin embargo, logramos salir de aquel parage, y se puso el nombre de *rio Endeavour* á la ensenada en que estuvimos. El paso ó canal por donde salimos del arrecife á mar abierta está á los catorce grados treinta y dos minutos de latitud austral, y se le reconoce por medio de tres islas elevadas que hay en lo interior que yo llamé *islas de la direccion*, porque servirán á los navegantes para reconocer un paso seguro por medio del arrecife hasta la gran tierra.



CARTA CCLXXI.

La Nueva Holanda.

La Nueva Holanda, ó como yo la llamé, *la Nueva Gales Meridional*, es mucho más grande que ninguna otra region del mundo conocido, que no tenga el nombre de continente. La longitud de la costa que recorrimos, reducida á linea recta, no comprehende menos que veinte y siete grados, es decir, cerca de dos mil millas, de suerte que su superficie quadrada debe ser mucho mas grande que la de toda la Europa. Al Sur de los treinta y tres ó treinta y quatro grados la tierra es por lo general baxa y llana; mas allá hacia el Norte está llena de cerros, pero no se puede decir que en ninguna parte sea montuosa: los terrenos elevados considerados reunidos no componen mas que una pequeña parte de su superficie en comparacion de los valles y llanuras. En general es mas bien esteril que fertil; sin embargo, las tierras elevadas estan mezcladas de bosques y prados, y las llanuras y valles estan en varios parages cubiertos de yerba. El terreno es muchas veces arenisco, y la mayor parte de las sabanas, principalmente al Norte, estan sembradas de rocas esteriles. En

los mejores terrenos la vegetacion es menos vigorosa que en la parte meridional del pais; los árboles no son allí tan grandes, ni la yerba tan espesa. Esta regularmente es alta, pero clara, y los árboles donde son mas altos distan unos de otros como quarenta pies: en lo interior del pais, segun pudimos observar, no hay mucha mas arboleda que en la costa del mar. Las orillas del mar estan cubiertas de *espadañas* hasta una milla, y el terreno es un pantano siempre inundado por la maréa. Mas adentro del pais encontramos terrenos pantanosos, en los quales habia mucha yerba espesa, y otras veces encontramos valles cubiertos de matorrales. El terreno en algunos parages nos pareció capaz de recibir buen cultivo; pero la mayor parte no lo es. La costa, á lo menos la parte que yace al Norte á veinte y cinco grados de latitud, está llena de buenas bahias y ensenadas, donde los navios pueden estar con seguridad al abrigo de todos los vientos.

Si hemos de juzgar del pais por el aspecto que nos ofreció mientras allí estuvimos, es decir, en lo mas fuerte de la estacion seca, está bien regado: vimos gran número de arroyuelos y fuentes, pero ningun rio grande; es probable que en la estacion de las lluvias estos arroyos sean mas caudalosos. *El estrecho de la sed* fue el unico parage en que pudimos coger agua dulce: tam-

bien se hallan en los bosques uno ó dos pequeños lagos de agua dulce, aunque la superficie del pais está llena de manantiales de agua salada.

No hay muchas especies de árboles: no se hallan mas que dos de ellas, que puedan ser buenas para la construccion: uno de estos árboles es el que produce la goma, y el otro se parece á nuestro pino: la madera de uno y otro es dura y pesada. Ademas de estos hay otro cubierto de una corteza blanda y facil de arrancar; es la misma que la que se usa en la India Oriental para calafatear.

La Nueva Holanda produce gran variedad de plantas para enriquecer la coleccion de un Botánico, pero muy pocas que se puedan comer. Por lo que hace á los quadrupedos, hay perros, kanguroos y un animal de la especie del *Oposum*: no ví ningun otro sino una especie de *Hediondo* que los naturales del pais llaman *quoll*: tiene la espalda negra con manchas blancas y el vientre blanco. Algunos de los nuestros dixeron que habian visto lobos: si no hubieramos visto las huellas de estos animales, quizá hubieramos creido que esta relacion era tan digna de crédito como la de uno que dixo que habia visto al diablo.

Vimos varias especies de murcielagos que son una clase media entre los quadrupedos y

las aves; y en particular uno que era tan grande como una perdiz. No tuvimos la fortuna de coger ninguno vivo ni muerto, pero nos pareció que era lo mismo que el que Buffon describe con el nombre de *Rousset* ó *Rouget*.

Los páxaros de mar son de varias especies, y en particular vimos pelicanos de enorme tamaño: los de tierra se reducen á cornejas, papagayos y otros del mismo género, de exquisita belleza: palomas, tortolas, codornices, abutardas, garzas, grullas, alcones y aguilas. Las palomas vuelan en grandes vandadas, y aunque son muy espantadizas, los nuestros mataban diez ó doce todos los dias: estas palomas son muy bellas, y tienen una cresta muy diferente de la de las demas palomas.

Entre los reptiles hay culebras de varias especies, unas dañosas y otras que no hacen mal; escorpiones, cienpies y lagartos. Hay pocos insectos; los mosquitos y las hormigas son los principales. Hay varias especies de hormigas; algunas son verdes y viven en los árboles donde construyen sus nidos, que son como la cabeza de un niño. Estos hormigueros son de una estructura artificiosa: las hormigas los forman plegando varias hojas, cada una de las quales es tan ancha como la mano: pegan las extremidades de estas hojas con una especie de liga,

de suerte que forman de ellas una bolsa. La materia viscosa de que se sirven para este efecto, es un jugo animal ó cola que se elabora en sus cuerpos. No pudimos observar como se manejan para doblar las hojas, pero vimos millares de ellas que reunian sus esfuerzos para mantenerlas en esta situacion, al mismo tiempo que gran número de otras estaban ocupadas en aplicar la cola que debia fixarlas en aquella disposicion. Para convencernos de que las hojas estaban plegadas, y se mantenian en esta disposicion por los esfuerzos de aquellos insectos, las arrojamos del lugar que ocupaban, y al punto las hojas por su elasticidad natural se extendieron con tanta fuerza, que nos admiró mucho el que con sus esfuerzos pudiesen doblarlas. Ya que nosotros habiamos satisfecho nuestra curiosidad á su costa, ellas se vengaron de la injuria, porque millares de ellas se tiraron á nosotros, y nos causaron un dolor intolerable con sus aguijones, principalmente las que se nos pegaron al cuello y entre el pelo de donde no era facil apartarlas. La picadura de sus aguijones era tan dolorosa como la de las abejas, pero no duraba el dolor mas que un minuto, si no se repetia.

Hay otra especie de hormigas enteramente negras, cuyos trabajos y modo de vivir no son menos extraordinarios. Formaban su habitacion en lo interior de las ramas

de un arbol, las quales tienen la habilidad de excavar royendo lo interior hasta que no queda mas que la corteza, hasta la extremidad del ramo mas delicado: el arbol prosigue produciendo flores como si no tuviera en su corazon tales huespedes. La primera vez que encontramos este arbol y arrancamos una rama, quedamos no menos asombrados que si hubieramos profanado un bosque encantado, en que todos los árboles heridos del hacha hubiesen dado señales de vida; porque al punto nos vimos cubiertos de una infinidad de estos insectos que salian en enjambres de todas las ramas que habiamos roto, y nos mordian con una violencia continua. Rumphio en su *Herbarium Amboinense* hace mencion de estas hormigas; pero el arbol en que las vió, es muy diferente del que nosotros encontramos.

Vimos tambien otra tercera especie de hormigas que tenian su nido en la raiz de una planta que crece como el musco sobre la corteza de un arbol, y ellas la horadan para anidarse. Esta raiz es tan grande como un nabo grueso y á veces mas: cortandola, encontramos una cantidad inumerable de pequeños canales tortuosos, todos llenos de estos insectos, los quales sin embargo pacia que no habian perjudicado á la vegetacion de la planta. Todas las raices que rompimos estaban habitadas, aunque habia al-

gunas que no eran mas gruesas que una avellana: las hormigas son tambien muy pequeñas. Tenian aguijon, pero tan poco fuerte que apenas se sentia; sin embargo nos atormentaban tanto como las grandes, porque apenas tocabamos á las raices, salian en tropel de sus agujeros, y acometiendo precipitadamente á todas las partes descubiertas de nuestros cuerpos, nos causaban un escozor mas intolerable que las picaduras, excepto quando estas eran muy violentas. Rumphio hace tambien mencion de esta cebolla y de sus habitantes, y habla tambien de otra especie de hormigas negras.

Encontramos otra especie de hormigas que no hacen ningun mal, y se parecen exâctamente á las hormigas blancas de las Indias Orientales. Tienen dos especies diferentes de habitantes, una colgada de las ramas de los árboles, y otras construidas debaxo de tierra. Los hormigueros suspendidos sobre los árboles son tres ó quatro veces mas gruesos que la cabeza de un hombre, y se componen de una materia quebradiza que parece formada de particulas de vegetales amasadas con una substancia glutinosa, que estos insectos probablemente extraen de sus cuerpos. Rompiendo esta corteza se vé en una multitud de senos una cantidad prodigiosa de celdillas, todas las quales tienen comunicacion entre sí, y varias aberturas

que conducen á otros hormigueros en el mismo arbol. Hay tambien un gran conducto ó camino cubierto que va hasta tierra, y tiene comunicacion con el otro que está construido debaxo de ella. Este comunmente está á la raiz de un arbol, pero no de aquel en que hay hormigueros suspendidos; tiene la figura de una piramide con los lados irregulares; es á veces de mas de seis pies de alto y casi de igual diámetro. Hay algunos mas pequeños, y estos tienen por lo regular los lados aplastados. Lo exterior de estos ultimos hormigeros es de una arcilla bien amasada, de casi dos pulgadas de grueso: en lo interior hay celdillas que no tienen abertura hacia afuera, y solamente se comunican por un canal subterraneo con los hormigueros que hay sobre los árboles. Las hormigas suben á este arbol por la raiz, y despues por todo el tronco y las ramas por caminos cubiertos, que son de la misma especie que aquellos por los que baxan de sus habitaciones altas. Probablemente se retiran por invierno y durante la estacion de las lluvias á estas habitaciones subterraneas, porque allí estan á cubierto del frio y de la humedad, de la qual ventaja carecen las que tienen sobre los árboles, porque aunque estan baxo alguna rama, no pueden resistir por la naturaleza y poco grueso de la capa que las cubre.

El mar en estos paises suministra á los habitantes mas alimentos que la tierra; y aunque no hay tanta abundancia de pescados como en los mares que estan en latitudes mas altas, sin embargo, de cada redada sacabamos de 50 á 200 libras de peces. Los hay de diferentes especies, pero casi todas son desconocidas en Europa; la mayor parte son buenas para comer, y algunas hay excelentes. Sobre los bancos de arena, y sobre los arrecifes se halla una cantidad inumerable de las mas bellas tortugas verdes, ostras de varias especies, y en especial de perlas: hay petunculos de enorme tamaño, cangrejos de mar, y otros mariscos. En los rios y lagos salados se hallan caimanes.



CARTA CCLXXII.

Habitantes de la Nueva Holanda.

El número de habitantes de la Nueva Holanda parece es muy corto, respecto de su extension: no vimos treinta juntos mas que una sola vez, y fue en la bahia Botánica, quando hombres, mugeres y niños se amontonaron sobre un peñasco para ver pasar el navio. Quando formaron el projecto de ata-

carnos, no pudieron juntar mas que unos catorce á quince combatientes, y en ninguna parte vimos bastantes chozas juntas para formar una poblacion mas numerosa. Es verdad que no recorrimos mas que la costa del mar por la parte Oriental, y entre esta cosia y la Occidental hay una extension inmensa de pais enteramente desconocida; pero hay muy fuertes razones para creer que este espacio está enteramente desierto, ó á lo menos que la poblacion es aun mas corta que en los paises que hemos exâminado. Es imposible que lo interior del pais produzca en todas las estaciones subsistencia para sus habitantes, á no ser que esté cultivado; y por otra parte carece de toda probabilidad que los Isleños de la costa ignorasen el arte de cultivar, si se practicase en lo interior del pais. Tampoco es verosimil, que si conociesen esta arte, no se encontrase ningun vestigio entre ellos. Lo cierto es que en todo el pais no encontramos ni un palmo de terreno cultivado; de donde se puede concluir, que esta parte de aquella region no está habitada sino en los parages en donde el mar suministra alimentos á los hombres.

La unica tribu con quien tuvimos algun trato, habitaba el canton en que se compuso el navio: componiase de veinte y una personas, doce hombres, siete mugeres, un mu-

chacho y una muchacha. No vimos jamas las mugeres sino á lo lejos, porque quando los hombres venian ácia el rio, las dexaban siempre detras. Los hombres aquí y en los otros distritos, son de mediana estatura, y por lo comun bien formados; son ágiles, y de notable vigor y actividad: su rostro no carece de expresion, y tienen la voz en extremo sutil y afeminada.

Tenian la piel tan cubierta de barro é inmundicia, que era muy dificil conocer su verdadero color: intentamos varias veces limpiarla con los dedos mojados para quitar aquella costra, pero siempre inutilmente. Esta inmundicia los hace parecer tan negros como los de Guinea; y segun podemos juzgar, su color es de hollin, ó lo que se llama color de chocolate. Sus facciones no son desagradables, y no tienen la nariz chata, ni los bezos gruesos: sus dientes son blancos é iguales, sus cabellos naturalmente largos y negros, pero se los cortan; por lo general son lacios, aunque á veces se enrizan ligeramente: casi todos lo tenian enredado y sucio, aunque no se lo untan con aceyte ni grasa, y con gran admiracion vimos que no crian piojos. Su barba es del mismo color que el pelo, espesa y revuelta, aunque no la dexan crecer mucho. Encontramos uno que tenia la barba mas larga que sus compatriotas: al dia si-

guiente observamos que la tenia algo mas corta, y exâminándola de cerca, vimos que tenia las puntas quemadas. Esto junto con no haber visto entre ellos ningun instrumento para cortar, me hace creer que mantienen su pelo y barba cortos quemándoselos.

Ambos sexôs, como ya he dicho, van desnudos enteramente, y parece no tienen por indecencia el descubrir todo su cuerpo. Su principal adorno consiste en un hueso que se atraviesan por la ternilla que divide las narices. Toda la sagacidad humana no podrá explicar por qual trastorno de gusto habrán podido llegar á creer que esto es un adorno, y que cosa puede haberlos inducido á tolerar el gran dolor é incomodidades que necesariamente acarrea este uso, suponiendo que no lo hayan adoptado de otra nacion, respecto de la qual siempre subsiste la misma dificultad. Este hueso es tan grueso como un dedo, y como tiene de cinco á seis pulgadas de largo, les cruza enteramente la cara, y les tapa tan bien las narices, que necesitan tener la boca muy abierta para respirar, por lo qual ganguean tanto quando hablan, que apenas se entienden unos á otros. Nuestros marineros por burla llamaban á este hueso *la verga de bauprés*, y á la verdad hacia una figura tan estraña, que antes de acostumbrarnos á verla, no podiamos contener la risa.

Ademas de este dije, tienen collares de caracolillos ensartados con bastante gracia, brazaletes de cordoncillos que les dan dos ó tres vueltas en la parte superior del brazo, y en la cintura un cordon de cabellos trenzados. Algunos llevaban tambien una especie de sotagola de conchas, colgada del cuello, que les atravesaba por el pecho. Aunque estos habitantes no tienen ningun vestido, su cuerpo, ademas del barro é inmundicia, tiene tambien otra cubierta, porque lo pintan de blanco y encarnado. Por lo regular se adornan con grandes manchas de color roxo en las espaldas y pecho; hacen muchas rayas blancas, unas anchas y otras estrechas, en los brazos, piernas, muslos, y en estos dibujos se nota algun gusto. Aplican tambien algunos lunares blancos en el rostro, y forman un círculo de este color al rededor de cada ojo. El color roxo parecia compuesto de almazarron, pero no pudimos conocer de qué se componia su color blanco: lo tenian en granitos duros, de un tacto suave como el xabon, y pesado como el albayalde: quizá seria una especie de *steatites*, pero no pudimos adquirir un pedazo para exâminarlo. Tienen las orejas horadadas, pero no les vimos pendientes. Apreciaban tanto sus adornos, que no quisieron cedernos ninguno; á pesar de todo lo que les ofrecimos; lo qual era muy de estrañar, porque

nuestras cuentas de vidrio y nuestras cintas podrian servirles igualmente de adorno, y tenian mejor vista y regularidad.

No tienen ninguna idea de comercio ni de cambio, y nos fue imposible comunicarles ninguna: recibian lo que les dabamos, pero al parecer no entendian nuestras señas quando les pediamos alguna cosa en cambio. La misma indiferencia que les impedia adquirir lo que teniamos, los apartaba tambien de robarnos: si hubieran deseado mas, no hubieran sido tan moderados, porque quando les negamos la tortuga que querian, se pusieron furiosos, y quisieron quitarnosla por fuerza. Este fue el unico objeto que mereció su atencion; lo restante de nuestros muebles y alhajas no tenia para ellos ningun valor. Encontramos abandonados en los bosques los regalos que les habiamos hecho, así como los niños desprecian los juguetes quando se cansan de ellos.

No observamos en sus cuerpos ninguna señal de enfermedad ni de heridas, sino solamente algunas grandes cicatrices de lineas irregulares, que parecia habérselas hecho ellos mismos con algun instrumento obtuso. Por sus señas comprehendimos que eran monumentos del dolor que les habia causado la muerte de algun pariente ó amigo.

Parece que no tienen habitaciones fixas, porque en todo el pais no vimos cosa que

tuviese alguna apariencia de aldea ó aduar. Sus casas, si es que se las puede dar este nombre, estan fabricadas con mucho menos arte é industria que quantas habiamos visto hasta entonces, exceptuando las de la *tierra del Fuego*, y aun son inferiores á éstas en algunas cosas. Las de la bahia son las mejores; no tienen mas altura que la necesaria para que un hombre pueda estar en ellas en pie, pero no son tan anchas que pueda extenderse á la larga en ninguna direccion. Estan construidas á modo de hornos, de varas flexîbles del grueso de una pulgada; meten en tierra las puntas de estas varas, y las cubren despues con hojas de palma, y grandes pedazos de corteza de árboles. La puerta no es mas que un grande agujero abierto en la parte opuesta al hogar, como lo reconocimos por la ceniza. Duermen en estas chozas con el cuerpo enroscado, de suerte que los talones del uno toquen á la cabeza del otro, y con esta postura tan violenta en cada choza caben tres ó quatro personas.

Caminando ácia el Norte, el pais es mas caliente, y hallamos que las chozas eran aun mas débiles: estan hechas como las otras de ramas de árboles, y cubiertas de corteza, pero ninguna tenia mas de quatro pies de fondo, y estaban enteramente abiertas por un lado. El lado cerrado está opuesto á la direccion del viento que corre comunmente, y

enfrente del lado abierto encienden el fuego, probablemente para defenderse mas bien de los mosquitos que del frio. Es probable, que no meten en estas chozas mas que la cabeza y la mitad del cuerpo, extendiendo los pies ácia el fuego. Las familias errantes construyen, segun lo necesitan, estas chozas en los parages donde encuentran alimentos por algun tiempo, y las abandonan quando se mudan á otro parage á buscar su sustento. En los parages donde no pasan mas que una ó dos noches, no tienen mas abrigo que los matorrales ó la yerba, que tiene unos dos pies de alto. Sin embargo, observamos que aunque estas chozas estaban opuestas á la parte de donde corria el viento dominante, las de las islas estaban enfrente del viento, lo qual prueba que debe de reynar una estacion benigna, durante la qual está el mar en calma.

El unico mueble que vimos en estas chozas es una especie de vasija larga que hacen sencillamente de corteza, atando las dos estremidades con un mimbre, el qual les sirve tambien de asa. Juzgamos que esta vasija les serviria para traer agua quando ésta se halle á alguna distancia. Tienen tambien un saco de red de mediano tamaño, y para hacerlo usan del mismo método que entre nosotros. Los hombres llevan este saco atado á la espalda con un cordon que les pasa sobre la

cabeza: por lo general encierran en él un pedazo ó dos de resina, ú otra materia con que se pintan, y algunos anzuelos y sedales para pescar, una ó dos conchas de las que hacen sus anzuelos, algunas puntas de dardos, y sus adornos ordinarios, en lo qual se comprehende todo el tesoro del mas rico de ellos.

Sus anzuelos estan trabajados con mucho arte, y hay algunos en estremo pequeños: para pescar las tortugas tienen un palito bien aguzado y harponado, de cerca de un pie de largo. Las cuerdas de que usan para pescar, son de diferente grueso, desde media pulgada hasta lo sutil de una cerda: las hacen de una substancia vegetal, pero no pudimos averiguar qué especie de planta era.

Los habitantes de la Nueva Holanda se alimentan principalmente de pescado, pero á veces logran matar algunos kanguros, y aun algunas aves de varias especies, aunque son tan espantadizas, que no se dexan acercar á tiro de fusil. Los ñames es el unico vegetal que se puede considerar por uno de sus alimentos; pero no hay duda que comen otras especies de frutas, y vimos reliquias de ellas en las chozas abandonadas. Parece que no comen cruda ninguna substancia animal, pero como no tienen vasijas para cocerlas, las asan sobre las asquas, ó en hornillos como los Isleños del mar del Sur.

No sabemos si conocen alguna planta narcótica de la especie del tabaco, pero observamos que algunos de ellos tenian continuamente en la boca ciertas hojas, así como los Europeos mascan el tabaco, y los Asiaticos el betel. Jamas vimos la planta que las produce; quizá es una especie de betel, pero como quiera que sea, no produce ningun mal efecto en los dientes ni en los labios.

Como no tienen redes, pescan con cuerdas y anzuelos, ó con harpones, exceptuando los peces que cogen en los agujeros de las peñas, ó sobre los bancos de arena, quando quedan en seco en la marea baxa. No tuvimos ocasion de ver su modo de cazar, pero segun los agujeros que por todas partes vimos en los arboles, hechos de intento para subir á ellos, conjeturamos que se apostan en ellos, y que desde allí estan acechando los animales que pasan cerca para alancearlos: tambien puede ser que de este modo cacen los páxaros que se posen en los árboles.

Observé que quando se retiraban de nuestro campamento junto al rio Endeavour, podiamos seguirlos por el rastro de las hogueras que iban encendiendo en el camino. Imaginamos que estas hogueras les servirian para cazar los kanguros, porque observamos que estos animales temen tanto el fuego, que nuestros perros no podian hacerles pasar cerca de los parages en que hubiese habido re-

cientemente fuego, aunque estuviese apagado.

Los habitantes de la Nueva Holanda encienden facilmente fuego, y lo esparcen de un modo asombroso: para encenderlo toman dos pedazos de madera, el uno es un palillo de ocho á nueve pulgadas de largo, y el otro llano: poniendo el palillo de punta sobre el otro pedazo de madera, lo agitan rapidamente con las dos manos como quien bate chocolate, levantando y apretando el palillo, y de este modo encienden fuego en menos de dos minutos; la mas pequeña chispa les basta para propagarlo con mucha prontitud y destreza. Vimos muchas veces uno de estos Indios correr á lo largo de la costa, y no llevando al parecer nada en la mano, detenerse por un instante á cada cincuenta ó cien varas de distancia, dexando detras el fuego: desde luego veiamos levantarse humo, y despues la llama, que se comunicaba seguidamente á la yerba seca y árboles de las cercanias. Tuvimos la curiosidad de exâminar uno de aquellos incendiarios; vimos que ponia una chispa en la yerba seca, y despues de haberla agitado un poco, levantaba llama; despues repitió lo mismo en otro parage, y así fue siguiendo su camino.

La historia del género humano presenta pocos hechos tan extraordinarios como la

invencion del fuego. Casi todos convendrán en que la casualidad enseñó el modo de producirlo por frotacion ó colision ; pero sus primeros efectos debieron llenar de espanto y terror á los que veian por la primera vez este elemento. Debió entonces de parecerles un enemigo de la vida y de la naturaleza, que destruia todos los seres animados é inanimados ; y por consiguiente no es facil de imaginar qué cosa pudo obligar á los que le vieron la primera vez casualmente, á reproducirlo de intento. No es posible que los que vieron el fuego por la primera vez se acercasen á él con tanta precaucion como los que conocen sus efectos, de suerte que se calentasen sin quemarse. Es digno de notarse que los habitantes de la tierra del Fuego producen el fuego por colision, y los Isleños, mas felices que aquellos, del mar del Sur, de la Nueva Zelanda y Holanda lo encienden por frotacion.

Las armas de los habitantes de la Nueva Holanda son lanzas de varias especies : en la parte Meridional de la costa vimos algunas que tenian quatro ramas guarnecidas de un hueso puntiagudo, y harponadas : las puntas estaban untadas con una especie de goma dura, que las daba lustre, y las proporcionaba penetrar mas en los cuerpos. En la parte Septentrional la lanza no tenia mas que una punta : la asta de la lanza es de una es-

pecie de caña, y del renuevo de un junco muy recto y ligero. Tiene desde ocho hasta catorce pies de largo: se compone de varias piezas, embutidas unas en otras, y bien unidas entre sí. Unen al asta varias puntas, unas son de una madera dura y pesada, otras de huesos de pescados. Las puntas de madera á veces estan armadas de pedazos aguzados de concha, los quales embuten en la madera y los aseguran con resina.

Las lanzas harponadas son unas armas terribles, porque en entrando en el cuerpo, no se pueden sacar sin despedazar la carne ó sin dexar en la herida pedazos del hueso ó de la concha, que forman el corte harponado. Lanzan estas armas con mucha destreza y fuerza; para esta operacion basta la mano, quando se dirigen á un objeto no muy distante; pero si está lejos, se sirven de un instrumento, que llamamos *palo de disparar*. Este es un pedazo de madera dura y roxiza, liso y bien pulimentado, de unas dos pulgadas de ancho, de media pulgada de grueso, y de tres pies de largo, que tiene á la una parte un botoncito, y á la otra una pieza que le atraviesa en ángulos rectos. El boton entra en un agujero hecho para este fin en la asta de la lanza cerca de la punta, pero del qual escapa facilmente quando se impele el arma ácia adelante. Colocada la lanza sobre esta máquina, y asegurada en su situa-

cion con el boton, el que la ha de disparar la pone sobre el hombro, y despues de haberla agitado, impele ácia adelante la máquina con la lanza con toda su fuerza; pero detenida la máquina por la pieza que la atraviesa, que se detiene en el hombro, la lanza hiende el ayre con una rapidez increible, y con tanta exâctitud, que aciertan á un blanco distante unas cincuenta varas con tanta seguridad como nosotros con un balazo.

Estas lanzas son las unicas armas ofensivas que vimos en tierra: quando estabamos para marchar de aquella costa, nos pareció descubrir con nuestros anteojos un hombre que llevaba arco y flechas, pero quizá nos engañamos. Sin embargo, encontramos en la *bahia Botánica* un escudo de figura oblonga, de unos tres pies de largo, y diez ú ocho pulgadas de ancho, hecho de corteza de arbol. Uno de los que se opusieron á nuestro desembarco, le tomó de una choza, y al huir lo dexó caer; habiéndole nosotros recogido, reconocimos que habia sido atravesado cerca del centro con una lanza. El uso de estos escudos es sin duda muy freqüente entre esta nacion, porque aunque no vimos sino éste, encontramos muchas veces árboles, de cuya corteza se conocia los habian formado, y estas señales se distinguian facilmente de las que habian hecho para sa-

car la corteza de que fabrican las vasijas de que he hablado.

Las piraguas de la Nueva Holanda son tan groseras como sus chozas: las de la parte Meridional de la costa no son mas que un pedazo de corteza de unos doce pies de largo, cuyas extremidades estan atadas, y las partes de enmedio estan separadas por medio de unos aros. En una ocasion vimos tres hombres en una de estas canoas: quando hay poca agua las empujan con un palo; en alta mar las hacen caminar con remos de unas diez y ocho pulgadas de largo, llevando el conductor uno en cada mano. Por mas groseras que parezcan estas canoas, tienen varias conveniencias; como son muy ligeras, se mantienen en muy poca agua, de suerte que van en ellas sobre los bancos pantanosos para pescar: este es el principal uso á que las destinan, y quizá para este fin son mejores que ninguna otra embarcacion. Observamos que en medio de estas piraguas habia un monton de obas marinas, sobre las quales encienden fuego, tal vez para asar los peces luego que los pescan.

Las piraguas que vimos, abanzando mas ácia el Norte, eran de un tronco excabado sin duda con fuego: tenian unos catorce pies de largo; y como eran muy estrechas, tenian un palo atravesado para que no se trastornasen. Las hacen caminar con unos re-

mos tan grandes, que es menester emplear las dos manos para manejar uno de ellos. Los lados son bastante gruesos, pero no tuvimos ocasion de conocer como derriban los árboles, y como fabrican estas embarcaciones. No vimos entre ellos mas instrumentos que una hacha de piedra muy mal hecha, algunos pedazos de piedra en figura de cuñas, un mazo de madera, y conchas ó pedazos de coral. Para pulir sus máquinas ó ballestas de disparar lanzas y las puntas de éstas, se sirven de las hojas de una especie de higuera tan asperas como la lija. Debe ser un trabajo muy prolijo el construir con estos instrumentos una de sus piraguas, segun las acabo de describir.

En estas piraguas no van mas que quatro hombres: quando es mayor el número de los que tienen que atravesar el rio, va y vuelve á conducir los demas: esta circunstancia nos hizo conjeturar que la piragua que vimos, quando estabamos en el rio Endeavour, era la única de aquellos habitantes. Tengo fundamento para creer que se sirven tambien de canoas de corteza en los parages donde las construyen de madera, porque en una de las islas donde habian estado pescando tortugas encontramos un remo de una canoa de corteza, que seria inutil en las otras de madera.

No es facil adivinar porque causa los

habitantes de la Nueva Holanda estan reducidos á tan corto número: los navegantes que en adelante llegaren á este pais podran averiguar si se destruyen unos á otros con guerras, ó si una peste ó hambre ha destruido aquella poblacion, ó si hay alguna otra causa que impida su propagacion. Por sus armas se infiere que tienen guerras; suponiendo que no usasen de sus lanzas sino para la pesca ó la caza, los escudos no les pueden servir sino para defenderse de los hombres; sin embargo, no descubrimos ninguna otra señal de hostilidad, que el escudo atravesado con una lanza, y no vimos que manifestase haber sido herido por enemigos. No podemos decidir si son valientes ó cobardes: la intrepidez con que dos de ellos se esforzaron por oponerse á nuestro desembarco en la *Bahia Botanica*, teniendo nosotros dos barcos armados, y despues que uno de ellos fue herido con perdigones, nos da motivo para juzgar que no solo son naturalmente valerosos, sino que estan familiarizados con los peligros de los combates, y que es una nacion guerrera y osada. Sin embargo, su huida precipitada de todos los demas parages á que nos acercamos, sin hacerles ninguna amenaza, y estando fuera de tiro, parece que prueba que su caracter es en extremo timido y pusilanime. Me basta haber referido estos hechos; cada qual

puede hacer el juicio que le parezca.

De lo que he dicho de nuestro trato con ellos se puede inferir que no pudimos adquirir mucho conocimiento de su lengua; pero como éste es un objeto de la mayor curiosidad, principalmente para los sabios que por este medio hacen averiguaciones importantes sobre el origen de las naciones, procuramos adquirir una lista de varias voces de aquella lengua. (No inserto aquí este pequeño diccionario , porque siendo tan distinta la pronunciacion Inglesa de la nuestra, no podemos formar idea del modo con que pronuncian aquellos naturales. Tengo oido á los Marinos Españoles de la ultima expedicion por aquellas mares que la habla de los habitantes de *Bahia Botanica* es tan rapida , que mas parecia un silvido sutil que habla humana. He visto retratos de estos habitantes , y su figura mas se acerca á la de Orang-Outan que á la humana : tienen el cuerpo todo cubierto de vello , las piernas sin pantorrillas , los pies en extremo largos , y toda su figura disforme : para descansar quando estan en pie , levantan una pierna y afianzan el un pie sobre un muslo en una disposicion , que el hombre mas suelto de miembros no podria executarlo. Andan enteramente desnudos : son sucios y asquerosos : y todos, hombres y mugeres, estan llenos del mal venereo, sea que esta enferme-

dad sea endemica de aquel pais, sea que se la hayan comunicado los Ingleses que han hecho allí un establecimiento á donde destierran á las prostitutas y á los hombres de mala vida. Sobre este establecimiento hablaré con mas extension mas adelante. El Capitan Coock volvió de este su primer viage por Batavia, donde murió Tupia y su criado con otros muchos Ingleses por lo mal sano de aquel clíma. Pasó de allí al Cabo de Buena Esperanza, y llegó á Inglaterra á 12 de Julio de 1771. Al punto se resolvió armar otros dos vageles para concluir los descubrimientos del mar del Sur: el principal objeto de este segundo viage era verificar la exîstencia supuesta de un Continente austral, que se creia situado entre los quarenta y cincuenta grados de latitud austral.)

CARTA CCLXXIII.

Primer viage de Mendaña.

Antes de proseguir con los demas viages del Capitan Cook, se hace preciso extractar los del Adelantado Alvaro de Mendoza, y de Pedro Fernandez de Quirós, para que se vea con la mayor evidencia que todos los descubrimientos hechos en el mar del Sur se deben á Españoles. El primero y segundo viage de Mendaña se hallan compendiados en los *Hechos de Don Garcia Hurtado de Mendoza, Marques de Cañete, por el Doctor Christoval Suarez de Figueroa*, quien tuvo presentes los papeles de Quirós, que fue de Piloto mayor en el segundo viage. He aquí su contenido.

"Será bien tratar de la jornada, dice Figueroa, que en el Vireynato del Marques y con su favor hizo tras muchos años atrasados de espera por falta de él, el Adelantado Alvaro de Mendaña con intento de poblar las islas de Salomon. Juzgo su discurso importante por muchas cosas; mas sobre todo por la noticia que es justo se tenga del descubrimiento de la parte austral incognita, que despues se hizo, de quien fue fundamento el

presente. Mas conviene tocar antes de paso el primer viage que en razon de aquellas islas habia hecho el mismo Adelantado, supuesto servirá no poco para la claridad de lo de adelante.

El año de 1567 siendo por vacante de Virey en el Perú Presidente y Gobernador el Licenciado Castro, por causas que le movieron, despachó á su sobrino Alvaro de Mendaña con título de General, y orden para que descubriese ácia la parte incognita del Sur las tierras que sospechaba hubiese por allí.

Partió del Callao en 10 de Enero de 1568. Reconocieron andadas 1450 leguas, una isla pequeña con gente amulatada: está en altura de seis grados y tres quartas, parte del Sur. Hallaronse aquí los primeros aguaceros, truenos y relámpagos que se vieron; y llamóse la *isla de Jesus*. Distantes de ella ciento y sesenta leguas hay unos arrecifes atravesados de Nordeste Sudueste con algunas isletas en su medio. Tendria el espacio que se vió, como quince leguas: nombraronse estos *los Baxos de la Candelaria*. Está su medio en altura de seis grados, y un quarto. Pusieronse diez y siete dias en llegar á ellos desde la primera isla con grandes contrastes de aguas y vientos.

Tubose vista de otra tierra, y fueron en su demanda. Hallaron un puerto, don-

de entraron, llamándole *Santa Isabel de la Estrella.* Adoran los moradores culebras, sapos, y cosas tales: son amulatados; tienen cabellos crespos, andan desnudos, sí bien con partes tapadas. Es su comida cocos y raices, á que llaman *venaus.* Carecen de carnes y brevages, y así son mas limpios que otros. Entendióse por cosa cierta comian carne humana, respecto de haber enviado el Cacique al General por presente un quarto de un muchacho con su brazo y mano. El le mandó enterrar delante de los portadores, que mostrándose sentidos y corridos del suceso, se fueron baxadas las cabezas. Es gente de parcialidades; tenian guerras unos con otros, y se cautibaban. Dixose aquí la primera Misa; y por hallar aparejo, se hizo un vergantin con que fue á descubrir el Maese de Campo Pedro de Ortega acompañado de diez y ocho soldados, doce marineros y el Piloto mayor Hernan Gallego. Navegóse á Sueste, que así corre la costa, y á seis leguas del puerto hallaron dos islas pequeñas con grandes palmares, en altura de ocho grados, y por el mismo rumbo otras muchas. Viose asimismo una gran bahia con ocho islas pequeñas, todas pobladas de gente, que tiene por armas macanas, arcos y flechas. Leste Oeste con esta ensenada á catorce leguas se vió una grande isla llamada por los Indios *Malaita.* Tiene á medio ca-

mino dos islas, cada una en una punta, que está en altura de ocho grados. Llamóse *isla de Ramos* por descubrirse en su dia.

Corriendo la costa de la *isla de Santa Isabel*, se vió un puerto y cabo en nueve grados, escasas catorce leguas de la ensenada de atras; púsosele nombre *Cabo prieto*. Despues al Sudueste de este Cabo, distancia de nueve leguas, se hallaron diversas islas. Llegóse á la primera, tendrá de bogeo cinco leguas, cercada toda de arrecifes: llamóse *la Galera*. A una legua de ésta, y Noruest Sueste con Cabo prieto, á distancia de nueve leguas, está otra de doce de cuerpo. Es bien poblada; tiene lugares formados y juntos; diósele nombre *Buena-vista*, por tenerla y ser fertilísima: su altura son nueve grados y medio. Vense en su contorno muchas isletas pobladas, y otras cinco en cordillera de Leste Oeste. Saltóse en tierra en la primera: sus moradores enrubian los cabellos: huyen mucho de los arcabuces: tocan al arma con caracoles y tamboriles, y comen carne humana. Es su bogeo veinte y cinco leguas; altura nueve grados y medio: llamóse *la Florida*. Los nombres de las otras tres fueron *San Dimas*, *San German y Guadalupe*. A la parte del Sur de estas cinco islas hay otra, á quien llamaron *Sesarga*. Bogea como ocho leguas; tiene de altura nueve grados y tres quartas. Está con *Buena-*

vista Norueste Sueste, á distancia de cinco leguas. Es alta, redonda, y bien poblada. Tiene mucha comida de inanimes, panais, y algunos puercos. Mirase en medio de ella un volcan, que de continuo está vomitando cantidad de humo.

Tras esta se vió luego otra grande, y en ella un caudaloso rio: salieron en canoas á ver á los nuestros, muchos hombres, mugeres y muchachos. Saltó el Maese de Campo en un pueblo donde en cestillos halló cantidad de gengibre verde, y otras buenas raices con algunos puercos. Llamaron á esta isla *Guadalcanal*, y al rio de *Ortega*. De este parage se volvió el vergantin con toda su gente en demanda del puerto donde habia dexado las naos. Fueron bogeando la *isla de Santa Isabel*, por habérseles ordenado así, pasando por junto á *Cabo prieto*. A siete leguas de él al Oeste Sudueste, á distancia de cinco leguas, está otra isla, á la qual nombraron *San Jorge*. Esta hace canal con *Santa Isabel*. La entrada que está por parte del Sueste, tiene de largo seis leguas, y ancho una, al Oeste. Hallase allí un puerto de ocho á doce brazas de fondo, limpisimo y capaz para mil naos, con la entrada al Sueste, y la salida al Norte, donde hay una poblacion con mas de trescientas casas. Descubrieronse en esta isla algunas perlas de que los Indios hacen

poco caso. Daban muchas por rescate de una canoa que les habian tomado. Corriendo la costa de la isla de Santa Isabel, habiendo andado quarenta leguas, se hallaron unos grandes arrecifes, y en ellos muchas canoas de Indios que estaban pescando. Vinieron todos á tirar flechas al vergantin, y se volvieron.

Hay en estos arrecifes muchas isletas pobladas y despobladas, y en la punta y remate de Santa Isabel, que viene á estar en siete grados y medio, se hallan muchas islas todas pobladas. Tiene de largo esta isla noventa y seis leguas, y veinte de ancho: boxea mas de doscientas. Vieronse aquí murcielagos, que de punta á punta de las alas tenian cinco pies. Girada la isla por la parte del Oeste, hallaron los mismos vientos Lestes y Lesuestes con que navegaron. Habian de volver al Leste en busca del puerto donde quedaron las naos, mas no pudiendo por tener tan contrario el viento, envió el Maese de Campo en una canoa nueve soldados con un marinero y un Indio amigo, que siempre andubo con los nuestros, para que fuesen á dar aviso al General de su ida, y de las causas por qué no llegaban antes. Fueron éstos costa á costa, hasta que en unos arrecifes se hizo pedazos la canoa, y perdiendo algunos el hato, se salvaron todos. Por haberseles moja-

do la polvora, determinaron volver atras en busca del vergantin, caminando para este efecto toda la noche por encima de las peñas con temor de ser asaltados de los Indios. Encontraron con una cruz que habian levantado en cierta parte quando pasaron, y habiéndola adorado, acordaron esperar tres dias le vergantin, y en caso que no viniese, hacer una balsa para irse á los navios. En esta afliccion estaban, quando fue Dios servido llegase, dándoles el contento que se puede imaginar. Hicieron señas con una vanderilla, á que acudió, y embarcando la gente, siguieron su viage hasta las naves, donde hallaron muertos algunos de los suyos, y otros indispuestos.

Por esta ocasion determinó el General salir del puerto por entre unos arrecifes que estan á su entrada. Con vientos Lestes, á veces recios, fue á surgir en una playa de la isla de Guadalcanal. Buscóse nuevo puerto, y hallóse junto á un rio, que llamaron *Gallego*, y al puerto *el de la Cruz*. Tomóse el siguiente dia posesion de la tierra por S. M., y se levantó una cruz en un cerrillo delante de algunos Indios que tiraban flechas. Mataron dos con los arcabuces, y los demas huyeron. Tras esto se envió á Don Fernando Enriquez con el Piloto mayor y treinta soldados á ver la tierra. Queriendo descubrir un rio, cargaron sobre ellos tantos natura-

les, que fue forzoso dexar este intento y atender solo á defenderse. Afirmaron los marineros habia en el rio cantidad de oro. Al volver traxeron dos gallinas y un gallo, que fueron los primeros que se vieron, con que se holgó mucho el General por entender se habia de ir descubriendo cada dia mas tierra con mejoria de cosas. Tornóse á enviar á Don Fernando con el Piloto mayor en el vergantin. Navegaron á Lesueste, y á distancia de dos leguas hallaron el rio *Ortega*, y la costa llena de poblaciones. Fueron tocando de esta manera en diferentes islas y rios, largo de referir, hallando en los moradores á veces resistencia, y á veces buena acogida. En fin, volvieron á los navios, donde hallaron habian muerto los Indios á nueve hombres, que junto con el despensero, fueron por agua. Mostrabase el Cacique de aquella parcialidad amigo del General, mas disgustóse con él por un muchacho que le habian tomado y no vuelto, aunque lo habia pedido. Otro dia despues de sucedida esta desgracia, envió el General al Capitan Pedro Sarmiento, que con toda la gente saliese á tierra á hacer castigo en los Indios y en sus casas. Mató veinte y quemó muchos pueblos, con que se volvió. Saltó segunda vez con cincuenta soldados, y poniendo fuego á diferentes poblaciones, halló en ellas algunos pedazos de camisas y jubones de los muertos.

A 13 de Junio se hicieron las naos á la vela, y dos millas á barlovento, donde habian estado antes con el vergantin, se vièron muchas poblaciones. Fuese desde allí á una isla que se llamó de *San Christoval*: tomóse puerto en ella, saltando el General en tierra. Visto por los naturales, decian por señas á los nuestros se volviesen; mas reconociendo que no lo hacian, fue cosa notable ver las braburas, visages y temblores que hicieron, escarbando en la arena con pies y manos, corriendo al mar, echando el agua por alto, sin otros estraños ademanes. Tocóse una trompeta á recoger, y acudió Pedro Sarmiento con toda la gente adonde estaba el General. Vinieronse los Indios para ellos á punto de guerra: tenia cada uno á dos y tres dardos, y otros macanas, arcos, y flechas. Acercaronse tanto, que si desembrazaran no dexarian de herir; mas viendo que no aprovechaba decirles muchas veces por señas que se fuesen, mandó el General les disparasen algunos arcabuces, con que se mató uno, y se hirieron otros, ocasion de que los demas partieron huyendo. Entraron los Españoles en su pueblo, donde hallaron tanta cantidad de cocos y almendras, que se podia cargar un navio, y así todo aquel dia no se hizo otra cosa sino llevar comida á los que estaban surtos. No osaron los Indios volver mas, embarcándose nuestra gen-

te con lo hecho, porque se acercaba la noche. Este puerto está en once grados; la isla es estrecha y montuosa.

Partió desde allí el vergantin á descubrir mas tierra: halló dos islas distantes tres leguas una de otra; llamóse la una *Santa Catalina*, y la otra *Santa Ana*. Esta es baxa y redonda, con un alto en medio á manera de castillo: es bien poblada y fertil: tiene puercos y gallinas, y un buen puerto á la parte del Leste. Aquí saltaron los descubridores en tierra, donde fueron embestidos de los Indios con muchos dardos, flechas y voceria. Venian pintados de colores con ramos en las cabezas, y unas vandas atravesadas por el cuerpo. Pelearon con bravo brio, hiriendo á tres de los nuestros. Arrojaron al Caudillo un dardo con tanta furia y fuerza (por tenerla grande aquella gente) que le pasaron la rodela y el brazo, y sobró á la otra parte un palmo de hasta: mas al ultimo matando dos, huyeron los demas.

Costeada la isla de San Christoval, volvieron á los navios. Refirió el Piloto mayor no haberse descubierto mas tierra por aquella parte; mas que á la del Oeste era preciso la hubiese espaciosisima. Juntó el General todos los Pilotos y Capitanes, los quales al cabo de tratar de varias cosas importantes, acordaron que se hiciese jarcia, y se aparejasen los navios. Dioseles lado lo me-

jor que se pudo, y concluyeron se diese la vuelta al Perú por la parte del Norte, sin que se perdiese mas tiempo, porque no se acabasen los bastimentos y se perdiesen las jarcias.

Hicieronse á la vela: en altura de dos á quatro grados, parte del Sur, hallaron muchas palmas atadas y leños quemados, que salian de rios, señales de tierra al Oeste: entendieron seria la Nueva Guinea. En once dias caminaron veinte y cinco leguas, y se hallaron en cinco grados, parte del Norte... Dióles la brisa del Leste y Colaterales con algunos aguaceros. Vióse tierra, y fuese á ella: descubriéronse naturales, mas huyeron. Hallaron un escoplo hecho de un clavo, un gallo, muchos pedazos de cuerdas, y cantidad de palmas agujereadas, indicio de que aquellos moradores cogian allí el agua que bebian: dieron la vuelta sin agua. Topóse mas adelante otra isleta baxa, redonda, de mucha arena y matorrales, cercada de arrecifes, poblada solo de infinitos páxaros marinos: bogea dos leguas: su altura diez y nueve grados y un tercio: llamóse *de San Francisco*. En fin, despues una tempestad de las mas furiosas, en que padecieron muchas averias, entraron en el puerto de Santiago á 22 de Enero de 1568.

CARTA CCLXXIV.

Segundo viage de Alvaro de Mendaña.

Pasaronse en silencio muchos años desde el primer viage; pero gobernando en el Perú Don García Hurtado de Mendoza, con su amparo y favor pregonó el Adelantado Alvaro de Mendaña la jornada que por orden de S. M. queria hacer á *las islas de Salomon.*

Vencidas grandes dificultades, se aprestaron quatro baxeles, y se embarcó en el Callao á 11 de Abril de 1595 el Adelantado Alvaro de Mendaña con su muger Doña Isabel Barreto, llevando por Maese de Campo á Pedro Merino Manrique, y por Capitan y Piloto mayor á Pedro Fernandez de Quirós, sugeto de conocida virtud con experimentado conocimiento de los peligros del mar, y noticia de muchas cosas del cielo tocantes á la navegacion. Zarpadas ancoras y dadas velas, surgieron en el puerto de Cherrepe, que lo es de la villa de Santiago de Miraflores, donde el Capitan Lope de Vega tenia alistada ya una buena compañia de gente, mucha de ella casada. Embarcada, pues, ésta, fueron desde allí al puerto de Payta

con intento de hacer aguada. El número de los que iban aquí, era de 378, los 280 que podian pelear. Las armas eran doscientos arcabuces, y otras ofensivas y defensivas. Llamabase la nao capitana San Geronimo; la Almiranta Santa Isabel; la galeota San Felipe; la fragata Santa Catalina.

Salieron á 16 de Junio de Payta: fueron navegando la vuelta del Oessudueste: continuaron la navegacion con vientos Sures y Susuestes, que son los del Perú, hasta que se subieron á la altura de nueve grados y medio. Navegóse desde este punto al Oeste quarta al Sudueste hasta en altura de catorce grados. De este parage se fue al Oeste quarta del Noroeste. A 21 de Julio se pesó el sol á medio dia, y hecha su cuenta, se halló diez grados y cincuenta minutos. Vióse á las cinco de la tarde una isla al Norueste quarta del Norte, distancia de diez leguas; llamóse *la Magdalena* por ser víspera de su dia. Entendióse ser la tierra que se buscaba, por cuyo respeto fue su vista alegre y apacible para todos, celebrando el haber venido en tiempo tan breve con viento en popa, con buen mantenimiento, la gente en paz, sana y gustosa.

El dia siguiente con duda de si aquella isla era poblada, se pusieron las naves al Sur de ella bien cerca de tierra, y de un puerto que está junto á un cerro. Apenas se divisa-

ron éstas, quando salieron de allí en su seguimiento hasta setenta canoas pequeñas, no todas iguales. Son estas unos bateles de cierto palo con unos contrapesos de cañas por cada bordo, á modo de postigos de galeras, que llegan hasta el agua, en que escoran para no trastornarse; bogando todos sus canaletes. Los menos que habia en cada una eran tres, y diez en la que mas. Serian en todos como quatrocientos Indios, casi blancos y de gentil talle, grandes, fornidos, de buenos pies, piernas y manos, con largos dedos, apacibles ojos, boca, dientes, y las demas facciones, de carnes limpias, en que mostraban bien ser gente sana y fuerte. Eran robustos hasta en la voz: venian todos desnudos sin parte cubierta. Traian rostros y cuerpos labrados de azul con algunos dibujos de pescados y otras labores. Los cabellos como de muger, crecidos y sueltos: algunos los llevaban cogidos y enmarañados. Eran rubios los mas, habiendo no pocos muchachos tan lindos, que obligaban á dar gracias á su Criador. Entre los demas habia uno al parecer como de diez años; venia con otros dos en una canoa bogando su canalete, los ojos puestos en la nao, con rostro bellísimo, con aspecto y brio que prometia mucho: buena la color, blanca bastantemente, los cabellos hermosos, y en todo tal, que afir-

ma el Piloto mayor (*de cuyos papeles refiero esto*) no haberle en su vida causado tanta pena cosa como que se quedase perdída en aquella parte tan bella criatura. Venian los Indios con mucha furia bogando sus canoas, y mostrando con los dedos su tierra y puerto. Hablaban alto, y usaban mucho decir *atalut* y *analut*. Esperaron los navios, y llegados, les dieron cocos, y una casta de nueces, cierta comida como masa envuelta en hojas, buenos plátanos, y unos grandes cañutos de agua. Miraban la nao y á su gente, sobre todo á las mugeres que estaban en el corredor, con quienes se reian, holgándose mucho de verlas. En este tiempo alcanzaron de la mano á uno, y con caricias le metieron dentro : vistióle el mismo Adelantado una camisa, y púsole en la cabeza un sombrero : él viéndose así se reia y miraba, dando voces á los demas, con que atraidos entraron hasta quarenta, junto á los quales parecian los Españoles de marca pequeña. Habia entre ellos uno que era mas alto lo que hay de hombros á cabeza, que el mayor hombre que iba allí, con haber uno de bien crecida estatura. Comenzaron á andar por la nave con gran desemboltura, echando mano á quanto podian haber. Muchos de ellos tentaban los brazos de los soldados, tocaban con los dedos en muchas partes, mira-

ban las barbas y rostros, haciendo otras donosas monerias. Como los veian vestidos de tantos colores, mostrabanse confusos: los soldados, por satisfacerlos, se desnudaban los pechos, baxaban las medias y descubrian los brazos, con que mostraban quietarse y holgarse mucho. El Adelantado y otros les dieron camisas, sombreros, y otras cosas menudas que luego colgaban al cuello. Danzaban y cantaban á su modo, y con grandes voces llamaban á los demas, enseñándoles lo que habian recibido. Comenzaron á mostrarse importunos, y á travesear fuera de modo: enfadado Mendaña de sus demasías, les decia por señas que se fuesen, mas ellos no querian, antes con doblada libertad tomaban quanto hallaban delante; unos cortaban con cuchillos de caña hasta pedazos de tocino y carne, y otros querian llevar otras cosas; así mandó el Adelantado que se disparase una pieza. En sintiéndola, se echaron todos al agua con mucho espanto, y nadando se entraron en sus canoas. Quedó uno solo colgado en las mesas mayores de guarnicion, sin que fuese posible hacerle desaferrar, hasta que un soldado le hirió con la espada en una mano: dexóse caer con esto, y mostrando la herida á los demas, le llevaron en una canoa. En este intermedio ataron una cuerda al vauprés de la nao, y bogando tiraban por

ella á tierra, persuadiéndose la habrian de llevar así donde fuese su voluntad.

Con la herida del Indio se alborotáron todos: comenzó á ponerlos en orden uno que traia un quitasol de palma. Habia entre ellos un anciano de larga y buena barba: hacia éste notables fierezas con los ojos: ponia ambas manos en la misma barba: alzaba los mostachos: estaba en pie, y daba voces, mirando á muchas partes. Tocaron sus caracoles, y dando con los canaletes en las canoas, se embrabecieron todos: algunos sacando ciertos palos como lanzas, las blandian, haciendo muestras de quererlas arrojar: otros tiraban piedras con hondas: hirieron con una de éstas á un soldado, habiendo dado primero en el bordo de la nao: los nuestros querian disparar los arcabuzes, mas no tomaba fuego la polvora por haber llovido. Fue de ver el ruido y grita con que los Indios llegaban, y como algunos quando se veian apuntar, ó se ponian colgados de las canoas, ó se cubrian detras de otros. Dióse en la frente un pelotazo al viejo de las braburas, de que cayó muerto, y otros ocho ó nueve con él, y heridos algunos, se fueron quedando y andando los navios. Vinieron despues tres Indios en una canoa dando voces: traia el uno un ramo verde y una cosa blanca en la mano, que se juzgó ser señal

de paz ; parece que decian fuesen á su puerto, mas no se hizo, y así se volvieron dexando ciertos cocos.

Tendrá esta isla de bogeo al parecer diez leguas: es la parte que de ella se vió, limpia y tajada: por el confin del mar alta y montuosa. Tiene el puerto á la vanda del Sur: está en altura de diez grados, y mil leguas distante de Lima. Hay en ella mucha gente, porque ademas de la que vinó en las canoas, estaba la playa y peñas llenas de ella. Desconocióla Mendaña, y así desengañado dixo no ser las islas en cuya demanda venia, sino nuevo descubrimiento. A poca distancia de ésta se tuvo vista de otras tres: á la primera puso el Adelantado por nombre *San Pedro*: estará diez leguas de *la Magdalena* al Norte, quarta del Norueste. No supieron si estaba poblada, porque no llegaron á ella: es de quatro leguas de bogeo, de mucha arboleda, pareja, y no muy alta. Descubrióse otra, á quien llamaron *la Dominica*: está al Norueste de la de San Pedro: tendrá quince leguas de circuito; dista de la otra cinco. Correse de Nordeste-Sudueste: mostró deleitosa vista con buenas llanadas y alturas, en qué se divisaban muchas de copiosa arboleda: pareció estar bien poblada. Está al Sur de *la Dominica* la otra á quien se llamó *Santa Cristina*: pareció tener nueve leguas de bogeo: halla-

se poco mas que á legua de *la Dominica* con canal limpio y hondable. El Adelantado llamó á todas estas islas juntas *las Marquesas de Mendoza* en memoria del Marques de Cañete, y en agradecimiento de los muchos favores que de él habia recibido en su despacho.

Andubose de una y otra vuelta buscando puerto en la *Dominica*: salieron de ella muchas canoas de Indios, algunos de color mas moreno que otros, y dando voces mostraban la misma voluntad que los pasados. Venia entre ellos un viejo de buen rostro, que en la mano traia un ramo verde y otra cosa blanca: llamó éste en ocasion que viraban de otra vuelta, y así creyendo que las naos se iban, comenzó á dar de nuevo muchas voces. Hacia señas con sus mismos cabellos, y con ellos y con el dedo apuntaba á su tierra. Mostró el Adelantado deseo de ir allá, mas no se pudo efectuar por ser la parte del Leste y soplar recio este viento, y no verse puerto abrigado donde surgir; si bien la fragata lo andaba buscando bien cerca de tierra. Esta dixo haber mucha mas gente que se habia visto de la nao: asimismo refirió haber entrado dentro de ella un Indio, que con gran facilidad habia alzado una ternera de la oreja. A este tiempo habian entrado en la Capitana quatro Indios bien dispuestos, donde tras de haber

estado un rato, cogió el uno como al descuido una perrilla regalada, y dando una voz se arrojaron todos al mar con gallardo brio, y nadando la llevaron á sus canoas. El dia siguiente, que lo fue de Santiago, volvió á enviar el General á la isla de *Santa Cristina* al Maese de Campo con veinte soldados en la barca para que buscasen agua ó puerto. Fue, y surto en uno, saltó en tierra con la gente en orden al son de caxa: rodeó un pueblo, estándose quedos los Indios de él: hizo alto, y llamólos: vinieron como trescientos. Los nuestros hicieron una raya con señas de que no pasasen de ella; y pidiéndoles agua, la traxeron en cocos con otras frutas. Salieron las Indias, de quienes afirmaron los soldados ser muchas de ellas hermosísimas, y que habian sido faciles en sentarse junto á ellos en buena conversacion. Dixo el Maese de Campo á los Indios que fuesen á henchir de agua ciertas botijas; mas ellos hacian señas que las cargasen los nuestros, huyendo con quatro de ellas, por cuya causa los acañonearon.

A 28 de Julio surgió el Adelantado en un puerto que halló el Maese de Campo, y saltando en tierra, llevó á su muger con la mayor parte de la gente á oir Misa, á que los Indios estuvieron de rodillas con gran silencio y atencion, haciendo pacíficos to-

do lo que veian hacer á los Christianos. Sentóse junto á Doña Isabel, con ocasion de hacerla ayre, una hermosa India, y de tan rubios cabellos, que procuró se le cortasen algunos; mas viendo que se recataba, lo evitaron por no enojarla. Tomó el General en nombre de S. M. la posesion de todas quatro islas: paseó el pueblo; sembró maiz delante de los Indios, y habiendo tenido con ellos toda amigable conversacion, se embarcó, quedando el Maese de Campo en tierra con toda la gente militar.

Apenas se habia ausentado Mendaña, quando se trabaron unos con otros, que tales son los inconvenientes de un imprudente gobierno. Tiraron los Indios muchas piedras y lanzas con que lastimaron á un soldado en un pie, sin hacer otro daño: con esto se fueron huyendo al monte, llevando consigo hijos y mugeres: fueron seguidos de los nuestros hasta emboscarse, arcabuceándolos de continuo. Subiéronse á las coronas de tres altos cerros, y en ellas se fortificaron con trincheras. Por las mañanas y tardes todos á una voz hacian un rumor sonoro y concertado, que retumbaba por las quebradas: respondianse á gritos, y en fin descubrian voluntad de hacer daño tirando lanzas y piedras, mas salieron vanas todas sus diligencias. Puso el Maese de Campo guardia en tres puestos, para asegurar el pueblo y pla-

ya, donde las mugeres se estaban recreando y los marineros haciendo aguada y leña para las naos. Viendo los Indios el poco daño que hacian con sus armas, y el mucho que recibian de los arcabuces, procuraron amistad y paces. Dexabase esto conocer, porque yendo los soldados por sus haciendas, salian amorosamente á ellos, ofreciéndoles racimos de platanos y otras frutas: parece que debian sentir la falta del regalo de sus casas, supuesto preguntaban por señas quando se habian de ir. Venian ya á los cuerpos de guardia algunos con cosas de comer, las quales daban liberalmente, en especial un Indio de buena traza con quien el Capellan trabó grande amistad, llamándose los dos *camaradas*: enseñóle á santiguar, y á decir Jesus Maria. Estaban los demas del mismo modo en conversacion con sus nuevos amigos: tenia cada uno el suyo, á quien en viniendo, buscaba, sentándose aparte con él: preguntabanse por señas unos á otros cómo se llamaba el cielo, tierra, mar, sol, luna, estrellas, y todo lo demas que se estaba viendo, y ellos lo decian con muestras de mucho gusto. Eran los ultimos acentos que formaban al despedirse, *amigos*, *amigos*, *camaradas.*

Vino al cuerpo de guardia el Indio que se dixo era amigo del Capellan, y porque le viese el General, le embarcaron: fue muy

alegre diciendo *amigos* : recibióle el Adelantado con mucho amor y regalo : dióle conserva y vino , y no la comió ni bebió. Comenzó á mirar los ganados , y pareció ponerles nombre : miró la nao y las jarcias con todos los árboles y velas. Baxó entre cubiertas , y notólo todo con cuidado mas que de Indio. Pidieronle que dixese *Jesus* ; hizolo así , mostrando en todo buen animo. Luego instó por personas que le volviesen á tierra, y en fin fue tanta la ley de este Indio , que quando supo que trataban de irse las naos, mostró pesar , y quiso seguir su compañia.

Hallase Santa Christina bien poblada: es en su medio alta : tiene quebradas y valles , donde habitan los Indios. Al puerto llamaron *de la Madre de Dios*. Está á la parte del Oeste en altura de nueve grados y medio, abrigado de todos vientos : su forma parece de herradura con boca angosta. Tiene á la entrada de fondo limpio de arena treinta brazas; á medio puerto veinte y quatro , y doce junto á tierra. Sirvele de señas un cerro de la parte del Sur tajado al mar. Vese en lo mas alto un pico , aunque tiene otros, y de la parte del Norte una roca concava. Descubrense cinco quebradas de arboleda , que vienen á conformar con el puerto, y un cerro que divide dos playuelas de arena , con un caño de bonísima agua , que cae de altura de estado y medio , tan grueso

como un puño, con un arroyo cerca de no menos bondad. Pasa éste por junto á un pueblo que los Indios tienen allí; de suerte que caño, arroyo y pueblo se hallan juntos en la playa que está al pie del cerro en la parte del Norte. Hay en la otra del Sur unas casas entremetidas con árboles, y á la parte del Leste unos riscos con algunas quebradas de donde baxa el arroyo. Los mas Indios de esta isla no parecieron tan blancos como los de la Magdalena: tienen el mismo uso de hablar, las mismas armas y canoas con que se sirven de cerca. Su pueblo es como dos lados de un quadrado, uno de Norte Sur, y otro de Leste Oeste, con las pertenencias bien empedradas: lo demas con forma de plaza llana, ceñida de espesos árboles. Las casas parecian comunidades: son hechas á modo de galgones, y de dos aguas: el suelo mas alto que el de la calle. Pareció que se recogia mucha gente en cada una, respecto de haber muchas camas señaladas. Tenian las unas puertas baxas, y otras abierto todo el lienzo frontero. Son armadas de madera y entretexidas de grandes cañas, cuyos cañutos gruesos como un brazo tienen á mas de cinco palmos de largo. Afirman ser las mugeres bellísimas de rostros, de lindas manos, de gentil cuerpo y cintura, excediendo muchas en perfeccion á las mas hermosas de Lima. Eran bastantemente blan-

cas: andaban de pechos abaxo cubiertas con ciertas túnicas texidas sutilmente de menudísima palma.

Apartado del pueblo estaba un oráculo cercado de palizada con entrada al Oeste, y una caia casi en medio con puerta al Norte, en que habia algunas figuras de madera mal obradas, y allí ofrecidas algunas cosas de comer, entre ellas un puerco que los soldados descolgaron; y queriendo quitar otras cosas, los Indios les fueron á la mano, diciendo con acciones que no las tocasen, dando á entender respetaban aquella casa y figuras. Tenian tambien fuera del pueblo algunas piraguas, largas y bien obradas de un solo palo, con forma de quilla, popa y proa, y añadidas con tablas, amarradas fuertemente con ternelas que hacen de cocos. En cada una cabrán de treinta á quarenta remeros. Preguntados por señas de qué servian, daban á entender iban con ellas á otras partes. Labranlas con unas azuelas que hacen de huesos de pescados y caracoles. Afilanlas en guijarros grandes que tienen para esto.

El temperamento, salud, fuerzas y corpulencia de aquella gente dice lo que es el clima donde viven. La ropa se sufria bien de noche y de dia: no molestaba el sol mucho: hubo algunos aguaceros no grandes: nunca se sintió rocío ni sereno, sino gran

sequedad, tanto que sin tenderse, se hallaban secas por la mañana las cosas que dexaban mojadas en el suelo de parte de noche, aunque no se puede saber si pasaba así todo el año. Vieronse puercos y gallinas de Castilla. Los árboles que se apuntó estaban en la plaza, daban cierta fruta que llega á ser como la cabeza de un muchacho, cuyo color quando está madura, es verde claro, y verdísima quando acerba: señala la cáscara unas rayas cruzadas al modo de piña: no es su forma del todo redonda, es algo mas angosta en la punta que en el pie: de este nace un pezon, que llega hasta el medio de ella y del pezon una armadura de telas. No tiene hueso ni pepita, ni cosa sin provecho, fuera de la cáscara, y esa es delgada: el resto es una masa de poco zumo quando madura, y quando verde, de menos. Comieronse muchas de todas maneras: es tan sabrosa, que la llamaban manjar blanco: tuvose por sana y de mucha substancia. Las hojas de su arbol son grandes y muy harpadas á manera de las papayas. Hay otra fruta metida en herizos como castañas, mas el meollo de cada una será como seis de las de Castilla, y tiene casi su gusto: su forma es á modo de corazon llano. Hay unas nueces del tamaño de las nuestras comunes, y casi de su mismo sabor: tienen la corteza

durísima y sin alguna junta: no está su meollo entremetido en la cáscara, sino tan libre que quando la parten, sale entero facilmente: comieron y llevaron muchas, descubriendo al ultimo ser fruta aceytosa. Vieronse sembradas en la playa calabazas de Castilla, y entre ellas unas flores, aunque de buena vista, sin ningun olor.

De lo intimo de la isla nada se puede decir, porque no se entró; mas de lo visto afirman los soldados eran frutales todas sus arboledas. En tanto que el general estuvo en esta isla hizo se aderezase la galeota: mandó recoger agua y leña, aprestar las naos, y embarcar la gente. Primero que partiese hizo levantar tres cruces en diferentes lugares, sin otra que se esculpió en un arbol con año y dia. A cinco de Agosto zarparon é hicieron vela en demanda de las islas de su descubrimiento. Navegóse la via del Este, quarta al Sudueste con el viento Leste, que se iba haciendo Lesueste, y á la misma quarta, y á la del Norueste se anduvieron al parecer quatrocientas leguas. A tres ó quatro dias de navegacion dixo el Adelantado se habia de ver aquel dia la tierra que buscaba: alegró mucho esta nueva á todos; mas mirando á todas partes no fue vista ni en aquel ni en otros muchos, causa de entristecerse los soldados, porque al paso que se alargaba el viage, iba faltando el agua y bastimentos,

supuesto se habia gastado largo con la nueva de la tierra. Comenzaron á campear la flaqueza y desconfianza, mostrándola casi los mas; ni hay de que espantarse, requiriendo semejantes empresas sujetos muy hechos á grandes trabajos y muy sufridores de ellos.



CARTA CCLXXV.

Continuacion del viage.

Domingo 20 de Agosto andadas las quatrocientas leguas, amaneció á los navios junto á quatro isletas pequeñas y baxas con playas de arena llenas de muchas palmas y arboleda. Pareció tener de bogeo todas quatro ocho leguas poco mas ó menos: estan como en quadro cerca unas de otras: tienen del Sudueste hasta el Nordeste por la parte del Leste unos bancos de arena, ocasion de no poder ser entradas por aquellos lados. Descubrese una cabeza en la restringa que va mas al Sudueste: llamólas el General *islas de San Bernardo* por ser su dia. Quisieron buscar puerto en ellas, y á ruegos del Vicario se dexó de hacer. No se sabe si estaban pobladas, aunque dixeron los de la galeota que habian visto dos canoas; mas entendió-

se ser antojo. Estan en altura de diez grados y un tercio á la parte del Sur ; longitud 1400 leguas de Lima.

Pasadas estas se halló viento Sueste, que siempre duró , y á veces con breves aguaceros: no faltaban espesos y gruesísimos nublados de varios colores. Formabanse de ellos con estrañeza muchas figuras , que en contemplarlas se gastaban buenos espacios. Mostrabanse á veces tan fixas, que tardaban todo èl dia en desvanecerse: dando sospechas fuese por tierra , respecto de suceder ácia la parte incognita. Fuese navegando la via del Oeste y de sus dos quartas de Norueste y del Sudueste , siempre por altura conforme á la instruccion y voluntad del Adelantado, que fue no subir á doce grados ni baxar de ocho , navegándose de contino de diez á once. Martes 29 de Agosto se vió una isleta baxa y redonda, copiosa de árboles , y cercada en tierra de arrecifes que salian fuera del agua. Seria su circuito una legua , y su altura de diez grados y dos tercios , distante de Lima 1535 leguas: llamóse Solitaria por ser sola. Mandó el Adelantado á los dos vageles pequeños fuesen á buscar en ella puerto para hacer leña y agua , de que ya iba necesitadísima la Almiranta. Surgieron en diez brazas , y á voz alta dixeron al General pasase de largo , respecto de ser todo aquel suelo de grandes peñascos que fueron vistos ; y

pasando por encima con la sonda, hallaron unas veces á diez brazas, otras á ciento no habia fondo. Ponia espanto ver la nave sobre tantas peñas: valieronse de toda velocidad para salir, como se hizo, á limpia mar.

Pasó el General con sufrimiento el tropel de murmuraciones y desconfianzas, deseando evitar pecados públicos y secretos, en que hizo quanto pudo. Navegaron en 7 de Setiembre con viento Sueste algo recio en popa: veiase por la proa el tiempo cerradísimo, causa de que el Piloto mayor enviase delante la galeota y lā fragata, una á vista de otra y del galeon. Ordenóles que si viesen tierra ó baxos, ó qualquiera otra cosa de que avisar, hiciesen por señas dos lumbres, que otro tanto se haria en respuesta; mas pudo tanto el recelo, que en cerrando la noche se quedaron atras. Con estos temores y dudas iban navegando con el cuidado á que obligaba tal noche. Vióse como á las nueve la nao Almiranta, y á las once por la banda de babor se vió un grande y espesísimo nublado que por aquella parte cubria el horizonte. Estuvieron dudosos los que velaban, si era tierra; mas desengañóles presto un crecido aguacero, que brotó al instante de aquella preñez. Pasado, se vió claramente tierra, de que apenas la Capitana distaba

una legua: reconocida con el regocijo que se suele, se publicó en alta voz, saliéndola á ver todos. Cogióse al galeon la vela, y puesta de mar en través, se hicieron muchas señales á los otros vageles: respondieron solamente de los dos sin verse nada del otro. Llegó el dia con que se vió al Sueste una punta rasa algo gruesa y negra por abundar de árboles, y volviendo los ojos no pareció la Almiranta, de que todos quedaron tristes y confusos, mostrando el sentimiento que era razon. Descubrióse tambien con el dia un alto cerro hecho á modo de pan de azucar todo tajado, y á la parte del Sueste otro cerrillo, cuyo cuerpo pareció de tres leguas: está á ocho de la isla. No tiene puerto ni parte donde poder saltar, por ser todo cerril y pelado sin tener arbol ni cosa verde, sino cierto color de tierra y piedras de estraña sequedad. Tiene hendiduras, en especial dos á la parte del Oeste, por donde, y por lo mas alto del cerro sale con estruendo mucha cantidad de centellas y fuego. Tenia una punta muy bien hecha, que á pocos dias de tomado puerto, descoronó rebentando con tan gran temblor, que con estar diez leguas distante de allí la parte donde se surgió, se oyó con notable asombro, estremeciéndose el navio. De allí adelante de quando en quando habia grandes truenos dentro de él, y esto mas de ordinario al vomitar el fuego, y

en acabando, salia tanto y tan espeso humo, que parecia tocaba la superficie del primer cielo; quedando despues gruñendo ordinariamente. Mandó el General fuese á bogear el volcan la fragata, por ver si la Almiranta, habiendo por ventura pasado á la otra parte de él, estaba con su abrigo en calma, ordenándole se viniese en demanda de la isla descubierta.

Estando ya cerca de ella, salió un canalucho con su vela, y detras de él una flota de otras cincuenta: los que venian dentro, dando voces y meneando las manos, parecia llamaban á los de la nave, que aunque con recelo, tambien los llamaron. Llegados los baxeles se descubrió era la gente que venia en ellos de color negro atezado, y algunos mas loros, todos con cabellos frisados, y muchos los traian blancos, rubios y de otras colores, por ser cierto el teñirselos, quitada la mitad en la cabeza, y hechas otras diferencias, con los dientes teñidos de colorado. Venian todos desnudos, salvo partes, que las cubrian con unas telas blancas. Estaban embixados los mas con tinta mas negra que su color, y con otras diferentes. Divisabanse en sus rostros y cuerpos algunas rayas, ceñidos los brazos con muchas vueltas de bejuco negro, y colgadas del cuello muchas sartas de ciertas cuentecillas menudas de hueso, evano, y dientes de pescados,

Llevaban colgadas por diferentes partes de sus personas cantidad de patenas chicas y grandes, hechas de conchas de perlas. Las canoas eran pequeñas, y algunas venian amarradas de dos en dos. Sus armas eran arcos y flechas con puas muy agudas de palo tostado; otras la tenian de hueso harponadas, y algunas con plumas untadas las puntas con yerba al parecer, aunque de poco daño. Traian piedras, macanas de madera pesada, que son sus espadas, dardos de palo recio con tres ordenes de harpones, con mas de un palmo de punta. Llevaban, en la forma que se suele el tahalí, ciertas mochilas de palma bien labradas, llenas de vizcocho que hacen de unas raices, de que todos venian comiendo, y de que dieron parte con facilidad.

Apenas vió el Adelantado su color, quando los tuvo por la gente que buscaba, diciendo esta es tal isla ó tal tierra: hablóles en la lengua que aprendió en el primer viage, mas jamas los entendió, ni ellos le entendieron. Pararonse á mirar los vageles, y todos andaban como graznando al rededor de ellos. Nunca quisieron entrar, aunque mas se lo persuadieron, antes hablando unos con otros, se pusieron presto en arma, á que parece les persuadia un Indio alto, flaco, y viejo que estaba en la delantera. Sin esperar mas, enarcaban los arcos para tirar: habla-

bales el anciano, y abatianse luego: corria la palabra por todos, y no se acababan de resolver, hasta que finalmente determinados, dando grita, tiraron muchas flechas que clavaron por las velas y otras partes de los navios, sin hacer otro daño. Visto esto se mandó á los soldados, que ya estaban prestos, los arcabuceasen: mataron á uno é hirieron á muchos, con que huyeron todos con grande espanto. Anduvieron de una en otra vuelta buscando puerto, tan deseado de todos, por el mucho trabajo que padecian, entendiendo estaba cierto su refrigerio en saltando en tierra. Vino la fragata sin hallar la Almiranta, que de nuevo dobló la sospecha y pena. Surgieron los tres vageles á la boca de una bahia al abrigo de unos baxos: el fondo era á pique, y con la creciente de la marea garró el galeon como á las diez de la noche con notable peligro de dar en los baxos. Salió el General á animar la gente: fue grande la priesa y bullicio por estar el riesgo cerca, y hacerle mayor el ser de noche. En fin se recogieron las ancoras, y dadas velas, salió la nao á limpia y ancha mar con gran trabajo. En amaneciendo se embarcó el General en la galeota, y fue á buscar el puerto. Halló uno el Piloto mayor aunque pequeño, situado al Norueste del volcan, abrigado del Sueste, con doce brazas de fondo, con pueblo, rio,

lastre, leña y parte ayrosa. Por ser ya tarde se surgió en una punta: saltó un sargento en tierra con doce arcabuceros para asegurar el puerto. Salieronles á flechar los Indios de un pueblo que estaba cerca con tanto impetu, que los obligó á fortificarse en una sola casa que hallaron. Dispararonse de la nao dos piezas con que les hicieron partir y huir, yendo la barca á traer la gente. Andubose toda la noche por el mar, y el dia siguiente halló el Adelantado un puerto muerto y abrigado de todos vientos. Surgióse en él en quince brazas de fondo de lama, y junto á tierra rio y pueblos, de los quales se sentia toda la noche músicas y bayles á su usanza, con palos tocados unos con otros, y con tamboriles. Surtos allí, vinieron á ver las naos y gente muchos Indios: traian los mas unas flores coloradas en las cabezas y narices. A persuasion de los nuestros subieron algunos á la nao Capitana, dexando las armas en sus canoas: entre los demas un hombre de buen cuerpo y rostro, de color trigueño, algo flaco y cano: parecia su edad de sesenta años. Traia en la cabeza unos plumages azules, amarillos y colorados, y en las manos arco y flecha con puntas de hueso labradas: venian á sus lados dos Indios de mas autoridad que los otros. Entendieron ser éste alguna persona señalada

entre ellos, así por la diferencia del trage, como por el respeto que le tenian los demas. Preguntó luego por señas quién era la cabeza de los recien venidos: recibióle el Adelantado con grande amor, y tomándole de la mano, le dió á entender era el mismo. Dixo el Indio que se llamaba *Malopé*, y respondió el Adelantado, que él *Mendaña*: entendiólo Malopé, y replicó, aplicándose á sí el nombre oido, que él se llamaba Mendaña, y que el General se llamase Malopé. En acabando de satisfaçerse de este trocado, mostró estimarlo mucho, y quando le llamaban Malopé, decia que no, sino Mendaña, y señalando con el dedo al Adelantado, decia que aquel era Malopé. Decia tambien que se llamaba *Taurique*, pareciendo ser este nombre de Cacique ó Capitan. Vistióle Alvaro de Mendaña una camisa, y dióle otras cosas ligeras y de poco valor Dieron á los otros Indios los soldados plumas, cascabeles, cuentas de vidrio, pedazos de tafetan y algodon, y hasta naypes. Colgáronlo todo al cuello: enseñáronles á decir *amigos*, *amigos*, cruzadas las manos, abrazándose unos á otros en señal de paz: aprendiéronlo luego, y usábanlo mucho. Mostráronles espejos, limpiáronles con navajas barbas y cabezas, y con tixeras les cortaron las uñas de manos y pies, de que se holgaban mucho, pidiendo con instancias las navajas

y tixeras. Tambien procuraban saber lo que estaba debaxo de los vestidos, y desengañados hacian las mismas monerias que los de las primeras islas. Esto duró quatro dias: iban y venian, y daban lo que tenian de comer.

Vino un dia Malopé, que era quien acudia con mas freqüentacion y quien se mostraba mas amigo, junto á cuyo pueblo estaban surtos los vageles: juntaronse con él cincuenta canoas en que todos traian escondidas sus armas, esperando á su Malopé, que estaba dentro de la Capitana; de donde, porque un soldado tomó un arcabuz en las manos, se fue, sin que le pudiesen detener, huyendo á sus embarcaciones, y de allí á tierra, siguiéndole todos los suyos. Habia en la playa otro golpe de gente, de quien fue recibido con particular alegria, haciendo entre ellos al parecer grandes consultas. Aquella misma tarde sacaron los Indios todo lo que tenian en unas casas mas cercanas, y lo retraxeron al puerto de Malopé. La noche siguiente hubo de la otra banda de la bahia grandes fuegos, que duraron la mayor parte de ella. Pareció ser señal de guerra, y se confirmó por la sospecha que aquel dia habian dado las canoas, andando con mucha priesa de unos pueblos en otros, como que aprestaban ó avisaban alguna cosa.

La mañana siguiente salieron de la galeota en el batel por agua que estaba cerca, y andándola cargando, ciertos Indios que estaban emboscados, acometieron á los soldados con gritos, y disparándoles flechas vinieron siguiéndolos hasta la barca, de donde porque los arcabucearon, se detuvieron. Fueron curados los heridos, y el General ordenó al punto al Maese de Campo que saliese á tierra con treinta soldados, y á sangre y fuego procurase hacerles todo el mal que pudiese. Hicieron rostro los Indios, de que murieron cinco, y los demas huyeron. Retiraronse los Españoles á su salvo, dexando cortadas palmas, y quemadas ciertas canoas y casas.

Este mismo dia envió el Adelantado en la fragata al Capitan D. Lorenzo con veinte soldados y marineros á buscar la Almiranta, llevando por instruccion que bogease la isla por la parte que estaba por ver, y se fuese á poner en el parage donde les habia anochecido quando se vió la tierra, y que estando allí, fuese del Oeste al Norueste, que era el rumbo que la Almiranta podia llevar, fuera del que la Capitana habia seguido, y que viesen lo que hallaban en aquel camino. Ordenó tambien al Maese de Campo se aprestase con quarenta hombres para ir aquella madrugada (como fue) á unos ranchos que estaban cerca de un cerro, á fin de hacer

castigo en los Indios por haber flechado su gente, y por ver si con el daño que se hiciese á éstos se podian escusar otros mayores. Llegó sin ser sentido de los naturales; cogióles los pasos, cercóles las casas, y les pegó fuego, acometiendo á siete que estaban dentro. Estos viéndose apretados de las llamas y gente, procuraron defenderse con particular valor, y no bastando, embistieron con sus enemigos, y se metieron por sus armas sin estimar las vidas: dexáronlas los seis, y el que escapó corriendo, fue mal herido. El Maese de Campo se recogió con la gente, entre quienes quedaron flechados siete.

Llegada la tarde, vino Malopé á la playa (porque los pueblos y canoas que se quemaron eran suyos) y en alta voz llamó al Adelantado por nombre de Malopé, y dándose en los pechos, decia por sí mismo *Mendaña.* Abrazóse; y de este modo se quejaba, mostrando con el dedo el daño que le habian hecho, y por señas decia, que su gente no habia flechado á la nuestra, sino los Indios de la otra parte de la bahia, y encarando el arco daba á entender fuesen todos contra ellos, que él ayudaria á la venganza. Llamóle el Adelantado con deseo de darle satisfaccion, mas no vino hasta otro dia, en que hubo de parte á parte mucha amistad.

El dia de San Mateo se dieron las velas de este puerto para otro mayor y mas aco-

modado que se halló á media legua dentro en la misma bahia. Yendo navegando ácia él, llegó el Capitan Don Lorenzo, y truxo por nuevas, que bogeando la isla en cumplimiento de la instruccion que habia llevado, vió en ella Norte Sur con la bahia donde estaban surtos, otra que no parecia menos buena, y que mostró mas gente y embarcaciones. Refirió que habia visto mas adelante junto á la isla grande otras dos medianas muy pobladas, y que en la parte del Sueste á ocho leguas vieron otra isla, que pareció tenerlas de bogéo, y que á nueve ó diez leguas como al Lesnorueste donde les anocheció quando se vió la tierra, habia topado con tres islas pobladas de gente mulata, color clara, y llena de muchas palmas con gran cantidad de arrecifes que corrian al Oesnorueste con sus restingas y canales, á los quales no vieron fin, concluyendo con que no habian hallado rastro de la nave buscada.

Surgióse en el segundo puerto, gastando los Indios de aquella parte toda la noche en dar gritos, como que toreaban ó hacian burla, diciendo muy claro muchas veces *amigos*. Venida la mañana, acudieron de tropel á la playa mas vecina cantidad de quinientos Indios, tirando á los vageles muchas flechas, dardos y piedras. Viendo que no alcanzaban con ellas, se metian muchos en el agua hasta los pechos, y otros á nado. Acer-

caronse dando alaridos, tanto que aferradas las boyas de los bageles, se iban con ellas á tierra.

Visto por el Adelantado su atrevimiento, mandó al Capitan Don Lorenzo que con quince soldados saliese en la barca á escaramuzear con ellos. Los rodeleros reparaban á los arcabuceros y bogadores, y con todo eso flecharon á dos, y fueran mas á no estorbarlo las rodelas, algunas de las quales pasaron de parte á parte. Peleaban los Indios muy esparcidos y de salto, mostrándose tan briosos, que se entendió habian encontrado gente que sabria bien defender sus casas. Duró esto mientras les pareció que nuestras armas no hacian el mal que vieron; mas desengañados con la muerte de dos ó tres, y de algunos heridos, desampararon la playa, llevándoselos consigo.

El siguiente dia, hallándose el Maese de Campo en tierra, trató con los soldados de desmontar un sitio que estaba junto á un gran manantial, para la fundacion de un pueblo. No agradó el lugar á todos los soldados por entender que seria enfermo: así se vinieron á la nao algunos de los casados á dar aviso al General de la determinacion del Maese de Campo, y pedirle saliese á tierra á hacer que se poblase en uno de los pueblos de los Indios, que por estar ya hechas las casas, y los sitios usados, era fuerza fuese

mas aproposito que el lugar que se escogia. Salió á esto el Adelantado, y haciendo junta, y siendo los mas soldados del parecer del Maese de Campo, sacaron achas y machetes con que comenzaron á cortar árboles que los habia de lisos troncos, altos y acopados. Quedó Mendaña poco gustoso de aquel acuerdo, por ser su intencion poblar en una punta rasa que está mas á la entrada de la bahia. Cortaban los soldados con mucho gusto los árboles, trayendo palos con que armaban chozas, y palmas y otros ramos para cubrirlas. Olvidados de lo que trabajaban y del poco regalo que de presente tenian, no se acordaban de sus patrias, ni de haber dexado la provincia del Peru tan rica y larga. Todas quantas dificultades se podian ofrecer, vencian por el servicio de Dios y de su Rey. Todo lo puede el animo y valor de los Españoles, á quienes no espantan trabajos, ni malos sucesos suyos y agenos, por arduos y temerosos que sean. En fin, hicieron sus casas, y plantaron sus tiendas lo mejor que cada uno pudo, para principio de las que habian de hacer en partes donde entendieron vivir y acabar con honra y fama.

Esta bahia á quien el Adelantado puso por nombre *la Graciosa* (que tal es ella), tendrá de circuito quatro leguas y media: correse de Norte Sur quarta del Nordeste Sudueste. Está en lo mas Occidental de la isla por

la parte del Norte de ella, y al Sur del volcan dicho. Tiene de boca media legua, y á la parte del Leste un arrecife, mas con la entrada bien franca. Hacese esta bahia con una isla que está de la parte del Oeste, cuyo cuerpo es de quatro leguas. Es fertilísima y muy poblada por las orillas y tierra adentro. Dista de la isla grande poco espacio, dividida con piedras y bancos, y algunos pequeños canales, por donde no pueden pasar sino bateles y canoas. Hallase el puerto en lo postrero de la bahia, entre un copioso manantial de agua clarísima que á tiro de mosquete sale debaxo de unas peñas, y un rio mediano apartado de allí como unos quinientos pasos. Está el puerto en altura de diez grados y un tercio, 1850 leguas de Lima. Hay en él refriegas del Suerte, cosa de poco daño. Su fondo es lama, y de quarenta, treinta, veinte brazas, siguiéndose muy cerca de tierra. Hay aquí muchos puercos, que asan enteros sobre guijarros, gallinas de Castilla, blancas las mas (éstas vuelan por los árboles y crian en ellos), perdices como las nuestras, palomas torcaces, tórtolas de las pequeñas, patos, garzas blancas y pardas, golondrinas y otros páxaros que no se conocieron. De sabandijas solo descubrieron ciertas lagartijas negras, y algunas hormigas, sin género de mosquitos, cosa nueva en poca altura. Hay muchas suertes de peces

que los Indios pescan con trasmallos que tienen: el hilo parecia ser de pita con boyas de un palo ligero, y plomadas de piedra. Hallanse infinitos platanos de seis ó siete castas, y no menos cantidad de cocos, con muchas y grandes cañas de azucar. Vieronse almendras de tres esquinas con grueso meollo y bonísimo sabor: piñas como la cabeza de un hombre, con piñones tan grandes como almendras de España. Los árboles donde nacen tienen pocas hojas, mas crecidas. Tambien hay de la fruta grande de las primeras islas, y asimismo el género de nueces y castañas que se apuntó entonces. A otra llamaron camuesa: nace en altos y grandes árboles, y junto á ella otras que no son tan buenas, á modo de peros. Hay tres ó quatro castas de raices que les sirven de pan: comenlas asadas ó cocidas: tiene la una algo de dulce, las otras dos pican un poco al principio. Un soldado comió una cruda, de que le resultaron grandes bascas, mas pasó luego el accidente. Los Indios hacen de éstas á tajadas gran suma de vizcocho seco al sol, ó al fuego: guardanlo en espuertas de palma: es buen sustento, y solo podria tener de no tal el ser algo cálido. Abunda aquella parte de bejuco de que se sirven para cuerdas. Hallase copia de calabazas y de albahaca de fortísimo olor, con otras flores coloradas de buena vista que los Indios precian

mucho; no huelen: crianse en arbolitos como *Agies*, y tienenlos como en macetas junto á sus casas. Es mucha la cantidad de gengibre que hay y nace sin que se siembre: está cubierto el suelo de una yerba bien alta, que se llama *jiquilite*, que es de la que se hace tinta añil. Los árboles de pita son muchos, y mucha la *damagua* de que se hacen sus cuerdas y redes. Hay curiosos caracoles, como los que se traen de la China, y varias conchas de perlas. Cerca del sitio que poblaron los Españoles, orilla del manantial, hay un arbol, en cuyo tronco tenian los naturales hecha una herida, de que destilaba un licor de buen olor, que se parecia mucho al aceyte de Beto. Hacen los Indios mochilas y bolsas de palma curiosas, y petates grandes que sirven de velas para sus embarcaciones. Vieronse ciertas telas sin saber de qué eran: texenlas en unos pequeños telares, sirviéndoles en lugar de lienzo y mantas con que las mugeres se cubren. Acostumbran mucho una comida que llaman *brete* (*betel*), tambien conocida y usada no poco en la India Oriental: es una hoja con hechura de corazon, grande como una mano: tiene olor, sabor y color de clavo, y junta con otras cosas la mascan: echase fuera el primer zumo y tragan el resto: alabase por provechosa y buena para fortalecer el estómago y dentadura.

Son sus pueblos de veinte casas poco mas ó menos: hacenlas redondas, y de tablas, armadas sobre un solo estante de palo grueso: tienen dos sobrados, á que suben por escaleras de mano: estan cubiertas de palmas entretegidas unas con otras. Son abiertas todas en rueda, altura de medio hombre, y cerradas de un paredon de piedras sueltas en su entrada en lugar de puerta. Habia en cada pueblo una casa grande como oráculo, con figuras humanas de medio relieve, mal obradas, y otra casa larga que pareció ser de comunidad; á la larga por enmedio de ellas unas barbacoas de cañas. Habia diez ó doce pueblos de éstos á la orilla del mar, y en cada uno dos pozos hechos curiosamente con escalones por dónde se baxa á ellos, y cubiertos con sus tapaderas de tablas. Tienen junto al mar algunos corrales cercados de piedras, donde quando crece, pescan con cierta invencion, y un palo á modo de guindalete de bomba. Las canoas con que navegan á lo lejos son hermosas y grandes, porque las chicas les sirven solo para cerca de sus casas. Estas tienen formada su quilla algo chata, con popa y proa de un solo tronco: tienen su escotilla en medio, por donde sacan el agua que entra en él, y meten el arbol mayor. Arman en ellas unas barbacoas con palos atravesados, y con cuerdas amarradas fortisima-

mente de que nacen otros que á la larga se cruzan por un bordo, y sirven de escorar para no trastornarse; de modo que el vaso solo sirve de sustentar esta fábrica en que caben treinta y mas hombres con sus hatos. La vela es de petate, ancha y larga por arriba, y angosta por abaxo. Son muy veleras y buenas de barlovento, tanto que la fragata procuró coger una, y se le fue de debaxo del bauprés.

Tienen sus haciendas, labranzas y frutales muy puestos en razon: es la tierra negra, esponjosa y suelta; el temperamento es como las demas tierras de su altura. Hubo algunos truenos y relámpagos, y muchos aguaceros, mas no mucho viento. El Adelantado puso á esta isla nombre de *Santa Cruz*: tiene de bogeo al parecer cien leguas. Todo lo que se vió de ella se corre casi de Leste Oeste: no es tierra muy alta, y aunque tiene sierras con quebradas y llanuras, es limpia de malezas. Por todas las orillas del mar está bien poblada; de lo demas adentro no dan razon, porque no lo andubieron.



CARTA CCLXXVI.

Desgracias en esta isla.

Aquí se detuvieron los Españoles dos meses y ocho dias, en que pasaron notables cosas. Quanto á lo primero, ciertos soldados de mala intencion mataron á Malopé, el Indio amigo del Adelantado, de quien todos habian recibido muy buenas amistades. Sintieron los suyos con extremo su muerte, y la lloraron en público y en secreto muchos dias, intentando diversas veces vengarla en los nuestros. Dexaron de acudir con los muchos socorros de mantenimiento que de contino traian al campo, que les hizo gran falta. Castigóla Mendaña mandando quitar la vida al culpado, con que procuró satisfacerlos, mas no fue posible. En fin, del mudar temple, comida y costumbres, del trabajar, andar al sol, mojarse sin tener que mudar, dormir en el suelo, y otros desconciertos y contrarios, sobrevinieron peligrosas enfermedades. Seguia á estos inconvenientes la falta de médico que entendiese su mal, y la de los remedios que se debian hacer, careciendo casi los mas de quien los sirviese y regalase. Comenzaron, pues, á morirse mu-

chos, siendo cosa lastimosa verlos en las manos de sus accidentes metidos en unas chozas, unos frenéticos, y otros poco menos; unos yendose á la nao con imaginacion de hallar salud, y otros de la nao al campo, pensando hallarla en él. De estas lástimas nacieron revoluciones con algunos asomos de sedicion; pagóla el Maese de Campo, á quien se atribuia, con muerte violenta, y otros dos del mismo modo, que con certeza se tenian por complices del mismo delito.

Murió el Capellan Antonio de Serpa: tras él cayó malo el General, agravándosele en corto espacio la enfermedad muchísimo. Hubo en 17 de Octubre un eclipse total de la luna, que al ascender por el orizonte venia ya toda eclipsada. Hallóse el Adelantado tan flaco, que ordenando su testamento apenas lo pudo firmar. Dexó por heredera universal y por Gobernadora á Doña Isabel Barreto, su muger, por tener de S. M. cédula particular para dexar en su puesto la persona que quisiese: nombró por Capitan General á Don Lorenzo Barreto, su cuñado, cumplió con todas las obligaciones del alma, y murió de edad de cincuenta y quatro años. Sepultaronle con la mayor pompa que dió lugar el tiempo: fue llevado en un atahud cubierto con un paño negro en hombros de ocho Oficiales de los de mas consideracion: llegados á la iglesia, le encomendó el Vi-

cario; y se volvieron á dar el pésame á la viuda.

Don Lorenzo, á cuyo cargo estaban ya las cosas de mar y tierra, envió una madrugada en la barca veinte soldados con un Caudillo, para que traxesen algunos muchachos, con intento de enseñarles la lengua Española, por la falta que les hacia no entender la suya; mas los Indios que se velaban con mucho cuidado, les defendieron la salida á tierra con tan crecido animo, que antes que los Españoles se descubriesen flecharon á ocho; y gozando la ocasion, los fueron siguiendo con tiros de muchas flechas, pedradas y gritos, hasta llegar tan cerca del campo, que fue necesario salir Don Lorenzo con la vandera tendida, y con el resto de la gente sana á reprimirlos. Tiróseles una pieza con que se fueron retirando, quedando heridos en el alcance que se les dió, seis, y el mismo Don Lorenzo en una pierna. Conocido por los Indios el tiempo, iban en seguimiento de su venganza, y así buscaban cada dia á sus contrarios, trayendo algunos paveses con que pensaban librarse de los arcabuces, en la forma que con las rodelas se defendian de sus flechas. Hallabanse indignadísimos por la muerte de Malopé, y así con rabioso corage flechaban por entre las ramas y árboles, apuntando á los rostros y á las piernas, por ver ambas par-

tes desarmadas. Tenian los soldados la culpa de esto, porque tomaban sus flechas, y daban con ellas de punta en las rodelas y en las armas duras, para darles á entender como no les hacian mal: mas decian ellos por señas que se diesen con las mismas en los ojos ó piernas, y como no querian, entendian el secreto, tirando siempre á estas partes. Aunque con muchos achaques, acudia Don Lorenzo lo mejor que podia al sustento y bien del campo. Envió tercera vez con la fragata al Capitan de la artillería á buscar la Almiranta, dándole instruccion de lo que habia de hacer. Fue, y sin olvidar quantas diligencias requeria el negocio, se volvió sin hallarla. Saltó de camino en una de las tres isletas referidas que estaban en los arrecifes, y cogió en ellas ocho muchachos, todos bien agestados, de buenos talles, de lindos ojos, y al parecer de mejor ingenio. Traxo juntamente algunas grandes conchas de las ostras de perlas que halló en un pueblo, con que se volvió á la nao.

Asimismo envió D. Lorenzo á D. Diego de Vera por Caudillo con algunos soldados de mas salud á buscar Indias para tenerlas por prendas, y para que por su causa cesase el mal que de contino hacian los naturales. Traxeron tres con seis hijos, á quienes visitaron los maridos muchas veces, y juntándose con otros de los suyos, las vinieron

á pedir con muchos alagos. Dieronselas por darles contento, con que al parecer partieron agradecidos.

El General Don Lorenzo, que como se apuntó arriba, estaba herido en una pierna de un flechazo, le fue menester guardar cama, donde por instantes se hallaba peor de salud, respecto de habersele pasmado. En suma, le apretó tanto el mal, que vino á morir á 2 de Noviembre, siendo llorado y sepultado en la misma forma que poco antes Alvaro de Mendaña: siguióle de allí á poco el Vicario, cuya enfermedad duró mas. Fue su albacea el Capitan Pedro Fernandez de Quirós: hizole sepultar en la mar, no queriendo fuese en tierra por temor de que los Indios no le desenterrasen é hiciesen con su cuerpo algunas cosas indecentes.

Con tan infaustos sucesos llegaron los nuestros á estado, que veinte Indios determinados los pudieran degollar y arrasar el pueblo bien á su salvo. Finalmente, los enfermos apretados de sus accidentes, que eran grandes y sin remedio, se vinieron á la nao, y la Gobernadora con ellos. Quedó la vandera en tierra con los pocos soldados que tenian alguna salud, mientras se recogia agua y leña. A 7 de Noviembre se embarcaron todos, con que se dió mal fin á esta buena empresa, errada por mil caminos, y en especial por no haberse hecho por cuenta de S. M.,

cuya sombra es importantísima para la execucion y duracion de semejantes intentos.

Enviòse á Luis de Andrada con treinta hombres á buscar de comer para el viage: fue á una pequeña isla, á quien por su fertilidad y frescusa la llamaban *la Huerta*. Halló en un estero cinco canoas de las grandes, cargadas de espuertas de vizcocho de la tierra, que los Indios tenian allí retirado. Hizolo coger, y envióla todo á la nao sin alguna dificultad. Afirmó haber muerto ciento y veinte puercos, de que se vió parte. Mientras andubieron en esta entrada, se pusieron en orden los enfermos.

Venido Luis de Andrada, fue enviado el Piloto mayor á la misma isla con veinte hombres. Siguiéronle muchas embarcaciones de Indios; mas él, dexados seis en la barca, saltó en tierra con los demas. Los naturales escarmentados del mal tratamiento de otras veces, los recibieron con flechas y gritos, dando diversas vueltas. Hízoles señal de paz con una vanderilla blanca, mas ellos sin atender daban vueltas y mas voces: llegóse mas el Piloto mayor, haciendo la misma señal. El camino por donde habian echado, era demasiado angosto y de mucha arboleda, y así comenzaron á llover flechas y piedras de todas partes. Mandó el Capitan disparar dos arcabuces por alto, con que los espantó, dando lugar para que diesen una ar-

remetida al pueblo, en que no hallaron mas que algunas espuertas de vizcocho, y otras raices naranjadas, de que hacen tinta del mismo color. Siguió á los Indios que iban huyendo por una cuesta arriba, y llegando á lo alto, descubrió una hermosa llanura copiosísima de varios frutales. Halláronse allí muchos y grandes racimos de platanos, cantidad de cocos, y en una casa vecina crecido número de vizcocho. Cargáronlo por escoltas, y á vista una de otra por no dividirse, lo embarcaron todo, sin que los Indios recibiesen algun mal. Hecho esto, ordenó á la barca que le fuese siguiendo por la playa hasta cierto puesto donde iba á cortar palmitos. Quando llegó allá no fue vista por mas que se procuró, en razon de lo qual hizo junta, y fueron todos de acuerdo que se fuese á la parte donde habian saltado en la isla. Apenas iban marchando, puesto ya el sol, quando encontraron un sitio, que con unas peñas hacia un buen reparo: por esto, y por haber allí una canoa, decian al Piloto mayor esperase á que fuese noche del todo, para que uno en la misma canoa fuese á dar aviso á la nave del estado en que se hallaban para que enviase gente á buscarlos; mas no se siguió este parecer por algunos inconvenientes. Fueron, pues, prosiguiendo su camino por la playa, donde habia una grande espesura de árboles, que desde su crea-

cion estan en aquella parte, sin haber quien les ponga mano. Hallábanse interpolados algunos grandes peñascos con cuchillas y puntas casi imposibles de andar de dia, quanto mas de noche y obscura. Dábales unas veces el agua á la rodilla, y otras á medio cuerpo: iban subiendo y baxando troncos y peñas, y torciendo caminos al mar y al monte. Era ya mas de media noche quando oidos dos arcabuces y luego otros dos, los compañeros de delante se dieron priesa por saber qué fuese la ocasion, y hallaron ser la barca que acababa de llegar. Habiase detenido por la contrariedad del viento, y dado vuelta á la isla. Embarcada la gente, volvieron al navio, donde llegaron al romper del alva, hallando á los amigos con el mismo cuidado y pena de la tardanza.

Propuso la Gobernadora este dia á los Pilotos, como queria salir de aquella isla en busca de la de San Cristoval, por ver si hallaba en ella á la Almiranta; y caso que no la encontrase, era su determinacion ir á Manila á traer Sacerdotes y gente para volver á la poblacion y acabar aquel descubrimiento, pidiendo su parecer á los presentes. Fue el acuerdo de todos que se saliese al Oessudueste todo el tiempo que fuese menester para ponerse en altura de once grados, y que si la isla ó la Almiranta no se hallasen, se siguiese el camino de las Filipi-

nas. Esto firmaron todos de su nombre, obligándose el Piloto mayor á no desamparar á la Gobernadora, si como decia daba la vuelta con el referido intento. Venida la tarde, salió el mismo Piloto á visitar la galeota y la fragata, dexándoles la harina y agua necesaria, junto con la instruccion de la navegacion que se habia de hacer. En anocheciendo, salió á tierra el Capitan D. Diego de Vera con algunos de su compañia, y desenterró el cuerpo del Adelantado para llevarle en la fragata á Manila, no le queriendo consentir en la Capitana, respecto de algunos abusos.

Habia desde esta bahia *Graciosa* á Manila distancia de novecientas leguas. Salieron, pues, los tres vageles de ella en 18 de Noviembre del mismo año, yendo en demanda de la isla de San Cristoval. Estaban los aparejos tales, que para recoger la barca, se rompieron tres veces. El dia que partieron y el siguiente al Oessudueste, pesado el sol, y hechas cuentas, se hallaron á once grados: miróse luego si por alguna parte se veia tierra, y no fue descubierta. Cayeron malos el Contramaestre y otros quatro marineros; dixeron al Piloto mayor cinco ó seis que quedarian sanos, mirase que estaba aquella nao desaparejada, llena de enfermos, falta de agua y comida, y que era imposible andar arando el mar con ella. Viendo ser es-

to así, dixo Quirós á la Gobernadora, que era la altura en que estaba de once grados, conforme lo acordado, que mirase lo que se habia de hacer: respondió, que pues no se veia la isla de San Cristoval, ni parecia la Almiranta, siguiese el camino de Manila.

El Piloto mayor hizo gobernar con viento Sueste al Nornorueste por huir de la Nueva Guinea, de quien se juzgaba cerca, por no hallarse entre islas: á no considerar la incomodidad del navio, diera orden de ir costeando aquella tierra para saber lo que era, mas no iba en términos de poderlo hacer. Fueron navegando por aquel rumbo hasta 27 del mismo mes, y baxar á cinco grados: vióse este dia en el mar un grueso tronco, un grande hilero de rosuras de rio con tres almendras como las que dexaban en la Graciosa, muchas pajas, culebras, y el viento Sudueste con refregones, celages, y aguaceros de aquella parte: por estas señas entendieron estaba cerca de aquel parage la Nueva Guinea. Comenzaron á hallar grandes olas venidas de Norueste, que hacian á la nave mal trato, y peor quando habia bonanza ó calma, señal de cursar aquellos vientos de la otra parte de la linea: duróles casi hasta las islas de los Ladrones.

Habia dias que se conocia que maleaba la galeota, porque se apartaba sin querer acudir á sus obligaciones; mandó la Gober-

nadora se notificase á su Capitan, que pena de traidor no dexase la conserva, ni se apartase distancia de media legua; mas juzgó siempre no habia de llegar la Capitana á salvamento por sus incomodidades, y por llevar rendido el arbol mayor, causa de que aquella noche virase de otra vuelta, y desapareció sin que se viese mas.

Prosiguióse el camino con los mayores trabajos y peligros que pueden imaginarse, y se descubrieron unas islas, de las quales salieron Indios en sus embarcaciones con velas y sin ellas: por no poder pasar el arrecife, saltaron en él, desde allí llamaban con las manos. Vino á la tarde por el remate de los baxos un Indio solo en una pequeña canoa; púsose á barlovento, y lejos; por eso no se pudo divisar si tenia barbas, por ser aquel parage de las islas de los *Barbados*. Pareció ser hombre de buen cuerpo, desnudo, y con cabellos largos que traia sueltos. Apuntaba de ácia donde habia venido, y partiendo con las manos cierta cosa blanca, la comia y empinaba cocos como que bebia: llamáronle, mas no quiso venir. Esta isla tiene de elevacion de Polo artico seis grados largos; es casi redonda: bogea treinta leguas, y no es alta en demasia. Tiene mucha arboleda, y por sus laderas muchas rosas y sementeras. A tres leguas parte del Oeste tiene quatro islas rasas, y otras muchas junto á sí, todas cer-

cadas de arrecifes: pareció ser mas limpia de la parte del Sur.

Siguióse el rumbo Norueste, y á 1 de Enero se halló altura de catorce grados. Gobernóse al Oeste franco; el viento era largo y fresco, y el 3 del mismo mes al amanecer se tuvo vista de dos islas de los *Ladrones*, en cuya demanda se iba. Era la una *Guan*, y la otra la *Serpana*. Pasaron por entre las dos, corriendo Nordeste Sudueste por canal de diez leguas arrimado á la de *Guan*. Llegado el navio á vista de *Guan*, comenzaron á salir de ella gran número de canoas: estos son barquillos de cierta madera tan liviana como corcho: navega en cada uno solo un Indio, y aunque tiene un arbol, vela, entena, triza, escotas y timon, el que va dentro le gobierna con una mano, y con otra alza, amaina, y vuelve la vela, llevando en cada pie una escota con que alarga ó caza, cada cosa á su tiempo. Son embarcaciones de dos proas, y en virando la vela, estan á camino, sin que se vire el vagel. Es grande su velocidad, y quando la ola cansada quiebra sobre él llenándole de agua, el que le guia se arroja al mar como un pez, y cogiéndole sobre los hombros le trastorna en el ayre, y le hace despedir el estorbo que tiene en su concavidad: así queda enjuto como antes, metiéndose el que lo desocupó dentro por un lado. Llegado al puerto, toma el navichuelo acues-

tas, y le arrima al pie de un arbol, sobre el qual, como nido, tiene su albergue, alimentándose de la pesca que hace. En esta forma vive, aunque como bárbaro, como dichoso en ignorar los eclipses de Corte, y los platos con que el mundo sirve de hacienda, favores, estimacion y privanza, bienes soñados y pasatiempos de ayre.

Llegaban al bordo de la nao muchos de aquellos bateles con refresco de frutas de la tierra, como cocos, platanos, comboyes y cañas dulces, sin varios géneros de peces marítimos, que con la mano sin otro aparejo pescan, y sacan de las concavidades de las peñas, causa de que ningun pescado esté seguro de su agilidad, sino el caiman, tiburon y caella. A estos adoran como deidades, y por el temor que les tienen, y daño que de ellos reciben, les ofrecen y pagan parte de los frutos que cogen, casi como en diezmo. Ponen el presente en un batel, á quien á la vela y sin gente, despiden por el mar adelante, trastornándose y hundiéndose en corto espacio. Son los de las *islas Ladronas* de color pardo; no llevan hombres ni mugeres ropa sobre sí: es gente por extremo bellosa, membruda, de grandísima fuerza, y tan recia de cueros, que desnudos y descalzos se meten por entre zarzas y espinas, y andan por riscos y peñascos tan ligeros como corzos. No tienen entre sí género de

moneda : desprecian la plata y oro, por cuyo respeto los huespedes no podian tratar con ellos sino con trueques de pedazos de hierro : estiman éste despues que tienen conocimiento con los Españoles, viendo que cortan con él los árboles y las maderas. Codician en particular las hachas y los cuchillos, porque los que usaban hasta entonces, eran de guijas y pedernales, con que labraban sus navios y otras cosas.

Halláronse varias veces, que marineros y soldados saltaron en tierra con ocasion de aguada, muchas casas de Indios, como se dixo, edificadas sobre árboles. Habia tambien en la playa algunas chozas, y buscando la codicia de los viandantes unas y otras, hallaron tan solo mimbres atravesados, y en ellos ensartadas muchas canillas y calaveras de hombres : estos son huesos de sus antepasados, que les sirven de dioses : venéranlos como á tales, porque no conocen otros sino al sol, luna, caimanes y tiburones, dentro de los quales creen que andan las almas de sus difuntos. Por dar á los cuerpos honrosa sepultura, los desuellan, y quemando la carne, la meten hecha ceniza, en una tinaja de *tuba* (cierto vino que sacan de palmas de cocos), y bien revuelta se la beben entre todos. Solamente dexan los huesos, para que los parientes entolden sus ca-

sas, y tengan siempre presentes á los suyos. Lloran toda la vida á sus muertos en ciertos dias y noches por sus horas; para este fin hay muchas plañideras que se alquilan, supuesto se lloran unos á otros, ó por interes ó por amistad. A quien lloró por su vecino, siendo menester en su casa, se le paga el llanto que le fue prestado con esta condicion; de modo, que ó llora por su persona, ó alquila quien llore en su nombre. Asimismo tienen estas exêquias, y toman mucho placer, porque comen y beben esplendidamente. Duran las honras cerca de una semana por vez, siendo la beodez propia del dia, y el lloro de la noche. Llora cada uno de por sí la hora que le toca, en cuyo espacio refiere entre las lágrimas la vida y hazañas de aquel ó aquellos por quien se aflige. Cuenta sus niñerias desde que nació, y las cosas que hacia quando mayor, declarando por extenso la estatura, facciones, gracias, esfuerzo, y todo lo demas que puede hacer en honra del difunto. Si es gracioso algun paso de los que va refiriendo, comienza á reir con la misma fuerza que va llorando, dando los presentes tan grandes risadas, que lo alborotan todo. Acabado el impetu de la risa, despues de haber platicado y bebido un rato, que en esto se tiene gran cuenta, se vuelve á proseguir el llanto como antes. Por otra parte, quando

se toca algun particular triste y de sentimiento, alzan mucho mas los alaridos todos los circunstantes, que quando se hacen estas fiestas suelen ser mas de docientos.

El navio, prosiguiendo la derrota de Filipinas, dexó atras las islas de los Ladrones, sin tomar tierra en ellas, aunque lo habia bien menester: y al cabo de increibles trabajos y peligros llegó á Manila, donde descansaron. Quirós despues de volver acompañando desde Manila á México á Doña Isabel Barreto, que por entonces se quedó allí, pasó á Lima, donde pretendió que el Virey Don Luis de Velasco le despachase con vageles, gente, y lo demas necesario para proseguir el comenzado descubrimiento, lo que no pudo conseguir por entonces.



CARTA CCLXXVII.

Viage de Quirós.

Año 1567 hizo el primer viage el Adelantado Alvaro de Mendaña, llevando por Piloto mayor á Hernan Gallego: descubrió las islas de Salomon, como ya he dicho; y en el de 1595 hizo el segundo viage el mismo Adelantado, llevando por Piloto mayor al Capitan Pedro Fernandez de Quirós, descubriendo las islas que dexo mencionadas.

Año 1595 hizo el tercer viage el Capitan Pedro Fernandez de Quirós, y descubrió varias islas y tierra en la parte austral.

De estos tres viages hay una relacion circunstanciada en un tomo de varios manuscritos, de cosas de Indias, que fue del Mariscal de Campo Don Eugenio de Alvarado. Al parecer la escribió toda Quirós, valiéndose, por lo que mira al primer viage, de la relacion que hizo Hernan Gallego, pues empieza así: »Capítulo primero. »*En que se da cuenta del viage primero que* »*al descubrimiento de las islas de Salomon* »*hizo el Adelantado Alvaro de Mendaña, sien-* »*do Piloto mayor Hernan Gallego, que es quien* »*escribió la relacion:*" y para el segundo de

lo que él mismo vió. Por lo que toca al tercero no hay duda que la relacion es suya.

La relacion de los dos viages de Mendaña que antecede, fue extractada por el Doctor Cristoval Suarez de Figueroa, como ya he dicho, valiéndose á veces de las mismas palabras del original manuscrito, y omite las menudencias y digresiones que no hacen al caso; de modo que para enterarse exâctamente de los sucesos no es necesario el original.

Del tercer viage hizo mencion Fr. Juan de Torquemada en la *Monarquia Indiana*, tomo primero, página 734 y siguientes; pero como esta relacion es muy diminuta y poco exâcta, la he adicionado con un extracto que hizo de este viage de Quirós el Excelentísimo Señor Don Eugenio Llaguno y Amirola, del Consejo de Estado de S. M. quien ha tenido la bondad de franquearmelo.

Prosiguiendo, pues, la relacion de Quirós desde el punto en que la dexó Figueroa, dice asi.

Me embarqué en el puerto del Callao en la Capitana del General Don Beltran de Castro y de la Cueva, y en 22 llegamos á Panamá, y de allí fui por tierra á Puertorico, donde me embarqué en una fragata. En siete dias llegué á Cartagena, la qual hallé muy alborotada por haber parecido

sobre ella una esquadra de veinte y dos naos gruesas, cuyo General era el Conde Morland Inglés, que habia tomado la ciudad de Puerto-rico. Parte de este temor cesó con la llegada de Don Luis Faxardo, Caballero del Hábito de Calatrava, General de la armada de la Guarda de Indias y su carrera. Habiendo vuelto de Portobelo Don Luis Faxardo con la plata, me embarqué en su galeon, y salimos de Cartagena primero de Noviembre de 1598, y en veinte y siete dias dimos fondo en la Habana, de donde salimos á 16 de Enero del año siguiente en conserva de treinta navios; y habiendo desembocado bien y brevemente, en altura de veinte y nueve grados tuvimos una tormenta tan recia, que estuvimos para perdernos. Fue forzoso arribar á Cartagena martes 3 de Marzo, y hubimos de invernar todo aquel año hasta que habiendo llegado aviso de S. M., y venidos nuevos galeones por la plata, los dos Generales cargaron en veinte baxeles trece millones. A quatro de Enero dieron velas, llegamos al Cabo de San Vicente, donde se tomaron dos naos Inglesas: y á 25 de Febrero de 1600 dimos fondo en San Lucar.

Llegué á Sevilla casi sin ningun dinero. Era año Santo, y determiné ir á Roma. Compré un vestido de peregrino, y marché á pie á Cartagena de Levante. Allí me embar-

qué en las galeras de Italia, y finalmente llegué á Roma donde fui bien recibido, y oido del Duque de Sesa Embaxador de España. Díle cuenta de las tierras que habia descubierto, y del deseo que tenia de volver á ellas, y quan justo era que su Santidad favoreciese este intento. El Duque juntó en su casa los mayores Pilotos, y Matemáticos que habia en Roma; y habiendo en su presencia hecho largo exâmen de los papeles, discursos, y cartas de marear que presenté, y quedado satisfechos de que era probable, y digno de ponerse en execucion, consiguió el Duque que el Papa Clemente VIII. me diese audiencia. Oyóme de espacio: vió mis papeles, y me animó á que siguiese mi intento con muchas gracias de indulgencias para quando hubiese de hacer la jornada. Dióme cartas para el Rey, á quien y á varios Señores y Consejeros escribió tambien el Duque en mi abono.

Detúbeme en Roma mas tiempo que creia. Al fin habiendo corrido varias ciudades de Italia y España, entré en Madrid víspera del Corpus del año 1602. Vi que la Corte se habia mudado á Valladolid, y supe que el Rey estaba en el Escorial. Fuí á aquel Sitio, y le presenté el primer memorial acerca de mi pretension.

Habiendo hablado á su Magestad me oyó con la clemencia y benignidad que

acostumbra, y respondió lo mandaria ver. Fui hablando á Don Juan Idiaquez, al P. Confesor, y á Don Pedro Franqueza, y á las demas personas del Consejo de Estado, y otras graves de la Corte, á las quales fuí dando las cartas que trahia del Perú, y del Embaxador de Roma, y mostré los breves de su Santidad, y demas papeles, mapas, y derroteros de mi descubrimiento. Unos me admitieron bien, teniendo el negocio por grave, y digno de ser favorecido: otros hicieron poco caso de él y de mí, pareciéndoles que prometia mas de lo que podia cumplir, y que para tan grande empresa era necesaria persona de mas partes y valor: alguno hubo que me respondió que hartas tierras tenia descubiertas S. M., y que lo que importaba era poblarlas y convertirlas, sin ir á buscar las que decia de nuevo, que estaban tan remotas, y habian de ser tan dificultosas y costosas de conservar despues que se hubiesen conquistado y poblado. No faltó quien pusiese duda en la justicia de estas conquistas, y en la utilidad de ellas. Con lo qual me fué forzoso ir haciendo mas instancias con S. M. dándole cada dia nuevos memoriales, y representando las razones que habia á favor de mi empresa, procurando satisfacer á las que se oponian en contrario. En este tiempo pasé mucho trabajo y necesidad en la Corte, é hice un

largo dircurso de la vida que pasamos los pretendientes en ella. Tuve diferentes respuestas unas ásperas, y otras apacibles de Don Pedro Franqueza, y de otros Señores del Consejo de Estado: y finalmente el postrero dia de Pasqua de flores de mil seiscientos tres, fuí llamado de Don Pedro Franqueza el qual me dixo que ya estaba despachado, y me puso con el secretario, y oficial mayor suyo llamado Matienzo, y les dixo que por su amor no me detubiesen un punto. Y ansí el Sábado 5 de Abril me entregaron unas Cédulas de S. M. en que se contenian mis despachos los quales se negociaron, y libraron por el Consejo de Estado, y su tenor es como se sigue:

El Rey. = Don Luis de Velasco, ó el Conde de Monte-Rey, Pariente, mi Visorey, y Capitan general de mis Reynos, y Provincias del Perú, ó qualquier otra Persona que los gobernase en mi nombre al tiempo de la presentacion de ésta. Ha venido aquí de Roma el Capitan Pedro Fernandez de Quirós, de Nacion Portugués, y escrítome el Duque de Sesa, y de Baena, del mi Consejo de Estado y mi Embaxador en aquella Corte, que el año Santo tuvo noticia de Fr. Diego de Loria, Prior de Maníla, de la Orden de Santo Domingo, de que se hallaba en aquella Corte el dicho Quirós que era un gran Piloto muy práctico del

mar del Sur, y del gran golfo que hay desde las costas de la nueva España al Japon, é Islas Filipinas, habiendo sido Piloto mayor del descubrimiento segundo que hizo el Adelantado Alvaro de Mendaña: y que habiendo el dicho Padre hecho instancia en que convenia mucho al servicio de Dios y mio introducirle otra vez para que volviese á descubrir las dichas Islas, y partes incógnitas, le hizo llamar á su casa con ocasion de preguntarle algunas cosas curiosas de su arte, y le entretuvo en ella cerca de diez y siete meses, y descubrió su ánimo, y vió muchas relaciones y papeles que tenia, y le hizo hacer otros de nuevo que comunicó con el P. Clavio, y otros Matemáticos, y Geógrafos insignes: y con las buenas razones y pruebas que hizo, todos quedáron persuadidos de que no puede dexar de haber gran pedazo de tierra firme, ó cantidad de Islas que se continúen desde el estrecho del Magallanes hasta la nueva Guinéa, y la Jaba mayor, y otras de aquel grande archipiélago; y juzgan que gozando lo mejor de las Zonas torrida y templada, por lo que se ha visto así en las antiguas Provincias del Mundo, como en las nuevamente descubiertas, que no puede dexar de hallarse en el dicho parage mucha y muy buena tierra, y muy rica, templada, y por consiguiente habitada: y que tienen por muy conve-

niente no se pierda tiempo en descubrir aquella parte austral incógnita hasta ahora, en que se hará gran servicio á Dios; y que demas del interés y provecho que esto promete, será mas fácil este descubrimiento que falta de hacerse de la parte austral, que no lo fué el de las Indias occidentales: y que el dicho Capitan quando volvió de aquella larga navegacion, que con lo que se detuvo en diferentes partes le duró dos años, ofreció á Don Luis de Velasco mi Visorey del Perú, vuestro Predecesor, que volveria en el mismo Navio en que habia venido, á aquel descubrimiento, si le proveía de lo necesario hasta dar en la nueva Guinéa, Islas Malucas y volver al Perú por la navegacion de las Filipinas con entera relacion de todo lo que hubiese descubierto: Y aunque le pareció bien no resolvió, y le dió carta para mí: y su Santidad le ha oido y hablado, y gustado de lo que ha propuesto, de manera que le ha concedido muchas gracias espirituales para aquellas partes, si yo le mando hacer dicho viage, por lo que le han satisfecho las razones del Capitan; de cuyas partes, buen juicio práctico de su profesion, ser trabajador, quieto, desinteresado, de buena vida, zeloso del servicio de Dios, y mio, y del bien público me ha hecho el dicho Duque muy buena relacion: y que en quanto á la teórica, segun los Matemáticos

que le trataron en Roma, afirmáron, entiende que hay muy pocos Pilotos que entiendan lo que él, y que es hábil en hacer globos, y cartas de navegar, y las entiende muy bien, y los instrumentos necesarios para la navegacion: y que ha mostrado allí dos de su invencion, uno para conocer navegando la diferencia que la aguja hace del nordestear, y noroestar, y otro para tomar la altura con mas facilidad y destreza: y que ambos han sido alabados de los PP. Clavio y Villalpando de la Compañía de Jesus, de los Doctores Toribio Perez, y Mesa que en Salamanca han leido públicamente Matemáticas, y de otros Geógrafos insignes. Y que el dicho Capitan Quirós habia ofrecido al Duque que siendo yo servido de que él hiciese este viage, le haria desde España por el estrecho de Magallanes, y volveria por la India Oriental, habiendo dado la buelta al Mundo; y usando en mar, y tierra con atencion de los instrumentos que ha hecho, podria traer muy grande claridad de las verdaderas diferencias que hace la dicha aguja de marear, cosa hasta ahora muy obscura, y en que hay muy diversas opiniones, y de hallar la verdad se seguíria muy gran provecho para la felicidad de la navegacion, y venir en conocimiento de la verdadera longitud y latitud de los lugares, puertos, y cabos descubiertos y que se fueran des-

cubriendo en diversas navegaciones: y en esta misma conformidad me ha hecho el dicho Capitan Quirós relacion de todo lo susodicho acerca de las navegaciones y descubrimientos, comprobando con escrituras y trazas que trae, las Islas que descubrió quando fue por Piloto mayor del dicho Adelantado Alvaro de Mendaña, la diversidad de gentes que vió de diferentes colores, pero á su parecer dóciles, las Islas fértiles que prometian ser ricas: suplicándome que teniendo consideracion á su buen zelo, y que su fin y pretension es solo el servicio de Dios y mio, y la conservacion de nuestra Santa Fé, bien de aquellas gentes, y el beneficio que pueda resultar de aquel descubrimiento, sin tratar de sus intereses, y demas de esto facilitar la navegacion por aquellos anchos mares, por la mucha práctica, y experiencia que tiene de ellos, fuese servido de mandarle dar un navio no muy grande, proveido de la gente, bastimentos, municiones, y demas cosas necesarias para la navegacion y empresa, y que con esto confia que dispondrá las cosas de manera que se consiga lo que pretende. Y habiendo considerado su proposicion con la atencion que tan grave negocio requiere por el aumento de la fe, y el beneficio de las almas de aquellas gentes remotas, anteponiendo el servicio de Dios á lo demas, como

es razon, con consulta de mi Consejo de Estado he resuelto: Que el dicho Capitan Quirós parta luego á hacer el dicho descubrimiento en la primera flota para el Perú: y así os ordeno, y mando que llegando allá le hagais dar dos navios muy buenos á su satisfaccion que vayan muy en orden con el número de gente conveniente, bien avituallados, municionados, y artillados como es menester para tan larga navegacion: y le hareis proveer de las cosas necesarias para rescatar con Indios, si llegáre á parte donde lo pueda hacer, conforme á las ordenes generales que vos y vuestros predecesores teneis para semejantes descubrimientos, y lo que mas os pareciere convenir á mi servicio, pagando el gasto y costa de su apresto, y de la gente que en ellos se embarcare, y las vituallas, municiones, vestidos, y las demas cosas que hubieren menester para su viage, de mi Real Hacienda, de lo mas pronto y bien parado de ella. Y ordenareis que lleve algunos Religiosos descalzos de la orden de San Francisco, exemplares de buena vida. Y terneis la mano en que la gente que se embarcare con él en los dichos navios sea buena y útil, dándoles orden que obedezcan, y respeten al dicho Capitan en su navegacion de ida y vuelta como á su cabo y superior, que yo le nombro por tal desde ahora,

cumpliendo en todo sus ordenes. Y advertid que es mi precisa voluntad, que el dicho Capitan Quirós haga luego el dicho viage y descubrimiento sin que se difiera: y así torno á encargaros, y mandaros muy expresamente cumplais con pronto efecto lo que aquí os ordeno, sin poner en ello duda, ni dificultad; no obstante que esta orden no vá despachada por el Consejo de Indias, que por ser el negocio de la dicha calidad que es, ha convenido, y yo he sido servido, que vaya por esta de mi Consejo de Estado, que en ello recibiré muy acepto servicio de vos. Y con el primer navio de aviso, me lo dareis de la llegada del dicho Capitan Quirós á esos mis Reynos, y de como le habreis despachado con los dichos dos navios bien proveidos de todo lo necesario, como se ha dicho; porque esperaré con mucho deseo nuevas del cumplimiento de ello. Y á qualesquier Ministros, ó Contadores mios, á quien tocare tomar la cuenta de lo que en lo contenido en esta mi Real Carta se gastare, ordeno, y mando que reciba, y pase en cuenta lo que para este efecto vos libraredes, ó hicieredes pagar de mi Real Hacienda con vuestras libranzas, ó las cartas de pago, y recaudos que en ellos acusaredes, sin pedir otro alguno, porque yo desde agora lo doy por bien gastado, y pagado, y lo recibo, y

paso en cuenta. En Valladolid á 31 de Marzo de 1603.

Con la misma fecha se despachó otra Cédula dirigida á los mismos en que les dice: »Aunque en otra Carta, ó parte, he mandado escribiros muy particularmente las »causas que me han movido á resolverme »en mandar que el Capitan Pedro Fernan»dez de Quirós, de nacion Portugués, que »os dará esta, vaya con dos navios bien »proveidos de gente, vituallas, municio»nes, y artillería, á hacer el descubrimien»to de las Islas y tierras aüstrales hasta la »nueva Guinéa, y Jaba mayor: he querido »tornar á ordenaros, y mandaros, como lo »hago muy expresamente, que sin reparar »en dificultad, ó causas que á vos se os »representen por convenientes á mi servi»cio, despacheis con suma brevedad al dicho »Capitan Quirós con los dichos dos navios, »de manera que cumpla con gran presteza »lo que le he mandado; como sé que él »lo hará de su parte, y confio que vos lo »hareis de la vuestra &c.

»Y otra Cédula mandando á qualesquier »Vireyes, lugar tenientes, y Capitanes ge»nerales, Adelantados, y Almirantes de »mis Reynos, y Estados, y de mis Exér»citos, y Armadas de tierra y mar de las »Indias Orientales, y Occidentales, Islas »Filipinas, y otras, y de las costas de Afri-

»ca, y á todos los Ministros de Justicia, y »Guerra de qualquier nombre, calidad, na»cion, y condicion que sean, que en qual»quier parte de los dichos Reynos y esta»dos, á donde Quirós ó los Oficiales y Ma»rineros que con él fueren, llegaren con los »dos navios ó parte de ellos ó con otro qual»quier género de baxel, los reciban, de»fiendan, y amparen, y le provean lo que »hubiere menester para acabar su navega»cion, con mucha presteza, y le asistireis »en todo lo que para ello os pidiere, como »á criado, y capitan mio que vá expresa»mente á lo que yo le he mandado."

A estas Cédulas acompañáron muchas cartas de Señores para el Virey.

Fin del Quaderno XLIX.



EL VIAGERO UNIVERSAL

QUADERNO CINCUENTA.

CARTA CCLXXVIII.

Viage de Quirós á Lima.

Acudí, prosigue Quirós, al Consejo de Indias para el pase de los breves del Papa; y el Conde de Lemos Presidente, y los Señores de él quisieron enterarse de mi intento y promesa: me mandáron les llevase un mapa y les fuese á dar cuenta de todo á un jardin del Conde donde se juntáron para este efecto: y habiéndome oido quedáron satisfechos, y aun envidiosos de que mi despacho se hubiese encaminado por el Consejo de Estado.

Todavia no estaba yo contento por ver que en las Cédulas no se habia puesto cláusula particular para que por mi falta ó muerte se nombrase otra persona que siguiese el descubrimiento. Hize nueva instancia: y en nueve de Mayo se despachó otra Cédula encargando, y mandando al Virey precisamente: »Que si nuestro Señor fuese ser-

„vido de que el dicho Capitan Quirós fal-„tase, ó no pudiese ir á executar el dicho „viage, con los papeles, y memoriales que „él dexare para luz é inteligencia de lo „que se pretende, nombreis persona en su „lugar la mas suficiente que se hallare para „que execute tan grande empresa."

Con estos despachos marché á Sevilla, y hallé la flota de Nueva España presta para partirse. Fuí á Cadiz; pero quando llegué salia ya de la bahia la flota de treinta velas en que iba el Marqués de Montes-Claros nombrado Virey de nueva España. Me embarqué en una fragata que hacia viage á Tierra-firme en conserva de la flota. En dos de Agosto tomamos puerto en la Guadalupe: el Virey y la Vireyna desembarcáron para oir misa. Quedó alguna gente en tierra á espaciarse, y labar la ropa: y de repente dieron sobre ellos los Indios con grande alarido, y rociada de flechas, teniéndose por cierto que entre muertos, cautivos, y ahogados se perdieron setenta personas y entre ellos siete frayles Dominicos. Por la noche se levantó un recio viento sudueste; y como las naos estaban cerca de la costa y juntas, corrieron todas gran peligro; con la capitana chocó otra nao, y se perdiéron ámbas pasándose el Virey y la Vireyna casi desnudos á otra nave, y dexando perdida mucha hacienda. Al fin se hizo la flota al

mar para seguir su viage, y yo continué el mio ácia la Isla de Curazao. Dió mi fragata en unos baxos que despues supe llamarse *isla de las Aves*, y se hizo pedazos. Se salvó lo mas de la gente saliendo en la lancha á ponerse sobre unos peñascos, sacando lo que se pudo de la ropa, y matalotage. Despues el Capitan mandó cerrar una barca por medio, y sobre ella armó un barco; fuí en él á Caracas á buscar bastimentos y alguna fragata en que los demas pudiesen salir de aquel peligro. Llegué al puerto de la Guayra de Caracas, y dando cuenta al Gobernador, me proveí de lo necesario, y volví con el refresco. Entregué el socorro á mis compañeros, y dixe al Capitan que puesto estaba ya abastecido, y tenia casi otra fragata, yo me volvia á Caracas como con efecto lo executé. Estube allí ocho meses esperando pasage, y no teniendo que hacer, noté y escribí muy particularmente las cosas de aquella tierra. Encontré allí tres hijos de un hermano mio de quien no habia sabido en muchos años, y parece se habia casado y muerto allí: y pareciéndome sacarlos de tan mala tierra, y llevarlos en mi compañia, los pedí á su abuela (pues la madre tambien habia muerto) quien me envió los dos varones quedándose con una niña.

En fin me embarqué, y llegué á Cartagena. Presenté al Gobernador la carta en

que mandaba S. M. se me ayudase, y favoreciese; pero hizo poco caso. Como pude, me volví á embarcar para Portobelo, y llegué á Panamá tan pobre que habia mas de ocho dias que no tenia un real, y entré debiendo el alquiler de las mulas, y otras muchas cosas. Pedí á la Audiencia se me prestasen de las caxas Reales doscientos pesos, enseñando á los Oidores las Cédulas del Rey; pero hiciéron tan poco aprecio de ellas como de mi persona. El arriero, y otros acreedores me executáron. Un dia que fue el Santísimo al Hospital, que era de madera vieja, acudió tanta gente que se undió gran parte con camas y enfermos y sesenta personas. Muriéron allí dos, y otras saliéron con los brazos, ó piernas rotas. Yo saqué un golpe, una herida y una mano atravesada de un clavo que me costó quatro sangrias, y dos meses y medio de cama, sin tener para el gasto un solo maravedí. Mal convalecido me embarque para el Perú, y en veinte dias llegué á Payta. Escribí desde allí al Conde de Monte-Rey, que desde Nueva España habia ido por Virey del Perú, y volviéndome á embarcar, fuí en diez y ocho dias al Callao, donde desembarqué á seis de Marzo de 1605.

Fuí á Lima, ví al Virey, y me señaló dia para darme audiencia formal. Diómela con efecto el dia 25 de Marzo en presen-

cia de dos Oidores, dos Padres de la Compañia, del general del Callao Don Lope de Ulloa, del Capitan de la guardia y de un Secretario. Leí algunos papeles, manifesté una carta general de navegar, y satisfize á lo que quisieron preguntarme. Dixo el Virey que le parecia mas á propósito hacer aquel viage desde Manila, donde se podria prevenir todo á menos costa: y repliqué que el Rey mandaba expresamente saliese de Lima, y que el salir de Filipinas era contrario á toda buena navegacion por los vientos opuestos, y la falta de gente de mar y guerra que habia allí. Don Juan de Villela, uno de los Oidores, se mostró muy á favor de la empresa, y lo mismo el P. Francisco Coello que habia sido Alcalde mayor de la misma Audiencia, y asesor del Virey antecedente Don Luis de Velasco, y ambos se halláron presentes quando le di cuenta la primera vez de mi navegacion y pensamientos. Mostró el Virey quedar satisfecho de la importancia del descubrimiento; pero por su falta de salud, y muchas ocupaciones no pudo disponer mi despacho para quando yo deseaba, que era antes de San Francisco, á fin de tomar la derrota de Sudueste. Don Francisco de Castro, marido de Doña Isabél Barreto, me dixo que habia de contradecir mi jornada, por tocarle á él la poblacion de las islas de Salomon,

como succesor del Adelantado Albaro de Mendaña descubridor de ellas; pero al fin no lo hizo.

Hallábame muy pobre, y desacomodado, y el Doctor Arias Ugarte, Oidor de la Audiencia, me ofreció su casa, mesa, y quanto valia. Quiso, casi por fuerza, que recibiese una gran fuente llena de reales de á ocho; le respondí, que no parecia honesto que quien servia al Rey en cosa de tanta importancia, se mantuviese de limosna. Al fin despues de muchas instancias logré que el Virey nombrase Comisarios para disponer lo concerniente al viage. Esta disposicion se hizo muy lentamente, pues á cada paso se ofrecia una dificultad. Llegáronse á aprontar los tres navios que destinó el Virey; hízose revista de la gente que habia recibido paga, y no faltó un solo hombre, antes se halláron veinte y dos que iban sin ella. Un dia antes del embarco fuí á Lima acompañado de los Capitanes de los otros dos navios, á despedirme del Virey que nos abrazó á todos, y nos dixo, que por sus indisposiciones no podia ir al puerto á vernos salir como deseaba; pero que escribiria una carta para que al tiempo de hacerse á la vela se leyese en público. Así se hizo y era de este tenor:

„La indisposicion presente no me dá lu„gar para honrar, y favorecer con mi pre-

»sencia vuestra salida del puerto, y el prin- »cipio de vuestra navegacion. Ya que de pa- »labra no puedo comodamente deciros lo »que conviene, me ha parecido hacerlo por »escrito.

»Estoy bien cierto de que generalmente »habreis entendido los altos fines del ser- »vicio de Dios que han movido á la Ma- »gestad Real á emprender este descubrimien- »to con gran costa de su hacienda, y quan »grande interés puede resultar de esto á »la Iglesia de Dios con la salvacion de mu- »chas almas, y á la Corona de Castilla en »el aumento de Estado: y así fio que lle- »vareis lo uno, y lo otro presente para »proceder como se debe, habiendo sido lo »principal que tambien os movió á deter- »minaros.

»Lo que tengo que encargaros es la »paz, y obediencia de los súbditos á sus »oficiales, y de todos al Capitan Pedro Fer- »nandez de Quirós, á quien S. M. manda »hacer esta Jornada, y yo la encargo: con »viva memoria de que se os debe represen- »tar en su persona que yo mismo voy em- »barcado; y os doy las ordenes que él die- »re: certificando que en la sujecion y obe- »diencia que le prestaredes en todo acon- »tecimiento, se ha de echar de ver seña- »ladamente la lealtad, y aficion de buenos »vasallos de S. M., y que quien desdixere

„de ello, será mirado y juzgado severa y „rigurosamente por los Consejos de S. M., „ó Ministros del Reyno á donde aportare- „des, y señaladamente por mí, en lo que „me pudiere tocar. Dios os guarde y vaya „en vuestra guarda: 20 de Diciembre de „1605 años."

Leida esta carta, salimos del puerto el 21 de Diciembre por la tarde. Todas tres naves se compraron en el Callao: la Capitana se llamaba *San Pedro*, y era muy acomodada para este viage; la Almiranta era algo menor, y la otra una lancha, ó Zabra de menos porte, que habia vuelto poco antes de la isla de los Galápagos de recoger la gente que allí se habia perdido, fuerte y buena velera. En todas se embarcaron cerca de trescientas personas de gente de mar y guerra: algunas piezas pequeñas de artillería, arcabuces, mosquetes, bastimentos para un año, cosas de hierro, frutos, y animales de los del Perú para lo que se hubiese de poblar: seis Religiosos Franciscos, y quatro Hermanos de Juan de Dios para curar los enfermos. Por Piloto mayor fue uno que contra mi voluntad me hiciéron recibir, que habia llegado de Nueva España al Conde de Monte Rey, y sirvió de mucho daño: y por segundo Piloto el Capitan Pedro Bernal Cermeño á quien dí el cargo de la Zabra.

Los primeros tres dias de navegacion señale en mi Carta puntos, y luego me faltó la salud, porque saqué de Lima el cerebro tal, que ni me sufria sol ni sombra tenerle desnudo, ó cubierto. Sobre este mal me dió un pasmo que me puso en grande aprieto, y segun despues se entendió, fue curado al rebes.

El dia 8 de Enero de 1606, dí á la gente de la armada una instruccion. (Por ser larga omitiré todo lo que pertenece al orden y cuidado con que se debia hacer la navegacion: copiaré solamente los §§. en que se avisa de la conducta que se habia de usar con los Indios que se descubriesen.)

„Despues de surtos en algun puerto, sea aviso que se mire recatadamente que los Indios son muy grandes nadadores y buzos, y pueden cortar las amarras, y se puede temer pegarán fuego á las naos, á cuya causa será bueno que en las partes sospechosas se haga guarda de noche á las boyas de las barcas.

„Aviso, que no se dexe entrar en el navio á tantos Indios que se puedan alzar con él.

„Aviso, que siendo fuerza salir á tierra, sea de dia, y jamas de noche: y que la parte sea rasa, y sin montes, llevando perros delante para descubrir emboscadas, las armas prestas, marchando juntos, y

en orden: advirtiendo tambien que los Indios suelen estar detras de troncos, ó peñascos, ó en el suelo tendidos aunque sea en campo raso, cubiertos con solo yerbas.

„Aviso, que si posible fuere, antes de nuestra gente salir á tierra, se queden en el navio Caciques, ú otros Indios que parecieren de mas cuenta como por prendas, y que á estos se les haga buen tratamiento, y se les den cosas de las nuestras á que mas se inclinaren: y esto mismo se haga en tierra.

„Informarse ha de los Indios, si tienen cerca otras islas, ó grandes tierras, ó si es firme en la que estan: si tienen gente, y de que colores: si comen carne humana: si son amigos, ó tienen guerra: mostrarles oro en polvo, ó en pepitas ó en joyas, plata labrada, ó por labrar, toda suerte de perlas, de especerias, y sal, para ver si tienen estos géneros: y si les diesen nombres, escribirlos, y preguntarles en que partes se hallan aquellas cosas, y como se llaman aquellas tierras. Lo que dieren, mostrarse agradecidos á ello; y lo que preguntaren por señas, dárselo bien á entender.

„Aviso, que no se haga poca cuenta de los Indios, porque son maniprestos, y corredores, y quando á su parecer ven la suya, conocenla bien, y executanla mejor.

„Aviso, que no se dexen guiar de los

Indios sin ir con grande recato: que jamas se fien, ni crean de ellos en ninguna ocasion, de muchas, ni pocas muestras de amistad, porque suelen empajar los caminos, hacer cuebas cubiertas con yerbas y tierra, y pueden llevarlos derechos á donde estén sus trampas armadas.

»Aviso, que jamas se mezclen con los Indios, ni los dexen juntar consigo, por el peligro á que se ponen de que tres ò quatro de ellos á señal dada arremetan, y se aferren con uno, ó con todos los nuestros, y hacer á salvo la suerte que ellos quisieren.

»Aviso, que las veces que se vieron con los Indios, si pudiere ser, sea siempre en parte clara, apartados buen espacio de ellos; y que el caudillo estando en medio de unos y otros concierte con ellos lo que quisieren; y siempre con cuidado se procure el seguro de las espaldas sin dexarse cercar, ni jamas volver el rostro, sino todos en un cuerpo, espaldas con espaldas, y rodeleros delante para estar todos mas fuertes, y seguros.

»Aviso, que si se hubieren de embarcar de retirada, la mitad de los arcabuceros, y rodeleros hagan rostro á los Indios y guarda á la otra mitad de los nuestros, para embarcarse á salvo: y con presteza los embarcados, cuerdas caladas, harán desde la barca la misma guarda á los quedados en tierra

hasta que se embarquen; porque si van de tropél, corren peligro de flechas, pedradas, dardos y lanzas que son las armas de los Indios.

»Aviso, que jamas quiten á los Indios cosa que traygan consigo, ó las que tienen en sus casas, aunque sea oro, plata, perlas, ú otra qualquier cosa de estima; ni entiendan nuestra codicia, antes les den de las nuestras mostrándose muy liberales, y juntamente les siembren, y enseñen á sembrar maiz, frisoles, algodon, y todas las otras semillas y legumbres mas provechosas: y todas las veces que haya ocasion, las haga sembrar á su gente aunque sea en islas desiertas: y si en ellas hubiere disposicion, haga echar conejos, cabras, y puercos; pues será, ganando tiempo, enriquecer aquellas tierras perdidas, por lo que puede suceder navegando despues por ellas, y para provision de las pobladas.

»Aviso, que no se ceben en las cosas que los Indios les presenten de comida, ó lo que fuere, porque de intento saben hacer mucho de esto: á cuya causa no embaracen las manos, ni quiten de ellas las armas, ni de los Indios los ojos.

»Aviso, que en los puertos donde hubieren de asistir, jamas maltraten Indio alguno, ni le prendan, sino fuese para volverle á soltar vestido, y acariciado: ni menos quie-

bren paz, ni palabra que les hayan dado: ni les corten árbol frutal, ni talen sus sementeras, ni les quemen sus casas, piraguas, canoas, ú otras embarcaciones, por ser todas estas cosas de gran dolor para ellos por lo caro que les cuestan de obrar por falta de herramientas; á cuya causa procuran luego la venganza, retiran las comidas, y en suma se pierde todo lo que de ellos se pretende. Si fuere necesario, les darán á entender el mal que con arcabuces, espadas, y otras de nuestras armas les pueden hacer, y no hacen, y esto á fin de refrenarlos.

»Sea aviso, que los Indios por dos razones pueden dar falsas noticias de tierras, gente y riquezas: la primera para que nos vayamos: la segunda porque nos despeñemos en venganza de algun mal que se les haya hecho. Y quando al parecer convenga seguir estas noticias por tierra, ó por mar, se llevarán los mismos Indios que las han dado, por asegurar este punto.

»Aviso, que los gritos, y alaridos de los Indios en sus juntas, ni el estruendo de sus muchos instrumentos de guerra no han de ser parte para ser temidos de los nuestros, ni menos para ser despreciados: y que en los lances forzosos se ha de probar primero, si disparando por alto con bala ó sin ella, ó haciendo otras diligencias acomodadas al tiempo, se les hace huir ó parar.

„Sea aviso principalísimo, que quando se buscare agua, leña, ó comida, sea llevando en las barcas cantidad de gente armada para amedrentar á los Indios, y en partes que prometan no venir á rompimiento con ellos, y sí procuraren impedirlos, no siendo mucha la necesidad de lo buscado, se vuelvan á la nao á esperar mejor ocasion. Y siendo la necesidad grande, llevar mas gente para guarda de los que han de hacer la provision. Finalmente jamas se pongan á peligro de ofender á los Indios, ó ser ofendidos de ellos. El trato para con ellos sea como de padres á hijos: y se han de guardar de ellos como si fueran enemigos conocidos. Nuestra parte sea siempre la justificada, sana la intencion, desnudo el zelo, para que Dios nos ayude como hace á todo lo bueno."

CARTA CCLXXIX.

Descubrimientos de Quirós.

Prosiguiendo la navegacion, á veinte y seis de Enero se descubrió la primera isla, cuya altura son veinte y cinco grados escasos, á buen juzgar. Dista de Lima ochocientas leguas; tiene cinco de bogeo, mucha arboleda, y playas de arena, y junto á tierra fondo de ochenta brazas. Púsosele nombre *Luna puesta.*

Así navegamos dos dias con algunos aguaceros, y al tercero amanecimos cerca de otra isla, habiendo la tarde antes visto muchos pájaros, clara señal de tierra. Costeamosla por la vanda del Sur, y juzgué que podia tener doce leguas: era llana por lo alto y pareja; era tambien sin fondo, aunque la Zabra casi en la rebentazon del mar surgió en veinte brazas; pero por la popa no halló fondo en doscientas. Por esta causa mandé cazar á popa siguiendo mi camino hasta 4 de Febrero, que nos hallamos cerca de otra isla, que para ser de tan poco provecho, nos hizo harto daño, pues la noche antes la pasamos bien trabajosa de mar en través, porque la fuerza del viento

era tanta, que no nos dió lugar á correr siquiera con los trinquetes. Cerró la noche y á poco rato se levantó al Nordeste un negro y espeso nublado, enderezando su camino á las naos con tanta presteza y furia, que nos puso en mucho aprieto, con tres rayos que cayeron, con un aguacero furioso, y torbellinos de viento.

Venido el deseado dia, vimos ser la tierra una isla que aquí pareció bogeaba treinta leguas, anegada por medio, y cercada de un paredon de arrecifes. No se halló fondo ni puerto en ella, aunque se buscó con cuidado, para provision de agua y leña que ya iba haciendo falta. Acordóse dexarla por ser tan inútil, siguiendo nuestra derrota; y á otro dia dexamos otras quatro islas parejas, y pasamos en demanda de otra isla que mostraba estar distante quatro leguas. Llegamos á ella y juzgamos tendria como diez leguas de bogeo; pasamos adelante, por ser como las otras infructuosa; descubriendo otra que corria al Oesnorueste. Hicimos lo mismo, porque imitaba á las otras, hasta ponernos á vista de una isla la vuelta del Nordeste á 9 de Febrero al amanecer. Pasamos adelante dexándola á barlovento, estando en altura de diez ocho grados y dos tercios.

Pasamos el dia con algunos aguaceros, hasta que al siguiente dixo á gritos un ma-

rinero : *tierra por la proa* ; pero la causa principal de su alegria fue el descubrir desde el tope mayor de gavia, que se levantaban por varias partes humos, clara señal de estar habitada. Luego que nos cercioramos de esta noticia, mandé ir á tomarla. Enderezaron á ella las proas por la vanda del Norte, pero no hallando puerto, la Capitana se largó al mar para montarla. Por mas diligencias que hizo, no pudo lograrlo, y así cazando á popa, la cogió de frente, ordenando yo que fuese la Zabra á buscar puerto, quedándome con la Almiranta barloventeando á su vista. Llegada la Zabra cerca de tierra, dió fondo en diez brazas sobre mucaras. Entretanto mandé fuesen las barcas á tierra con quarenta soldados : llegados que fueron á la rebentazon del mar, vieron en lo enjuto de las playas como cien Indios, que alegres les hacian señas. Estaban los Indios puestos en hilera con bastones y lanzas en las manos. Los nuestros que así los vieron, entendiendo estar de guerra, se pusieron á mirarlos, y á hablarles por señas, y ellos decian fuesen á tierra. Era el lugar arriscado, y casi imposible saltar en tierra, porque la mar batia con tanta fuerza en los peñascos, que no dexaba acercarse, aunque lo procuraron varias veces no con pequeño riesgo de que alguna barca zozobrase, entrando por

todas partes golpes de mar que los cubrian, mojando á los arcabuceros, que les hacia notable daño.

Vista, pues, la dificultad de saltar en tierra, determinaron volverse con harto pesar y tristeza de no poder cumplir su deseo, y mas de no poder traer á la armada las nuevas que tanto deseaba, así de puerto como de agua, de que teniamos sobrada necesidad, porque aunque la Zabra habia surgido, estaba en gran peligro, por ser todo piedra y haber poco abrigo. Ya volvian atras los barcos en demanda de los navios, con el pesar que he dicho, quando despreciando el peligro, se levantó en pie Francisco Ponce, mancebo animoso y esforzado, natural de Triana, y culpando la vuelta con resolucion, se desnudó á toda priesa, diciendo que si al primer peligro que se ofrecia huian el rostro ¿qué esperanza podia haber de salir con victoria en lo venidero? pues era fuerza en tan apartadas regiones, en puertos no conocidos, mares no navegados, y entre gentes bárbaras haber de pasar algunos: que él se determinaba, aunque el mar le hiciese pedazos en las peñas, llegar á tierra y procurar la paz con los Indios, pues era de tanta importancia el hacerlo. Dichas estas palabras, se arrojó por la popa de la barca al agua, encomendándose á Dios, y con un rosario al cuello, y en breve espacio llegó

á donde el mar con furioso impetu batia en los peñascos; y asiéndose con fuerza de uno, salió arriba, aunque con cuidado de los bárbaros, que prendados de la resolucion del mancebo, salieron á recibirle, abrazándole con muestras de mucho amor, y besándole á menudo en la frente, haciendo el Español lo mismo para pagarles su voluntad y caricias.

Visto el animoso hecho del mancebo por los nuestros, queriendo imitarle, se arrojaron al agua otros tres, arribando á tierra con el mismo riesgo, donde fueron de los Indios recibidos con el mismo gusto que el primero. Traian en las manos los valientes bárbaros los unos lanzas de palo grueso y tostado, de veinte y cinco hasta treinta palmos de largo, y los otros macanas hechas de madera de palma, y otros bastones gruesos. Tienen su habitacion en casas pajizas á la orilla del mar entre las palmas, de que hay grande abundancia, sirviéndoles su fruto de comida, y algun pescado del mar. Viven desnudos, son de color mulato, pero bien hechos de miembros, y bien agestados. Trataron con ellos los nuestros por señas bien entendidas, que se viniesen algunos á los navios, donde serian regalados y vestidos. Viendo no poder acabar con ellos lo que intentaban, dieron con alguna tristeza la vuelta al mar, nadando con animoso brioso hasta lle-

gar á las barcas, que dieron la vuelta á los navios. Visto esto por los Indios, se arrojaron al agua ocho ó nueve de ellos, y con algun miedo, aunque acariciados de los nuestros, llegaron á los bateles, que viéndolos venir se detuvieron, persuadiéndoles á que se embarcasen, dándoles algunos cuchillos y otras cosas con que mostraron alegrarse, pero no por eso quisieron fiarse de ellos. Volvieronse á tierra, donde los esperaban los suyos.

Viendo, pues que la noche venia, y el poco remedio de llevar Indios á bordo, dieron vuelta á los navios, donde me dieron cuenta de lo sucedido. Yo mandé que aquella noche se pairase por la parte de afuera, para que al siguiente dia se pusiese por obra lo que mas conviniese. Gastóse la noche en esto, y venida la mañana nos hallamos como ocho leguas apartados de aquel parage la costa abaxo, causando á todos gran disgusto, viendo ser imposible volver atras ni ver los Indios; pero descubrimos la tierra enfrente, que era la misma que habiamos dexado, con harto placer y alegria, por entender hallariamos gente en ella. Echóse la barca de la Capitana fuera, quedando las naos barloventeando por falta de puerto, yendo con ella diez ó doce hombres con intento de buscar agua y gente para seguir desde allí su camino en demanda de su intento. Llegada que fue la barca al refluxo

del mar, hallaron la salida tan dificultosa que si no era con peligro de las vidas, apenas habia por donde; mas venciendo con animosos pechos el conocido riesgo, se determinaron á echarse al agua. Así llegaron la barca ácia un peñasco, que quando el mar reparaba algun tanto, su fuerza descubria punta, no dexando de ser combatidos de las olas con furioso impetu por todas partes, entrando mucha agua en la barca hasta que llegaron al peñasco. Viendo el Alferez una breve ocasion de poder saltar, se arrojó á él, saliendo de allí á tierra, estribando en el venablo con el agua á la cintura: lo mismo hicieron algunos en aquel breve espacio que el mar se habia retirado para volver con mas fuerza á batir en las peñas. Los que habian quedado, pareciéndoles que tardaria el mar en volver, se arrojaron al peñasco con los arcabuces y frascos en los hombros por no mojarlos, mas uno de ellos siendo el ultimo, aunque vió venir el mar, por no quedarse en la barca se arrojó al agua donde le parecia que podia estar la peña, porque ya el mar la tenia cubierta de espuma; pero como el batel no podia estar quieto, se alargó del peñasco ácia adentro, lo que bastó para que cayese á fondo; pero en fin, salió arriba sin perder el arcabuz, y ayudado de los otros salió á tierra.

Llegados, pues, á un reqüesto que estaba cerca de la orilla, y á la entrada de un pequeño bosque de palmas y otros arboles, se detuvieron á determinar por donde entrarian á buscar el agua tan deseada y juntamente alguna poblacion. Mirando al mar, vieron bogar á gran priesa el batel de la Almiranta, acercándose á tierra, en que venian ocho arcabuceros. Esperaron á que saltasen en tierra para entrar juntos al bosque: llegada que fue su barca, dexaron el agua con el mismo riesgo que los otros, á quienes saludaron con suma alegria, comenzando su camino por el espeso bosque, cortando con las espadas las ramas; hasta que cerca de otra ensenada de mar muerta, que está de la otra parte de la isla dentro del mismo bosque, descubrieron una redonda plaza cercada de pequeñas piedras, y en la una parte de ella estaban algunas mayores que se levantaban del suelo como codo y medio, arrimadas á un arbol grueso y alto, de cuyo tronco pendian muchas hojas de palmas texidas, que caian sobre las piedras levantadas, que estaban en forma de altar. Visto esto por los nuestros, suponiendo que seria un altar de idolatrar, formaron una cruz, y plantándola en medio de la plaza, la adoraron de rodillas.

Marchando de allí, salieron á lo lla-

no en busca de agua, y viendo otro bosquecillo enfrente, entraron por él, y en un pequeño prado, por estar humedo y fresco, cabaron por ver si hallaban agua. Aprovechóles poco la diligencia, porque el agua era salobre; pero se consolaron luego, porque subiendo algunos á las palmas, derribaron abundancia de cocos, con que satisfacieron la sed y el hambre. Viendo que no encontraban lo que buscaban, cargando de cocos caminaron á la playa con el agua á la rodilla casi media legua; porque la fuerza del mar despues que se quebranta en las peñas, se tiende por la marina hasta la falda de los pequeños montes, juntándose esta mar con la que está de la otra parte de la isla, quando está de creciente, por un canal algo baxo y arenoso, que está en medio de los dos bosquecillos.

Llegados á los bateles, temieron la entrada, así por el riesgo que hubo en la salida, como por ir muy cargados de los cocos y de las armas; pero se ofreció de repente á los bateles una angosta caleta, donde entraron las barcas sin riesgo, llegando tan cerca de los que estaban en tierra, que pudieron saltar en ellas á pie enjuto. La barca de la Capitana fue la primera que se hizo al mar la vuelta de las naos, porque de la otra faltaban de embarcar aun algunos que venian detras. Estos divisaron en lo al-

to entre los arboles un vulto al parecer de persona, que caminaba muy despacio: llegaronse á él, y conocieron ser muger, pero de tantos años al parecer, que era maravilla poder tenerse en los pies. Parecia haber sido en su mocedad de talle gallardo y dispuesto; las facciones del rostro, aunque arrugado y seco, daban tambien indicios de no pequeña hermosura. Dixeronla por señas que se fuese con ellos á los navios: la India sin mostrar turbacion ni sentimiento obedeciendo, se fue con ellos á su batel, y llegó á la Capitana con harta alegria de los que la llevaban, y no menor de todos nosotros, pues de aquí se inferia que la isla era habitada.

Hice que se sentase sobre una caxa: mandé darla de comer de una olla, carne y sopas, que comió sin escrupulo, y mucho mas de conserva; pero el vizcocho seco no lo pudo mascar sino empapado en vino, que mostró saberle muy bien. Diosele en la mano un espejo, que miró al reves y al derecho, y quando vió en él su rostro, se alegró mucho. Mandé vestirla y llevarla otra vez á tierra, para que dixese á los Indios, que solo pretendia paz y amistad con ellos. Llegados que fueron, caminaron con ella por la playa ácia otra que estaba enfrente, por ser la parte adonde ella enderezaba el camino, señalando con el dedo que allí estaba su gente. Los nuestros mirando ácia aquella parte,

vieron venir por la otra parte del mar cinco ó seis piraguas, blanqueando las velas que parecian latinas, hechas de palma, y ellas tambien de madera blanca bien labradas, angostas y largas por las quillas, las costuras trabadas con fuertes correones, hechos de la misma palma, que es el arbol con que se sustentan, y hacen de él sus embarcaciones, xarcia, velas y toda suerte de armas y vestidos con que las mugeres se adornan de la cintura abaxo. Dales tambien sustento de comida y agua, y entiendese ser de la que beben, porque los nuestros no la descubrieron en mas de dos leguas que por su tierra caminaron.

Llegados ya á la playa los barbaros tomaron con gran presteza sus velas, dexando surtas sus almadias, y saltando en tierra se fueron llegando á nuestra gente, haciendo ella lo mismo; mas apenas vieron la India quando corrieron á abrazarla, admirados de verla vestida, abrazando tambien á los nuestros con muestras de amor, á quien el sargento Pedro Garcia salió preguntando por señas quál de ellos era el Señor ó Capitan. Fue señalado un hombre robusto, de gallardo talle y brio, de fornidos y fuertes miembros, y ancha la frente y espalda. Traia en la cabeza una como corona, hecha de plumas pequeñas y negras, pero tan delgadas y blandas que parecian de seda. Acia la parte

del celebro le caia un mazo de cabellos rubios, y algo crespos, cuyas puntas llegaban á la mitad de la espalda, causando en los nuestros admiracion notable, que entre aquella gente, no siendo blanca, hubiese cabellos tan demasiadamente rubios: creyeron que eran de su esposa, porque supieron era el Indio casado. Hicieronle señas para que fuese á las naos, donde seria regalado; él mostrando holgarse, acompañado de su gente, se fue con la nuestra á la playa, embarcándose en el batel, haciendo lo mismo en él algunos otros Indios; mas apenas fueron embarcados, quando temerosos de algun engaño, se arrojaron al agua huyendo á tierra. Quiso imitarlos su Capitan, pero conociendo el intento los nuestros se abrazaron con él, bogando apriesa para apartarse de la tierra; mas el barbaro furioso revolviendo á todas partes los brazos, se defendió, aunque le aprovechó poco su diligencia, y en breve arribaron con él á la Capitana, mas no fueron parte para subirle arriba por mas que lo intentaron. Viendo yo esto, mandé que allí le vistiesen, dándole de comer, y asegurándole con la paz; y para confirmacion de ella, le volvieron libre y vestido á tierra.

No fue de poca importancia la brevedad de su vuelta, porque los Indios de tierra, que serian mas de ciento, viendo llevar preso á su Caudillo, cercaron á tres ó quatro Espa-

ñoles que habian quedado en tierra, y con lanzas y gruesos bastones estaban amenazando á los nuestros. Visto esto por los de la barca, saltaron en tierra quatro ó cinco, unos con rodelas, y otros con arcabuces; y á gran priesa caminaron hasta meterse con los Españoles amigos, que caladas las cuerdas de sus arcabuces hacian rostro á los Indios con animosa determinacion: estaba con ellos Pedro Garcia el sargento.

Por no venir á las manos procuraron asegurar á los Indios con decirles que ellos habian quedado por prendas de su Capitan, que les mostraron venia ya en la barca. Con esto y con esgrimir dos de los nuestros sus espadas y broqueles, haciendo otras gentilezas, se entretuvieron los Indios, hasta que desembarcado el otro, le estrañaron por el vestido. Dióseles á conocer con hablar, y conocido, corriendo le fueron á recibir. El uno de ellos era mozo muy dispuesto y hermoso: entendióse ser su hijo, porque á solo este abrazó.

Llegó, pues, en esta ocasion el Indio Capitan á su tierra, con que mitigaron su furor los barbaros, y dexando á los nuestros, fueron á recibir á su Señor, que con lagrimas de alegria se adelantó de los nuestros á abrazarlos, diciéndoles el buen tratamiento que le habian hecho, y que eran amigos y venian de paz. Los nuestros que en tierra

estaban, recibieron al Indio alegremente, yendose todos juntos á la playa, donde estaban sus embarcaciones, diciéndoles por señas que querian irse á su tierra. Los nuestros por hacerles fiesta y salvas, despues de haber sabido de ellos, que por nuestra derrota habia grandes tierras, dispararon al ayre los arcabuces, causando alguna confusion á la gente de las naves, porque imaginaron que la paz se habia roto. Al fin embarcados los Indios, su Capitan se llegó á nuestra gente, y abrazando al sargento con mucho amor, se quitó la corona de la cabeza, y se la dió, diciéndole por señas que no tenia otra cosa de mas estima. Con esto se fue á embarcar en su piragua, y dando las velas al viento, fueron navegando la vuelta de un pequeño islote, y los nuestros la de las barcas, en que arribaron á la armada, donde estuvieron aquella noche de mar en través, hasta el siguiente dia que fueron prolongando la tierra ácia el Norueste, tomando en ella el sol en diez y siete grados y dos tercios.

A esta isla se puso por nombre la *Conversion de San Pablo*: está en altura de cerca de diez y ocho grados, y como 1180 leguas de Lima. Tiene quarenta de bogeo, y en medio un gran lago de mar de poco fondo. La gente de ella es corpulenta, y de muy buen talle y color. Su cabello delgado y suelto, y traen cubiertas sus partes. Sus armas son

unas gruesas y pesadas lanzas de palma de treinta palmos de largo, y bastones de lo mismo. El surgidero está á la parte de Levante, enfrente del referido palmar, debaxo del qual está el pueblo á la orilla del lago.

Yo iba muy enfermo y debil: la gente descontenta porque no se descubrian las ricas tierras que esperaba, y el Piloto mayor, que desde el principio habia manifestado mala voluntad, aumentaba con sus discursos y acciones el fomento de rebelion que habia en algunos.

Cazamos luego á popa hasta martes 14 de Febrero, que vimos una isla la vuelta del Nordeste; corrimos á ella, pero por estar muy á sotavento no pudo tomarse. Cazamos á popa, y otro dia vimos otra isla la vuelta del Nordeste, pero tampoco se tomó por no dar lugar el viento. Corrimos hasta el dia 21, que descubrimos otra por la proa al Oeste. Fuimos en su demanda, pero por venir la noche, nos quedamos pairando cerca hasta otro dia que fue la Zabra á reconocer el puerto; pero aunque le halló, era tan malo, sin abrigo, y el fondo tan cerca de tierra, que no se atrevieron á surgir las naves. Echaronse las barcas al agua, en que fueron cincuenta hombres, á ver si la hallarian en tierra, porque ya la necesidad les apretaba mucho. Hallaron en ella tanta abundancia de pescado, que á mano se cogia,

y páxaros de diversas suertes, que tambien cogieron con la mano: era desierta y sin agua, que era lo que deseaban, pero abundante de palmas. Dexamosla al fin por inutil: tomóse en esta isla el sol en diez grados y medio escasos. Correse Norte Sur, y tiene como ocho ó diez leguas de bogeo: es pareja con el agua, y tiene en medio un placel ó laguna grande de agua salada, como muchas de las que dexamos atras: pusosela por nombre *San Bernardo*.

Dexando esta isla, corrimos con poca vela aquella noche, siendo el viento á popa y fresco, creyéndole de tierra cercana, porque nos daban señales de ella muchos páxaros. Así fuimos hasta jueves 2 de Marzo, que á la madrugada descubrimos tierra la vuelta del Oeste. Reparamos hasta salir el sol, que fuimos en su busca, tomándola por la vanda del Norte, yendo la Zabra delante. Aquí despedimos la pena y tristeza que traiamos, porque en medio de ella vimos por el ayre levantarse humos, señal manifiesta de estar habitada. Descubrió la Zabra cerca de la orilla entre palmas una habitacion de casas pajizas, de donde salieron casi cien Indios, que por los efectos eran crueles enemigos, aunque no lo mostraban en sus rostros y presencias, porque era la gente mas gallarda, hermosa y blanca que en toda la jornada descubrimos. Tenian mucho núme-

ro de piraguas pequeñas, viniendo en cada una tres ó quatro Indios. Son en extremo ligeras, hechas de un solo palo. Vinieron en ellas á bordo de las naos, haciendo ademanes, mostrando valor y animo, blandiendo muy gruesas lanzas, que son las comunes armas que usan. Cantaban al son de sus canaletes, siendo el uno como el maestro de capilla, y á quien juntos respondian. Ponianse enhiestos, y con los brazos, manos, piernas, pies, hacian con gran destreza sones, bayles y ademanes. Venian en una canoa cinco Indios, y entre ellos uno blanco de color, lindo de cuello y talle, el rostro aguileño y bello, algo pecoso y rosado, los ojos negros graciosos. Fue juzgado por una doncella muy hermosa; mas era un zagal, al parecer, de trece años. Venian haciendo una grita entonada, á cuyo son deben de dar sus batallas, y remataban con una voz pareja bravísima y espantosa. Arrojaronles de las naos algunas cosas así de comida como de vestir, acariciándolos para que se llegasen; pero ellos en tomando lo que se les daba, remaban ácia afuera, dexándonos con pena. Estando en esto, llegó una angosta piragua, en que venia un arrogante Indio, dando voces, haciendo ademanes furiosos con piernas y brazos. Traia en la cabeza un tocado hecho de palma, y una como camiseta tambien de palma, pero colorada toda: y lle-

gando al corredor de la popa de la Capitana, donde estaban algunos mirando la braveza del Indio, él ageno de temor volviendo atras el brazo, cogiendo hasta con ambas manos, tiró un bote con intento de matar á uno de los nuestros, alargándose luego en su piragua á grande priesa. Fue venturoso en no haber allí entonces algun arcabuz para corresponder á sus brabatas: aunque le daban voces amenazándole, no por eso dexaba de acercarse de quando en quando á querer intentar lo que antes.

Yo me hallaba en el bordo de la nao, procurando con regalos y señas de amor acariciar á los Indios para que entrasen en el galeon; y habiéndome avisado de la osadia de aquel Indio, entré en la popa admirado de su valor, y mandé se disparase al ayre un arcabuz sin bala, para que amedrentado se fuese. El Indio no mostró temor del ruido, blandiendo la lanza cerca de nosotros, cercándonos la nave con su ligera piragua: pero no tardó mucho en pagar con la vida su atrevimiento. Echaronse las barcas al agua en que fueron sesenta hombres para defensa de la Zabra, porque se arrojó al agua un grueso esquadron de Indios estando surtos en diez brazas; y llegando á bordo, pareciéndoles ser facil procuraban echarla á fondo. Viendo que era imposible, traxeron de tierra un cabo largo, y atándolo á la proa de la

Zabra, intentaban llevársela á tierra. Al ver que los de dentro procuraban cortarlo, se apartaban un tanto, y amarraban el mismo cabo al cable de la ancla, haciendo por todas vias la diligencia posible en ofender á nuestra gente. Llegadas las barcas, se fueron nadando á tierra, cayendo algunos heridos y muertos de las valas que entre ellos daban, y entre ellos el Indio que mas valiente se habia mostrado. Visto que por entonces no habia lugar ni orden de saltar en tierra, se volvieron á las naves, zarpando la Zabra el ancla por llegarse á ellas, que algo mas afuera estaban surtas.

Acordé con parecer de los mas inteligentes, que otro dia saltase gente en tierra bien armada para tomar leña y agua, por el gran deseo que tenia de subirme á altura en demanda de la madre de tantas islas. Viniendo el dia siguiente fueron las barcas, llevaron la Zabra remolcando con sesenta hombres, llevando pífanos y caxas, apercibidos para qualquier trance. Buscando el lugar mas seguro en que pudiese surgir la Zabra, la llevaron remolcando cerca de unos arrecifes, donde aunque la mar batia con furioso estruendo, y no pequeño temor que daba á los nuestros, era el lugar mas acomodado que hallarse pudo. El Alferez Pedro Lopez de Sojo no queriendo perder punto ni detenerse, saltó en una pequeña góndola que en la

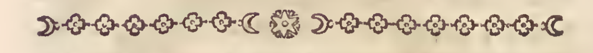
armada traian, con otros dos hombres, á buscar sitio donde echar el rezon de la Zabra; y hallado, dió aviso á Luis Vaez de Torres, que venia por Capitan de la Almiranta, para que fuese á dar fondo, lo qual hizó luego, dexando surta la Zabra, y él echando el rezon en tierra, ibale haciendo escolta el otro batel, porque él habia ido á hacer esta diligencia en el suyo. Apenas bararon las barcas en tierra, quando con furioso impetu arremetieron á la playa mas de ciento y cincuenta bárbaros, todos con lanzas terciadas, determinados de vengar la injuria pasada, y mas viendo que estaba en tierra Vaez de Torres con otros dos Españoles y el Alferez Sojo, que con harto peligro habia salido á tierra con el agua á la garganta. Viendo los nuestros el atrevimiento de los Indios, dando fuego á los arcabuces, reprimieron su impetu derribando á algunos de ellos muertos entre los peñascos de la playa, haciendo juntamente huir los otros con mayor priesa que la que habia traido, desocupando la ribera, donde con riesgo notable saltaron doce ó quince hombres, mojando algunos los arcabuces, y otros dexandolos en el agua, no haciendo poco sus dueños en salvar las vidas: tan grande y furioso era el impetu del agua, que en los arrecifes y peñascos batia con el mucho viento que soplaba.

Puestos estos soldados en tierra, se pusieron en orden en un pequeño repecho que en la playa estaba, en tanto que en las barcas iban por la gente que en la Zabra habia quedado, la qual á grande priesa se fue desembarcando, deseosos todos de probar las manos con los enemigos. Juzgaban cobardia el detenerse: lleváron los arcabuces y frascos en alto para que no se mojasen, y juntándose con los compañeros que en tierra estaban, en esquadron formado fueron caminando ácia el pueblo ó rancheria, donde halláron diez ó doce Indios todos ancianos. Los mas de ellos tenian unos palos teosos, que á modo de hachones ardian, señal entre ellos de paz y amistad, habiendo huido los demas por el bosque adentro, donde tenian sus hijos y mugeres, cerca de una laguna grande que el mar hace, quando baña la tierra. Acia aquella parte vieron los nuestros caminar con toda priesa un Indio, que en los hombros llevaba á otro herido, que segun el deseo que de salvarle tenia, y el peligro á que por librarle se habia puesto, debia sin duda de ser hermano, ó padre ó amigo.

Llegados pues á los Indios del pueblo que los esperaban, los halláron con los hachones encendidos en las manos, y algunos de ellos con ramos verdes, los quales dieron á los nuestros humillándose con so-

brado temor, principalmente un Indio viejo estaba sentado temblando de verlos. Llegóse entre los demas otro Indio bien dispuesto y de grande cuerpo, ya anciano, á quien nuestra gente por señas pidió agua, vistiéndole de tafetan. El mostrando alegria fue guiando á catorce ó quince Españoles que con el Capitan Luis Vaez de Torres iban en seguimiento suyo, quedándose formado el esquadron en el mismo sitio. Llegando cerca de la laguna, habiendo pasado por el pueblo, halláron un arroyo grande, pero de agua salobre, que causó no pequeño disgusto á todos por la sed que llebaban. Estando en esto, llegó un Indio con un coco de agua dulce, y preguntándole de donde la trahia, dixo que de la otra vanda de la laguna. Envió luego con él Luis Vaez siete Soldados para saber donde la habia; los quales, guiandolos el Indio, fueron á sus chacaras ó huertas, donde todos los Indios se habian retirado. Estos viendo á los nuestros, salieron á darles la paz, y tambien algunas mugeres de buena disposicion y hermosura, y algunas la tenian con extremo. Aunque es gente bárbara, que nace y se cria en aquellas remotas partes, en medio del rigor del sol, aire y frio, bastante causa para estar quemados y negros, eran demasiadamente blancos, principalmente las mugeres, que vestidas sin duda hacian ven-

taja á las Españolas, acompañando su donayre y gracia con honestidad y vergüenza. Miraban con humildes ojos y muy pocas veces, y se llegáron á abrazar á los nuestros con demostracion de amor y paz á su usanza. Venian cubiertas de la cintura abajo con esteras ó petates blancos de palma delgada y bien texida, trayendo otras hechas á modo de esclavinas texidas de la misma palma, con que cubrian las espaldas. Holgóse mucho nuestra gente, viendo que por paz negociaba. Los Soldados encontráron escondidos entre unas ramas á dos mozos y tres mozas, todas bellas criaturas, de diez años y mas. Una de ellas era gallarda y lozana, muy ayrosa, cuello y pechos levantados, muy ceñida de cintura, los cabellos muy rubios, largos y sueltos, la qual tendria como unos quince años. Era por extremo hermosa y agradable. Con ánimo varoníl y prestos pasos, rostro alegre y risueño les salió á recibir, y luego con ambos brazos abiertos los abrazó, y á su usanza les dió paz en la mexilla. Desearon los nuestros llevarlos á los navios, y aunque la jóven no se mostraba melindrosa, no tuvieron por conveniente executarlo.



CARTA CCLXXX.

Continuacion del mismo asunto.

Viendo los soldados que el Capitan entraba en busca de agua, llegaron á una de las chacaras, donde guiados del Indio hallaron un arroyo pequeño de agua, dulce y aunque manantial, era tan poca que era imposible repararse la armada con ella. Volvieron á dar aviso á Luis Vaez de lo que habian visto así del agua como de la gente, el qual lo envió á decir con un soldado al esquadron que estaba junto en la playa, para que de allí se diese aviso á las naves. Llevaba el mancebo desnuda su espada sin otra defensa ni arma: mas pasando por las casas de los Indios, salieron á él diez ó doce de ellos con dardos arrojadizos de agudas puntas tostadas, bastones gruesos y macanas, y arremetiendo juntos intentaron quitarle la vida. Adelantándose un furibundo y arrogante Bárbaro con una pequeña lanza en las manos, le amenazaba con ella, buscando tiempo para emplearla bien; mas el Español despidiendo el temor, le esperó con la espada, aunque no tubo lugar de herirle, porque á este tiempo llegaron de

tropel otros Indios tirandole golpes, de que apenas pudo defenderse; sin embargo salió herido en la mano y en el rostro. Al ruido acudió gente nuestra así de los quince Españoles que habian ido á la laguna, como de los que estaban en el esquadron, cerrando con los Indios unos con espadas y rodelas y otros con arcabuces, de cuya arremetida quitaron las vidas á quatro ó cinco Bárbaros, quedando algunos heridos. De los que quedaron muertos fue tanto el valor y esfuerzo de uno, que puso en muy grande afrenta á los nuestros; el qual desnudo y sin mas armas que un baston en la mano, hizo tanto que se defendió de mas de quince soldados armados con armas aventajadas, y los ofendia como si tuviese armas iguales, defendiendo su vida por muy largo espacio, y haciendo plaza con el baston, no dejaba que ninguno de sus enemigos se le acercase. Estos irritados no hacian sino acometerle con las espadas levantadas, bien cubiertos con las rodelas: el valiente Bárbaro daba furiosos golpes, y aunque los reparaban en ellas, no dejaba de hacerles daño. Como la gente era mucha y el Indio solo, fuele rindiendo el cansancio aunque no el temor, y vinieron á cercarle tanto, que algunos de los nuestros pudieron darle muchas heridas; mas no por eso dejaba el Indio, abrasado en ira, de aco-

meter á los nuestros, hasta que de cansado y desangrado cayó muerto mordiendo con crueles ansias la tierra, dexando á los nuestros admirados de ver su valor, y arrepentidos de haber quitado la vida á quien tan bien la supo defender de tantos.

Salidos de allí se juntaron todos y en orden y concierto fueron marchando á las chacaras, para buscar algun mantenimiento y gente; pero fue escusado, porque los Indios todos habian huido, y de los ultimos que se iban alejando apriesa eran dos viejos, que segun pareció eran marido y muger, los quales vistos por nuestra gente fueron en su seguimiento con deseo de alcanzarlos. El Indio viejo, viendo ser imposible escaparse de quien los seguia, temiendo su muerte y la de su compañera, creyendo ya que habia de morir, que su compañera se escapase, la persuadió á que apriesa huyese por un bosquecillo, que enfrente estaba. Obedeció la India compelida de los ruegos del marido, quedándose él solo hasta que llégó nuestra gente, y prendiendo al Indio, le llebaban á la armada, aunque por su mucha vejez les pareció inutil para lo que pretendian, que era el saber de él noticias de la tierra. Fueron de parecer de dexarle, y quando le soltaron, llegó la India que habia huido, buscándole, y diciendo que mas queria morir en su compañia que vivir sola; lo

lo qual causó no menor admiracion á los nuestros que el valor del Indio muerto. Dexaronlos juntos, y volvieronse á los bateles: los dos viejos se fueron á su pueblo, agradecidos al beneficio de haberlos dexado con vida.

Procuraron los soldados embarcarse, pero fue de suerte que jamas se vieron en tanto aprieto como aquel dia, así por la fuerza del mar y viento que los arrojaba á la costa, como por venir creciente. Zozobró el batel de la Almiranta, á cuya gente valió el saber nadar, y algunos se subieron sobre la quilla de la barca; mas importóles poco, porque como el mar la arrojaba con furioso movimiento, les era forzoso, mal de su grado, volver otra vez al agua. Fue Dios servido de que se volviese la barca, aunque medio llena de agua, que con presteza agotaron; y volviendo á embarcarse fueron á los navios, dexandose en tierra muchas esteras de palma muy bien texidas, cocos y otras cosas de regalo, que de las casas habian traido, porque aun las armas no podian embarcar. Estas llegaron todas mojadas, y los dueños hasta las cabezas, porque al embarcarse les daba á los pechos, y dentro en las barcas los golpes de mar que en ellas entraban, mojaron todo lo que les quedaba enjuto. Arribaron á los navios cansados y afligidos, y muchos con los pies lasti-

mados de las puntas de unos herizos que en la playa habia entre las peñas y el agua. Fueron recibidos en uno de los navios con sobrado placer y alegria, y mas viendo que no habia muerto ninguno en la refriega de tierra, ni peligrado en el mar.

Visto que en aquel lugar no habia agua ni puerto, determinaron dexar la isla, á quien pusieron por nombre *la Peregrina*, ó *de la gente hermosa*: correse Norte Sur, y tiene seis leguas en redondo. Dista de Lima, al parecer, 1600 leguas: su altura diez grados y un tercio. El puerto donde se surgió está á la parte del Norte, enfrente y cerca del pueblo. Esta isla es muy rasa, tiene un pantano, de cuya agua beben los naturales, que al parecer es la que se recoge quando llueve. Tienen la tierra dividida, como que es de muchos dueños, y sembrada de ciertas raices, que debe de ser su pan. Todo lo demas es un grande y espeso palmar, principal provision de los Indios, de cuya madera y hojas hacen y cubren sus casas, que son de quatro vertientes, curiosa y limpiamente obradas, con un sobrado cada una, abiertas todas por abaxo; el suelo y todas ellas tambien aforradas con esteras que hacen de palmas; y de sus cogollos mas tiernos texen unas blandas telas, con que los hombres cubren sus partes, y las mugeres se cubren todas.

De estas palmas hacen los Indios sus canoas y piraguas de mas de veinte varas de largo, en que caben como cincuenta personas. Su fábrica es estraña, y consiste en dos barcos apartados uno de otro como una braza, y del uno al otro muchos palos unidos muy fuertemente con cuerdas: de las palmas hacen los arboles, las xarcias, velas, timones, &c., y sus armas, que son lanzas y garrotes. En estas palmas nacen los cocos, que les sirven de comida y bebida, de aceyte para curarse, de vasijas para recoger agua, y casi se puede decir que con solos estos arboles se sustentan aquellas gentes.

Fueron hallados en las casas de los Indios muchos blandos y delicados petates, y otros mas grandes y mas gruesos; madejas de delgadas y bien texidas trencillas, teñidas unas de negro, y otras de roxo y leonado: cordeles delgados, recios y blandos, que parecian de mejor lino que el nuestro: muchas conchas de nacar, tan grandes como un plato ordinario, de las quales hacen cuchillos, sierras, escoplos; y de huesos al parecer de animales, hacen agujas con que cosen sus vestidos y velas. Hallaronse ensartados muchos ostiones secos, en que se hallaron menudas perlas.

Dexada esta isla fueron navegando su derrota en demanda de Santa Cruz, isla que

en el otro viage que hice con el Adelantado Alvaro de Mendaña hallamos muy regalada y fertil, donde tuvimos muy buen acogimiento, aunque por algunos desordenes de los nuestros hubo algunas muertes de ambas partes, y gobernamos al Oeste en su busca. A los 22 de Marzo, jueves Santo en la noche, hubo un eclipse de luna, obscureciéndose toda por espacio de tres horas. Hasta 7 de Abril fuimos corriendo siempre con el mismo viento, dexando tierra por entrambas bandas, segun las señales de páxaros y piedras pomes que descubriamos; y al fin este dia á las tres de la tarde, desde la Capitana se descubrió una tierra al Oesnorueste, alta y negra á manera de volcan. Fuimos en su demanda hasta que cerró la noche, que por temor de baxíos nos echamos de mar en través hasta la madrugada que fuimos en su demanda; y en medio del camino como á dos leguas terrestres dimos en un placel, donde hallamos fondo de doce brazas hasta quince. Estuvimos dos horas en pasarlo, perdiendo luego el fondo. Llegamos cerca de tierra, pero por ser tarde, nos obligó á reparar hasta otro dia, que se adelantó la Zabra, y el Capitan Luis Vaez con las barcas, en que iban cincuenta hombres, prolongándola la vuelta del Sudoeste por medio de otras islas pequeñas, que hacian

canal, que de lejos parecian ser una, descubriendo muchas casas por entre bosques, y algunas en las playas.

En tanto la armada, hallando un puerto apacible arrimado á las islas pequeñas, que estaban desviadas de la grande ácia el Este, dió fondo en veinte y cinco brazas. Fueron las barcas á la tierra que estaba mas cerca, de donde se traxo algun agua, platanos, cocos y otras raices, palmitos y cañas dulces, con que se volvieron á la armada, dando noticia de lo visto, y muestras de lo hallado. Con esto se pasó el dia hasta el siguiente al salir el sol, que fueron las barcas y la Zabra para resguardo de ellas con cincuenta ó sesenta hombres, con intento de procurar la paz deseada. No largo trecho apartados de las naves descubrieron un pequeño islote, situado de la vanda adentro de los arrecifes, un estado bien alto del agua, hecho á mano de vivas peñas, en que habria como setenta casas cubiertas de palma y esteras, todas por dentro. Serviales de fuerte, porque segun entendieron, allí se recogian quando acaso Indios enemigos venian á darles guerra de las tierras convecinas, no dexando ellos de salir á hacer lo mismo en fuertes y grandes embarcaciones, en que pueden con gran seguridad engolfarse.

Los Indios á gran priesa llevaron luego tierra adentro las mugeres, niños, y todo

quanto tenian, y ciento y cincuenta de ellos tomaron presto las armas. Se disparó un mosquete para solo espantarlos, y así como fue oido, se zabulleron todos en el agua, salvo uno que se llegó cerca, y por señas dixo á los nuestros no tirasen, que él haria que los Indios dexasen arcos y flechas. Así se hizo de ambas partes: llegóse del todo á las barcas, y en muestra de amistad dió la mano al Almirante, y á entender señalando su cabeza, que era el Señor de la tierra, y que se llamaba *Tumay*, y por otro nombre *Taurique*. (Yo presumo que su verdadero nombre era *Tumay*, y que *Taurique* era el título de su dignidad, la qual en Otahiti se llama *Eri*, y en las islas de los amigos *Terique*: por consiguiente se ve la analogia entre estos varios dialectos de las islas del mar del Sur.)

Llegando los nuestros á la rebentazon del mar, pasaron la fuerza de ella, entrando adentro, donde apenas habia de fondo un estado; y navegando ácia el fuerte por ver gente en él, vieron atravesar pequeñas góndolas á las otras playas de la isla que estaba enfrente un pequeño trecho. Temiendo no intentasen ofenderlos, se apercibieron de los arcabuces, por si acaso fuesen necesarios; pero los Indios, que no menos deseaban la paz que nosotros, con gran regocijo, unos en las piraguas, y otros por el agua, que les

daba al pecho, salieron á recibirnos acompañando á su valiente Capitan, que traia por bordon el arco, saludándolos, y luego los guió al fuerte, quedando solamente Taurique con los nuestros. Estos viendo que muchos Indios robustos se llegaban á bordo, temiendo no zozobrase alguna barca, les hicieron señas que se fuesen, lo qual hicieron luego, volviéndose unos al fuerte, y otros á la isla, dexando el mar desocupado, por lo qual fueron bien apercibidos de armas hasta llegar á la ribera del pueblo, donde una barca de la Capitana llegó primero, saltando en tierra los que en ella iban. Esperaron que llegase la gente de la Almiranta, que no tardó mucho, haciendo lo mismo, y juntándose todos, que serian cincuenta, porque los demas se habian quedado en la Zabra, y bateles para guardarlos. Formando un esquadron comenzaron á entrar por el pueblo, caladas las cuerdas de los arcabuces, mirando con cuidado á todas partes con temor de alguna emboscada; mas en todo él no hallaron persona alguna, porque los Indios que en él se habian entrado, apenas nos vieron saltar en tierra, quando por la otra parte se echaron al agua, sin ser de nosotros vistos. Mostró por señas Tumay al Almirante sus casas, y le rogo no pegase fuego en ellas, ni en las otras, y que daria de quanto de su isla tenia. El Almirante se le mostró grande

amigo, y para que mejor lo viese, le vistió de tafetan tornasolado, que mostró estimar mucho.

Volvieron luego á la playa, y señalando con un lienzo á la ribera de enfrente para que viniesen de paz, algunos Indios estuvieron esperando, y otros en sus embarcaciones se vinieron á los nuestros. Venia delante su Caudillo con muestras de amor y alegria: traia en la mano derecha un cogollo verde de palma que dió á Luis Vaez, despues de haberle abrazado, haciendo lo mismo con muchos que estaban delante, alegres todos de ver quan facilmente se habia comprado la paz, y en parte donde tenian la leña y agua tan deseada para seguir nuestra derrota. Llegaron en esto dos Indios ancianos, dexando las armas en la ribera, y mano á mano se vinieron á los nuestros saludándolos con mucha humildad: entendieron por las señas ser padre y tio de Tumay, que era el Capitan.

Estaban los Indios, unos en una pequeña plaza que está á la entrada del fuerte, y otros subidos en las peñas, admirándose de ver nuestras armas y trages, no estando menos admirada nuestra gente de ver su agilidad y fortaleza de miembros. Viendo el seguro que habia, y que el Capitan habiendo enviado sus Indios á la otra parte, se quedaba con su hijo pequeño y con otros dos Indios para la guarda del fuerte, procuramos

descansar algun rato del cansancio pasado, haciendo dos cuerpos de guardia para mas seguridad, uno en la marina y otro en una plaza que está en la mitad del fuerte, donde puesta la guardia conveniente, se desarmaron, sentándose y acostándose por aquella floresta, recreándose con algunas frutas que les traxeron. Los Indios vinieron con sus embarcaciones para llevar á las naves la leña y agua que habian menester. Avisóme el Almirante de lo sucedido, diciéndome que cerca del pueblo habia buena aguada, y que fuese con las dos naos, como lo hice, á surgir en otro puerto mas cerca. Surtas las naos, desembarcaron y fueron al pueblo los seis Religiosos, y á mis instancias se dixo la primera Misa á nuestra Señora de Loreto. Los Indios en tanto que se dixo, estuvieron presentes y muy atentos, de rodillas, dándose golpes, y haciendo quanto veian hacian los Christianos.

Otro dia vino Tumay á verme á la nao: recibile con alegre rostro y abrazos, y Tumay me dió paz en el carrillo. Sentados luego en el corredor, se puso la mesa para que comiese, pero no quiso por mas que se lo rogué. Preguntele si habia visto navios ó gente como la nuestra: dió á entender que no, mas que tenia noticia. Preguntele por el volcan que la otra vez se habia visto, y dixo por señas que estaba mas al Poniente,

que se llamaba *Mami*, y que allí cerca está la isla de Santa Cruz, cuyo nombre es *Indeni.* Tambien dió á entender la muerte que en el otro viage se habia dado al Cacique Malopé. Preguntele mas, si habia otras tierras pobladas ó despobladas, y para esto le mostré su isla, y luego el mar, y apuntó á partes del Oriente. Habiéndole entendido por estas señas, fue por los dedos contando y dando nombre á mas de sesenta islas, y una muy grande tierra que se llamaba *Manicolo.* Fui escribiendo los nombres, teniendo presente la aguja de navegar, para saber en qué parage cada una demoraba, que viene á ser de aquella isla de *Taumaco* á la parte del Sueste, Suroeste, Oeste hasta el Noroeste. Para dar á entender quáles eran pequeñas, hacia pequeños círculos; para las mayores, hacia mayores círculos, y para aquella gran tierra abrió brazos y manos. Para dar á entender quáles eran las lejanas, ó estaban de allí mas cerca, mostraba el sol, recostaba la cabeza sobre una mano, cerraba los ojos, y contaba por los dedos las noches que por el camino se dormia. Decia por semejanzas quáles gentes eran blancas, negras, mulatas &c., quáles sus amigos ó enemigos. Dió á entender que en una isla se comia carne humana, y para esto hizo como que se mordia su brazo. De este modo y de otros se entendió quanto dixo, y repitiósele

tantas veces, que mostró cansarse de ello.

Mostró deseo de volverse á su casa; yo le dí cosas de rescate, y se fue, despidiéndose con mucho amor. El dia siguiente fui al pueblo, donde nuestra gente estaba, y para mas bien enterarme de lo que Tumay declaró, llevé los Indios á la playa, y á todos fui preguntando una vez y muchas por las tierras que Tumay nombró, y en todo conformaron todos. Mucho se espantaron los Indios de ver leer el papel, y tomándole en las manos, le miraban al derecho y al revés. Mostrabanse muy contentos del buen trato, que siempre allí se les hizo. Trabaron grande amistad con quien bien les parecia de los nuestros. Hablósele á Tumay de aguada y leña para las naos, y envió quanta se quiso con los Indios en sus canoas.

Era Tumay Señor de esta isla y otras; hombre de buen cuerpo y rostro, de hermosos ojos, buena forma de nariz, su color algo moreno. Esta isla se llama en su lengua natural *Taumaco*: pusosela por nombre nuestra Señora del Socorro; está en altura de diez grados y un tercio: tiene de bogeo diez leguas, poco mas ó menos. Es medianamente alta, y de mucha arboleda: tiene sus playas con muchos palmares, y pueblos de pocas casas. Dista de Lima, á buen juzgar, 1650 leguas: tiene á la parte del Este tres farillones, que solo abrigan de los vientos Este y

Nordeste, y entre ellos y la isla está el puerto adonde primero surgimos: tiene de quince á veinte brazas de fondo limpio. El surgidero segundo está al Sur de la isla: su fondo ocho y diez brazas de coral tosco, que roe los cables: es sin abrigo.

El pueblo de Tumay está á la parte del Sur un poco apartado de la isla, por lo que le llamamos *Venecia*. No pueden entrar ni salir de él canoas, sino quando hay pleamar. Tiene enfrente un mediano valle con frutales y sementeras, y un arroyo de agua dulce, clara y sana. Las casas son de vertientes, algo grandes y limpias, armadas sobre maderos. Las techumbres de cañas dulces, cubiertas de hojas de palmas con dos ó tres puertas baxas, y los suelos con esteras. Las camas son de petates con banquetas algo curbas para poner las cabezas. Hay allí mayores casas, y en ellas ciertas embarcaciones de un grande y bien labrado tronco con sus cubiertas de tablas, las junturas breadas con cierta goma, un camarote ó retrete donde quando navegan llevan todas su comidas, y grandes velas de petate; tienen tambien remos: caben en cada una de treinta á quarenta personas. Tiene esta isla raices como ñames, cocos, platanos, cañas dulces, y suaves al comer. Otras frutas se vieron, un pequeño cochino, gallinas, y un perrito. Los Indios en comun son hombres

altos, derechos, briosos, y bien agestados: el color de mulato, claro mas ó menos. Cubren partes con unas telas que texen en pequeños telares. Tienen por armas arcos y flechas. Es gente, al parecer, amiga de pelear con gentes de otras tierras. Dos leguas al Poniente está otra isla poblada, del tamaño y vista de la de Taumaco: llamase *Temelfua*. Al Nordeste de ella á poco trecho hay dos isletas algo riscosas.

Hicimos en una casa del fuerte un altar donde se dixo Misa, y toda la gente de la armada comulgó por ser entonces la Pasqua florida. Al cabo de siete dias que en el fuerte estuvimos, no habiendo mas que hacer en la isla, determinamos dar vela; pero juzgando que para la derrota y viage era necesario llevar algunos Indios que sirviesen de guia y lengua, se aprisionaron quatro, embarcándolos en los bateles: lo que sabido por su Capitan, con gran pesar y sentimiento llegó á la playa, pidiendo que le embarcasen en la una barca, y los Indios en otra. Dexaron el fuerte, y en breve espacio llegaron á la Capitana con el batel, en que iba el Capitan Indio con un hijo suyo, que en su seguimiento habia salido del fuerte en una gondolilla. Viendo que no lograba se le volviesen sus quatro Indios, se hubo de volver á tierra. En esto llegaba el batel con los quatro Indios, que apenas vieron á su Señor,

quando con lastimosas voces empezaron á llamarle: él entonces queriendo arriesgar la vida por librarlos, dió vuelta en su embarcacion ácia ellos. Viendo desde la Capitana el estorvo que podia causarse, dispararon sin bala una pieza, con cuyo ruido el Indio temeroso dando de mano á los suyos, como desconfiado de poder darles libertad, dió vuelta á la isla. Los nuestros largando el trinquete, haciéndose á la mar, aunque con trabajo, por no ser favorable el viento, se apartaron de tierra aquella noche como quatro leguas, y al dia siguiente al amanecer, uno de los quatro Indios se echó al agua, obligando á poner recato en el que quedó en la Capitana, porque los otros dos iban en la Almiranta.

Así navegamos hasta 21 de Abril, que á media tarde vimos tierra la vuelta del Sueste: fuimos en su demanda, mas por ser tarde nos echamos de mar en través hasta otro dia, que prolongándola por la vanda del Norte, vimos una playa larga, y en ella alguna gente, y en lo verde del bosque que habia enfrente, muchas palmas y sementeras; mas por parecer no tenia puerto abrigado de vientos, cazamos á popa la vuelta del Sur. Estaba en altura de doce grados largos; y hechos á la mar como una legua, pareciéndole al Indio de la Capitana buena ocasion, se echó al agua. Es regular

que llegase presto á tierra por estar á barlovento de ella: sentimoslo como era justo, procurando avisar á la Almiranta tuviese cuenta con los suyos, pero no fue tanta que el uno de ellos no hiciese lo mismo. Se creyó que el ultimo no imitó su exemplo por ser esclavo de los otros, y parecerle era mejor el trato de los nuestros que el de los Indios, que le tenian preso en la isla de *Taumaco*.

CARTA CCLXXXI.

Continuacion del viage.

Luis Vaez de Torres por ver la gente de la tierra y comunicarla, llegándose la armada mas á tierra, despues de haber tomado sonda, fue en su gondolilla, y sin saltar en tierra, habló con los Indios. Dieronle una manta texida de palma, algunos cocos, y juntamente señas de largas tierras, diciendo que sus habitadores eran mas blancos que los que dexamos atras. Volviose á las naves; que por no tener necesidad de agua ni leña, dieron vela la vuelta del Sur, yendo navegando hasta 25 del mes, aunque con algunos contrastes y vientos diferentes. Vimos al amanecer tierra por la proa, alta y

raguas: no traian armas; su deseo era que fuesemos á su tierra. Viendo yo esto, mandé fuese la barca de la Capitana con veinte soldados y su oficial por ver si hallarian puerto, y lo demas que de lejos la tierra prometia. Armados los soldados de rodelas y arcabuces, fueron en las barcas; y llegando en breve á la ribera vieron que entre peñascos y quebradas hermosas á la vista, baxaban despeñandose al mar copiosos y gruesos rios, cuyo nacimiento parecia estar en las cumbres de los montes. Vieron tambien en las playas algunos puercos como los de España, é inumerables Indios de tres diversos colores, señal cierta de la grandeza y longitud de la isla, y de tener muy cerca la tierra firme. Eran pardos los unos, otros del todo negros, y los otros en grande extremo blancos; tenian barbas y cabellos rubios.

No poca admiracion causó á los nuestros el ver que un Indio, estando muchos en la orilla llamando con señas de paz á nuestra gente, se dexó venir con furioso impetu desde la falda de una montaña á la orilla del mar, y entrando con animoso brio en el agua, sin temer á los nuestros fue nadando hasta llegar á la barca donde fue recogido y aprisionado, temiendo no quisiese hacer algun daño á los nuestros, por verle tan animoso y fuerte, haciendo ademanes con el rostro y brazos. Traía en ellos unas mani-

llas de colmillos de puerco, y su persona daba indicios de ser Cacique y Señor en su tierra, como despues supimos. A este tiempo vinieron á la Zabra que estaba cerca de tierra, unas piraguas, de donde con caricias y alhagos cogieron un Indio de los que en ellas venian, con ánimo de llevarle á la Capitana, por el deseo que yo tenia de verlos para regalarlos y vestirlos, pues de esta manera era negocio facil acabar la paz con ellos, cosa tan importante á mi designio.

Metido el Indio en la Zabra le echaron una cadena al pie por temor de que no se arrojase al agua, caminando con él la vuelta de los navios que estaban mas de tres leguas de tierra; y viendose el Indio aprisionado, culpando su temeraria osadia, y teniendo por cierta la muerte, hallando ocasion acomodada rompió la cadena con las manos, quedandose en el pie el candado con algunos eslabones, y sin que fuese nadie parte para estorbarselo, se echó al agua nadando con gran priesa la vuelta de su patria. Viendo los nuestros ser trabajo perdido ir en su busca, y ser la noche cerrada y obscura, siguieron su camino derecho á la Capitana, donde dieron noticia de lo sucedido.

Ya en este tiempo con fuerza de remos llegaba la barca que trahia al Indio aprisionado de las piraguas, y metiendole dentro, salí á hablarle, quitandole todo temor. Para

y grande. Esta isla al parecer dista de Lima 1700 leguas. Tiene de bogeo de siete á ocho: es un cerro redondo tajado á la mar, de donde desciende un buen arroyo de agua. Vi muchas sementeras, platanares y palmas y otros árboles: gente de buen color, y buenos cuerpos. Su altura catorce grados, y su nombre *San Marcos* por ser descubierta en su dia. (Torquemada dice que se llamó nuestra Señora de la Luz; pero este nombre se dió á otro despues.)

Se fue navegando como al Sudueste, y como á las diez del dia se dió vista al Sueste á distancia de doce leguas, á una tierra de muchas sierras, llanos y arboles, sin verle fin que se procuró todo aquel dia. La puse por nombre la *Margaritana.*

Como á veinte leguas al Poniente se vió una isla de tan buena vista, que pareció acierto ir á ella. Al tercio del camino vimos otra de hasta tres leguas: es rasa, y tiene un cerro que parece farallon. Salieron de ella dos piraguas á la vela, por lo que se entendió estar poblada; y por su mucha arboleda y alegre vista se le dió nombre de *Vergel.*

El otro dia que se contaron veinte y siete, al Norte de donde estabamos, se vió una larga isla que corre como de Nordeste, Sudueste. Su altura, á buen juzgar, trece grados: su nombre las *lágrimas de San Pedro.*

Al Nordeste se vió otra isla que se juzgó tener de bogéo sesenta leguas: tiene dos altos y faldosos cerros á los remates, y lo demas es tierra llana de buena vista, así por su forma, como por sus muchas arboledas. Su altura menos de catorce grados. Su nombre *los portales de Belén.*

El otro dia se llegó cerca de la isla que dixe está al Poniente de la de San Marcos, y por toda ella vimos levantarse muchos humos, y á la noche muchos fuegos: es en el medio un poco alta, y parejamente se van estendiendo sus faldas hasta la mar. Su forma casi redonda: muchas palmas, platanares y grandes verduras: muy buenas aguas: boxea al parecer cincuenta leguas, aunque hubo quien la juzgó por de ciento, y tener dos mil Indios. Su altura catorce grados y medio. Diósele por nombre la isla *de la Virgen Maria.*

Consultóse que tierra de aquellas se tomaria: salió de acuerdo que se fuese á la que declinaba al Oeste de San Marcos, y así á otro dia fuimos á tomarla por la vanda del Sur; pero antes de llegar vimos otra mayor y mas alta, la vuelta del Sueste. Al fin llegamos á la que se habia determinado á 27 de Abril, en cuyas cumbres y levantados montes vimos encendidas hogueras, señal entre ellos de alegria y paz. Confirmóse esto con venir á la armada algunos Indios en sus pi-

que no hiciese lo que el otro, mandé que le asegurasen bien hasta el dia siguiente, para vestirle y enviarle á los suyos. Dimos vela prolongando la tierra aunque poco á poco, por ser corto el viento, siendo ya como las diez de la noche. Los que hacian guardia en la proa dieron aviso diciendo haber oido voces: fuese luego arribando ácia donde pudieron oirlas, para saber que podia ser; mas apenas llegaron cerca, conocieron ser el Indio que habia roto la cadena, que viendose el miserable rendido del cansancio, viendo serle imposible llegar á tierra, tuvo por mejor entregarse en manos de sus enemigos que morir en el agua. Por esta razon, apresurando las voces, pedia le diesen socorro; lo qual se hizo metiendole dentro, quitandole el candado y pedazo de cadena que trahia al pie, mostrandole para consuelo al Indio compañero; despues de haberles dado de comer los dexamos juntos aquella noche.

Venido el dia, hice los vistiesen de tafetan de color, de que trahia muchos vestidos para rescate de comida y efectos semejantes: trasquilaronles la barba y cabello, abrazandolos yo, con lo que quedaron muy contentos y desengañados. Fueron en la barca vueltos á tierra, y saltando en ella el Cacique ó Capitan, en agradecimiento de su buen trato, mandó nos traxesen puercos, platanos y fruta bien diferente en el sabor y for-

ma de las que hay en las Indias; y era como hechura de brebas muy coloradas, y de suave olor, y otras de diversas formas, y juntamente batatas y raices de ñames que á ellos les sirven de comida.

Dexaronlos apesarados de su ida, y prolongando la tierra con la barca junto á las playas, fueron pasando á vista de muchos pueblos de gran gentio, cuyos habitadores eran mas pardos que los otros, al parecer gente vil y de baxo trato, por lo que despues se vió. Estos llamando las barcas con muestras de paz, y enviando las mugeres por lo mas espeso del bosque, dispararon á gran priesa una rociada de flechas armadas con yerba; visto por los nuestros el engaño, apartandose afuera un pequeño trecho les dieron con la destreza acostumbrada una carga de mosqueteria matando á unos é hiriendo á otros. Uno de los nuestros fue herido en el rostro, aunque no fue de ningun riesgo la herida, así por topar en el hueso de la mexilla como por venir la flecha cansada.

A distancia de doce leguas mas ó menos al Sudueste y Sur se vió una gran tierra: y por esto, y porque no se ponian los ojos en parte que no fuesen tierras, fue el mas alegre y celebrado dia del viage: fuimos en demanda de ella y llegamos cerca de su costa que va corriendo á Poniente. Pusosele por nombre *la Córdoba* en memoria del Duque

de Sesa, por lo mucho que favoreció esta empresa. Se vió al Sudueste y lejos una muy gruesa y alta serranía: juzgóse inclinarse las costas baxas de estas dos tierras como que eran una misma: puse por nombre á esta tierra *la Clementina*: está al parecer en diezy siete grados.

Llegados que fuimos á la tierra, se vió en ella una entrada que por parecer de puerto envié en la barca un caudillo con soldados y bogadores á ver lo que era. A la tarde volvió, y dixo que la entrada era una isla angosta que corre de Norte Sur, medianamente alta, poblada y de mucha arboleda: dixo que costeando la tierra que está al Oeste de la isla, salieron á las playas muchos hombres loros, altos, con arcos en las manos, llamando á los nuestros: tiraron sus flechas, y llevaron de retorno mosquetazos. Mas adelante vieron muchos Indios de buen color y grandes cuerpos: y al Sur para el Sueste unas muy grandes y dobladas serranias que pareció irse á juntar con la otra tierra y sierras que estan al Sueste.

Navegamos al Poniente, y á distancia de sies leguas entramos en primero de Mayo en una bahia. Venido el dia siguiente, envié al Almirante en una barca á buscar puerto: volvió á la tarde alegre de haberle hallado, por ser lo que con tantos deseos se buscaba, pues sin puerto el descubrimiento fuera de poca importancia, á 3 de Mayo surgieron

los tres navios en él. El dia 4 se vieron andar Indios por la playa. Yo salí en las barcas á verlos con deseo de traer algunos para enviarlos vestidos y acariciados; pero no se logró.

El dia 5 ordené al Almirante que con una esquadra de soldados fuese á tierra, y por todos los medios posibles traxese algunos Indios para sentar paz: hicieron alto en la playa, y con presteza formaron su esquadron, porque venian los Indios: estando cerca hicieron señas y una raya en el suelo diciendo al parecer que no pasasen de allí. Sentianse en el monte Indios, y para el asombro de ellos se mandó que tirasen los mosquetes al ayre. Un soldado á quien se acabó la paciencia ó se olvidó del mandato, tiró, y mató un Indio. Los otros dando grandes voces huyeron. Un Negro tambien cortó la cabeza al muerto y le colgó de un arbol por un pie. Tres Capitanes Indios vinieron á donde estaban los nuestros, y en lugar de acariciarlos y traerlos á la nao, les mostraron su compañero colgado sin cabeza. Ellos como le vieron, mostrando gran dolor, dieron vuelta á donde estaban los suyos, y á poco rato sonaron sus instrumentos con gran fuerza y alarido: tirando flechas, dardos y pedradas, los nuestros tambien tiraban á ellos saliendo una manga y otra.

Todo lo miraba yo desde la nao con gran pena por ver la paz vuelta en guerra.

Parecióme convenir saltar en tierra mas gente: hice disparar dos piezas con balas, que desgajando árboles pasaron por encima de los Indios. Con esto, y con haberles hecho rostro los nuestros, se fueron retirando.

Los otros Indios que estaban en la playa, movieron á medio correr, esgrimiendo sus macanas, puestas las flechas en los arcos, y los dardos para tirar. Venia delante un Indio viejo tocando un caracol: al parecer era el Capitan que á trechos hablaba con sus Indios. Estaban de emboscada ocho mosqueteros nuestros, y el uno por desgracia, segun despues se supo, mató á este principal: los otros pararon, y tres ó quatro llevaron á cuestas su muerto, y con gran priesa se fueron tierra adentro dexando desiertos los pueblos circunvecinos. Este es el fin que tuvo la paz por mí tanto deseada y pretendida, por ser el medio para saber la grandeza de la tierra y todo lo contenido en ella. Surtas las naos en tan buen puerto, viendo yo la bondad de las tierras de que estaba cercado, la necesidad que tenia de tomar el nombre de S. M. la posesion de todas ellas, y que para esto y lo demas que surto allí pretendia, habia manifiesto riesgo, pues los Indios acometian á los nuestros; que no se podia escusar buscar de comer en tierra, aguada y leña, traer lastre á las naos, hacer en ellas ciertas fábricas, arrimar y compo-

ponerlas: me pareció forzoso crear Ministros de guerra y mar, para que en mar y tierra fuese puesta una tal orden, qual para mejor conseguir lo deseado era debida. Y porque no costaba dinero á S. M. y habia que contentar á muchos, y por ser peticion de los mismos, nombré todos los oficiales que fueron necesarios.

La misma tarde hize llamar la gente de los tres navios, y exortándolos á la constancia, á la union y al sufrimiento, instituí una especie de orden de caballería á quien dí nombre del Espíritu Santo: »en confianza »de que su Santidad y S. M. cada uno por »lo que le toca, seran servidos en pago de »mis continuos trabajos y buenos deseos, »confirmar esta Orden con aventajadas mer»cedes para en quanto el mundo durare. »Por todo lo qual, les dixe, en nombre de »la Santísima Trinidad y del Pontifice Ro»mano, y del Rey Don Felipe III. Rey de »España y mi Señor, yo el Capitan Pedro »Fernandez de Quirós doy á cada uno de »Vms. esta Cruz de color azul que luego se »han de poner á los pechos, insignia por »qué han de ser conocidos por tales Caba»lleros de la Orden del Espíritu Santo, y »por personas á cuyo cargo, si yo faltare, ha »de estar la demanda, pacificacion, pobla»cion y conservacion de todas estas partes »que vamos descubriendo, y que se han de

»descubrir en los tiempos venideros."

Todos lo oyeron con atencion, y lo aceptaron con mucho gusto.

Vispera de la Pasqua del Espíritu Santo se pusieron luminarias en los tres navios, se dispararon coetes y la artillería, á cuyo estruendo los Indios levantaban grandes gritos y sonaron caxas: hubo músicas y bayles, y se hicieron otras fiestas.

Al amanecer, el Maese de Campo llevando consigo gente armada fue á tierra: luego en la playa fue plantáda una tienda parte de rama cercada de estacas, porque sirviese de fuerte si hubiese necesidad. Los Religiosos armaron dentro un altar debaxo de un dosel, y á esta primera Iglesia dí la invocacion de *nuestra Señora de Loreto.*

Puesto ya todo en orden, fui á tierra con el resto de la gente. En la playa estaban bien ordenadas las tres compañías, muy lozanos los soldados con sus cruces á los pechos. Salió el Alferez Real con el Estandarte en las manos, luego el Almirante con una cruz de naranjo de la tierra que para el efecto hice hacer. El Padre Comisario, y los cinco Religiosos la recibieron de rodillas, y en procesion llegaron todos á la puerta de la Iglesia, y allí en una peana que para este fin estaba puesta, enarbolé la cruz y dixe:

que la gente se juntase, y al Escribano que leyese, como en alta voz leyó lo siguiente.

»Sean testigos los cielos y tierra, y las »aguas con todas sus criaturas, y los que »presentes estais, sereis testigos de como »yo el Capitan Pedro Fernandez de Quirós »en estas partes que hasta ahora han sido »incognitas, enarbolo en nombre de Jesu-»christo hijo del eterno Padre y de la Vir-»gen Santa Maria, Dios y hombre verda-»dero, esta señal de la Santa Cruz, en que »su cuerpo santísimo fue crucificado, y adon-»de dió la vida por el rescate y remedio de »todo el género humano.»

Y al punto, y en el mismo lugar hice que se leyesen estos articulos.

Posesion en nombre de la Santísima Trinidad.

»En estas partes del Sur hasta ahora in-»cognitas, adonde estoy y he venido por »mandado del Rey Don Felipe III. Rey »de España, yo el Capitan Pedro Fernan-»dez de Quiros en nombre de la Santísima »Trinidad tomo posesion de todas las Islas »y tierras que nuevamente he descubierto y »deseo descubrir hasta el Polo.

»Tomo posesion de todas las dichas tier-»ras y partes en nombre de Jesu-christo, »remedio de todas las gentes por mas incog-

»nitas que sean, y en nombre de su Ma-
»dre Santísima la Virgen Maria, y en
»nombre de San Pedro y San Pablo y de
»todos los sagrados Apóstoles y Discípu-
»los, y en nombre del Vicario universal
»de Christo el Pontifice Romano, y en
»nombre de toda la Iglesia Católica, y de
»todas aquellas cosas piadosas, justas y
»santas que tienen derecho á esta tal po-
»sesion, que tomo con ánimo y fin de que
»en toda la dicha parte á todos sus na-
»turales se predique el Santo Evangelio ze-
»losa y desnudamente.»

»Tomo tambien posesion en nombre de
»la Orden de San Francisco, y como pre-
»sentes en nombre del P. Comisario Fray
»Martin de Monilla y sus compañeros, y
»de su Provincia del Perú: de cuya Orden
»deseo salgan los obreros para desmontar
»y criar esta viña del Señor."

»En nombre de Juan de Dios y de su
»Orden, y como presente en nombre del
»hermano Lazaro de Santa Maria: para que
»en ellos mismos administren y conserven
»todos los Hospitales que en estas partes
»ha de haber, y tan necesarios son para
»que los naturales suyos se aficionen á nues-
»tro proceder y nos tengan el amor que
»merece el ver que los nuestros curan y
»sufren sus enfermos, y les hacen otros
»bienes. Y en nombre de la Orden del

„Espíritu Santo que acabo de fundar cuyos „Caballeros han de haber licitamente los re„partimientos de tierras y encomiendas de „la gente de ellas como descubridores que „han de ser, obligados sin salario al uso „de todos los oficios reales y públicos, y „toda policía divina y humana de los na„turales y defensa de ellos, y con profe„sion de todo lo demas que en las cons„tituciones se dice.„

„Finalmente tomo posesion de esta *bahia de San Felipe y Santiago*, y de su puerto de la *Vera Cruz* y del sitio donde se ha de fundar la Ciudad de la *Nueva Jerusalen* en altura de quince grados y un tercio, y de todas las tierras que dexo vistas, y estoy viendo, y de toda esta parte del Sur hasta el Polo, que desde ahora se ha de llamar *la australia del Espíritu Santo*, con todos sus anexos y pertenecientes, y esto para siempre jamas, quanto en derecho ha lugar en nombre del Rey Don Felipe III. de este nombre, Rey de las Españas é Indias Orientales y Occidentales, mi Rey y Señor natural, cuyo es el gasto y coste de esta armada, y de cuya voluntad y fuerzas ha de emanar la fundacion, gobierno y sustento de todo lo que se pretende espiritual y temporal de estas tierras y gentes, y en cuyo real nombre estan escogidas estas sus banderas, y yo enarbolo este su estandar-

te real. Fueron hechos autos de esta posesion, y los firmaron ciertas personas."

Hecha esta diligencia dixeron todos en altas voces: viva el Rey de España Felipe III. nuestro Señor: y al punto se entraron todos en la Iglesia.

Dixeronse tres Misas, la última cantada, y comulgó toda la gente. El P. Comisario bendixo el estandarte y banderas: se disparó la artillería de los navios, y se hizo salva con los arcabuces y mosquetes.

Fuimos á comer á la sombra de unos grandes y copudos árboles, y pasada la siesta hice junta del Maese de campo, Almirante, Alferez Real y Capitanes, y les dixo deberse, pues estaba tomada la posesion de aquella tierra, y nombrada la Ciudad de la *Nueva Jerusalen*, con su acuerdo elegir Cabildo y Regimiento y mas Ministros que suele haber en una Ciudad cabeza de una Provincia; y habiendo convenido todos en este acuerdo, nombré todos los oficios y cargos necesarios para la nueva Ciudad.

Todos hicieron juramento, y luego fueron por su orden en procesion á la Iglesia: yo me volví á mi navio llevando la cruz, estandarte y banderas. Ordené que el Maese de Campo entrase con gente tierra adentro, y vieronse en ella mas y mejores haciendas y pueblos. En el uno ha-

llaron muy ocupados los Indios en sus bayles, y como vieron á los nuestros se entraron á mas correr por los montes. Los nuestros hallaron dos puercos asados, y otras comidas que comieron á su sabor. Traxeron vivos doce puercos, ocho gallinas y pollos. Encontraron un arbol, cuyo tronco no abrazarian quince hombres: el postrero dia de Pasqua llevando la gente que me pareció, fuí á una hacienda cercada, y en ella sembré maiz, algodon, melones y otras legumbres y semillas: el dia siguiente fue el Maese de Campo con treinta soldados á reconocer un alto donde hallaron un grande y apacible valle y pueblos: y como de sus moradores fueron sentidos, se juntaron muchos y se pusieron en arma. Cogieron tres muchachos, el mayor de siete años, y veinte puercos, y dieron la buelta, en la qual los persiguieron los Indios: al otro dia acometieron á los nuestros que estaban haciendo aguada: parece que con rabia de no se poder vengar de nosotros, fueron á desbaratar la Iglesia, y yo envié gente armada á impedirlo.

El Maese de Campo fue á reconocer la boca de un rio que está en medio de la bahia: tentóse su fondo, y se halló que con todo un remo y el largo del brazo no se alcanzaba al fondo. Entró la barca mas

número de naos. No se sabe que tenga broma. Llamóse *puerto de la Vera Cruz* por ser su dia quando se surgió en él.

En toda la bahia no se vió banco, placel, ni arrecife; y es tan hondable, que no hay donde poder surgir sino en el referido puerto.

Toda la frente está ocupada de grandes y espesos arboles: lo demas es vega llana con sierras de ambas partes. A la vega no se le vió el fin. Es tierra negra, y grasa, desmontada de arboles silvestres, con muchos frutales, sementeras y huertas cercadas de palizada. Por todas partes caserías, fuegos y humos, que denotaban su mucha poblacion.

La gente corpulenta, no del todo negra, ni mulata, cabello frisado, buenos ojos; cubren partes con telas que texen. Son limpios, amigos de bayles al son de flautas y tambores de palo hueco. En sus arremetidas y retiradas dan grandes gritos. Sus armas son macanas de palo pesado, arcos de lo mismo, flechas de carrizo con puntas de palo tostado, dardos con troncos de hueso engastado.

Las casas son de madera, cubiertas de hojas de palma á dos vertientes, con sobrados arriba para guardar las cosas de comer.

Su pan son unas raices, cuyos pimpo-

llos trepan en palos que les arriman: las cortezas pardas, las medulas amarillas, encarnadas y moradas, y entre ellas algunas de vara de largo, y media de grueso. Hay otros dos géneros menores, todas gratas al gusto: los nuestros por comerlas dexaban el vizcocho: duran largo tiempo sin corromperse.

La carne es mucha cantidad de puercos mansos, algunos de ocho arrobas. Los Indios los asan enteros sobre un guijarral envueltos en hojas de platanos. Vimos tambien gallinas como las de Europa: usan capones. Hay muchas palomas torcaces, tórtolas, patos reales, y unas como perdices. Tambien tienen muchos géneros de pescado.

Las frutas son grandes y muchos cocos. Tres castas de platanos, la una excelente, otradel tamaño y sabor del melocoton, con cuyas hojas se pueden criar gusanos de seda: dos castas de almendras: un género de nueces, cuya corteza es dura, y de una pieza el meollo. Naranjas silvestres, unas de cáscaras muy gruesas, y otras delgada: no parece las comen los Indios. Muchas y muy grandes cañas dulces de que se puede hacer azucar. En la montaña cerca del puerto hay muchos arboles cargados de nueces de especie que se llevaron á las naos, verdes como estaban en sus ramos: los Indios no hacen caso de ellas. Otras muchas frutas á manera

de higos, albaricoques, avellanas se vieron; pero para dar razon de ellas y de lo demas era menester andar por la tierra un año.

De yerbas no conocimos sino grandes bledos, verdolagas y calabazas.

Tienen los Indios ollas, escudillas, y cazuelas muy bien hechas de barro negro. Pareció que usan algun brevage, porque en grandes ollas se hallaron frutas acedas.

Se vieron cosas hechas de jaspe y évano; grandes caracoles de nacar; y en una casa cantidad de piedras negras pesadas, á donde se halló plata, como adelante se dirá.

El temperamento pareció saludable, así en las fuerzas y corpulencia de los naturales, como en que todo el tiempo que allí estuvimos no cayó enfermo un hombre. El sol no es muy ardiente, y de media noche abaxo sabe bien la ropa de lana. Se vieron muchos viejos: oyeronse pocos truenos, hubo pocas lluvias, y por venir los rios claros se entendió haber pasado la estacion de las lluvias.

No hay arenales, ni arboles espinosos, mosquitos, ni animales ponzoñosos, ni en los rios caimanes. El pescado y carne duran sin salar dos y mas dias.

Por no haberse visto muchas piraguas, habiendo tanta poblacion, por las altas cordilleras á Poniente, Levante y Sur, y por las muchas aguas del rio, se entendió ser la tierra grande.

Puedo decir con razon, que en quanto he andado no he visto otra tierra mas apacible, sana y fertil, ni sitio de mayor aparejo de canteras, madera y barro para teja y ladrillos para fundar una gran ciudad; buen rio con llanos cerca de sierras, lomas y quebradas para criar plantas y sembrar quanto produce Europa y las Indias: ni puerto mas alegre con todos los requisitos para fábrica de naos; ni tierra que por sí sola pueda luego sustentar tantas gentes estrangeras, ni que tenga tan á la mano y á la vista de su puerto siete islas que bogean doscientas leguas, y que tenga tan buenas señales para ser buscada y hallada, sin baxíos ni tropiezos, y casi á medio camino islas conocidas, con gente y puertos donde se puede hacer escala.

Viendo yo que los Indios de aquella bahia estaban de guerra por el mal trato que se les hizo, determiné ir á ver de cerca aquella grande y alta sierra. Salí con los tres navíos el 8 de Junio por la mañana, estando templado el viento Leste. Hallóse fuera el Sudueste con alguna fuerza, y se navegó lo restante del dia, porfiando sin ir adelante. Mandé volviesen las naos al puerto, con intencion de hacer una casa fuerte, sembrar, invernar, conocer mejor los tiempos, y hacer un bergantin, para con él y la lancha enviar á descubrir lo que tanto deseaba.

Toda la noche andubimos dando vueltas á la boca de la bahia. Quando amaneció estaba la Almiranta tres leguas á sotavento, y como á las tres de la tarde, ella y la Zabra estaban ya cerca del puerto. Venia creciendo el viento, y acercándose la noche, que cerró muy obscura. La Almiranta y la Zabra, al parecer, dieron fondo, y se vieron sus faroles encendidos, para que la Capitana, que tambien iba á surgir, se pudiese marcar por ellos. Los dos dias siguientes se porfió por entrar en la bahia. Los navios no salieron: el viento no se aplacó, con cuya fuerza, la proa á Les-Nordeste, fue desgarrando y perdiendo de manera, que se vió á distancia de veinte leguas á sotavento de la bahia. Vióse la isla de *Belen*, y se pasó por junto á otra de siete leguas de cuerpo. Pusosela por nombre *el Pilar de Zaragoza*, por un cerro que tiene muy alto. Vieronse sementeras, palmas, y otros árboles y humos: dista de la bahia al parecer treinta leguas al Noroeste: se procuró con diligencia su abrigo; mas obligados del viento y de la corriente, se fue dexando atras, y se halló el navio engolfado, y sin vista de tierra.

Fuese navegando del Nordeste al Norte hasta altura de diez grados y un tercio, paralelo de la isla de *Santa Cruz*.

Aquí reflexioné que no podia dirigirme á Filipinas por ser principio de los furiosos

vendabales, que duran quando menos hasta principio de Octubre: que el viage de Acapulco era muy largo, y nos faltaba agua y carne, porque el Piloto mayor enterró las pipas en el lastre que chupó la salmuera, y se pudrió toda: sentiame muy enfermo, y sin médico, y con falta de lo preciso para sustentarme. No sabia que sucesos tendrian los otros dos navios, y consideraba que solo el mio habia de dar noticia de las tierras descubiertas: aunque no dudaba que los otros dos harian su poderío por descubrir mas tierras, y traer de ellas tales nuevas, quales las esperaba en Dios, y en el Almirante, y en su Piloto Fuentídueña, persona de quien fiaba mayores cosas. Al fin, pedí á todos sus votos de lo que se debia hacer, y quedó resuelto dirigirse á Acapulco.

Navegóse del Nordeste al Norte hasta víspera de San Juan, en que tuvimos un grande aguacero. Con él se remedió la necesidad de agua.

Llegamos á la Equinoccial á 2 de Julio, y se halló que la aguja tenia de variacion quarta y media á la parte del Nordeste: cosa que se hizo notable, teniendo en la bahia siete grados, y siendo casi un mismo Meridiano, y la distancia tan corta.

A 8 de Julio se vió una isla de seis leguas de bogeo, y se acordó no ir á ella. Continuaron los aguaceros.

A 23 de Julio ordené á los Pilotos dixesen á qué altura estaban, y á qué distancia de Filipinas y de la Nueva España. Dixeron que á altura de tres grados y un tercio al Leste de Manila 780 leguas, y de la costa de Nueva-España 900 al Sudueste. Determiné ir en demanda del puerto de Acapulco.

Dia de San Lorenzo cayó un aguacero. Acompañó al navio un gran cardume de peces, y se cogieron tantos con anzuelo y harpon, que despues de comer fresco se pusieron mas de 2000 arrobas, con que hubo para todo el viage, y sobró.

Se navegaba poco por escasez de vientos, y fue preciso subir á treinta y ocho grados.

El primero de Septiembre á las tres de la tarde hubo un gran temblor de mar y del navio.

Ultimamente, despues de padecer grandes trabajos, surgió la nao en el puerto de Acapulco á 23 de Noviembre, con toda la gente sana, habiendo muerto solo el Padre Comisario.

Luego que la gente desembarcó, hubo personas que por vengar sus pasiones, ó por otros respetos, escribieron al Marqués de Montesclaros, Virey de México, procurando desacreditar la jornada. A que yo satisfice lo mejor que pude, dando á entender mi verdad y buen zelo, pidiendo orden de lo

que habia de hacer del navio. Y por habermela dado de que le entregase á los Oficiales Reales de Acapulco, pues era de S. M., lo hice así. Partí de Acapulco el primer dia del año 1607: entré en México, y me recibió el Virey amorosamente, y por su orden hice relacion de todo lo sucedido. Hallé en México el Indio Pedro, como ya estaba mas ladino y entendido en nuestra lengua, hizo ciertas declaraciones muy importantes de cosas que se le fueron preguntando de su tierra; y dentro de breve tiempo se nos murieron él y el otro Indio Pablo, que era de muy lindo rostro y disposicion. Volví á hablar al Virey, y tratéle de mi partida y necesidades. No salió á remediarlas, pero socorrióme Dios con las amistades y socorros que me hizo un Capitan Gaspar Mendez de Vera, y un Leonardo de Oria, que en San Juan de Ulua me recibió en su nave, en que llegamos á salvo á Cadiz. Para pasar á San Lucar vendí la cama, y en San Lucar otra prenda, con que llegué á Sevilla, y allí para sustentarme vendí lo demas que me quedaba; y con esto, y con quinientos reales que me hizo dar Don Francisco Duarte, y lo que me ayudó un Capitan, mi compañero, llamado Rodrigo Mexia, llegué sin blanca á Madrid á 9 de Octubre de 1607.

En los once dias primeros despues de haber llegado á la Corte, no pude tener co-

modidad para escribir mis memoriales, y alcanzar audiencia del Conde de Lemos, que era Presidente de Indias, el qual me la dió de tres horas, y le leí mucho de esta relacion. Volvile á hablar diferentes veces, y me ordenó que besase la mano á S. M. y viese al Duque de Lerma, como lo fui haciendo, y dando muchos y muy apretados memoriales en razon de declarar mi empresa y sus provechos, y solicitar y apresurar mi despacho. Estos memoriales hacía imprimir quando tenia con qué, y quando no, los copiaba, y repartia en los Consejos de Estado, Guerra, Indias, y sus Ministros. Los mas lo recibian bien, y mostraban estimarlos; pero no por eso mi despacho tenia mejor expediente. En 26 de Marzo de 1608 S. M. por mano del Duque de Lerma remitió un largo memorial que le dí, al Consejo de Indias, donde se tomaban floxa y desabridamente mis cosas por haberlas encaminado la primera vez por la via del Consejo de Estado. En este tiempo llegó al Consejo una carta que Juan de Esquivel, Maese de Campo de Ternate, escribió á la Audiencia de Manila, en que decia haber llegado á aquel puerto un navio, y por su Capitan un Luis Vaez de Torres, y que decia ser uno de los tres del cargo del Capitan Pedro Fernandez de Quirós, con quien salió del Perú á reconocer la parte incognita del Sur: „dice

»que se apartó de él 1500 leguas de aquí; »y que vino costeando 800 de una tierra: »llegó con necesidad; y yo suplí lo que pu- »de; él va allá; y dará mas particular cuen- »ta á V. A." Despues vi la relacion del viage de Luis Vaez en poder del Condestable de Castilla; que me alegró mucho. Fui con esta ocasion dando nuevos memoriales; y todo era detenerme, y á las veces despreciarme los Ministros; y en especial los del Consejo de Indias, que en los de Estado siempre hallé mejor acogimiento. Viendo esto, procuré nueva audiencia de S. M., y la alcancé qual deseaba; el dia de los Reyes de 1609, favoreciéndome en esto, como en otras cosas, el Marqués de Velada. Mostré mis papeles, mapas y cartas de marear. Di á entender las tierras que proponia, y su grandeza, los viages que habia hecho, y sus sucesos: y habiéndolo visto con demostracion de gusto, y pidiéndole mi despacho, me respondió el Marqués que todo se haria bien. Y en 7 de Febrero salió un Decreto para que el Consejo de Estado tratase muy de veras este negocio, y se me librase algun dinero para mi socorro.

En el discurso de tres años di cincuenta memoriales, porque si yo faltare sirvan de despertador y de guia á los que hubieren de continuar este gran caso. El primero contiene las grandezas y riquezas de las tierras

de que trato: muestro pintado el mundo reducido á tres puntos: lo que es dorado, representa todas las tierras sabidas: lo azul los mares ya navegados, y lo negro la parte incognita, y en ésta lo que se va descubriendo.

Lo que me escribió Luis Vaez de Torres desde Manila á 15 de Junio de 1607, recibida á ultimos de Agosto de 1609, es lo siguiente.

„Dice que la tierra donde está la bahia „de San Felipe y Santiago la fue costeando „al Poniente, adonde halló otras bahias pe„queñas, y muy grandes rios: que las serra„nías que yo digo ví, son todas una cosa.

„Dice que halló una gran tierra en once „grados y medio, y que la fue corriendo al „Oeste, quarta del Nordeste, y que á dos, „quatro y seis leguas apartado de ella hay „un grande arrecife con un canal, y mu„chas islas, y llama Tierra-Firme. Dice hay „en ella muy grandes puertos y bahias, y „que en casi toda la costa se puede dar fon„do en partes de mucho abrigo; y que ha„lló allí una bahia de poco menos de cien „leguas, con boca á tiro de arcabuz, y den„tro en ella muchas islas; y que es mucho „lo que tiene que decir de ésta, y de todas „las otras bahias.

„Dice que fue navegando hasta siete gra„dos y medio, y halló un placel de tres á nue-

»ve brazas de fondo, con muchas islas, por »el qual anduvo quarenta dias; y que de es»tos siete y medio hasta los once grados atras »es todo un archipiélago. Y dice de esta ma»nera de islas sin número, ni cuento, gran»des y pequeñas, las mas pobladas de gen»te negra al doble mas corpulenta que la »gente de la bahia de San Felipe y San»tiago, cuyas armas dice son de gigantes, »y que armas y gente son diferentes de las »de la tierra firme, y que le dieron noticia de »otras tierras, y de otras gentes: dice, que »volvió á dar en la misma costa de siete gra»dos y medio, y que esta costa se va corriendo »al Nordeste, haciendo una gran rinconada, »llamada Camburu; y que ésta, con la tier»ra de los Papuas, y con otras muchas islas »y baxos, pareciendo todas una tierra, van »corriendo hasta rematar en un grado y me»dio cerca de las Malucas: y que de la ban»da del Sur dexó siempre muchas islas, unas »grandes y otras menores: y que esta pos»trera gente, y la gente de las Malucas es la »mas ruin de todas las que vió: y que la tier»ra es de mucho oro; pero que él no gozó »de ninguno por cierta orden que llevó.

»Dice, que de allí fue á Ternate, donde »dexó la Zabra con veinte hombres para ser»vicio de aquella plaza: y de Ternate á la »ciudad de Manila en Filipinas, de donde »envió la relacion que tiene el Consejo de

„Estado á que se remite, y yo me re„mito á ella: remata con que dexó la cos„ta de aquella tierra cincuenta leguas de las „Malucas, y que en diez años no se aca„bará de ver lo que vió."

Por manera, que segun la relacion confusa que hace, vale la tierra continuada que dice, discurriendo por las alturas y derrotas que muestra, mas de ochocientas leguas sin la multitud de islas de muchos tamaños."

Sería muy prolixo y ageno de mi asunto el referir todo lo demas que sucedió á Quirós en sus pretensiones. Basta saber que al cabo de mucho tiempo y diligencias, logró la Cédula que pretendia; pero no tuvo efecto su deseada empresa de ir á formar establecimientos en las tierras descubiertas. Quirós marchó á Lima con sus despachos, y no se tiene mas noticia acerca de su muerte. En el discurso de su pretension dió muchos memoriales, algunos de ellos impresos, los quales se esparcieron por la Corte y por Paises estrangeros como despues se verá.

No dexan los estrangeros de tener noticia de los escritos de Figueroa y Torquemada; pues al fin del tomo segundo de la segunda edicion de las *relaciones de viages curiosos de Melchisedech Tevenot* se encuentra un fragmento en castellano intitu-

lado *Descubrimiento de las islas de Salomon*, que es copia de la mayor parte del compendio de Torquemada : y el autor anónimo de la *Historia de las naciones australes*, escrita en Frances, extracta el de Torquemada en el tomo 1. lib. 3. cap. 22. pág. 309 y siguientes. El mismo escritor anónimo traduce en el lib. 2. cap. 19. pág. 249 y siguientes el citado fragmento de Tevenot: éste empieza con las palabras *haciendo muestras de quererlas arrojar*, que se leen en la pág. 44. de los *hechos del Marques de Cañete*, faltando quatro hojas, que se cuentan desde la pág. 238. en que Figueroa dá principio á su compendio, y acaba el fragmento en *crió Dios los hombres tan provechosos*, cuyas palabras se encuentran en la pág. 289. de dicho compendio, faltando para completar éste dos llanas escasas.

Los viages y descubrimientos de Ingleses y Franceses justifican á Quirós, y acreditan sus relaciones manifestando la mala fé de los que le contradecian. Las islas y tierras que vió Quirós son sin duda las que han visto los últimos viageros, diferenciandose en los nombres que cada uno las ha querido dar.

Para confirmacion de lo dicho insertaré aquí uno de los memoriales que dió Quirós al Rey, en el qual se halla un resumen de sus descubrimientos. Este me-

morial se halla traducido en latin en una obra intitulada *Exegesis libelli suplicis &c.* impresa en Amsterdan año de 1613. Por aquí se vé con la mayor evidencia que los Holandeses tuvieron una exâcta noticia de lo descubierto en el mar del Sur, y en virtud de ella emprendieron sus viages Spilberg en 1614, Lemaire y Schouten 1615, L' Hermite y Schapenan en 1623, Tasman en 1624, de los quales afirman los estrangeros haber sido los primeros descubridores de las tierras australes, siendo así que los Españoles les habian precedido tantos años antes, y sus descubrimientos les sirvieron de guia para todos sus viages. Lo mas estraño es el pueril empeño de los Ingleses en desacreditar los descubrimientos de Quirós, como se verá mas adelante. La descripcion que hace Quirós de los paises y de las costumbres de sus habitantes es tan conforme con la que hace Coock, que no se necesita de mas apología para confirmar su relacion. La diferencia consiste en los varios nombres que pusieron á las tierras descubiertas; y la incertidumbre de su situacion depende de que en tiempo de Quirós aun no se habian perfeccionado los instrumentos para determinar con toda exactitud las longitudes y latitudes de los lugares.

Memorial octavo dado á S. M. por el Capitan Pedro Fernandez de Quirós en el año de 1606 sobre sus descubrimientos.

La grandeza de las tierras nuevamente descubiertas, juzgando por lo que yo ví, y por lo que el Capitan Don Luis Vaez de Torres, Almirante de mi cargo, avisó á V. M. á buena razon, su longitud es tanta como la de toda Europa, la Asia menor, y hasta el Caspio y la Persia con todas las islas del Mediterraneo y Océano que en su contorno se le arriman, entrando las dos de Inglaterra é Irlanda. Aquella parte oculta es quarta de todo el globo, y tan capaz que pueden caber en ella doblados Reynos y Provincias de todas aquellas de que V. M. al presente es Señor, y esto sin avecindar con Turcos ni Moros, ni con otras de las naciones que suelen inquietar y perturbar las agenas. Todas las tierras vistas caen dentro de la Torrida Zona, y hay parte de ella que toca á la Equinoccial, cuya latitud puede ser de noventa grados, y otras de poco menos; y si suben como prometen, habrá tierras que sean antipodas de lo mejor de la Africa, y de toda la Europa, y de lo demas de toda la Asia mayor. Advierto que las tierras que ví en quince grados, son mejores que Espa-

ña, como luego se verá: las otras que en altura se opusieren, deben ser en su tanto un paraiso terrenal.

La gente es mucha: su color es Blancos, Loros, Mulatos, Indios y mezclas de unos y otros; unos tienen los cabellos negros crecidos y sueltos, otros frisados y crespos, otros rubios y delgados, cuyas diferencias son indicios de grandes comercios y concursos. Por lo qual y por la bondad de la tierra, y por no tener artillería ni otros instrumentos de fuego con que matarse, y por que no labran minas de plata, y por otras muchas razones, es de creer ser muy numerosa esta gente, á la qual no se le conoce arte mayor ni menor, muros ni fuerzas, Rey ni ley, ni son mas de unos simples gentiles divididos en parcialidades, y poco amigos entre sí. Sus armas son las ordinarias, arcos, flechas sin yerba, macanas, bastones, lanzas y dardos de palo. Es gente que cubre partes: es limpia, alegre y racional, y tan grata como lo he experimentado. Por todo lo qual se debe esperar, mediante la providencia Divina y medios suaves, que han de ser facilísimos de pacificar, doctrinar y contentar, con ser tres cosas bien necesarias en los principios para despues encaminarlas todas á aquellos tan santos fines, quanto deben ser pretendidos con todas las veras. Las casas son de made-

ra, cubiertas con ojas de palmas; usan de ollas de barro, tienen telares, trasmallos y otras redes: labran piedra marmol, flautas, tambores, cucharas de palo embarnizadas; tienen oratorios y entierros, y haciendas muy puestas en razon cercadas y empalizadas. Aprovechanse mucho de las conchas de nacar, y de ellas hacen gubias, escoplos, formones, sierras, anzuelos y patenas mayores y menores que traen colgadas de los cuellos. Los Isleños tienen sus embarcaciones bien obradas, y bastantes para navegar de unas tierras á otras; y todo junto es cierto indicio de vecindad de gente de mas policía, y no es de menor castrar los puercos y los pollos.

Su pan son tres diferencias de raices de que hay muy grande suma, y pasan sin trabajo, que no tienen mas beneficio que asarlas y cocerlas. Son gustosas, sanas y de buen sustento y mucha dura, y las hay de vara de largo, y media de grueso. Las frutas son muchas y muy buenas; platanos de seis generos; grande número de almendras de quatro suertes; grandes obos que es fruta casi del tamaño y sabor de melocotones; muchas nueces de la tierra, y naranjas y limones que no los comen los Indios, y otra extremada y grande fruta, y otras no menos buenas que se vieron y comieron, con muchas y muy grandes cañas dulces, y noti-

cia de manzanas, y infinitas palmas, de las quales se hace vino, vinagre, miel, sueros, y los palmitos son muy buenos. Estas mismas palmas el fruto que dan son cocos; quando estan verdes sirven de cardos, y el meollo como natas; quando maduros es sustento de comida y bebida por mar y por tierra: quando viejos dan aceyte para alumbrar, y curar tan bien como el balsamo, y para comer; quando nuevos sus cascos son buenos vasos y frascos: los capullos son estopas para calafatear las naos, y para hacer todos los cables y jarcias, y las cuerdas ordinarias y de arcabuz. De lo mejor de las hojas se hacen velas para las embarcaciones pequeñas, y esteras finas, y petates con que se aforran y cubren casas que se arman con los troncos, que son derechos y altos, y de ellos se sacan tablas y lanzas, y otros géneros de armas y remos, y otras muchas cosas buenas para el servicio ordinario; y es de notar que estos palmares son como una viña que todo el año se disfruta y se vendimia, y que no pide beneficio, y que así ni gasta dinero ni tiempo. Las hortalizas que se vieron son calabazas y grandes bledos, y muchas berdolagas, y se tuvo noticia de habas. Las carnes son muchas, puercos mansos como los nuestros, gallinas, capones, perdices de la tierra, patos reales, tórtolas, palomas torcaces, y cabras que vió el otro

Capitan, y los Indios nos dieron noticia de vacas ó de búfalos. Los pescados son muchos, pargos, peces-reis, lisas, lenguados, salmonetes, meros, sabalos, macabiz, cazones, pampanos, sardinas, rayas, palometas, chitos, viejas, anguilas, peces-puercos, chapines, rubias, almejas, camarones, y otros géneros, de cuyos nombres no me acuerdo, y debe haber muchos mas, pues todos los referidos se pescaron junto á las naos. Si bien se considera lo escrito, hallarse ha que demas de tantos y tan buenos bastimentos se puede gozar luego de muchos regalos de mazapanes, conservas de muchas suertes, sin ser necesarias cosas de afuera; habrá para matalotage perniles de tocino, botijas de manteca, y lo demas que de grandes puercos se saca, sin faltar agrio ni especies. Es de advertir que muchos de los dichos géneros son semejantes á los nuestros, y que puede haber muchos mas, y que en esto muestra la tierra ser muy propia para criar todas las otras cosas que produce la Europa.

Las riquezas son plata, y perlas que yo ví, y oro que vió el otro Capitan, como dice en su relacion. Hay muchísima nuez de especies, maza, pimienta, y xengibre que habemos visto los dos: hay noticia de canela, y puede ser que haya clavo. Hay con que se pueda criar seda; hacen pita, azucar, añil;

hay buen évano, infinitas maderas para fabricar quantas naos quisieren con todas sus velas y jarcias, de tres géneros, el uno parecido á nuestro cáñamo, y con el aceyte de los cocos se puede hacer la galala con que se escusa brea, y se vió cierta resina de que los Indios se aprovechan para brear las piraguas; y pues hay cabras, y noticia de vacas, habrá cordovanes y corambre y sebo, y carne en abundancia. Habrá miel, pues se han visto abejas y cera; demas de todo lo qual, asegura de otras muchas riquezas el sitio y disposicion de la tierra, y la industria de los Españoles así en criar las suyas como las nuestras, que pretendo luego llevar, y ademas las mejores y mas provechosas que se crian en el Perú y en la Nueva-España. Parece que todo junto hará rica la tierra, que sola ella por sí baste á sustentarse, y juntamente á la América, y á engrandecer y enriquecer á España, como lo mostraré si soy de otros ayudado; y digo que por ser orillas de mar lo visto y referido, que se esperan del corazon de la tierra tales y tantas grandezas y riquezas, quales van siendo las nuestras.

La comodidad de tan buena tierra negra, gruesa, y de gran migajon, y que se puede desde luego labrar teja, ladrillo, y juntamente las buenas canteras que tiene, se pueden labrar muy buenos y suntuosos edi-

ficios, ayudando la mucha cantidad de madera. Puedense hacer muchas azeñas y molinos, pues hay tan caudalosos rios. Hay tambien salinas, muchos cañaverales, y tan buenas cañas, que hay cañutos de cinco y seis palmos, y el fruto á probacion, el canto delgado, duro, y lisa la tez: hay muy buenos pedernales. La bahia de San Felipe y Santiago tiene veinte leguas de orilla, es toda limpia, y libre para poder entrar de dia y de noche; tiene en su contorno muchas poblaciones, y en ellas y muy lejos se veian de dia muchos humos, y de noche muchos fuegos. Su puerto de la Vera-Cruz es tan capaz, que pueden caber en él mas de mil naos. Su fondo es limpio, y de arena negra: no se ha visto broma: puedese surgir en las brazas que quisieren entre dos rios, el uno tan grande como Guadalquivir por Sevilla, con barca de mas de dos brazas, por donde pueden entrar unas fragatas ó pataches; en el otro entramos francas nuestras barcas, y de ellas se cogia el agua, que es lindísima en qualquiera parte de las muchas que hay. El desembarcadero es una playa de tres leguas, y lo mas de ello un guijarral negro, menudo y pesado, bonisimo para lastrar los navios: la playa por no tener ruinas ni quiebras, y estar verdes las yerbas de su orilla, se entendió no ser batida de mares,

y porque los árboles que tiene estaban todos derechos y sin azotes ni desgages, se juzgó no haber grandes temporales en el puerto. Se halla al romper del alba, y despues mucha armonia de millares de diversos paxarillos, al parecer ruiseñores, mirlas, calandrias, xilgueros, infinitas golondrinas, periquitos, y un papagayo que se vió: olieronse muchos olores de flores como de azaar: por todo lo qual se juzgó ser allí clemente el cielo, y que guarda su orden naturaleza. Tiene este puerto cercanas muchas islas, en especial siete que bogean doscientas leguas; la una tiene cincuenta, y dista doce: es muy fertil y poblada. El puerto está á los quince grados y un tercio de elevacion de Polo antartico: se puede luego edificar una muy grande y populosa ciudad, cuyos moradores gozaran de las sobredichas comodidades, y de las que no puede mostrar mi poco ingenio, y de las que el tiempo mostrará; y se pueden comunicar con las provincias de Chile, Perú, Panamá, Nicaragua, Guatimala, Nueva-España, Ternate, Filipinas, de las quales esta tierra es la llave, y vendrá á ser en lo que es trato de mucho provecho, y de cosas muy curiosas; ni me alargo si dixere que puede desde luego acomodar y sustentar doscientos mil Españoles. En suma, aquel es el mundo de que España va siendo el

centro, y en lo que es cuerpo es la uña, y notese bien este punto.

El temperamento y bondad del ayre es tal, qual se ve en todo lo dicho, y en que siendo los nuestros todos estrangeros, ninguno cayó enfermo con tan ordinario trabajar, sudar, y mojarse, sin guardarse de beber agua en ayunas, ni de comer todo quanto la tierra cria, ni del sereno, sol, ni luna. El sol no era muy ardiente de dia, y de media noche abaxo pedia y se sufria muy bien ropa de lana. Los naturales en comun son corpulentos, y de grandes fuerzas, y algunos de ellos muy viejos, y viven en casas terreas, que es grande indicio de mucha sanidad; porque á ser la tierra enferma, las levantarian del suelo, como lo hacen en las Filipinas y otras partes que yo ví. El pescado y la carne se conservaban sin se corromper, sin salar, por dos y mas dias; y las frutas que de allí se traxeron, como se puede ver por dos que aquí tengo, estan sanísimas con ser cogidas del arbol sin sazon. No se han visto arenales, ni género alguno de cardones, ni arboles espinosos, ni que tengan raices sobre la tierra, ni manglanares anegadizos, ni pantanos, ni nieve en las altas sierras, ni cocodrilos en los rios, ni en las montañas sabandijas, que suelen ser muy dañosas en las casas, ni garrapatas, ni mosquitos, que es esta una ex-

celencia muy grande para nuestra pretension, y tan digna de estimarse, que hay muchas tierras en las Indias que por solas estas plagas no se pueden habitar, y otras donde se padece mucho por ellas.

Estas son, Señor, las grandezas y bondad de las tierras que descubrí, de las quales tomé la posesion en nombre de V. M., debaxo de vuestro estandarte Real, y así lo dicen los actos que aquí tengo. Lo primero se levantó una cruz, y se armó la iglesia de nuestra Señora de Loreto, donde se dixeron veinte Misas, y se ganó el jubileo concedido al dia de Pentecostes, y se hizo una solemne procesion el dia de Corpus Christi, en la qual el Santísimo Sacramento siendo su guion el estandarte de V. M., paseó y honró aquellas ocúltas tierras, donde enarbolé las Reales banderas de campo, y en las de todas mostré las dos columnas al lado de vuestras armas Reales, con que puedo decir con razon en lo que es parte, *aquí se acabó plus ultra*, y en lo que es continente mas adelante, y atras; y todo esto y lo demas ha sido hecho como de leal vasallo que soy de V. M.: y porque V. M. pueda ponerle luego (porque suene esta grandeza) el título de la *Australia del Espíritu Santo*, para mas gloria del mismo Señor que me llevó, y me la mostró, y me traxo á la presencia de V. M., donde estoy con la mis-

ma voluntad que siempre tuve á esta causa que crié, y por su alteza, y todo merecer, la amo y la quiero infinito.

Bien creo del prudente consejo, grandeza de animo, y piedad christiana de V. M. el mucho cuidado que dará saber tan cierto, como conviene la poblacion de aquellas tierras ya descubiertas, siendo la causa mas principal, que debe obligar á no las dexar desiertas, ser este el medio para que en todas ellas sea Dios nuestro Señor conocido, creido y adorado y servido, siéndolo allí tanto el demonio; y mas tambien porque ha de ser la puerta por donde á tantas gentes del cargo de V. M. les ha de entrar todo su bien y remedio, y los muchos mas cuidados que daria si á ella fuesen enemigos de la Iglesia Romana á sembrar sus falsas doctrinas, y convertir todos los bienes que represento en males mayores, y llamarse Señores de las Indias, y arruinarlas todas. Tambien creo que V. M. está muy advertido, que un daño tan pernicioso (quanto lo es el que suena, ú otro qualquier desman si lo hubiere al presente ó adelante) ha de costar millones de oro y millones de hombres el dudoso remedio. V. M. gana las albricias de una tan señalada y grande merced de Dios, guardada para vuestro felice tiempo: yo Señor las pido, y por ellas mi despacho, que estan los galeones prestos, y es mucho lo que tengo que

andar, que apresurar, y que hacer, y muchísimo lo espiritual y temporal que cada hora se pierde, que jamas se ha de cobrar.

Si á Christoval Colon sus sospechas le hicieron porfiado, á mí hace tan importuno lo que ví y palpé, y lo que ofrezco; por lo qual mande V. M. que de tantos medios quantos hay, se dé uno para que pueda conseguir lo propuesto, advirtiendo, que en todo me hallarán muy reducido á la razon, y daré satisfaccion en todo.

Señor: grande obra es esta, pues el demonio le hace tan mortal guerra, y no es bien que pueda tanto, siendo V. M el defensor de ella.

CARTA CCLXXXII.

Primer viage de los Españoles á Otaheti.

Con motivo de haber arribado al puerto del Callao el año de 1769 un navio Francés que venia de la India Oriental, se tuvo noticia de haber avistado una isla que está á los veinte y siete grados y treinta minutos de latitud meridional, apartada de la costa de Chile poco mas de seiscientas leguas. Esta isla fue vista el año de 1685 por un navio Inglés, cuyo Capitan se llamaba Davis, y la apellidó de su nombre. El Virey del Perú Don Manuel de Amat, despachó al reconocimiento de dicha isla un navio de guerra, llamado San Lorenzo, y una fragata llamada Santa Rosalia. Salieron del puerto del Callao el dia 10 de Octubre de 1770, y avistaron la expresada isla el dia 15 de Noviembre del mismo año. Sondearon con mucho cuidado todo el circuito de ella, y en todas partes era el fondo malo, pedregoso con arena: solo en la parte del Norte se halló una rada con fondo de arena gruesa, distante de tierra cosa de una milla, en treinta y cinco brazas de fondo. En todo el circuito de la isla, que es de doce leguas, no se halló pa-

rage en donde poder saltar en tierra con alguna comodidad, sino en una pequeña caleta de arena, porque todo lo demas es peñoleria y mar brava. La isla está habitada de Indios Salvages de buen cuerpo, tostados de la inclemencia, porque andan desnudos, ocultando sus vergüenzas con un ceñidor hechò de tela de platano. Mostraron ser de buena indole: son idólatras, y tienen muchos ídolos de piedra de extremada grandeza. El Comandante del navio Don Francisco Gonzalez mandó poner tres cruces en tres cerritos que estan en la parte Oriental; pero los Indios las quitaron al otrò dia. Los habitantes de la isla parece llegarán á mil de todas edades y sexôs: tienen sus habitaciones subterraneas, porque la isla no tiene madera para fabricar. La isla es de mediana altura: el terreno pedregoso, pero en partes produce yucas, caña dulce, ñames, platanos y calabazas. No tiene monte, sino algunos matorrales: carece asimismo de agua, y la sacan de pozos que hacen en las playas. Tiene tambien algunas gallinas pequeñas, y muy poco pescado.

(Un sugeto fidedigno que ha tratado con personas que estuvieron en esta isla, me ha asegurado que el número de sus habitantes jamas pasa de novecientos, porque los Isleños aseguran que la tierra no puede mantener mas que aquel número de habitantes.

Quando este número está completo, si nace alguno, matan al que pase de sesenta años, y no habiéndolo, matan al recien nacido.)

Habiendo vuelto los dichos navios al puerto del Callao, con los planos de la isla de Davis, á la qual se dió el nombre de *San Carlos*, el Virey participó esta noticia á S. M., quien mandó arbitrar medios para formar establecimiento en dicha isla, así para impedir que ninguna otra nacion la ocupase, como para que se predicase el Santo Evangelio á sus moradores. Para poner en execucion este mandato de S. M. á principios de Mayo del año de 1772 se dispuso la fragata de guerra nombrada Santa Maria Magdalena, alias la Aguila, su Capitan Don Domingo Boenechea: y habiendo pedido el Virey al Colegio de Ocopa dos Religiosos Misioneros para que fuesen en dicha fragata, fueron nombrados el P. Fr. Juan Bonamo, Italiano, y Fr. Jòseph Amich, Catálan, quien en el siglo habia sido Piloto de los navios de Rey. Como no se tenia exâcta noticia de la isla de *San Carlos*, ni de sus moradores, no se intentaba al presente formar establecimiento, sino el reconocimiento perfecto, y noticia de todo lo que podia conducir á la permanencia de lo que en adelante se ofreciese. Para esto se embarcaron algunos regalos y ropa para los Indios, para ganarles la voluntad con el agasajo.

Estando ya para salir la fragata, recibió el Virey aviso del Gobierno de España en que se le participaba haber llegado á la Corte noticia de haber estado los Ingleses en una isla del Océano pacífico, llamada por ellos *la isla del Rey Jorge*, y por los naturales *Otaheti*, que se halla á los diez y siete grados, veinte y nueve minutos de latitud Meridional, y á los ciento y cincuenta grados, quarenta minutos, diez y siete segundos al Occidente del Meridiano de París: y le ordenaba mandase reconocer la dicha isla. El Virey tuvo secreta esta expedicion, y prosiguió la habilitacion de la fragata, corriendo la voz de que solamente se iba al reconocimiento de la isla *de San Carlos*: y habiéndose equipado la fragata con la tripulacion y guarnicion correspondiente, y metido seis meses de víveres, salieron del puerto del Callao el dia 26 de Septiembre de 1772 á las dos de la tarde.

El Virey habia entregado al Capitan de la fragata D. Domingo Boenechea un pliego ó instruccion cerrada para que se abriese en estando desviados diez leguas del Callao; y habiéndose verificado dicha distancia, abierto el pliego, se halló contenia dos expediciones en un viage: conviene á saber, el reconocimiento de la isla de Otaheti, y el de la de *San Carlos*, dexando al arbitrio del Capitan el executar primero qualquiera de las dos expedi-

ciones, y aun de arribar al puerto de Valparayso, despues de haber executado la primera, para tomar refresco, y salir á la segunda. Despues de consideradas las dos expediciones por el Capitan y Oficiales, se determinó pasar primeramente al reconocimiento de la isla de Otaheti, y á este fin se hizo derrota al O. S. O. hasta ponerse en latitud de dicha isla.

Despues de habernos apartado de la costa, siguiendo nuestro destino, tuvimos los vientos de brisas ó generales desde el S. S. E. hasta el E. N. E. favorables con algunos aguaceros, y despues de haber completado la latitud, se gobernó al O. en busca de nuestra isla. El dia 28 de Octubre al amenecer se vió al E. N. E. una pequeña isla de arboleda: distaria como quatro leguas, y segun el rumbo á que demoraba, habiamos pasado á las dos de la madrugada cosa de media legua distante de ella. Metimos de bolina para reconocerla. Lo contrario del viento no dió lugar á ponernos á barlovento de ella hasta el dia 30. El dia 29 por la tarde habiendo llegado cerca de la punta occidental, hicieron en la isla una fogata: discurrimos naturalmente que habia alguna gente, reliquias de algun naufragio; porque la isla es pequeña, compuesta de tres isletas que se unen por unas restringas, formando dentro una gran laguna, en la qual habia al-

gunas canoas : la tierra es baxa, con arboleda pequeña, y algunas palmas de cocos.

El dia 30 habiendo amanecido á barlovento de la isla, enviamos el bote á ella para reconocerla; apenas el bote se acercó á la costa salieron del monte unos veinte Indios armados con lanzas ó palos largos, y unas mazas; estaban desnudos y con unos paños al parecer de algodon tapaban sus vergüenzas. Eran corpulentos y muy morenos, tenian el pelo corto, y al parecer muy grueso. Fueron siguiendo el bote y pegando fuego al monte, á cuya señal salian algunos Indios asimismo armados, y quando les parecia que el bote queria llegar á tierra se ponian formados con ademanes de estorbar el desembarco. Toda la costa de la isla es de piedra blanca y colorada, y muy hondable. El bote no pudo atracar á tierra por la mucha resaca, ni hallar surgidero para la fragata, ni entrada para la laguna; y viendo ser imposible atracar á la costa sin evidente peligro de perder el bote, se vino á bordo, y habiendole metido dentro seguimos nuestra derrota. Llamamos á esta isla *de San Simon*, y pudiera llamarse *de las Moscas* por las muchas que vinieron con el bote. Está dicha isla en diez y siete grados veinte y cinco minutos de latitud meridional, y en doscientos quarenta y un grados diez minutos de longitud del meridiano de la isla de Tenerife, dis-

ta del puerto del Callao mil ciento diez y ocho leguas de marina.

Prosiguiendo nuestro viage dia 31 de Octubre á las nueve del dia descubrimos al O. N. O. una isla baxa con arboleda pequeña y algunas palmas ; seguimos el rumbo sobre ella , y la costeamos por la parte del Norte; salieron algunos Indios bien feos, armados con varas largas. Por no haber en toda la costa parage oportuno para reconocer (por estar toda llena de arrecifes) no echamos el bote para ello. Llamamos á esta isla *de San Quintin*, y se halla en diez y siete grados treinta minutos de latitud meridional , y en doscientos treinta y nueve grados diez y seis minutos de longitud del meridiano de Tenerife. Dista de la isla *de San Simon* treinta y ocho leguas marinas.

Considerando las islas que se encontraban , las quales no estan en los mapas , y que podia haber otras semejantes , se determinó hacer reparo todas las noches , y navegar solamente de dia. El dia primero de Noviembre á las cinco de la tarde se descubrió al O. una isla baxa , que manifestaba bastante extension. La cortedad del dia no dió lugar á reconocerla : reparamos toda la noche , en la que hubo grandes aguaceros , y al dia siguiente calma , por lo qual no pudimos acercarnos á la isla. El dia 3 de Noviembre habiendonos arrimado á la isla por

la parte del N. E. á las nueve de la mañana fue el bote á ver si hallaria parage que poder reconocer ; pero la costa es tan llena de arrecifes , que no fue posible llegar á ella en parte alguna. Salieron á las playas mas de cien Indios de todas edades y sexôs, con ademanes de alegria ; pero no pudiendo conseguir el desembarco á la una de la tarde , se vino el bote á bordo , á cuyo tiempo quedamos casi en calma , pegados á la costa que es muy hondable , y fue preciso que el bote nos remolcara casi toda la tarde para librarnos del peligro. De noche procuramos mantenernos á distancia mediana.

El dia 4 de Noviembre habiéndonos arrimado á la parte del S. E. de la isla con viento N. E. algo fresco , á las ocho del dia fue el bote á reconocerla , y la fragata á su vista con poca vela. Costeó el bote toda la isla por la parte del S. O. sin hallar parage oportuno para saltar en tierra por estar toda la costa llena de peñoleria. Viendo la imposibilidad , á la una de la tarde le llamamos á bordo , y habiendole metido dentro seguimos nuestro viage. Esta isla es mucho mas grande que las otras dos , y se compone de muchas islas , unidas por las restringas de arrecifes , formando en medio una grande laguna : tendrá de largo seis leguas del S. E. al N. O. su terreno es algo elevado ; el monte muy frondoso de arboleda bastante cre-

cida, y con muchas palmas. Llamamos á esta isla *de todos los Santos*: su punta oriental está en diez y siete grados treinta y cinco minutos de latitud meridional, y en doscientos treinta y siete grados treinta y seis minutos de longitud del meridiano de Tenerife; dista de la isla *de San Quintin* treinta y dos leguas marinas.

Siguiendo nuestra derrota, el dia 6 de Noviembre á las nueve del dia descubrimos al O. S. O. un cerro bien alto: navegamos sobre él, y se reconoció ser isla bien pequeña aunque muy alta y poblada de arboleda. A las quatro de la tarde habiendo llegado cerca, despachamos el bote para que reconociese la isla por la parte del S. y con la fragata fuimos por la parte del N. Vino á bordo una pequeña canoa de la isla con dos Indios en ella, con grandes muestras de alegria; traian algunos cocos, que trocaron por cuchillos y otras bujerias. A las siete de la noche vino el bote, y por él supimos estaba habitada como de ciento y cincuenta personas de todas edades y sexôs. La isla está llena de arboleda y de palmas de cocos. Toda la noche bordeamos para mantenernos á barlovento, y reconocer si habia surgidero para la fragata para hacer alguna aguada.

El dia 7 á las ocho del dia, fue el bote á la isla al reconocimiento, y luego vinieron á bordo seis canoas con tres Indios en cada

una, y trageron cocos, algun pescado, y varias curiosidades que trocaron por cuchillos, camisas y diges. Los Indios de esta isla son bien formados, corpulentos, el color claro, y tienen barbas aunque pocas: el pelo algo crespo, y algunos le tienen lacio. Ordinariamente van desnudos y algunos traen un ponchito de estera muy fina: son muy alegres y joviales. A esta isla llaman los naturales *Omaetu*, y le dimos el nombre *de San Christobal*, por la semejanza que su cerro tiene con el de San Christobal de Lima. Está en diez y siete grados, quarenta y cinco minutos de latitud meridional; y en doscientos treinta y cinco grados de longitud del meridiano de Tenerife. Dista de la isla *de Todos Santos* cincuenta leguas. A las tres de la tarde vino el bote que no pudo hallar surgidero, ni aun parage seguro para desembarcar sino mediante las canoas de los Indios, y habiendole metido dentro seguimos nuestro viage. Deseaba el Capitan sacar algun Indio de la isla, pero hallados bien en su infelicidad ninguno quiso voluntariamente dexar su patrio suelo. Un Indio muy jovial se pagó del segundo carpintero y se vino con él á bordo, donde se quedó voluntariamente.

El dia 8 de Noviembre á las nueve del dia se descubrió al O. una tierra alta tendida al N. O. y al instante que el Indio la vió dixo á grandes voces *Otaheti*, *Otaheti*, se-

ñalando la dicha tierra, dando á entender que la tierra que veiamos se llamaba así. Tantas veces repitió el Indio *Otaheti* que el Capitan hizo memoria de lo que prevenia la instruccion, y vista con atencion con la conveniencia del nombre, se congeturó que la tierra que estaba á la vista, era la isla de Otaheti que buscabamos; aunque segun nuestro cómputo, nos faltaban cien leguas para completar su longitud. Dista esta isla de la *de San Christoval* diez y nueve leguas. Como el viento estaba casi en calma, no se atrevió el Capitan á empeñarse en la costa, cuya calidad se ignoraba. Los dias 9, 10 y 11, todo fue calmas y turbonadas. Como el Indio daba á entender que en la isla de Otaheti habia puerto y aguada, el dia doce habiendose entablado el viento por el E. se envió el bote á tierra con un oficial, y tambien fue el Indio *de San Christobal*. A las ocho de la noche vino el bote, y trajo noticia de haber hallado puerto bastante bueno con aguada, lastre y leña.

El dia 13 amaneció el viento al N. E. y en vista de las noticias que traxo el bote, y lo que el Indio indicaba, se determinó en consejo tomar puerto para hacer aguada y refrescos, y como el viento era bonancible se difirió para el dia siguiente.

El dia 14 amaneció el viento por el S. E. y nos hallamos sotaventados á la parte del

N. de la isla. Habiendo despachado el bote á registrar la costa, tomamos el bordo á tierra, y estando á dos millas de distancia de la costa encontramos fondo de veinte brazas de arenilla y conchuela; y pareciéndonos que seria mejor bahia que el puerto que habia reconocido el bote, se determinó dar fondo allí: mientras se desembarazaban los cabos, se viró para fuera cosa de una hora, y viramos sobre tierra llevando el bote sondeando por la proa. A las diez del dia estando á dos millas de tierra, repentinamente nos hallamos sobre una restringa de peñas de poca agua; varó la fragata cerca de la popa, y aunque no hacia marejada alguna, al tocar el timon se rompió la caña en pedazos. Dios fue servido que no hubiese marejada, y como el viento era costero, y la fragata solo tocaba en la popa, el mismo viento la hizo tomar la direccion al N. O. y con lo poco que andaba arrastrando dió un encontron con una peña por la banda de babor, que la hizo tomar la direccion al N. y mareando el trinquete, luego salió totalmente á nado. Quando tocó la fragata se hallaba el bote una milla mas á tierra en veinte brazas de agua. Estando ya la fragata á flote se reconocieron las bombas, y se hallo no haber novedad alguna en quanto al agua; forzamos de vela para apartarnos de la costa, y se cambió la caña del

timon, poniendo la que se traia de repuesto.

Los dias 15, 16 y 17 todo fue ventolinas y aguaceros, y procuramos mantenernos cerca de la costa. El dia 18 por la mañana se envió el bote á tierra con el Piloto mayor para reconocer bien el puerto. Al anochecer volvió el bote con el Cacique de aquel partido, y el Piloto aseguró que el surgidero era bueno y seguro, por lo qual se determinó dar fondo en dicho puerto para reconocer la fragata.

El dia 19 de Noviembre amaneció el viento por el NE., y aunque hubo algunas turbonadas, fuimos con el bote por la proa sondeando; y á las once del dia dimos fondo en diez y seis brazas, fondo de arenilla fina en el puerto que llamamos *del Aguila*, sito en la parte del S. E. de la isla; y en el partido de *Tallarabu* (que en el viage de Coock se llama *Tiarrabu*) distante del puerto del Callao mil doscientas cincuenta y siete leguas marítimas. Aquí reconoció el buzo los fondos de la fragata, y segun dixo, un pedazo del forro de la quilla en la parte de popa estaba quitado cosa de dos brazas, y junto á la roda de proa estaba quitado el forro por mas de una braza; pero como el navio no hacia agua, se discurrió con fundamento que no estaba lastimado el fondo de la fragata. Las muchas corrientes que se

experimentan en este puerto (aunque apenas crece y mengua cosa de dos pies verticalmente) obligaron á amarrar la fragata con quatro amarras.

Como S. M. prevenia que se sacase una exâcta descripcion de la isla de Otaheti, y el Virey en su instruccion encargaba lo mismo, el Comandante de la fragata determinó que fuese la lancha á esta diligencia al rededor de la isla para cumplir con el Real mandato. A esta comision fue el primer Teniente de la fragata, y tambien yo (*) con un pilotin, un sargento, tres soldados y la tripulacion completa: estuvimos seis dias en este viage, y saqué la siguiente descripcion.

(*) El P. Amich fue el que formó este diario del primer viage: el segundo fue escrito por uno de los Misioneros.



CARTA CCLXXXIII.

Descripcion de la isla de Amat.

La isla de Otaheti (á quien pusimos por nombre *la isla de Amat* en obsequio del Señor Virey) tiene de circuito mas de quarenta leguas. Su figura es casi redonda, aunque irregular, porque una quebrada de tierra baxa la divide en dos peninsulas desiguales, dexando una garganta de dos leguas del NE. al SO. entre los dos mares. La peninsula mayor está de la parte del NO., y la menor al rumbo opuesto. Su largo del NO. al SE. es de catorce leguas: su punto centrico está en diez y siete grados, treinta minutos de latitud meridional, y en doscientos treinta y tres grados, quarenta minutos de longitud del Meridiano de Tenerife. Su terreno es alto y montuoso, sin mas tierra baxa que la garganta que une las dos peninsulas: sus montes son escabrosos, especialmente en la parte del SE., y en la parte del N., formando muchas quebradas, por las quales se precipitan arroyos de buena agua. Por la parte del Occidente los cerros van tendidos con declive muy apacible, cuya vista hace dicha costa muy agradable por las muchas arboledas que pueblan sus riberas y

quebradas. Aunque la isla es muy alta, en las orillas del mar tiene muchos espacios de tierra baxa y llana, poblada de inumerables palmas de cocos, platanares y otras frutas.

Casi toda la isla está cercada de arrecifes de piedras, que en la baxa mar descubren una lengüeta de terreno orizontal, donde quiebra el mar sus olas. Este cordon de arrecifes en varias partes está apartado de la costa tres millas, en otras dos millas, en otras una, y aun menos. Tiene este cordon distintas entradas ó canales por donde pueden entrar navios, y forman muy buenos puertos; porque de la parte de adentro casi todo el fondo es de arena fina negra desde diez y seis á veinte brazas, pero es necesario reconocer los cables, porque en partes hay algunas piedras. Por dentro de este cordon hay muchos canales de bastante agua, donde pueden invernar millares de embarcaciones, porque aunque haya grande viento, siempre está la mar muy llana.

Esta isla no tiene pueblo alguno formado ordenadamente; sus moradores habitan en las riberas del mar en casas formadas de pies derechos, y cubiertas de palmas, ordinariamente expuestas á quatro vientos, y situadas á lo largo de las costas entre los palmares de cocos. Los parages mas poblados son el partido de *Papala*, el de *Tallarabu* y la parte del O. donde reside el Eri Otu:

Coock dice *Bobala y Tiarrabu.* Los moradores de esta isla no baxan de ocho mil almas de todas edades y sexôs ; tiene diez á doce Caciques, que ellos llaman *Eries*, y cada qual gobierna la gente de su partido, pero todos reconocen por superior y principal al Eri Otu, al qual todos profesan vasallage.

Los hombres son generalmente corpulentos y bien plantados ; los mas son amulatados, son amigos de criar pelo, que le tienen algo crespo, y se le untan con aceyte de cocos. Algunos Caciques viejos tienen barba venerable, los demas tambien la usan traer, aunque rara. Ordinariamente van desnudos, y ocultan sus vergüenzas con un ceñidor que hacen de corteza de arbol, y pasando un remate por entre los muslos, lo amarran á la cintura, con lo qual quedan decentes y sin ropa. Los adultos tienen las nalgas y parte de los muslos pintados de negro con varias labores, y algunos se pintan en las manos y piernas con igual simetría, especialmente las mugeres, que sin embargo de andar expuestas á la inclemencia, son bastante blancas. En dos ocasiones vinieron á bordo de la fragata dos naturales muy blancos, con el pelo rubio, las barbas y cejas rubias y los ojos azules : el Cacique de *Tallarabu*, donde estaba surta la fragata, era muy blanco y roxo, sin embargo de estar quemado del sol. Las mugeres no son de tan buen

parecer como los hombres, y así éstas como los varones gustan de traer pendientes en una oreja que todos tienen agujereada, y quando no tienen otra cosa, se ponen una flor ó un huesecito de pescado.

Son los moradores de esta isla muy pacíficos y alegres; los mas saben tocar una especie de flauta como travesera de quatro agujeros, á la qual dan viento por una ventana de las narices, tapando con el dedo la otra ventana, y siempre tocan una tonada muy lúgubre, á cuyo són cantan del mismo modo. Sus bayles son muy ridículos, formando mil ademanes de meneos de cuerpo, manos, pies, ojos, labios y lengua, guardando bellísimo orden en el compas: algunos se ponen por gala coronas de flores ó de plumas negras. Sus armas son unas lanzas cortas de madera fuerte, sin mas arma defensiva, aunque tienen guerras con los moradores de otras islas por causa de los robos que unos á otros se hacen de sus frutos. Para cazar los páxaros usan de unas flechitas de carrizo muy delgadas, con la punta de palo fuerte, y tambien usan de liga.

Los exercicios en que se ocupan los hombres son la pesca y sus sementeras. Para la pesca, siempre que baxa la mar y estan los arrecifes llenos de naturales pescando marisco. En toda la costa hay un crecido número de canoas: éstas son muy largas y angostas,

porque en la isla no hay árboles que tengan una vara de diámetro, y así las canoas mas grandes solo tienen dos tercias de ancho: y para su seguridad ponen á un lado un palo de madera ligera apartado de la canoa seis palmos, paralelo á su quilla, y unido á la canoa con dos palos delgados bien atados á sus bordos. En sus navegaciones y para pescar fuera de los arrecifes, juntan las dos canoas grandes de dos en dos, atadas fuertemente con unos palos que atraviesan por encima de las dos canoas, dexando entre ellas un espacio de tres quartas, así para bogar como para poner un gran canasto en que llevan sus aparejos é instrumentos de pescar. Los anzuelos que usan son de raices de árboles, y los pequeños hacen de concha de nacar. Los cordeles finos son de cabellos humanos trenzados prolijamente, y los grandes de hebras de palmas, y de lo mismo son las sogas de sus maniobras.

Los Caciques y principales usan de estas canoas apareadas para su vivienda, porque sobre las dos proas ponen un tablado de mas de dos varas de ancho y tres de longitud, y sobre él forman una carroza muy bien cubierta, de suerte que aunque llueva mucho no les pasa el agua: en estas carrozas duermen aun estando en tierra, pues sus casas ó enramadas mas parece que las hacen para abrigo de las canoas, que para su propia

comodidad. Algunas canoas llevan una vela de estera fina de siete varas de alto, sobre dos y media de ancho, puesta á modo de cangreja. Para asegurar dichas canoas de vela, atraviesan al pie del palo sobre la canoa un palo largo, y á los extremos de él ponen dos sogas que les sirven de obenques, y en la proa y popa de la canoa otras dos sogas que sirven de estais. Quando el viento es algo rècio se pone un Indio al extremo del palo atravesado á la parte de barlovento, que con su peso equilibra al de la vela y fuerza del viento. Todas las canoas son muy ligeras porque son muy delgadas, y las proas cortadas en figura de cabeza de dorado: como los palos de que las fabrican son de pequeña magnitud, las levantan de los lados con tablas tan bien ajustadas, que no parecen obras de Indios que carecen de herramientas, sino de muy buenos carpinteros. Lo mismo executan por la proa y popa. Las herramientas con que fabrican las canoas, son unas azuelas de piedra laxa negra, muy dura y facil de amolar con otras piedras, y las ajustan tan perfectamente en sus cabos de palo, que parecen herramientas de buen carpintero. Estas canoas no tienen clavo alguno; los empalmes de las piezas añadidas estan cosidos con trenzas de hebra de palma, y calafateadas con estopa de coco, y las costuras embreadas con una especie de

liga que sacan de la resina de cierto arbol.

Las mugeres se ocupan en texer esteras de palma muy finas y ponchitos de lo mismo, y en fabricar de la corteza interior de ciertos árboles unas telas blancas tan finas como la bretaña ó tafetan sencillo; algunas de estas telas tienen de ancho quatro varas, y de largo ocho ó diez varas. Algunas son pintadas de amarillo y encarnado con colores sacados de ciertas raices, yerbas y frutillas, con dibuxos bien ridiculos; estas telas se las suelen rodear al cuerpo ó á la cabeza, á modo de turbante. Algunas estan teñidas de musgo, y son las que ordinariamente les sirven de abrigo en la cama. Algunas de estas dobladas en quatro ó cinco dobleces, y pegadas con cierta goma sirven de sobrecama. Todas estas telas, mantas y esteras traian á bordo de la fragata á trocar por cuchillos y otras frioleras de yerro, y por lo mismo traian á bordo abundancia de platanos, cocos y otras cosas.

Los alimentos de que se mantienen estos Isleños, son platanos, cocos, pescado, y una masa compuesta de ñames, platanos y otras frutas: estas las muelen muy bien, y mezclados los simples hacen de ella unas bolas de seis ú ocho pulgadas de diámetro, y las cuecen del modo siguiente. Hacen una gran fogata en un hoyo, en el qual ponen muchas piedras; mientras estas se caldean,

envuelven las bolas de masa y todo lo que quieren cocer, en muchas grandes ojas, y despues las meten en unos seroncillos de palma; quando las piedras estan bien calientes las sacan del hoyo, y echan los seroncillos sobre aquella fogata, y encima de ellos las piedras calientes; luego lo cubren todo con tierra, de suerte que no tenga respiradero alguno; al otro dia lo descubren, y tienen hecha la comida para muchos dias. Sirveles de pan una fruta redonda de seis pulgadas de diametro que llaman *Euru*; esta la cuecen de la misma suerte, y tiene el gusto de patata desabrida. Hay tambien en esta isla una especie de castañas muy sabrosas, y unas á modo de nueces muy oleosas. Crianse tambien algunos cerdos pequeños, y algunas gallinas. Las palmas producen muy ricos palmitos, pero los naturales los comen solamente crudos, porque no tienen vasijas en que sazonar sus comidas. El pescado lo comen crudo ó asado, ó cocido de la suerte que he referido, y de él no desperdician nada, pues comen las tripas, agallas y menudencias con mucha ansia. No produce la isla sal absolutamente, ni los naturales saben comer cosa salada ni picante, sino forzados de la necesidad.

No se les ha conocido á estos Isleños inclinacion á la embriaguez: su vicio dominante es la lascivia. No se casan mas que on una muger, y parece que no son nada

zelosos, pues convidan con sus mugeres á los forasteros. No se vieron en esta isla animales nocivos ni venenosos, sino una gran muchedumbre de ratones muy domesticos, que les incomodan bastante, y los obligan á discurrir medios para defender sus comidas de la voracidad de estos animalejos. Aunque el temperamento es calido y humedo, no se crian mosquitos, murcielagos ni cucarachas; los mas de los dias llueve algunas turbonadas y luego calma, y viene el viento á la mar.

No pudimos averiguar si tienen alguna religion; no tenian templo alguno, aunque parece que tienen alguna especie de idolatria, pues en sus canoas traen unos figurones de madera toscamente labrados, que representan formas humanas, pero no les dan culto alguno, ni sienten que los forasteros los ultrajen. Sus cementerios son hechos á modo de plazuelas quadradas, cercados con dos ó tres gradas áltas formadas de piedra, y estan adornados de muchos grandes figurones de madera, los mas de obscenas figuras. Despues (por medio de los Indios que sacamos de la isla de Otaheti) supimos que usan la circuncision los varones quando se quieren casar, y tienen sus Sacerdotes que son los curanderos,

No pudimos adquirir noticias ciertas de que hayan estado en esta isla navios estran-

geros, pues no se hallaron vestigios de mercerias, ni herramientas que naturalmente hubieran dexado. Solo se encontró una hacha inglesa vieja, y una hoja de navaja francesa de las muy ordinarias, y un pedazo de jerga muy vieja; pero se dexa entender que han llegado algunos navios á esta isla, pues los naturales tenian noticia de las maniobras proporcionadas para dar fondo, y de los efectos de los cañones y fusiles.

En este puerto *del Aguila* estuvimos treinta y un dias, en los quales se hizo para el timon una caña de respeto de una madera fuerte á modo de guayacan. Hizose tambien un mastelero para la sobremesa, y una verga de gabia. Se embarcaron cinco lanchadas de lastre, se remplazó la aguada, y se hizo provision de leña. Estos dos efectos hay con abundancia en toda la isla. Los mas de los dias que estuvimos en este puerto vinieron á bordo muchisimas canoas de toda la isla y de otras con muchos Indios de todas edades y sexôs, trayendo á vender sus telas, esteras y otras curiosidades, como tambien platanos y cocos, á trueque de cuchillos, espejos, tijeras, clavos, camisas, y otras bagatelas. El Comandante del navio les hacia mucho agasajo; eran tantos los que venian, que siempre estaba llena la camara, y huvo dia que fue preciso al Comandante y oficiales baxarse á comer en la Santa Bárbara pa-

para dexar libre á los Indios la cámara.

Despues de haber estado muchos dias aguardando tiempo oportuno, el dia 20 de Diciembre de dicho año de 1772. á las diez del dia salimos del puerto de la Magdalena ó *del Aguila* con viento N. N. E. algo fresco, y despues de estar una legua desviados de la costa, nos pusimos al payro para aguardar la lancha que habia quedado en el puerto para lebar el anclote que nos sirvió de fiador para hacernos á la vela; despues que hubo venido, y que hubimos metido dentro las embarcaciones, siendo ya de noche, marchamos costeando la isla por la parte del Sur.

De la isla *de Amat* sacamos quatro Indios, los dos grandes como de edad de treinta años, otro mozeton de edad de diez y ocho años vino voluntario, y un muchacho de trece años con beneplacito de su padre. Quando estos supieron explicarse, nos dieron varias noticias de las que hè referido en la descripcion.

Como teniamos noticia (aunque confusa) de las muchas islas que hay en este Océano, todas las noches capeabamos hasta que llegamos á la latitud de veinte y seis grados meridional, y despues seguimos nuestro viage con variedad de tiempos sin desgracia ninguna, y el dia 21 de Febrero de 1773 habiendose descubierto á medio dia

la costa de Chile á las seis de la tarde dimos fondo en el puerto de Valparaiso.

En este puerto hicimos tres meses de víveres, y la aguada y leña correspondiente. Se echaron en tierra los enfermos, y de ellos se murieron dos de calenturas malignas. Tambien se murió en este puerto uno de los Indios de la isla *de Amat* de indigestion, á que sobrevino calentura maligna.

Habiendo estado algunos dias aguardando tiempo oportuno, el dia 2 de Abril del mismo año de 1773, á las dos de la tarde nos hicimos á la vela del puerto de Valparaiso para executar la segunda expedicion que encargaba el Virey, esto es el exâcto reconocimiento de la isla *de Davis ó de San Cárlos.* Salimos con viento del O., que despues que estuvimos fuera del puerto se llamó al S. O. y S., y gobernamos al NO. á completar la altura de dicha isla.

El dia 7 de dicho mes al amanecer se vió una de las islas *de San Felix* al N. y distaba cosa de ocho leguas; es pequeña, y bien alta: segun el computo que hice se halla dicha isla en veinte y seis grados, treinta y tres minutos de latitud meridional, y en doscientos noventa y cinco grados, veinte minutos de longitud del meridiano de Tenerife, demorando desde el puerto de Valparaiso al NO. cinco grados O. distancia de doscientos tres leguas.

El dia 15 de dicho mes al amanecer se vió un navio al NO. que hacia derrota al S. y habiendo hecho la maniobra correspondiente le hablamos, y era el navio marchante *la Valvaneda* que iba para el puerto de Valparaiso, y habia salido del Callao el dia 29 de Marzo próxîmo pasado.

Habiendo tenido los vientos variables con marejada de S. O. que casi siempre nos molestó, el dia 22 de Abril (habiendo precedido seis dias de viento N. recio á veces) nos hallamos con la novedad de que la fragata hacía agua considerable, lo que no habiamos experimentado en todo el viage, y habiendose reconocido por lo interior lo que permite el buqué, no se halló indicio por donde poder conjeturar la parte del daño. El dia 23 por la mañana el Capitan consultó los oficiales de guerra sobre el estado de la fragata, y á esta consulta fueron llamados los carpinteros y calafates; de ella resultó que respecto que en la isla *de San Cárlos* no habia abrigo alguno para el viento norte, y que habiendole experimentado tan permanente en su inmediacion (nos considerabamos ciento ochenta y ocho leguas al E. ¼ S. E. de ella) se debia atender á lo adelantado del invierno, y que ibamos muy expuestos á perecer por ser malo y de ninguna seguridad el surgidero de dicha isla, se determinó arribar al Callao donde el Vi-

rey podia disponer el reconocimiento en tiempo oportuno. Así se executó arribando ó gobernando al E. para arrimarnos á la costa.

Navegamos con variedad de vientos y tiempos, y el dia 28 de Mayo al salir el sol se vieron los altos de Atico, seguimos nuestro camino para el puerto de Callao, en el qual dimos fondo el dia 31 de Mayo á las tres de la tarde.

Fin del Quaderno L.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO CINCUENTA Y UNO.

CARTA CCLXXXIV.

Diario del segundo viage de los Españoles á Otaheti.

Dia 20 de Septiembre de 1774 salimos del puerto del Callao para establecer Misioneros en la isla de Otaheti, llevando dos Religiosos de San Francisco. A 28 de Octubre se descubrió á las tres de la tarde una isla muy llana como de quatro leguas de largo, sin cerro alguno, y ancha una milla: tiene á la punta del Este arboleda y palma de cocos, pero pocas; á la punta del Oeste lo mismo.

Al otro dia por la mañana pasamos delante de la isla descubierta por la parte del Sur, y tan cerca, que se veian sin anteojo correr los hombres de color prieto por la orilla del mar con un palo largo cada uno en el hombro. A esta isla no conocida la llamamos *de San Narciso*, porque el dia de este Santo se descubrió: está cercada de arrecife.

A las doce del dia 31 se descubrió tierra al Oeste; reconocida se halló ser la isla de *San Simon*, la qual el año de 72, dia de San Simon fue la primera tierra que descubrió la fragata *la Aguila* en el primer viage.

El dia 1 de Noviembre se descubrió tierra por babor y estribor, esto es, por el Norte y Sur; y por no pasar por en medio tomó la fragata por la parte del Norte, y se vió ser isla de muy poca tierra, con solo un mogote de arboleda, y lo demas de arrecifes, los quales dentro forman una grande laguna; esta isla es muy peligrosa para los navegantes que van de noche á ella: se le puso el nombre *de las Animas*. El dia 2 á las nueve de la mañana se descubrió tierra, por la proa, y fue la isla *de San Quintin* que descubrió la misma fragata el año de 72. El dia 3 á las once del dia se descubrió tierra por la proa, y fue la isla *de todos los Santos*, llamada así porque la misma fragata la descubrió dia de todos los Santos el año de 72.

Se vió mucha gente con palos que corrian por la orilla del mar en parage que no rompia el mar, de lo qual infirieron los Pilotos que tenia la isla en aquel lugar desembarcadero para saltar en tierra, y se detuvo la fragata delante de ella dando bordos.

El dia 6 á las nueve de la mañana se echó el bote al agua y se embarcaron en él

el segundo Capitan Don Tomás Guayangos, un sargento, quatro soldados y doce marineros armados, un piloto y el Indio Christiano llamado Tomás, natural de Otaheti. Se puso la proa del bote ácia la orilla del mar, y al ver los Indios que el bote iba á tierra, gran multitud de ellos armados con palos largos, otros con sus hondas, y otros sin ellas iban siguiendo, y llegando al aparente desembarcadero no pudieron atracar. Los Indios que eran muy corpulentos y de color prieto, les dispararon piedras hasta llegar algunas al bordo del bote: les disparamos un fusil, y no por eso huyeron, antes bien siguiendo tenaces el bote, se volvió á bordo la gente, despues de haber dado vuelta á la punta de la isla, y se continuaron los bordos delante de la misma.

El dia 13 á las nueve de la mañana se descubrió la isla *de San Christoval*, que los naturales llaman *Maitu*. Estuvimos muy cerca, y vinieron á bordo, luego que nos vieron, algunas canoas; se bordeó hasta la mañana, que por ser el viento contrario no pudieron esperar las canoas que traian yerba para el ganado. Esta isla es pequeña: está sujeta á la isla de *Otaheti*: es gente pacifica, pero viva y belicosa; y se bordeó hasta el dia siguiente, en que á las quatro de la tarde se descubrió la isla de *Otaheti*, y se continuó la navegacion.

A las ocho de la mañana descubrieron el paquebot que estaba cerca del puerto de *Tallarapu* : luego se le puso gallardete Maltés y bandera azul en la proa, y al mismo tiempo se le disparo un cañon, y correspondió con la bandera y gallardete, puso la proa á la fragata, y llegó por la tarde. Echó el bote al agua por mandato del Comandante, y vino á tomar las ordenes. Salió el bote de la fragata para registrar y buscar el puerto mayor: se mantuvo la fragata bordeando delante de Tallarapu.

Vinieron canoas á la fragata, y entre otras las del Capitan llamado *Titorea*, cuya muger es la madre del Eri Vegiatua, y ambos subieron á la fragata con sus criados, y fueron recibidos con abrazos por ser ya conocidos del viage antecedente de 72, y durmieron á bordo. Al dia siguiente se fueron Titorea y Opo su muger: ésta y aquel mostraron ser muy codiciosos. A las dos de la tarde del dia 19 llegó el bote, y con él el Eri *Otu*, el Eri-*Vegiatua*, el Capitan *Titorea*, padrastro de *Vegiatua*, y *Ginoy*, hermano del Eri *Otu*.

No pudo la fragata tomar el puerto que se encontró bueno en el partido de *Ojatutira*, en donde reside el Eri Vegiatua, porque el viento Norte que picaba bien, no se lo permitió, y fuimos á parar delante de la isla llamada *Maitu*.

El Capitan y Comandante de la fragata en nombre del Rey dió una hacha grande al Eri *Vegiatua*, al Eri *Otu*, y tambien al Capitan *Titorea*: recibieronlas con mucho agrado, y asimismo les prometió el Comandante darles otra de su parte estando en el puerto. Por la tarde vino á la fragata Opo, muger del Capitan *Titorea*, y madre del Eri *Vegiatua*, con trece criados, en dos canoas apareadas, las quales se subieron al navio, y llegaban desde el palo mayor hasta el palo de proa ó trinquete. Apenas *Opo* vió á *Titorea*, empezaron los dos á llorar á gritos.

El dia 23 se echaron al mar las dos canoas apareadas de *Opo*, y se fueron sus criados: se echó al mar tambien el bote, en el qual se embarcaron los dos Eries principales, el Capitan *Titorea* y su muger, el Oficial D. Juan de Monterola, quatro soldados, y los marineros correspondientes; los llevaron á tierra de Tallarapú. Poco despues de haber salido el bote, llegaron á la fragata dos canoas con su vela, con tres Isleños en cada canoa; la una era del Eri *Otu*, y la otra del Eri *Vegiatua*, las quales traian su regalo, es á saber, un cochino, platanos y eurus, y despues de haber dexado el regalo se volvieron.

El dia 27 tomó puerto en el de *Ojatutira* la fragata á las dos de la tarde. Mas de cien canoas se juntaron al rededor de la fra-

gata en poco tiempo , y en ellas muchisima gente Tomó tambien el paquebot puerto.

Luego que fondearon , fue á bordo el Eri de aquel partido Vegiatu , con el Eri Otu , á quien llaman Eri Raje , que equivale á *Señor grande*, acompañados de la mayor parte de su familia , y obsequiaron al Comandante y Oficiales con mantas de su uso , esteritas , taumis , puercos y variedad de frutas , lo que les recompensaron con hachas , cuchillos , camisas y ropa de su uso, todo lo qual recibieron gozosos aquellos Indios , y permanecieron en una larga conversacion por medio del interprete y de los neofitos que se conduxeron de Lima.

A la novedad de la llegada de las embarcaciones acudieron en multitud de canoas los Indios á ver nuestra gente , y les llevaron platanos , curos y cocos en tanta abundancia, que abastecidas las tripulaciones sobró tanto , que fue necesario echarselo al ganado. El Comandante llevó á la cámara á los dos Eries y á varios de los mas principales de su comitiva: hizoles saber por medio del interprete el fin de su venida , que era formar una casa en su isla para que habitasen en ella dos Misioneros , que eran Fr. Geronimo Clota y Fr. Narciso Gonzalez , y el soldado interprete, los quales iban á establecerse allí para instruirlos en la verdadera Religion. Preguntóles si eran gustosos de que

se hiciese la casa, si daban el terreno necesario para su fundacion, y si ofrecian dar buen trato á los dos Religiosos y al interprete. Respondieron los Eries con inexplicable alegria que sí, y que darian gente y todo lo necesario para fabricar la casa y disponer el terreno que eligiesen mas proporcionado. Visto este voluntario consentimiento, se acordó que al dia siguiente fuese el Piloto de la fragata con los Misioneros é interprete á elegir el sitio para el establecimiento.

Finalizada esta junta, subieron todos los Otahetinos al alcazar, y tuvieron una larga conversacion entre sí con aspectos muy placenteros, dando muestras de proceder su alegria de la proposicion que se les habia hecho. Al anochecer mandaron aprontar sus canoas, y despidiéndose de los nuestros con repetidos abrazos mutuos, se embarcaron para tierra, y en su comboy todas las otras canoas, que estaban á los costados de la fragata.

Al dia siguiente concurrieron muchas canoas: á las ocho de la mañana mandó el Comandante aprontar el bote para pasar á tierra el segundo Capitan, los dos Misioneros, el soldado Máxîmo y Tomas Pautu, Indio, natural de Otaheti, á fin de reconocer el terreno.

Luego que desembarcaron los conduxo

el Eri Vegiatua á un rancho fabricado de paja, pero de buena construccion, en el qual estuvieron algun rato, hasta que llegaron dos Indios principales, que estaban convidados por el Eri. Salieron al reconocimiento de los terrenos circunvecinos, acompañados de gran multitud de Indios. Fueron conducidos á una punta dominante desde donde se descubria una espaciosa llanura, toda cubierta de árboles frutales, que tendria de ancho como una milla, y poco mas de media de largo, y y habiéndola reconocido, hallaron ser pantanosa. Se retiraron á las playas, donde ellos tienen su habitacion, y viendo que aquel era el mejor terreno, propusieron al Eri les cediese un corto espacio como de treinta varas de frente y ciento de fondo: él respondió, que aquel pedazo de tierra era de su madre, y que no podia disponer de él sin su beneplacito; pero que la hablaria, y no dudaba lo cederia. En efecto, habiéndola encontrado en la playa, al tiempo de retirarse á bordo, la habló, y ella cedió el terreno con mucho gusto, advirtiendo á su hijo que separasen la casa como unas diez varas mas de un morai que estaba inmediato.

El sitio carece de agua y de leña, distante una quadra de la orilla del puerto, y como media quadra de un rio que baxa de una quebrada que hay enfrente distante una milla. El puerto estaba al Oeste de la casa,

y la quebrada al Sur. El rio estaba tan cerca del mar, que quando habia mareada, se le comunicaba su agua en la entrada, por lo que nò se podia usar de aquel agua para beber, proveyendose para esto de un arroyo cercano. La leña tambien estaba lexos. Al lado de la casa estaba la de Eri Vegiatua.

Se presentó al costado de la fragata igual número de Indios que el dia antecedente, en canoas cargadas de frutas, mantas, esteras, puercos, palomas torcaces, periquitos, pollos, caracoles y hasta de lo mas despreciable que tenian, para cambiar con nuestra gente. Estuvimos todo el dia muy divertidos viendo las acciones de los Indios, y admirados de la sutileza con que disponian sus cambios, engañando á muchos con esteras y y mantas viejas que vendian por nuevas, y luego se hallaban llenas de remiendos. Fue á bordo el padre del menor de los Indios, que en la expedicion antecedente se llevaron á Lima, y apenas vio á su hijo, se abrazó con él tiernamente sin querer desprenderse. La misma demostracion hizo con varios de los nuestros, á quienes le habia recomendado quando le sacaron de Otaheti. Se mantuvo algunos dias en la fragata en compañia de su hijo, admirado de lo que le contaba de Lima, y del buen trato que se les habia dado.

El Comandante, segundo Capitan y dos

carpinteros fueron el dia 30 á tierra á amojonar el terreno que el Eri-Vegiatua dió para la casa y huerta; y los carpinteros, habiendo primero pedido permiso al Eri, quien lo dió gustoso, empezaron á cortar palmas y *Eurus*, árboles frutales de los quales se sustentan aquellos Indios. Retiraronse al mediodia á bordo, muy molestados de las moscas y del calor.

Vegiatua se incorporó con los nuestros y los conduxo al parage donde estaba la lancha haciendo agua, y advirtió que se cogiese mas arriba, pues allí era algo salobre. Al despedirse de los nuestros, dixo que le habia gustado mucho nuestra comida el dia anterior; el Comandante le dixo fuese á comer á bordo quando quisiese, y lo executó así por espacio de algunos dias. Aprendió á hacer uso de la cuchara, tenedor y cuchillo, observando con atencion todas las acciones de los nuestros, y quando hallaba dificultad en la execucion de alguna, rogaba al que tenia al lado se la enseñase. Ninguna de nuestras salsas le era repugnante: pedia vino á su tiempo, y lo alababa mucho; bien que no es de estrañar le gustase, pues se embriagaba los mas dias con el brebaje amargo que le hacian sus criados de la raiz llamada *Eava*. A la tarde volvió el Comandante á tierra con el Eri, y determinó que la casa tuviese veinte varas de frente y quince de fondo, y lo

restante hasta cien varas para huerta.

El dia siguiente al amanecer fue la lancha á hacer agua con un oficial, un cabo y dos soldados armados para custodia, encargados de no permitir que ninguno de los nuestros se apartase del trabajo, á fin de evitar excesos. El soldado interprete vino á bordo á las diez de la mañana participando al Comandante que los Eries Otu y Vegiatua con toda su gente estaban aprontando sus canoas para irse á otro partido, atemorizados de las amenazas de un marinero de la lancha. Habiendo robado los Indios á éste una camisa que tenia puesta á secar, les amenazó con un cuchillo, si no le restituian la camisa, lo qual los intimidó tanto, que intentaban huirse todos. El Comandante mandó al piloto Don Joseph Varela fuese á sosegarlos; pasó éste al parage donde los Eries estaban preparandose á la fuga, y al punto se acercaron á él preguntandole si nuestra gente les haria daño. Varela les aseguró que no, y que solo iba á saber quien habia sido el amenazador para castigarle; no fue menester mas para que se sosegase. Mandó venir á la gente de la lancha, y habiendole ellos señalado al marinero, hizo que le atasen y le metiesen en el bote. Al ver los Eries que le ataban, se arrojaron á Varela, y con muchos abrazos le rogaron le soltase: respondióles que no podia hacerlo, porque te-

nia orden del Comandante, y que solo éste podia dispensarle el castigo. Oyendo esto, suplicaron los llevase á la fragata para interceder por el marinero; y pasando á bordo con los Eries y el preso, informó de todo al Comandante. Este mandó al punto largar bandera de castigo con un cañonazo, y que se castigase al marinero sobre un cañon; pero fueron tantos los ruegos de los Eries, que cedió á ellos el Comandante, y mandó que se le pusiese un grillete y que no volviese mas á tierra. Los Eries dieron muchas muestras de agradecimiento, diciendo que los nuestros eran verdaderos amigos. (Sin duda tenian muy presente la conducta tan contraria de los Ingleses, que por qualquier vagatela los insultaban, prendian y atropellaban, como he dicho en su lugar.) Aquel dia comieron los dos Eries á bordo, y se mantuvieron con los nuestros hasta anochecer, que se fueron en el bote, siguiendolos las canoas del trafico que estaban á los costados de la fragata.

El dia 2 vino á bordo el Eri de la ensenada con toda su familia, llamado *Oreti*, el mismo que voluntariamente acompañó á los nuestros en el viage anterior á dar vuelta á la isla. Al acercarse, llamó por su nombre y apellido al piloto, y subiendo á bordo, le abrazó con muchas demostraciones de alegria. Mandó á su gente subiesen á bordo gran

cantidad de frutas, mantas, esteras y un puerco de buen tamaño, todo lo qual le regaló, correspondiendo el piloto agradecido con dos hachas, seis cuchillos y otras vagatelas. Tuvieron una larga y amistosa conversacion, en la que el Eri le mostró mucho sentimiento de que no hubiese ido la fragata á fondear en su partido; á lo que el piloto satisfizo, diciendole que el puerto de la ensenada era de muy mal fondo; que de todos modos era muy su amigo, y le estaba muy agradecido á los favores que le hizo en el primer viage. Este Eri tendria á la sazon unos quarenta y cinco años; era de buen aspecto, muy jocoso y vivo, y se hacia entender de los nuestros con mas facilidad que ningun otro.

El dia 4 se avistaron al amanecer por dentro y fuera del arrecife como cien canoas entre grandes y pequeñas, unas al remo y otras á vela, capitaneadas de los *pagies* ó canoas grandes, de que usan para la guerra; y preguntando á los Indios que vinieron á bordo, adonde iban tantas canoas juntas, respondieron que venian del partido de Oparé con comestibles para el Eri Otu. A cosa de dos horas de haber entrado en el puerto estas canoas, se oyeron en tierra grandes gritos, y vimos con los anteojos, que se abordaban unas á otras y se daban fuertes garrotazos, observandose en tierra el mismo al-

boroto. Temiendo no intentasen algo contra nuestros trabajadores que estaban en tierra, se envió el bote armado: al verle marchar los Indios que estaban al costado, dixeron con mucha risa que no tuviesemos cuidado, que habia *Erabé* entre los dos partidos de *Oparé* y *Tallarabú*. Preguntándoles qué era *Erabé*, respondieron que era costumbre entre ellos, quando un Eri estaba en el partido del otro, y le llevaban comestibles, tomar algo de lo mejor, y lo restante dexarlo á discrecion de la plebe; y que por no haberlo hecho entonces así, porque los canoeros lo querian todo para sí, se habia suscitado aquella riña. Los del partido de *Tallarabú* juntos con los de *Ojatitura* se habian armado contra los canoeros, y envistiendolos por mar y tierra les habian quitado quanto llevaban. Volvió el bote de tierra é hizo la misma relacion, añadiendo habia bastantes Indios maltratados de la refriega, y que á no haber abandonado precipitadamente sus canoas los de *Oparé*, hubiera sido sangrienta. El Eri del partido no castigó á los autores de este desorden, ni el Eri grande se mostró quejoso, pues uno y otro nos contaron el lance con risa y con la mayor indiferencia.

Fueron los carpinteros el dia 5 á cortar madera con algunos Isleños criados de Ginoy, hermano del Eri Otu. El dia 5 se dieron azotes á un marinero del paquebot, porque

habiendo dado un pañuelo á una muger por una torpeza, despues de cometida se lo quitó, de donde se originó alboroto en tierra; lo supo el Comandante, y le castigó.

El dia 6, quando mas divertidos estabamos en los cambios con los Indios, todos ellos á un tiempo y atropelladamente se fueron en sus canoas á tierra, dexandonos muy confusos por no saber el motivo. Mirando con atencion á la playa, vimos multitud de Indios correr, y que nuestro bote se dirigia en diligencia á nuestro bordo: llegó trayendo el cadaver de uno de los seis marineros destinados para el trabajo de la casa, que habiendole caido encima una palma, le dexó allí muerto. Esta desgracia espantó de tal suerte á los Indios y al Eri Otu, que se disponian á la fuga, temiendo que por esta causa les habiamos de hacer daño. Hicimósles entender con mucho agrado que no tenian que temer, pues ellos no tenian la culpa de aquella desgracia, con lo qual se sosegaron. Al dia siguiente se dió sepultura al cadaver en las inmediaciones de la casa con todas las ceremonias de la Iglesia, colocando una cruz sobre el sepulcro. Los Indios tuvieron mucho que admirar en el entierro, y les pareció muy mal el modo de enterrar los difuntos, diciendo que el echarles tierra encima, y despues apisonarla, era hacer desprecio de ellos.

Se recobró un pito que un Indio robó en el bote juntamente con una chupa. Reconviniendo al Eri Vegiatua que se restituyese lo hurtado, nombrandole al ladron, respondió que no podia, siendo así que el partido en donde habita el ladron es tributario de este Eri. Son muy dados al hurto, sin exceptuar la madre del Eri Vegiatua, pues en la otra expedicion de 72 robó del armero la vigornia, y en esta de 74 se recobró dandole dos hachas. Tambien se recobró el rezon del bote que robaron en la otra expedicion. Tuvo noticia el Comandante que Opo madre de Vegiatua le hizo robar, pero que ya estaba en poder del Eri su hijo Vegiatua: le reconvino á éste, y lo restituyó con la condicion de que le habian de dar dos hachas, y se las dió. Conociendo el Comandante que á bordo no habia cosa segura, siendo preciso dexarlos subir á la fragata, dió orden que estando la madre ó el hijo en ella los siguiese un soldado con disimulo. La primera noche que aquella durmió á bordo de la fragata en esta expedicion, pidió colchon y sabanas, y por la mañana no queria entregarlas.

El dia 11 hubo un levantamiento en el partido de Ojatitura; habiendo el Eri Vegiatua hecho pasar algunos á la otra parte del rio á una quebrada honda que hay en la parte del Sur como á destierro por no ha-

berle traido de los frutos que da la tierra, se levantó toda la quebrada, y encendieron una hoguera, que entre ellos es señal de guerra. Juntó Vegiatua su gente con el auxîlio del Eri Otu y de los suyos: fueron en seguimiento de los levantados: viendo éstos que aquellos eran tantos, se fueron retirando y huyendo. Prendieron dos de los amotinados pero nada les hicieron, ni los castigaron; solo los desterraron de aquel partido despues de haberles quemado algunas casas y desbaratado otras, cargando con los tejados y casas enteras, cortándoles los árboles frutales, los platanos y eurus, de suerte que quedó la quebrada desierta. Por la madrugada mientras estaban en guerra, vino á bordo un hermano del Eri Otu, llamado Jinoy, que era Eri del partido de *Matabay*, pidiendo al Comandante auxîlio por lo que podia suceder. A las ocho de la mañana salió la lancha para tierra con un oficial, sargento y doce soldados armados; fueron á la casa de Vegiatua, y de allí no se movieron. Se acabó el combate, se retiraron Vegiatua y Otu, dexando en el campo los Capitanes con alguna gente, y vinieron á las doce á comer á bordo. Toda la mañana iban al campo y venian las gentes cargadas de los despojos de la guerra: son belicosos y atrevidos cuerpo á cuerpo.

El dia 13 se murió en tierra un solo asno

que habia quedado con vida en el viage, y los Indios se lo comieron.

El dia 15 vino una canoa, entre otras, con dos hombres, una muger con un niño en los brazos y un muchacho de edad de diez años. El niño de pecho era muy bonito, de color muy blanco y pelo rubio: al verle exclamaron los marineros: he aquí un Inglesito; y es muy probable que lo fuese por su trato con los Ingleses. Hicieron señal á los de la canoa que se acercasen al lado de la fragata en donde estaba el bote. Baxó al bote el segundo Capitan y tomando el niño en sus brazos, al punto éste se abrazó con él sin miedo. Subieron á la madre y al padre en la fragata con su hijito, que al parecer tendria quince meses, y sin conocerle mutacion, unos y otros le iban tomando en sus brazos, y se volvieron sus padres á su canoa.

El Capitan del paquebot puso parte de la casa de madera en tierra; por la seguridad de ella se depositó en casa del Eri Vegiatua, y no pasó mucho tiempo que ya los Indios robaron algun hierro. A las siete de la noche vino á bordo un recado, que el Eri no salia por fiador de la madera de la casa por el hierro que tenia; y determinó el Comandante enviar un sargento y tres soldados armados para guardarla. De aqui puede inferirse quan ladrones son, y la falta de sub-

ordinacion y justicia que tienen estos Isleños.

El dia 20 fueron enviados á tierra soldados á mudar la guardia, y vinieron los que estuvieron por la noche: el sargento dió noticia al Comandante, que quando reconoció la madera de la casa, la habian quitado dos aldabas. El dia siguiente pasámos á registrar el *Imaray* de Vegiatua, esto es, el lugar en donde se entierran los de su familia. Cerca del *Imaray* tiene su casa el Indio llamado *Epuré*: delante de esta casa hay un empedrado que llega hasta el *Imaray*, y en medio de éste hay un palo plantado, y encima una tabla quadrilonga en donde pone el Epuré platanos, comidas y otras ramas de plantas y árboles, y reza no se qué á *Teatua*, que es su dios, para desenojarle. Tambien vimos en otro lado del Imaray tres palos bastante altos y bien labrados, uno mas ancho que otro: en el mas ancho habia cinco mugeres toscamente esculpidas, desnudas y obscenas: en los otros dos palos estaban esculpidas cabezas y parte del cuerpo al parecer de hombres. Al lado de nuestra casa por la parte del Norte habia otro Imaray, y por la parte del Sur á distancia de una quadra otro, y en ambos hay tambien casa del Epuré; en estos se ven unas barbacoas en donde ponen racimos de platano.

En este mismo dia vino á bordo el Eri

del partido á quejarse de que los marineros destinados al corte de yerba para el ganado, la segaban en la inmediacion de un *Imaray*, y se comian las frutas consagradas á *Teatua*, por lo que esta divinidad estaba muy enojada contra ellos: que esta era la causa de que hubiese tantas enfermedades en el partido, y de la muerte de tres ó quatro de los principales, y entre ellos del Eri Pajairizo. He aquí el origen de la supersticion entre bárbaros: un suceso muy natural se atribuye á causas sobrenaturales: los impostores se aprovechan de esta ignorancia, y les infunden la idolatria y las ideas mas absurdas. En efecto, á la sazon habia en aquel partido una epidemia de fiebres catarrales, de que murieron muchos, procedidas de la inconsideracion con que venian á bordo de la fragata á todas las horas del dia, sin hacer caso del sol ni de la lluvia, siendo esto tan contrario á lo que èstos Isleños acostumbran, los quales en dias de lluvia ó neblina no salen de sus casas ni aun para buscar de comer. A esto se añadia el bañarse indispensablemente al ponerse el sol, segun su costumbre, aunque estuviesen gravemente enfermos, de cuyas resultas murieron muchos. Sin embargo de ser natural esta epidemia, no les pudimos persuadir que provenia de sus desordenes, y no de estar enojado *Teatua*, como pensaban. El Comandan-

te compadecido de su preocupacion supersticiosa, mandó que no se segase mas yerba en aquel parage, ni comiesen la fruta del *Imaray*.

Los Eries Otu, Vegiatua, Jinoy, y la mayor parte de los Indios del partido fueron á la entrada *del puerto de la Virgen* al duelo del Eri Pajairizo: el Comandante mandó al interprete que se mezclase en la comitiva para observar las ceremonias del entierro. Hizolo así, y al dia siguiente nos hizo una relacion conforme con la que hacen los Ingleses en sus viages.

Nuestros carpinteros continuaron en la armazon de la casa, y los Indios dieron principio con mucha actividad á techarla, cubriéndola con una especie de enea perfectamente texida á imitacion de sus habitaciones. El Eri del partido hizo empeño para quedarse á dormir en la casa en compañia del interprete y tropa de guardia; y y habiéndoselo permitido, los obsequió con abundancia de pescado para la cena, manifestándoles continuamente el sumo gusto que tenia en verse en su compañia. Acabada la cena, le dispuso nuestra gente la cama, y les mandó mudasen la cabecera, porque dixo era irreverencia que los pies mirasen al Imaray que estaba en la inmediacion. Hicieronlo así, y durmió sosegadamente.

Sucedieron el dia 26 dos cosas dignas de

notarse, y que pueden servir para conocer á estos Isleños. El Comandante conociendo sũ propension al hurto, mandó que se pusiese un piquete de soldados en la casa para que no robasen los hierros. Algunos de ellos sin respeto al centinela querian entrar por fuerza, y habiéndoles hecho el centinela alguna demostracion sin daño alguno, se volvieron contra él, tirándole piedras. El otro caso fue que á un marinero que lababa su ropa en compañia de otros, le robaron una camisa y calzoncillos; y queriendo recobrarlo, sacó de su pretension un pedrada en la cabeza sobre la oreja izquierda que le hizo caer en tierra como muerto. A las cinco de la tarde le llevaron á bordo de la fragata: el cirujano despues de haber visto la herida, dixo que estaba en peligro de morir, y que le debian sacramentar, y de hecho se executó. Teniendo el Comandante noticia del alboroto que habia en tierra, y viendo que toda la gente iba huyendo en las canoas de tal modo, que en un quarto de hora desapareció la gente, envió el bote á tierra, y en él al segundo Capitan y otros Oficiales para averiguar lo sucedido. A las siete de la noche vino á bordo el Oficial Don Nicolas Toledo á dar noticia al Comandante de parte del segundo Capitan de lo que habia sucedido; y ademas le dixo que el Eri Vegiatua estaba para huirse tambien con todos sus cria-

dos; pero que el segundo Capitan y los demas Oficiales le entretenian hasta saber de él lo que habian de hacer. Dudando el Capitan qué partido tomar, dixo D. Nicolas, que se debia llevar al Eri Vegiatua á bordo, y tenerle en custodia hasta que entregase el delinqüente para darle el castigo merecido: que esto ya no les cogeria de nuevo, porque el Inglés Coock en el partido de *Oparé* tuvo presos á tres de los principales á bordo, hasta que le entregaron un marinero que se habia quedado en tierra; y que estando preso Vegiatua, entregarian al malhechor y le castigarian para escarmiento de los demas. A esto se opusieron los Misioneros, alegando que si así lo hacian, quedarian muy irritados los Otahetinos, y quando se hubiese marchado la fragata, vengarian su saña en los Misioneros y en los demas que habian de quedarse en la isla.

Estando un criado de un Oficial paseándose en tierra por la orilla del rio, quando iba huyendo la gente, salieron de entre los árboles una porcion de Indios, y entre ellos uno que tenia una espada en la mano; acometieronle, y el que tenia el espadin tomó de la mano al dicho criado, y mezclando los dedos entre los suyos le aseguró de modo que no pudo escaparse. Entonces con voz imperiosa le dixo: *arimay*, *arimay*, que quiere decir *ven acá*, *ven acá*; y le llevaron

dentro del monte. Estando en esto salió un Capitan de Vegiatua que vió la accion, y les quitó el preso. El mismo Capitan estando á bordo otro dia, viendo al criado, para explicarse como le habia libertado, se dió á entender por señas. Propuso el Capitan Español á Vegiatua que entregara al que habia herido al marinero: lo prometió, pero no lo cumplió.

Al dia siguiente se tuvo noticia que Vegiatua ya se habia mudado al partido de *Tallarapú* con sus *pagias*, ó canoas apareadas, por un recado que le dió el Eri *Otu*, y luego que oyó el alboroto se fue al dicho partido con toda su gente. Sabido esto, dispuso el Comandante que algunos Oficiales con los dos Indios Christianos y el soldado Máximo fuesen á averiguar si era verdad la huida de Vegiatua; y hallando que así era, determinaron los Oficiales que luego al punto pasasen á Tallarapú el Indio Tomás y el soldado Máxîmo á buscar á Vegiatua, y persuadirle que se viniese y no temiese se le haria nada, porque todos eramos sus amigos. No se pudo conseguir por entonces que viniese, porque el Indio Tomás habia imbuido á Vegiatua que no fuese, diciendo le querian poner preso y llevarle á Lima. Viendo Máxîmo que no surtia efecto ninguno, propuso á Tomás que se volviesen los dos á la fragata; pero él no

quiso volver, por lo que Máxîmo hubo de volverse solo.

A la mañana siguiente llegó Maximo con el Indio llamado *Taytoa*, muy fiel, y Capitan de *Vegiatua*, con la noticia de que venia *Vegiatua* y *Otu*, y que saliesen algunos oficiales á recibirlos porque tenian miedo. Sabido esto, luego al punto se embarcaron en el bote y fueron hasta *Tallarapú* á la casa de *Vegiatua*, quien dixo á los oficiales que no habia venido, porque el Eri *Otu* se habia ido muy lejos con Tomás Pautu, y que al dia siguiente vendria. Salieron á tierra los dos Misioneros y quatro oficiales, y observaron que la gente que se huyó iba compareciendo; y preguntándoles por su Eri *Vegiatua* respondieron que al dia siguiente vendria. Estaban guardando nuestra casa un cabo y tres soldados, y temiendo algun asalto, pidió el cabo al Comandante mas soldados. Mandó el Comandante se aprontasen ocho soldados y un sargento que pasasen á la casa.

A las cinco de la tarde del dia 29 llegó *Vegiatua* con la familia de *Otu*, lleno de temor, y no vino á bordo. Algunos oficiales y otras personas que habian salido á tierra, tuvieron noticia que *Vegiatua* llegaba á la orilla del mar, por lo que fueron á recibirle con abrazos; fueron acompañándole á su casa, y estuvieron con él hasta las oraciones, persuadiendole que no tuviese temor alguno, que

fuese á la fragata porque era falso todo lo que le habian dicho, ni pensado hacerle daño, ni menos llevarle á Lima; pero aun quedaba con algun miedo. Se vinieron los oficiales y demas Españoles á la fragata.

Quando no se esperaba de Vegiatua que viniese á la fragata, á las nueve de la mañana vimos que venia una canoa apareada, y conocimos por la carroza que venia en ella, que era de Vegiatua; le recibimos en el portalon con abrazos, manifestándole el contento que teniamos de su venida á bordo. Antes de irse pidió un farol y una vela, y se le dió. Tomó tambien chocolate, y á las doce se fue para *Ayautea*.

Al dia siguiente se empezó á desembarcar viveres y ponerlos en la casa: pasaron los dos Misioneros á ella para guardarlos, y se quedaron en ella por la noche. Se habia acelerado mucho la obra, porque el Capitan Taitoa se habia encargado de contribuir con sus Indios para techarla, y para los demas trabajos necesarios. Al principio se empezó á fabricar de tapias, pero estas se abrieron, y fue preciso abandonar este método, adoptando el modo de construir de los Isleños.

El dia primero de Enero de 1775 se plantó la Santa Cruz en tierra, se enarboló la bandera de España, y se proclamó tres veces á nuestro Monarca. Fueron infinitos los Indios que concurrieron así del partido co-

mo de las inmediaciones : estuvieron con la mayor modestia y comedimiento observando todo quanto se hacia, subidos muchos de ellos sobre los árboles para verlo mejor. Quedaron muy admirados, y nos hicieron muchas preguntas agudas y graciosas sobre el asunto.

A las nueve de la noche cogieron en la fragata á dos ladrones que se habian escondido baxo la mesa de guarnicion. Quando se vieron descubiertos se echaron al mar: costó mucho trabajo el cogerlos, porque se zabullian baxo de la fragata, y pasaban de babor á estribor : por ultimo los cogieron, y pusieron en el zepo.

Al dia siguiente azotaron á los ladrones con cincuenta azotes á cada uno, amarrados sobre un cañon, estando presentes el Capitan *Titorea*, el Capitan *Taytoa* y la madre de *Vegiatua*, los quales se mostraron muy irritados contra los ladrones, de suerte que *Titorea* iba con un palo grande á maltratarlos, pero le detuvieron. La madre del Eri muy irritada dió á uno un fuerte puntapie, pidiendo que les diesen mas castigo. Luego que los castigaron los llevaron á tierra.

El soldado Máxîmo fue á *Tallarapú* á buscar un toro bravo que se huyó de Ojatutira, pero no pudo cogerle, y se volvió á nuestro hospicio.

Llegaron de *Tallarapú* á *Ojatutira* el Eri *Vegiatua*, y el Eri *Otu*, y vinieron á la fra-

gata pero todavia con recelo: comieron y se volvieron á tierra.

Nos robaron una estola y un librito de la preparacion de la Misa; pero habiendolo visto un criado de *Vegiatua*, se fue en seguimiento del ladron, se lo quitó y lo llevó al hospicio. Sin número fueron los Isleños que el dia 5 acudieron á nuestra casa sin poderlos contener, porque era imposible moderar su extremada curiosidad.

A las quatro de la tarde del mismo dia, juntos todos los oficiales y los Misioneros en la casa por disposicion del Comandante, convocaron á ella por medio del interprete á los Eries principales é Indios de mas suposicion para formalizar el establecimiento. Preguntaronles si eran gustosos de que los Misioneros y el interprete quedasen en su isla; y respondieron todos unánimes que sí, prometiendo voluntariamente los dos Caciques principales Otu y Vegiatua favorecerlos y defenderlos de todo insulto de parte de los habitantes de su isla, ayudar á su subsistencia, y en caso de faltarles viveres, proveerles de todos los comestibles de la isla. Al mismo tiempo hicieron la discreta prevencion, de que en el caso de hacer á los nuestros alguna extorsion los habitantes de la isla de Morea, con quienes no estaban en amistad, ó alguna embarcacion estrangera, á quien ellos no pudiesen resistir, no se les habia de

hacer cargo alguno. Se les hizo saber por medio del interprete la grandeza de nuestro Soberano, sus deseos de favorecerlos é instruirlos, para que sean superiores á todos los demas Isleños de aquellos mares: les ofrecieron en su Real nombre, segun se hallaban autorizados por la instruccion, proveerlos de herramientas, defenderlos de sus enemigos, y que serian visitados freqüentemente por las embarcaciones de S.M. si cumplian con fidelidad lo prometido. Manifestaron todos mucha complacencia, y en alta voz dixeron que admitian á S. M. por Rey de Otaheti y de todas sus tierras, siendoles muy agradable la forma de este convenio. Consta todo esto de instrumento formal, legalizado por el Contador de la fragata Don Pedro Freyre y Andrade.

Vinieron el dia 6 algunos Indios de *Tallarapú* cargados de cañas, y cercaron un pedazo de la huerta. Inumerables de ellos concurrieron á ver la casa, y la efigie de nuestro Rey de España, la qual en este dia se fijó en el umbral de la puerta de la casa para que todos la pudiesen ver á satisfaccion quando quisiesen.

A las diez del dia salió del puerto de Ojatutira la fragata y el paquebot para ir á la isla de Orayatea, y al punto vinieron á nuestro hospicio los Indios principales, y tras de ellos mucho gentio.

Por la mañana vino al hospicio el Capitan Titorea y su muger Opo ; y le diximos que acabase de mandar cercar la parte de la casa que faltaba ; y al instante mandó á sus criados que nos trajeran las cañas que él tenia no muy lejos del hospicio para una obra suya, y las pusieron para cerrar lo que faltaba de la casa. La sobredicha obra del cerco nos sirvió de mucho alivio, porque por la tarde llegaron tantos gentiles de la isla de Orayatea y de esta isla para celebrar sus heybas ó diversiones acostumbradas, que fue conveniente cerrarnos dentro de la casa, porque nos tenian tan atolondrados con el ruido y algazara de tanta gente, que no nos pudimos ver libres hasta la noche.

El dia 9 cercaron los Isleños un pedazo de la huerta con cañas: dimos de regalo en este dia á los principales de la isla una hacha á cada uno, que fueron seis de las diez que teniamos.

Perseveró la multitud de la gente de Orayatea con gran incomodidad nuestra, porque no teniamos donde podernos esconder de su vista, pues el cerco es de cañas, y por la puerta del cerco de la casa se descubre muy de cerca todo lo que hay en ella. Este dia fue para nosotros muy alegre en medio de tanta incomodidad de la griteria de la gente, porque Tomás el Indio christiano volvió á nosotros despues de ha-

bernos dexado. Le recibimos con los brazos abiertos, y abrazados los dos Misioneros con él le entramos en el hospicio llorando nosotros de alegria y él de confuso: le dimos luego de comer. Como otro hijo pródigo, vino desnudo con solo el taparrabo, desfigurado y abrasadas las espaldas del ardor del sol. Preguntamosle por qué se habia huido, y respondió que fue de miedo; le reconvenimos que estuviese con nosotros, que no le faltaria nada, que mirase el beneficio tan grande que Dios le habia hecho, de que fuese christiano para poderse salvar; asi mismo que se acordase de los favores que habia recibido del Señor Virey: dió señales de arrepentimiento, pero todo fue fingido.

A las diez de la mañana del dia 11 volvió Tomás acompañado del Eri Vegiatua, del Capitan Titorea, y de su muger Opo, y tambien del Capitan Taytoa. El fin de su venida no fue otro que para tomar la llave de su caxa y dar todo lo que tenia en ella á Vegiatua. Viendo esto hicimos inventario de todo lo que era suyo, le quitamos las espadas, y lo que el Rey le habia dado de armas, y tambien los rosarios, medallas y otras cositas, las quales apartandose del christíanismo no convenia dexarselas. Entregó la llave de la caxa al Eri, se fue, y hasta ahora no ha vuelto. Al instante mandamos que sacáran la caxa fuera del hospicio, y la pu-

siesen dentro del cerco de la casa. El sentimiento que tuvimos se dexa considerar viendo que se perdia una alma tan favorecida de Dios y de los hombres, y que teniamos una perdida grandísima de tanto número de gentiles como hay en estas islas, porque le considerabamos ya enemigo nuestro.

Permanecieron en los dos dias siguientes los de la isla de Orayatea, que nos obligaban á estar en centinela desde las quatro de la mañana hasta las ocho de la noche. Era tanta la gritería de los gentiles que nos tenian aturdidos. Por la tarde vinieron todos los de la casa del Eri Otu; fue preciso darles entrada y cortejarlos.

Robó un gentil á uno de nosotros quatro nabajas de afeytar, la piedra de asentar con su bolsa, un pañuelo, una toalla, y un paño de manos; llamamos al Eri Vegiatua, y se tomó informacion de los que poco antes habiamos dexado entrar dentro del cerco, y ya se habian salido. Se supo del ladron, pero no le hicieron comparecer: trajeronlo todo, menos la toalla, y el paño de manos. A las once del dia llegó un crecido número de canoas cargadas de comida para Otu y su gente, y con esto creció el número de los Indios, los quales al punto vinieron al hospicio, y comimos en presencia de tanto gentio teniendo de huesped al Eri Vegiatua. La voceria era tanta que no nos en-

tendiamos, y perseveró la multitud de la gente sin dexar el cerco de la casa hasta las tres de la tarde que se empezó la heyba, y no por eso nos faltaba gente para molestarnos.

A las quatro de la mañana del dia 15 nos levantamos para decir una Misa, y apenas se concluyó ésta, quando tuvimos dentro del hospicio al Capitan Taytoa, y rodeado de gente el cerco. Vino poco despues el Eri Vegiatua con otros, y entraron. A las nueve de la mañana vino Opo, madre de Vegiatua, con un hijo de edad de ocho años, muy vivo y travieso, á quien su madre amaba en extremo, y para complacerle en todo, dixo á Manuel le diese los calzones largos del vestido de Ungaro, la faxa colorada, unas medias y unos zapatos, y Manuel se lo dió todo. Viendo esto nosotros, diximos á la madre que Manuel no traía mas que aquellos calzones, ni otros zapatos que calzarse, ni otra faxa con que ceñirse; y así que no saldria el muchacho del hospicio sin dexarlo todo: á lo que respondió, que aquella ropa era de su hijo, porque éste era Eri de Manuel. Por ultimo la madre misma le despojó de la ropa, y queriéndosela llevar, uno de los Misioneros se la quitó por fuerza, menos la faxa de seda colorada que el hijo se la puso de taparabo, de lo que su madre formó gran sentimiento. No contenta con

haber quitado la ropa á Manuel, queria la caxa tambien, pues su codicia era excesiva. Mas de quinientos Indios se juntaron en el hospicio de mañana, de suerte que no nos dieron lugar de tomar desayuno.

Comieron con nosotros el Eri Otu, su hermano Ginoy y su padre, y aunque estaba tambien la madre no comió, porque las mugeres no comen delante de los hombres, aunque sean hijos ó maridos, ni duermen en una misma casa. Todo el dia duró la griteria de los Indios queriendo entrar dentro de nuestra casa.

Por la mañana del 18 pasó el soldado Máxîmo al partido de Tallarapú á traer el toro bravo que se habia huido de Ojatutira. Quando pensamos que las diversiones de los Indios se habian acabado, y que tendriamos algun alivio en los afanes y centinelas, que en todos estos dias habiamos tenido, á las siete de la mañana nos vimos rodeados de un crecido número que venian á la heyba. En este dia tambien se fue el Eri Vegiatua, y solo quedó de los principales Otu, para venir al hospicio á molestarnos por la mañana y tarde, pidiéndonos platanos de unos pocos que teniamos. Aunque delante de él nos injuriaban los Indios con palabras y acciones, no hacia movimiento alguno para reprenderlos; por mas que nosotros le deciamos que apartase la gente que

nos tenia sin sosiego, no hacia caso, sino que cogiendo una piedra del suelo nos la daba para que les tirasemos: respondimosle que nosotros no haciamos mal á ninguno: dexó la piedra y se fue. Estos pasages sucedieron varias veces estando presentes Vegiatua y sus Capitanes, de suerte que parece que los principales no tienen accion alguna contra ellos, solo quando no les traen víveres, que entonces los destierran á otro partido, y para poder volver á él les cuesta muy caro, porque al Eri le han de traer un regalo, ya sea una canoa, ya otras cosas que ellos tienen establecidas. A las seis de la tarde quando se volvian de la heyba á sus casas, vino grande número de ellos de todos sexôs y edades á nuestro hospicio á provocarnos. Desde el cerco de la casa unos nos decian *guariro*, que quiere decir *ladrones*; *neneva*, que quiere decir *locos*; *porejo*, que significa *caracol*; pero entre ellos se toma por las partes vergonzosas, haciéndonos mofas muy obscenas: otros nos decian *jarimiri*, que quiere decir *viejo*. Estos términos entendiamos nosotros; los demas que sin duda serian otros oprobios, no entendiamos. Las mugeres con grande risa; los muchachos seguian á los demas: nosotros no les contestamos: esto duró mas de media hora, y se fueron á sus casas.

El dia siguiente calmó la concurrencia de los Indios al hospicio, pero no faltó por-

cion de ellos para molestarnos hasta las siete de la noche, en que volvió el Eri Vegiatua, Titorea y Opo, y el Capitan Taytoa con sus gentes.

Fue tal el concurso que hubo de Indios en nuestro hospicio el dia 20, que no baxaban de dos mil entre chicos y grandes de todos sexôs. Antes de juntarse tanta gente nos traxeron unos pescaditos llamados toreles, los quales guisamos y comimos delante de todos. Estando solos con Manuel sin acordarnos de rondar la casa, vinieron los principales queriendo entrar dentro con la comitiva; se les dió entrada, y lo que sacamos fue que no solo la plebe se reia de nosotros, sino tambien los que estaban dentro de la casa, remedando nuestro modo de hablar y nuestras acciones. Se fueron éstos, y poco despues llegaron la madre de Vegiatua y la de Otu, y estando conversando con ellas por medio del interprete Manuel, llegó Máxîmo, el qual con grande tropel, griteria, y un crecido número de Indios, traxeron el toro bravo; juntaronse con éstos muchísimos que estaban en la diversion de la heyba, que distaba una quadra, y con ellos vino Vegiatua. Pidió *aba de Lima*, que así llaman al aguardiente, y se la negamos: nos pidió pescado de un poco que teniamos: se preparó la mesa, y comimos juntos: tres peces nos tocaron, y no

habia otra cosa ; pero Vegiatua no llegó á comerse uno. Se levantó de la mesa, y se puso en la puerta de la casa sentado con sus criados á comer platanos, y juntamente á beber el zumo de la yerba aba, que es lo que los embriaga. Fuese tras de la casa con ellos, y quedándose privado encima del colchon del Indio Christiano, los criados le hacian ayre con hojas de árboles. Salimos los dos Misioneros, y mandamos que le llevasen á su casa : cogieronle en brazos, y sacaronle afuera. Este dia á las quatro de la tarde entró en el puerto la fragata ya de vuelta de la isla de Orayatea. Pasó Fray Narciso á bordo para dar la bienvenida al Capitan y demas Oficiales, y encontró la novedad de que el Capitan estaba muy enfermo ; de suerte que el cirujano habia mandado que recibiese el Viático, como lo hizo el dia siguiente.

El dia 21 mandó el Piloto al Alferez de navio Don Nicolas de Toledo fuese con el bote armado al reconocimiento del puerto de Matabay, en donde aseguraron los Isleños habia estado anclada en tres distintas ocasiones una fragata Inglesa, que fue la del Capitan Coock. Los Eries Otu, Vegiatua y Ginoy le acompañaron voluntariamente hasta el parage en que dicha fragata habia estado amarrada. El mencionado Alferez hizo un exâcto y prolixo reconocimiento del puerto, y levantó su plano ; y al siguiente dia á las

diez de la noche regresó á bordo con los Eries, á quienes se dieron gracias por su buen servicio.

El dia 26 á las quatro y media de la tarde murió el Comandante D. Domingo Boenechea. Al dia siguiente se llevó el cadaver á tierra, y se le enterró con solemnidad enfrente de la casa al pie de la cruz que se colocó en señal de posesion. Fueron inumerables los Indios que acudieron á la novedad del entierro, y les agradó que antes de enterrar el cadaver se le encerrase en el atahud. Acabado el entierro se retiraron los nuestros á bordo con la tropa, y se dió orden al paquebot, que estuviese pronto para hacerse el dia siguiente á la vela, luego que la fragata lo executase. Por la tarde traxo la lancha el complemento de agua, yerba y platanos para el viage, y quedaron prontos para hacerse á la vela el dia siguiente luego que el viento lo permitiese.

Eran muchos los Isleños que querian embarcarse con nosotros para Lima, valiéndose de todos los medios posibles, hasta ocultarse en los parajes mas escondidos, lo que precisó á hacer un exâcto reconocimiento, echando fuera á todos, excepto dos que habian sido escogidos, el uno por ser muy práctico de todas las islas que estan al Este, llamado *Paloro*, y el otro llamado *Barbarua*, por ser de los mas principales de la isla de

Orayatea, y cuñado del Eri Otu, por cuyo empeño se le admitió.

A las diez del dia 28 llegó el bote con los Eries y con dos grumetes que se habian huido con animo de quedarse en la isla; y queriendo nosotros recompensar á los Eries su servicio con dos camisas, no quisieron admitirlas por mas esfuerzos que hicimos. Se mantuvieron en nuestra compañia todos los Eries é Isleños de primera distincion, dando muchas muestras de sentimiento por nuestra ausencia, y haciéndonos muchos encargos para quando volviesemos. A las once y media nos hicimos á la vela con toda felicidad, y los Isleños se marcharon en sus canoas, llorando muchos de ellos amargamente.

Dexamos á estos naturales provision de todas las semillas y plantas mas utiles que produce el Perú, y algunas herramientas propias para el cultivo; y asimismo les dexamos ganado de varias especies para la procreacion.

Quedaron en Otaheti los dos Misioneros con los dos Indios neofitos, Tomás Pauto y Manuel Amat, el soldado interprete y un marinero.



CARTA CCLXXXV.

Continuacion de lo sucedido á los Misioneros en Otaheti.

El dia primero de Febrero de 1775 vino al hospicio la madre del Eri Vegiatua, acompañada de su marido Titorea para darnos la noticia que aquella noche los Indios que dormian dentro de casa nos habian robado, dandonos á entender que habian sido los parientes del Isleño Manuel. Por entonces no lo creimos; pero al dia siguiente Fray Geronimo oyó ruido, y conoció que por el texado de la casa pasaba alguno, y levantándose, halló un muchacho donde teniamos la ropa y almacen de todo. Visto esto, llamamos á la madre del Eri y á su marido. Luego que vinieron les diximos lo que pasaba, y respondieron que Manuel y su padre sabian de ello, y que estuviesemos con cuidado.

La madre del Eri Vegiatua con toda su familia y trastos se fue de este partido, y se pasó al de Tallarapú en donde estaba su hijo. Al dia siguiente se marchó tambien la madre del Eri Otu, juntamente con su padre y toda su familia, y se pasaron á Talla-

rapú en donde los esperaba Otu. Quedó entonces este partido de Ojatutira sin gente vecina á nuestro hospicio hasta que volvió el Eri Vegiatua.

El dia 25 vino Taitoa del partido de Orayatea con la noticia que el Eri Vegiatua estaba muy enfermo, y que por esta causa pedia un lechoncillo, galleta, tocino salado de Lima y miel, todo lo qual le dimos gustosos y se fue. Pasó el interprete á Tallarapú á persuadir á Manuel que viniese á vivir con nosotros, porque se habia huido; pero no quiso absolutamente volver.

En 11 de Marzo salió el interprete para Tallarapú á ver á Vegiatua, y pedirle que mandase á Manuel viniese á Ojatutira y habitase con nosotros: dixo el Eri que él mismo le traeria para que viviese en nuestra casa. A las doce del dia llegó el interprete, y á las dos de la tarde el Eri acompañado de Taytoa, y con ellos vino Manuel. Preguntámosle si queria estar con nosotros: resueltamente respondió (aunque llorando) que no queria. Fueron vanas todas las reconvenciones que le hicimos, pues se obstinó en no querer estar con nosotros, y por ultimo se fue Vegiatua y Taytoa á su casa, y Manuel con ellos.

El dia siguiente comió con nosotros el Eri Vegiatua, y se fueron á Tallarapú por

la tarde despues de haberse despedido de nosotros. Pasados pocos dias supimos que Manuel y su padre estaban desterrados, y que iban prófugos por la isla.

Robaron al interprete dos sabanas y una camisa, se supo quien fue el ladron, y restituyó una sabana solamente.

Salió Fr. Gerónimo por la tarde con el interprete, y pasaron al partido de Aragero. Encontraron un número crecido de Indios y una muger que estaba derramando sangre de la cabeza, llorando la muerte de un hijo suyo.

Nos robaron un puerco; tuvimos noticia del ladron que estaba en la quebrada de Ojatutira, y conocido nuestro llamado Taruro Capitan del partido.

Fr. Gerónimo con el interprete salieron el dia 19 y pasaron á la quebrada á fin de recobrar el puerco robado. Encontraron en su casa al Capitan Taruro, y diciéndole que nos habian llevado un puerco, y que nos hiciese el favor de buscarlo, nos respondió que haria la diligencia. Pero lo que hizo fue regalarselo al Eri diciendole que los Misioneros se lo habian dado; mas sabiendo Vegiatua que él nos lo babia robado, lo remitió á nuestro hospicio, y á él le desterró de la quebrada. Pasó Fr. Gerónimo con el interprete al partido de Ajui á visitar á un Isleño muy racional y hombre de bien de quien habiamos recibido algunos favores.

Por la noticia que se tuvo de que el Eri Vegiatua se hallaba muy enfermo en una isla pequeña que está delante de Tallarapú, Fr. Narciso y el interprete se fueron á visitarle y persuadirle que se viniese á Ojatutira, y que despidiese á los embusteros Tajuas que le hacian andar los Imarais comiendole los puercos, y no hallaba remedio para sus males. A esto respondió que lo haria despues de haber estado en otro Imaray que le faltaba para hacer el *Epuré* en él con los Tajuas. En este dia sucedió que caminando Fr. Narciso por una quebrada le salió un Tajua con una piedra en ademan de tirarsela, y á no haber acudido á defenderlo Taytoa, se la hubiera arrojado.

Volvieronse al hospicio habiendo dexado al Eri y á los Tajuas en aquella isla haciendo el Epuré, esto es, rezando á su falso dios Teatua por la salud del enfermo Vegiatua.

El dia 5 de Junio llegó el Eri, su madre, su padrastro y su hermanito, y todos los que componen su familia. Se hallaba el Eri enfermo con calentera fuerte, catarro y sin poder valerse de sus manos y pies, de modo que estaba enteramente valdado: pidiónos remedio, y que le curasemos, y conociendo que su enfermedad provenia de frialdad, se le dió en aquella misma hora un sudorifico con el qual logró el enfermo el

efecto que deseaba. Sirvióle de enfermero el interprete.

Amaneció el enfermo algo aliviado de sus dolores, con lo que se prosiguió curando, y quedó sin calentura, sin dolores y con alguna agilidad en los brazos y pies. Corrió la voz de la mejoria del Eri en toda la isla, y vinieron movidos del regocijo todos sus vasallos á alegrarle con música de tambores, entremeses y bayles.

Fue tal el número de Indios que concurrió para festejar á su Eri, que segun el terreno que ocupaban juzgamos podria haber tres mil almas. La vocería que se oía causaba temor. Concluido el festin ó heyba se fueron á sus casas.

El dia 17 vino un gran número de mancebos bien compuestos á presentarse al Eri segun el uso y costumbre que tienen, despues de haber estado por espacio de una luna hechados en sus camas comiendo y durmiendo todo lo que pueden, á fin de ponerse gordos. Concluida la luna se levantan de sus camas, y con aceyte que sacan de los cocos se untan todo el cuerpo para tener bastante lustre en su carne, con un texido pequeño de palma que puesto sobre sus cabezas les hace sombra á la cara, y por ceñidor encima del paño de honestidad un pedazo de manta blanca con listas de varios colores pegadas á ella. De este modo cami-

nan á la casa del Eri, y estando cerca uno de ellos que hace de Capitan se pone delante de ellos dando fuertes gritos, hasta que entra á dar cuenta, y á hacer relacion al Eri de todos los que llegan á presentarsele, nombrandolos por sus nombres. Al mismo tiempo le entregan las mantas que de regalo le offecen los engordados, á los quales en aquel mismo tiempo los demas Indios que los acompañan, los acometen, les quitan aquellas mantas listadas, y se quedan con solos los paños de honestidad, unos y otros haciendo grande bulla. Por ultimo despues de una grande heyba ruidosa de tambores, representaron un entremes de un Indio, cuya muger era muy zelosa, que duró hora y media.

El dia siguiente nos robaron una gallina: habiendo nosotros sentido al ladron dimos voces, y oyendolas los criados del Eri al punto corrieron tras del ladron, y aunque le alcanzaron, viendo que era criado de Opo no le dixeron palabra, sino fueron á darle parte á su ama. Esta en el mismo dia le desterró á otro partido lejos de Ojatutira. Este dia hubo heyba con mucha gente y música de tambores, que prosiguieron los tres dias siguientes con mucho concurso, en celebridad del restablecimiento de la salud de Vegiatua.

El dia 2 de Julio se fue el interprete al partido de Opare, territorio que es del Eri

Otu. Volvió el Eri Vegiatua á enfermar: se le envió comida de nuestro hospicio. Hubo heyba; lo mismo se hizo el dia siguiente.

Repitióse la heyba el dia 4 con música de tambores, grande concurso y razonamiento largo que hizo un Tajua en presencia de aquel numeroso concurso, que con mucha atencion y silencio le escuchaba. En dicho sermon fuimos nombrados los quatro por nuestros propios nombres, como tambien Titorea padrastro del Eri, y Taytoa su confidente. Lo demas de lo que peroraba el Tajua, no lo entendimos. Los Tajuas volvieron otra vez. Huvo heyba con tambores y gran concurso de Indios.

Repitióse la heyba el dia siguiente con un crecido número de Indios por mañana y tarde. Se iba agravando mas la enfermedad del Eri.

Por consejo de los Tajuas se hizo llevar Vegiatua al partido de Tallarapú, persuadiéndole que allá sanaria; pero no sucedió así porque se agravó mas.

El dia 10 trajeron á Vegiatua de Tallarapú al partido de Ojatutira, y le pusieron en una casa distinta de la que habitaba antes de ir á Tallarapú, pero cerca de la nuestra una quadra. Apenas hubo llegado el enfermo, llamó á Fr. Gerónimo: fue inmediatamente allá, y Vegiatua le pidió carnero del que el dia antecedente habiamos

muerto. Fr. Gerónimo le dixo que no podia ser entonces porque era ya tarde, pero que el siguiente dia temprano se la enviaria aderezada. Pidió tambien galleta y platanos, lo que le remitimos por mano de un criado suyo. Cada dia le iba creciendo mas la enfermedad, pues estaba ya tan postrado que para estar sentado en la cama era necesario que un criado le sostuviese por detras de la cama. Al dia siguiente enviamos al enfermo la comida que nos habia pedido, pero no hizo mas que probarla.

Muy ocupados estuvieron el dia 22 los Tajuas rezando ó haciendo el Epuré por su enfermo el Eri, empleando en esto la mayor parte del dia. Venida la noche formaron una junta y ruidosa música de tambores y flautas. De tanto en tanto paraban los musicos, y uno de los Tajuas hacia su sermon. Duró esto mucho tiempo, porque dixeron muchos sermones. Concluidos estos razonamientos prosiguieron los musicos tocando, y los Tajuas rezando, ya cantando y otras veces sin canto con voz severa, hasta pasada la media noche, y en adelante hubo mucho silencio.

A las siete de la noche del dia 23 oimos llorar fuertemente á las mugeres que estaban dentro de la casa del Eri, y á los Tajuas que estaban á fuera haciendo su Epuré muy de prisa con unos gritos no acostum-

brados, indicios todos evidentes de que el Eri estaba muy malo. Salimos de la casa, y vimos venir un número crecido de mozos y muchachos cada uno con un tallo de platano en el hombro, gritando á Teatua, y uno tras otro caminaban al Imaray en donde dexaron los tallos, ofreciendolos por la salud del enfermo á Teatua. Hecho esto se volvieron gritando ellos, y los cerdos pequeños que traian chillando hasta llegar á la casa del Eri. Pidiónos comida el enfermo, y se la dimos: dixeron los Tajuas que Teatua habia entrado en el cuerpo del Eri, y que á los diez dias estaria con entera salud.

El dia 25 llegó uno á visitar al Eri, fingiéndose poseido de su falso dios Teatua, dándose furiosos golpes en los pechos con ambos puños, moviendo la cabeza como loco, y haciendo con los ojos y boca espantosos visages. Prorumpió despues y dixo: que la alma del difunto Taytoa (Eri que fue antes de Vegiatua) habia entrado en el cuerpo de este, siendo la causa de esto el haberle robado los mismos parientes del difunto, antes que muriese, un petate y dos limas, y que no sanaria el enfermo hasta que le entregasen á él las limas y el petate. Dieronle todas estas cosas inmediatamente, y entonces dixo que en término de tres dias sanaria el enfermo, y que á los quince dias estaria sin riesgo alguno. Llevaron el enfermo al Ima-

ray para que Vegiatua volviese el alma á su cuerpo; y despues de haber hecho los Tajuas el Epuré, volvieron el enfermo á su casa, y el impostor se fue, y no volvió á parecer mas.

El dia 27 vino al hospicio un criado del Eri Vegiatua, el qual con palabras, acciones, y manifestando una reciente herida que tenia en la cabeza sobre la oreja del lado izquierdo nos dió á entender que habia tenido una riña con otro, que le habia arrastrado y herido. No comprehendiendo bien Fr. Geronimo lo que queria decir este criado, llamó al interprete para cerciorarse de ello. Preguntado por éste, dixo que uno á quien él queria quitar la vida por la salud de su amo el Eri, le habia arrastrado y herido, y que se le habia huido: que aquella noche habian salido cinco criados con él para el mismo efecto, y que no habian podido matar á ninguno en aquella salida. Con esta noticia tan veridica de la crueldad de estos bárbaros, y que segun juicio prudente y bien fundado podiamos temer que estabamos en peligro de perder nuestras vidas, quando inhumanos intentaban quitarla á sus paisanos, siendo nosotros forasteros, determinamos sacar las armas, que hasta entonces teniamos ocultas, y ponerlas prontas y cargadas todas á vista de ellos. Despues de haber comido empezó el interprete á descargar una por una hasta

diez y siete. Fue terrible el miedo que les causó el trueno de los fusiles, pues algunos se echaron al rio, metiéndose debaxo del agua. Algunos de los mas familiares nuestros se acercaron junto á la cerca de nuestra casa, preguntando temerosos por qué haciamos aquello; y les respondimos que no tuviesen cuidado, y que estabamos limpiando las armas porque estaban sucias; les abrimos la puerta, y entraron á verlas. Supimos despues que poco antes de dispararlas habian salido de la casa del Eri seis hombres, y entre ellos habia un Tajúa llamado Naeva, á fin de coger á uno para quitarle la vida, y éstos fueron los que oyendo los tiros se arrojaron al rio, y se volvieron á la casa del Eri.

El dia 28 tuvimos noticia cierta de que habian muerto á un hombre los criados del Eri en este partido de Ojatutira. Preguntamos donde estaba el cadaver, y nos dixeron que en el partido de Atajúru, donde habia un Imaray, en el qual se sacrificaban estos cuerpos á Teatua. Aquella mañana vino un crecido número de Indios de varios partidos de esta isla para llorar á su Eri que estaba próxîmo á morir: componiase de hombres y mugeres, los quales dando furiosos gritos, manifestaban grande sentimiento: el orden que llevaban era el siguiente: iban las mugeres delante de los hombres; aquellas con buen orden, y éstos dispersos: las primeras cami-

naban de quatro en quatro. Con este orden se pararon delante de la puerta de la casa del enfermo, y una de ellas que hacia de capitana, empezó á dar voces muy lastimosas, como penetrada de un grave dolor, pero sin lágrimas, y juntamente á picarse la cabeza con un diente bien afilado de tiburon, que en breve se la bañó en sangre. A' imitacion de ésta hicieron lo mismo las demas, y unas y otras con la mano izquierda extendian la sangre que las caia de la cabeza por todo el cuerpo, que tenian descubierto hasta la cintura: en la mano derecha tenian un pedazo de manta blanca en que recogian la sangre que caia de la cabeza, la qual tenian inclinada: las voces que pronuncian en estos lances son *agué*, *agué*, que quiere decir *ay*, y otras. Duró esta ceremonia hasta que el cuerpo les quedó bien teñido con la sangre; mientras ellas explicaban su sentimiento de este modo, los hombres que vinieron con ellas ofrecieron á Teatua un tallo de platano, y al enfermo le regalaron algunos puercos: las mugeres despues le ofrecieron una cantidad de mantas: acabado esto se fueron al rio, labaron sus cuerpos, y se fueron á sus casas.

A las ocho de la mañana llevaron al Eri enfermo á la otra banda del rio, y le dexaron dentro de una casa que media entre el rio y el mar. A las quatro de la tarde un mu-

chacho llamado Mayoro, que era uno de los que nos servian, nos dixo que habia oido decir á unos Isleños, que si Vegiatua moria, vendrian los del partido de Tallarapu, y se echarian sobre nosotros para robarnos lo que teniamos.

A las ocho de la noche oimos que los Tajúas que estaban en la casa del Eri haciendo el Epuré, daban gritos no acostumbrados, y corriendo por la orilla del mar pedian á su falso dios Teatua que curase á su Eri Vegiatua: esto duró mucho tiempo. Oyendo nosotros que se acercaban las voces á nuestro hospicio, preparamos las armas temiendo algun acometimiento de estos bárbaros. No llegaron al hospicio, pues ni aun pasaron el rio. Cesaron las voces de los Tajúas, pero no se aquietó nuestro cuidado, y así uno de nosotros estuvo de centinela con el farol encendido hasta que amaneció.

Por la mañana supimos que el motivo que tuvieron los Tajúas para haber gritado tanto fue porque le dió al Eri un accidente que juzgaron mortal. Por la noche repetimos la centinela hasta media noche; pero viendo que no habia movimiento alguno, y que todos estaban en silencio, se retiró la centinela, dexando el farol encendido.

A las doce del dia 31 llegó á nuestro hospicio el Eri Vegiatua con quatro cria-

dos, los quales le traian en andas puesto en su misma cama, acompañado de un Capitan viejo. Le recibimos con caricias y demostraciones de benevolencia. El referido Capitan preguntó á Fray Geronimo, si estabamos enfadados contra Vegiatua? Respondimosle que no, y que Vegiatua era nuestro buen amigo: y volviéndose al Eri, le tomó de la mano, y le dixo en su lengua, que eramos sus amigos, con lo que Vegiatua se dió por contento. Despues de esto le habló el interprete diciendo: „Que ya „sabiamos que habian muerto á un hom„bre de la quebrada de Ojatutira, y que le „habian llevado al Imaray del Etajúru: que „nos habian dicho que habian de quitar la „vida á otros; y que finalmente teniamos „noticia cierta de que los de Tallarapú in„tentaban robarnos y quitarnos todo lo que „teniamos, en caso de que él muriese. Es„to, prosiguió el interprete, nos precisa á „no salir de nuestra casa, y tener bien pre„venidas las armas para defendernos en ca„so que venga tu gente á dañarnos. Sabe que „es muy malo matar á los inocentes: los „de Lima no lo hacen &c" Despues de haberle afeado sus malas costumbres, Vegiatua, sin contextar á nada de lo que le habia dicho el interprete, dixo: „Que no nos fue„semos á Lima quando viniese el navio, y „que nos quedasemos en Ojatutira." A es-

to se le respondió: »que si ellos perseveraban en matar gente, nos volveriamos á Lima; pero que si se enmendaban, y no quitaban la vida á inocente alguno, nos quedariamos en Ojatutira segun nos pedia." No respondió nada á esto: luego le cargaron sus criados y le llevaron á su casa, que está en la otra parte del rio, que fue de donde habia venido.

El dia primero de Agosto á las quatro de la tarde salió del hospicio Fray Geronimo con el interprete á visitar al enfermo, y á ver en el Imaray de Vegiatua dos cadaveres de dos hombres que habian sido sacrificados en el partido de Ojitia. Pasamos el rio con dos canoas, y hallamos al enfermo baxo la sombra de unos árboles delante de su casa, muy bien compuesto en su cama, tomando el fresco y acompañado del Capitan Titorea y de algunos criados: hablamosle con cariño, y estuvimos con él bastante rato: hallabase con una fuerte calentura y muy decaido de fuerzas.

Hecha la visita del enfermo volvimos á pasar el rio, y nos fuimos al Imaray por ver los cadáveres de los dos sacrificados á Teatua por la salud del enfermo: andubimos por caminos los mas ocultos por no ser vistos, porque se cautelaban de nosotros; pero no dexamos de saber que al medio dia habian llegado las canoas del partido de Ojitia con

mucha gente, conduciendo en ellas los cadáveres dichos, que eran padre é hijo, y cada uno en distinta canoa con sus Tajúas. Llegamos cerca del Imaray, y hallamos un seron ó espuerta de palma bien texida, colgada de un palo largo, dentro de la qual estaba el cadaver entero del hijo, que segun su aspecto, tendria unos diez años ó doce. Pasamos mas adelante, y nos encontramos con los tres Tajúas que le traxeron, y sin detenernos llegamos cerca de la orilla del mar, y vimos la canoa que venia á desembarcar el cadaver del padre del muchacho sacrificado. No nos acercamos á la canoa porque venia gran multitud de Isleños al desembarcadero; y como sabiamos que se cautelaban de nosotros, nos hicimos desentendidos, y tomamos el mismo camino por donde ellos venian: Taytoa que iba delante y el primero de todos, me preguntó de donde veniamos? Respondile que del partido de Aragero; y sin detenernos pasamos por enmedio de todos, y nos fuimos al hospicio, siendo ya cerca de la oracion.

En la mañana siguiente llevaron los cadaveres al partido de Etajuru, y los sacrificaron á Teatua en aquel Imaray donde paran los sacrificados, y por eso, segun dixeron, está lleno de huesos aquel puesto.

El dia 6 antes de amanecer oimos un grito muy levantado de los Tajúas que vela-

ban al enfermo, el qual nos dispertó. Estuvimos atentos, y juzgando con fundamento que el Eri estaba muriéndose, nos levantamos. Poco despues de estar en pie llegó á nuestro hospicio un Indio, diciendo que Vegiatua habia ya muerto, y que la madre del difunto decia que fuese el interprete á su casa que le estaba esperando. Salió inmediatamente, y llegando á la presencia del que juzgaban ya difunto, le percibió algun movimiento de vida, pero fue el ultimo con que murió. Poco despues nos avisaron que un ladron habia roto la cerca del corral de las gallinas para robarlas. Salió corriendo el interprete tras él, y le quitó una que habia hurtado, y prosiguió su camino el ladron huyendo. Este fue el que con una piedra hirió al marinero del paquebot en el viage antecedente, de lo que ya hicimos mencion en otra parte.

Supo Opu madre de Vegiatua el atrevimiento del Indio, y acordandose en medio de su natural sentimiento de las amenazas de sus vasallos de Tallarapú, que habian de dar sobre nosotros luego que muriese el Eri, envió á nuestro hospicio al otro hijo menor que habia de ser Eri, para que en caso que viniera la gente de Tallarapú se contuviesen con su vista. Tambien mandó la afligida muger á todos sus criados, y á otros que se subiesen en los árboles mas cercanos á nuestra

casa para que estuviesen en centinela por si acaso intentaban venir : pero no comparecieron.

A las nueve del dia fuimos con el interprete á ver al difunto y dar el pesame á su desconsolada madre ; llegamos al sitio en donde estaba el cuerpo puesto dentro de la carroza de dos canoas apareadas, y una gran multitud de gente que formaba un espacioso cerco dentro del que estaba el cadaver y su madre llorando amargamente, bañado su rostro y el medio cuerpo con la sangre que derramaba de la cabeza, en fuerza de los golpes que se daba con un diente de tiburon. Entramos dentro del cerco , y pasando sin hablar palabra á la inconsolable muger , nos acercamos al cadaver , y vimos que tenia la cabeza adornada de unas plumas negras puestas encima de la frente á modo de corona , los brazos puestos sobre el pecho , desnudo el cuerpo hasta la cintura , y lo demas de él estaba cubierto con una manta blanca. Quatro criados estaban á la cabecera del difunto haciendole compañia , y uno de ellos con un ramo de gengibre haciendole ayre. Estaba todo el concurso con mucho silencio , y solo se oía el llanto de la afligida y ensangrentada madre que iba caminando por dentro del cerco. Visto esto nos salimos para volvernos al hospicio. Viendo la viuda que nos ibamos sin decirla

nada, nos salió al encuentro por detras de su casa, diciendonos que iba á nuestro hospicio á consolarse; diximosla que se volviese y no abandonase á la gente que allí estaba, que presto enviariamos al interprete para su consuelo. Así lo executamos: fue allá, y la hizo labar la cabeza y el cuerpo de la sangre que habia derramado, y tambien la quitó el diente con que se habia lastimado la cabeza en señal de sentimiento.

A mediodia vinieron los Indios del partido de Ajui armados, dando espantosos gritos publicando guerra contra los de Ojatutira, corriendo aceleradamente á donde estaba su difunto Eri. Oyendo la algazara y gritería los que estaban dentro del cerco guardando el cuerpo de su Eri, y viendo que venian corriendo, desampararon el puesto, y se pasaron á la otra banda del rio, manos el Capitan de los que allí se hallaban, el qual viendo á los suyos que venian para tener guerra con los de Ojatutira, les salió al encuentro con un tallo de platano en la mano que es señal de paz. Con esto se pararon un poco oyendo á su Capitan que les dixo que no querian guerra los de Ojatutira: con esto se sosegaron algo, y corrieron con muchos gritos hasta llegar al sitio en donde estaba el cadaver del Eri, y despues que se pararon pronunciaron tres veces una misma palabra que no entendimos, pero juzgamos

que sería señal de paz, porque los de Ojatutira volvieron á pasar el rio, y se juntaron con ellos sin novedad alguna. El motivo que tuvieron aquellos para publicar guerra contra estos no lo pudimos saber.

El dia 7 sabiendo los de Ojatutira que los de Tallarapú venian por el mar en sus canoas, y temiendo que viniesen de guerra, se previnieron armados, y se pusieron en el desembarcadero y boca del rio aguardándolos. A las nueve del dia llegaron aquellos, pero de paz, y con esto los de Ojatutira dexaron las armas, se unieron con ellos, y juntos caminaron al lugar en donde estaba el difunto.

El dia 10 los del partido de Guayautea vinieron á ver al difunto. Los del partido de Mataoae vinieron el dia 13 á traer comida para su Eri que habia venido á este partido luego que supo que habia muerto Vegiatua. Lo mismo hicieron los de Matabay para su Eri.

El dia 18 en el partido de Guayari quitaron la vida á un hombre, y le llevaron á Atajuru para sacrificarle á Teatua en aquel Imaray; y con éste fueron quatro los que sacrificaron estos bárbaros, tres antes de su muerte y uno despues de ella.

El dia 11 de Septiembre Fr. Narciso con el interprete, el Eri nuevo Natapua, Titorea y algunos Indios subieron á un cerro que está delante del puerto por la parte del Sur

á fin de preparar una de las palmas que allí estan para poner á su tiempo una bandera que fuese señal del puerto quando viniese el navio.

El dia 16 de Octubre fue la proclamacion del Eri Natapua, muchacho de nueve á diez años, hermano del difunto Vegiatua, y el dia 30 del mismo descubrimos la fragata el Aguila, la qual dió fondo en el puerto de Ojatutira el 2 de Noviembre.

Al amanecer del dia 8 llegaron los de Tallarapú todos con palos para guerrear con los de Ojatutira, y el motivo fue por la variedad de pareceres que habia sobre el lugar en donde habia de habitar el nuevo Eri.

Luego que llegó la fragata, su Capitan Don Cayetano Lángara participó á los Misioneros su arrivo, diciendoles traia viveres para las personas que habian quedado en Otaheti, y que dispusiesen quando habian de recibirlos, á lo qual respondieron los Misioneros con la siguiente: Señor Capitan y Comandante del Aguila Don Cayetano de Lángara = "Muy Señor mio: recibimos la apreciable de Vm., en cuya vista habiendonos hecho cargo de su contenido, decimos: que estamos en ánimo resuelto de regresarnos á Lima, y por consiguiente de no recibir los viveres y demas utensilios que vienen á bordo de la fragata. Lo primero porque el año pasado quando nos despedimos de S. E., le

pedimos auxîlio de gente para nuestro resguardo conociendo el peligro próxîmo de perecer que habiamos de tener, y hemos tenido entre gente barbara como es esta. Y nos respondió, que el Rey nuestro Señor no se lo mandaba, y que por un año habiamos de estar apostólicamente. En cuyo supuesto no viniendo, como no viene, gente de milicia para quedarse con nosotros, y habiendonos faltado los dos naturales bautizados llamados Tomás Pautú y Manuel de Amat, quedamos en un manifiesto desamparo, y peligro próxîmo de perder la vida por la experiencia que tenemos de otros Misioneros que murieron en la conversion de Manoa por mano de los infieles. Que estas gentes sean inhumanas y crueles se prueba; pues quitan la vida á los inocentes sacrificandolos á su falso dios, quando dicen los Tajuas que está enojado contra el Eri. Fisicamente hemos visto esta crueldad, pues en la enfermedad de la qual murió el Eri, sacrificaron quatro, y de estos uno solo fue de sus partidos, y los otros tres forasteros, pero de la misma isla; y siendo nosotros de tierras estrañas para ellos, corre la pariedad. Y quando esto no bastára para nuestro regreso á Lima, debe ser suficiente motivo el haberse hallado en este peligro el P. Fr. Narciso en ocasion que fue á visitar al Eri Vegiatua que estaba en una isla pequeña delante de Tallarapú. Uno

de aquellos Tajuas que dicen se les mete en el cuerpo Teatua, su dios, le salió con una piedra de buen tamaño en la mano, y á no haberle ocurrido un natural llamado Taytoa criado del Eri, le hubiera quitado la vida, ó á lo menos lo hubiera pasado muy mal.

„Para confirmacion de su fiereza sirva la especie de secta que hay entre los naturales de la isla que llaman *Ariois*. Esta especie de gente ó *Ariois* se auxilian unos á otros, ya con mantas, ya con cerdudos, y ya con canoas, de suerte que en manifestando que necesita de alguna cosa de estas especies se la dan; pero es cosntitutivo ó condicional precisa que no han de tener hijos, y así si alguna muger de estos da á luz alguna criatura, luego que nace la quitan la vida. El decir que parecen mansos, familiares, de buen genio y muy amigos, no prueba; porque son mansos, amigos y familiares en quanto se les da, pero en dexando de recibir se acabó toda la amistad, y se estrañan diciendo que somos malos amigos como lo tenemos experimentado.

El segundo motivo que nos asiste y favorece para no quedar en esta isla, es la ninguna esperanza de hacer fruto; pues para esto se requiere que esten estos bárbaros reducidos á pueblos, y esto nos parece imposible el conseguirlo por bien, porque es una gente altiva, sobervia, belicosa y sin subordinacion ni ad-

ministracion de justicia, pues no la conocen, y así cada uno toma por su mano la satisfaccion de algun agravio que recibe, no siendo el Eri capaz, ni tener aliento de castigar á alguno, porque luego se alzan contra él como mas largamente hemos informado á S. E.

Para conocer que es tamos en peligro próxîmo de perecer, sirva el caso que sucedió en el dia que murió el Eri. Un muchacho llamado Mayoro que estaba de asiento en nuestra casa y nos servia, ya por voluntad, ó ya por interés que es lo mas cierto, nos dió aviso por dos veces que los de Tallarapú y Aragero habian dicho que luego que muriese Vegiatua habian de caer sobre nosotros á matarnos, y robarnos lo que habia en casa. Con este aviso nos preparamos, no dexando entrar mas naturales que aquellos que regularmente acostumbraban venir á hacer alguna cosa que se les mandaba. Y sabiendo la madre del Eri esta noticia, nos dió á entender que preparasemos las armas para que con el temor de ellas no se atrebiesen á hacer tal atentado. Y al mismo tiempo mandó á su hijito (que ahora es el Eri) que se estuviese con nosotros: mandó tambien á sus criados que subiesen á los árboles que estaban mas inmediatos á nuestra casa para que sirviesen de vigias, y nos avisasen si oian algun rumor. Esto se vió cumplido en parte, pues aunque no nos quitaron

la vida, nos quitaron las gallinas que quisieron, desbaratando la cerca para sacarlas. Creo que ningun desapasionado y corazon christiano y piadoso dexará de conocer que estamos en peligro próxîmo de perder la vida. Por lo que suplicamos á V. retenga á bordo los viveres y demas utensilios que vienen en el embarque general, y nos haga la caridad de regresarnos á Lima, donde con mas sosiego podremos informar mas largamente á S. E. segun el diario que tenemos formado de todo lo que nos ha acaecido en este tiempo. Hospicio del puerto de Ojatutira, Noviembre 4 de 1775. Sus afectos rendidos Capellanes *Fr. Gerónimo Clota. Fr. Narciso Gonzalez.*

En efecto, en vista de esta representacion, y de haber manifestado los Padres Misioneros en otra segunda carta la poca esperanza que habia de que los Otahetinos abrazasen el Christianismo, resolvió el Capitan que todos se volviesen á Lima, haciendo antes varios regalos á los principales Isleños que se habian esmerado en obsequiarlos: y el dia 12 de Noviembre se hizo la fragata á la vela para el puerto del Callao.

Para completar esta relacion, añadiré las noticias que los nuestros adquirieron de las principales islas de este archipielago, conocido con el nombre de *islas de la sociedad*, las quales servirán tambien para rectificar la

pronunciacion de los nombres de todas estas islas, que se hallan corrompidos en los viages de Coock.

Empezando por las islas que hay al Este de Otaheti, la de *Joaau* es pequeña y baxa, con laguna y arrecife, y abunda en cocos y ñames. Las canoas de Otaheti tardan nueve dias en llegar á ella. Tiene tambien algunas perlas.

Opatay es pequeña y baxa con arrecife: está inhabitada: las canoas de *Joaau* tardan un dia en llegar á ella.

Tabau es pequeña y rasa, con arrecife, inhabitada, esteril de frutos, pero abudante de pescados y perlas. Las canoas de *Joaau* van allí á pescar, y tardan un dia.

Tayaruru es pequeña y rasa, con arrecifes: es lo mismo en todo que la antecedente.

Auroa es grande, pero menor que la de Otaheti; es baxa, y abunda en cocos, ñames, perros con buena lana, y perlas. Tiene muchos arrecifes, y está muy poblada: sus canoas tardan un dia desde *Tayaruru*.

Oerutua es muy pequeña y rasa, con arrecifes, abundante de pescado y perlas. Es muy corto el número de sus habitantes, y está muy inmediata á la antecedente.

Tapujoe es la que llamamos *Todos Santos*, y se reconoció creyendo que era *Matea*. Abunda en cocos, ñames, y tiene algunas

perlas. Los de Otaheti dicen que sus habitantes son mala gente.

Guaraba es del tamaño de *Tapujoe*, é idéntica en todo: tardan las canoas dos dias desde *Tapujoe*.

Maemo es pequeña y baxa, abunda en cocos, ñames, perros, pescado y perlas. Está cercada de arrecifes: sus habitantes son dóciles: de *Guaraba* á *Maemo* tardan las canoas tres dias.

Maropua es pequeña y baxa, con arrecifes, abundante en cocos, ñames y perros: su gente es mala: tardan desde *Maemo* á *Maropua* dos dias.

Oaña chica y baxa, con arrecifes, abundante en cocos, ñames, perros, pescado y algunas perlas: está habitada, y desde la antecedente tardan las canoas dos dias.

Orairoa grande y baxa, con arrecifes: tiene tres ensenadas para embarcaciones pequeñas, pero mal fondo: es abundante de cocos, ñames, perros, pescado y perlas, y su gente muy tratable.

Oteijoo chica, rasa, y con arrecifes: tiene cocos, ñames, perros, y mucho pescado. Sus habitantes son buenos, y hacen excelentes esteras; está á la vista de la anterior.

Matayba chica y baxa, con arrecifes: hay gallinas, perros, ñames, mucho pescado y algunas perlas. Es buena su gente, y está á la vista de la anterior.

Matea alta como Morea, con arrecifes, abundante de *eurus*, cocos, platanos, pescado y buenas perlas: sus canoas tardan dos dias á *Maitu*. La vió nuestro paquebot el *Jupiter*, y la encontró en diez y siete grados de latitud al N. E. ocho grados N. de *Maitu*.

Los Eries de Otaheti dicen que todas estas islas son tributarias suyas.

Ninguna de las islas antecedentes tiene agua, y sus habitantes se valen de cacimbas para proveerse. El Otahetino, llamado *Pujoro*, que se llevaron los nuestros en la fragata, era muy práctico de todas estas islas, y decia se habia exercitado en buscar perlas.

Al O. de Otaheti se hallan las siguientes islas.

Teturoa chica y baxa, con arrecifes, abundante de cocos, cerdos, perros y pescado: tiene muchas perlas, pero de mala calidad. Pertenece al Eri Otu, y èstá á la vista de Otaheti.

Tupuaemanu, chica y baxa, con arrecifes, abundante en cocos, platanos, eurus, perros, cerdos y gallinas, buena agua, y sus habitantes son muy tratables. Su Eri se llama *Oajau*: la vieron los nuestros.

Manua mayor que *Morea*, abundante en cocos, platanos, eurus y perros. Tiene arrecifes y una ensenada capaz y de buen fondo. No está habitada, porque dicen hay re-

molinos de viento que sumergen las canoas. Fue avistada por los nuestros.

Ojaine, á la qual llaman los Ingleses *Huaheine*, es como *Morea*, abundante en eurus, platanos, cocos, perros, cerdos y gallinas. Está muy poblada, y tiene dos ensenadas muy buenas para navios grandes, y en una de ellas un rio. Sus habitantes son muy tratables, y tienen muy buenas canoas. Dicen que estuvo diez dias fondeado en una de dichas ensenadas un navio Inglés, y por lo que nos dixeron se infiere que fue en la mas N. que tiene un islote en la boca, pero ambas estan á la parte del Oriente de la isla. Su Eri se llama *Taguaoja*, y es tributario del Eri *Opuni*, que manda á *Orayatea*: fue avistada por los nuestros. (En la relacion del segundo viage de Coock veremos confirmado lo que aquí se insinúa.)

Orayatea y *Tajaá*: estas dos islas estan unidas por un pequeño arrecife, que por donde mas tiene media vara de agua. En la parte del O. de Tajaá hay una buena herradura formada de arrecifes, donde puede fondear un navio. Las dos son igualmente abundantes en eurus, cocos, platanos, cerdos, gallinas, y buena agua. La manda el Eri Opuni, que tiene buena correspondencia con los de Otaheti: fue reconocida por los nuestros el 9 de Enero de 1775.

Porapora (que en los viages de Coock se

llama *Bolabola* ó *Borabora*) es pequeña y alta, cercada de arrecife, con una ensenada á la parte del S., donde dicen pueden entrar navios. Abunda en eurus, cocos, platanos, perros, cerdos y algunas perlas: está bien poblada, y dicen pertenece al Eri de *Orayatea*: fue avistada por los nuestros.

Maurua, baxa, con tres montes altos: está cercada de arrecifes: es abundante de cocos, eurus, platanos, cerdos, perros y algunas perlas: tiene agua y está poblada: pertenece al Eri de *Orayatea*: está al O. de *Porapora*, y fue avistada por nuestra gente.

Mapijá, baxa y con arrecife: no tiene mas que cocos y perlas: no está habitada, y dicen hay en ella abundancia de páxaros de gran tamaño, que no vuelan, y van de las islas adyacentes á cogerlos para comer, por ser de muy buen gusto. Tardan las canoas desde *Maurua* dos dias.

Genuavrá, mediana, rasa y con arrecife: tiene cocos: no está poblada, pero hay la misma abundancia de páxaros que en la antecedente.

Ori Matará, poblada y abundante en cocos, platanos y cerdos: *Oaiyu*, *Vajuaju* son lo mismo que la antecedente. De *Rarotoa* no supieron decirnos mas sino que está poblada; y lo mismo de *Tupuai* y de *Puatireaura*. *Temiromiro* y *Joaitupulapu* estan inhabitadas, y

hay en ellas muchos páxaros. *Marere* está poblada.

Ponamú está poblada y tiene unos cerros elevadisimos : es muy esteril de frutos, pero abundante de pescado, que es el unico sustento de sus habitantes, de quienes nos dixeron que son valerosos, y que habiendo en una ocasion arribado á ella unas canoas con gente de otra isla, fue devorada por estos Isleños de *Ponamu.* Habitan en cuevas.

Genuateatea está habitada de gente blanca, que habla la misma lengua que los de Otaheti, y visten lo mismo : es abundante y grande.

Uritete es grande y abundante, y su gente muy buena.

Todo esto consta del Diario que formó el Piloto del Aguila Don Joseph Varela.

CARTA CCLXXXVI.

Segundo viage del Capitan Coock.

El año de 1772 á 13 de Julio se hizo á la vela de Plymouth Mr. Coock con los navios la *Resolucion* y la *Aventura*, mandado éste por Mr. Fourneaux, acompañado de los Señores Forster, padre é hijo. El 29 del mismo mes surgieron en la isla de la Madera, y tres meses despues en el cabo de Buena-Esperanza.

El primero de Enero de 1773, despues de haber navegado muchos dias entre bancos de hielo con los mayores peligros, descubrieron la luna por la primera vez despues que habian salido del Cabo, de donde se puede inferir el mal tiempo que habrian tenido. Aprovecharonse de esta circunstancia para hacer observaciones astronómicas, y vieron que aquella longitud era casi la que se asigna al Cabo de la Circuncision, en cuya demanda iban: por consiguiente es muy probable que se engañó Mr. Bouvet, y que tomó las montañas de hielo por un continente. Para comprobar mejor este hecho, y multiplicar los descubrimientos, el Capitan Coock se apartó de la Aventura, haciendola marchar á quatro millas á su estribor. Los dos navios se per-

dieron de vista al otro dia 8 de Febrero. Coock hizo disparar cañonazos de media en media hora, y encender hogueras por la noche, pero no se respondió á sus señales.

Quando los dos navios se separaron estaban á los cincuenta grados de latitud: habian abanzado antes hasta los sesenta y siete: Coock dirigió de nuevo su rumbo ácia el Polo, é intentó varias veces acercarse mas en una extension de mas de ochenta grados de longitud oriental; pero los vientos, la nieve, la niebla, las montañas y llanuras de hielo no le permitieron pasar de los sesenta y dos grados. Entonces viró hacia la Nueva-Zelanda, y entró en la bahia Dusky el 26 de Marzo de 1773, habiendo andado en el espacio de ciento diez y siete dias de navegacion tres mil y seiscientas leguas, sin haber descubierto tierra ni una sola vez.

Así acabó, dice Mr. Forster, nuestra primera campaña en busca de las tierras australes. Desde nuestra partida del Cabo de Buena-Esperanza hasta nuestra llegada á la Nueva Zelanda sufrimos todo genero de trabaxos, habiendo padecido nuestro navio las mayores averias. Precisados á combatir sin cesar con lo riguroso del mar tempestuoso, estabamos expuestos á la lluvia, al granizo y á la nieve; nuestro velamen y jarcias estaban siempre cubiertas de un hielo que cortaba las manos de los que las manejaban. Nos

fue preciso sacar agua derritiendo el hielo, cuyas particulas salinas entorpecian y escarificaban los miembros de los marineros. Estabamos continuamente á riesgo de estrellarnos contra aquellas masas enormes de hielo, que cubren los mares australes : la aparicion freqüente y repentina de estos peligros tenia siempre á la tripulacion alerta para maniobrar con prontitud y precision. El largo espacio de tiempo que pasamos en el mar, y la falta de provisiones frescas no nos fueron menos penosas ; los anzuelos y cañas de pescar que se habian distribuido á la tripulacion, habian sido hasta entonces inutiles, porque en las altas latitudes no se encuentran mas pescados que las ballenas, y solamente se puede pescar baxo la Zona Torrida quando la profundidad del mar es inconmensurable. El sol se descubria rara vez; la obscuridad del cielo y las nieblas impenetrables, que duraban á veces muchas semanas, inspiraban tristeza y apàgaban la alegria del marinero mas animoso.

Pero todo varió á la vista de la Nueva Zelanda : impelidos por un viento suave pasabamos por delante de gran número de islas cubiertas de bosques : los árboles siempre verdes ofrecian un contraste agradable con el color pálido que el otoño esparce por los campos. Las vandadas de páxaros marinos animaban la costa ; todos los

paises resonaban con la armonia de las aves que habitaban las selvas. Despues de haber deseado con tanta ansia descubrir tierra, no nos saciabamos de comtemplarla, y en todos los rostros se veia pintada la alegria y satisfaccion.

Magnificas perspectivas, selvas antiquisimas, inumerables cascadas que se precipitan de todas partes con un dulce murmullo, contribuian á aumentar nuestra felicidad. Despues de tan larga y penosa expedicion no es estraño que aquel pais inculto y silvestre de la Nueva Zelanda nos pareciese el mas bello de quantos ha producido la naturaleza. Los Viageros despues de grandes peligros se preocupan de estas ideas, y con el calor de imagacion los peñascos escarpados de la isla de *Juan Fernandez* y los bosques impenetrables de la de *Tinian* parecieron un paraiso terrenal.

Embarcamonos en dos chalupas para comenzar nuestras investigaciones de historia natural. Observamos gran número de animales y de plantas; apenas habia algunas perfectamente semejantes á las conocidas, y muchas eran absolutamente nuevas. Creimos emplear bien nuestro tiempo á pesar de la próximidad del otoño que iba á destruir los vegetales. Se amarró el navio en un pequeño circo, tan inmediato á la costa, que la copa de un arbol tocaba al bordo: habia tan-

tos matorrales y árboles, que las vergas estaban enredadas con las ramas, y á unas cien varas de la popa habia un bello arroyuelo de agua dulce. En esta disposicion se empezó á preparar en medio del bosque un parage para establecer el observatorio astronómico, para la fragua y las tiendas, á fin de componer todo lo que habia quedado maltratado en el buque.

El corto número de cabras y carneros que habian quedado en el navio no debian, segun toda apariencia, estar tan bien alimentados como los hombres, porque la yerba es allí poco abundante, grosera y desabrida. Pero por mala que fuese creimos que la devorarian con ansia; sin embargo, no quisieron probarla, y preferian las hojas de las plantas mas tiernas. Exâminándolos, se halló que tenian todos los síntomas de un escorbuto inveterado. De las dos ovejas y dos carneros que tomamos en el Cabo con intencion de dexarlos en la Nueva Zelanda, no se pudo conservar mas que un macho y una hembra.

Algunos Oficiales subieron por la bahia arriba en un barquillo con intencion de cazar: descubrieron á dos tres millas del navio unos Zelandeses que botaban al agua una canoa. El terreno estaba tan escurridizo por la humedad, y encontramos tantos obstáculos en el camino, que la excursion nos fue

muy penosa. Encontramos algunas plantas todavia en flor, pero vimos gran número de árboles y de arbustos ya despojados, lo que nos dió idea de la gran cantidad de vegetales desconocidos en Europa que produce la Nueva Zelanda.

La ensenada es tan espaciosa, que toda una esquadra ó flota numerosa pudiera estar allí surta: está reducida al Sudoeste por los cerros mas elevados de toda la bahia, y cubiertos de árboles desde la cima hasta la orilla del agua: las varias puntas que se introducen en el mar, y las muchas islas esparcidas por la bahia, forman una perspectiva pintoresca. El mar tranquilo é iluminado por el sol al ponerse, la variedad de verdes de las plantas y el canto de las aves amenizaban la aspereza que por otra parte ofrecia este paisage.

Mientras que andabamos en nuestra excursion, el Capitan Coock se dirigió ácia un peñasco, donde se mataron tres vacas marinas; una de ellas que pesaba doscientas y veinte libras, y tenia seis pies de largo, fue muy dificil de coger; viéndose herida, se puso furiosa y acometió á la chalupa. Despues de haber pasado varias islas, llegó Coock al brazo mas septentrional y al mas occidental de la bahia; las costas de estos brazos estan formadas por la tierra de *la punta de cinco dedos*. En el fondo de esta ensenada habia

anades, gallinetas y otras aves silvestres, de las quales mataron algunas. Yo recogí una gran porcion de aves y plantas nuevas.

Pasaronse muchos dias sin que tuviesemos ningun trato con los Salvages : en fin, se presentaron un hombre y dos mugeres, llamándonos á gritos. El hombre puesto sobre un peñasco estaba armado de su maza, y detras de él á la salida del bosque las dos mugeres, cada qual con una lanza en la mano. Era su color bazo ; los cabellos negros y crespos estaban llenos de aceyte y de unos polvos roxos : el hombre los llevaba atados sobre la cabeza, y las mugeres cortos. Sus cuerpos eran bien proporcionados en la parte superior, pero las piernas eran delgadas, torcidas ácia afuera, y mal hechas : diximosle en su lengua *taiti*, *tayo harre*, *amigo ven aquí.* El hombre manifestó mucho miedo quando nuestro barco se acercó á él, pero se mantuvo en su puesto con intrepidez, y no se movió ni aun para recoger los regalillos que le echabamos en tierra. En fin desembarqué, llevando en la mano hojas de papel blanco, y fui á abrazarle ; ofrecile buxerias que llevaba conmigo, y disipé sus recelos. Poco despues las dos mugeres, los Oficiales que se habian embarcado conmigo y algunos marineros, se juntaron con nosotros. Pasamos como media hora sin entendernos, y la mas joven de las dos mugeres, que no cesaba de

hablar, tuvo la mayor parte en esta conversacion. Ofrecimosles peces y aves de las que teniamos en nuestro barco, pero despreciaron este regalo, dandonos á entender que no lo necesitaban. Quando fue hora de separarnos, la mas joven, que en volubilidad de lengua excedia á quantas habladoras jamas he encontrado, danzó delante de nosotros. El hombre nos estuvo contemplando con mucha atencion: algunas horas despues que llegamos á bordo, llegó la otra porcion de compañeros sin haberles sucedido ninguna cosa digna de atencion.

Al dia siguiente hice otra visita á los naturales del pais, llevándoles varias cosas que recibieron con mucha indiferencia, exceptuando las hachas y los clavos que estimaban sobre todo lo demas. Esta conferencia fue en el mismo parage que la anterior, y entonces vimos toda la familia, compuesta de las dos mugeres, de otra muy joven, de un mozo de unos catorce años y de tres niños, de los quales el menor era de pecho. Todos eran de buen aspecto, exceptuando una de las mugeres, que tenia un gran lobanillo sobre el labio superior, y parecia que el hombre la despreciaba por esta deformidad. Llevaronnos á su habitacion, situada en medio del bosque á poca distancia de la orilla: hallamos dos pequeñas chozas, compuestas de varas y de corte-

zas de arbol, y cerca de allí una canoa doble, bastante capaz para trasportar toda la familia. Al separarnos de ellos, el hombre me presentó una pieza de tela, ó vestido de su propia fábrica; un cinturon de alga marina, collares de hueso, algunos paxarillos &c. creí que esto seria en cambio de nuestro regalo; pero bien pronto me desengañó, dándome á entender, que deseaba una manta, la qual le envié desde el navio.

Al dia siguiente volvimos á ver á nuestros Zelandeses, llamándolos con gritos como ellos acostumbran; pero no respondieron, ni vinieron á la costa. Bien pronto supimos el motivo, porque los hallamos en sus habitaciones vistiéndose y adornándose á su modo; tenian los cabellos peinados y ungidos con aceyte, atados sobre la cabeza, y adornados de plumas blancas: algunos llevaban un penacho de plumas al rededor de la cabeza, y todos tenian manojitos de plumas blancas metidos en las orejas. Despues que estuvieron así ataviados y puestos en pie, nos recibieron con mucha cortesia. Tenia yo sobre los hombros la manta destinada para el hombre, y se la presenté; agradóle tanto, que al punto se desciñó su patupatu, que era de hueso de un gran pescado, para darmelo. Estuvimos poco tiempo con ellos, y despues de haber empleado lo restante del dia en reconocer la bahia, nos vol-

vimos al navio. El tiempo habia sido nublado para nosotros, pero en el navio nos dixeron que habia llovido sin cesar; la misma observacion hicimos durante nuestra mansion en la bahia Dusky. Las altas montañas que corren á lo largo de la costa del Sur de la bahia, y cuya pendiente se disminuye por grados ácia el Cabo Oeste, ocasiona probablemente esta diferencia en la atmosféra. Estando estas montañas siempre cubiertas de nuves, y hallándose el navio debaxo, estaba expuesto á los vapores que veiamos moverse ácia las colinas, y se convertian en fin en lluvia ó en una niebla húmeda, que nos calaba todos los vestidos. La niebla continua que nos rodeaba, causaba en todo el navio humedad mal sana y perjudicial á nuestra coleccion de plantas. Aun en tiempo sereno viviamos á obscuras, y era preciso encender luces á mediodia, porque como el navio estaba tan cerca de la costa, le cubrian los árboles del bosque; pero el pescado fresco, la cerbeza de mirto y de pino nos mantenian en buena salud á pesar de los inconvenientes de nuestra situacion.

Eramos unos verdaderos Ictyófagos, comiendo siempre pescado condimentado de varios modos para evitar el hastio: entre las varias especies que nos ofrecia el mar, nos aficionamos mas á una que nuestros marineros llamaban *pez carbon*, cuyo gusto es

muy semejante al bacalao, y en efecto es de su especie ; su carne es dura , jugosa y nutritiva , pero no tan crasa é indigesta como la de otras especies de esta bahia , que eran muy gustosas, pero nos hastiaron bien pronto. Algunos cangrejos, mariscos y aves eran nuestro extraordinario. El cielo no estuvo sereno hasta el 12 de Abril , y nos aprovechamos de esta ocasion para nuestras investigaciones botánicas.

Los Zelandeses vinieron á hacernos una visita : como iban acercándose al navio con mucho recelo , salí á recibirlos en una chalupa , y entré en su canoa ; pero no pudiendo reducirlos á acercarse al navio , no quise instarles mas. Desembarcaron en una caleta muy cerca de nosotros , y sentándose en la costa cerca de la *Resolucion*, empezaron á hablarnos. Hice tocar la música del navio y el tambor ; hicieron poco caso de los instrumentos , pero estuvieron muy atentos al tambor. A pesar de nuestras caricias é instancias, no quisieron subir á bordo: conversaron familiarmente con los Oficiales sin entenderse ; hacian mas caso de unos que de otros , quizá porque tenian por mugeres á los preferidos , y me fundo en que la joven Zelandesa manifestó grande aficion á uno en particular; pero luego que supo era hombre, no le sufrió cerca de sí.

Despues de comer fui á observar una gran

cascada que se precipita de una montaña elevada en la parte Meridional de la bahia á cosa de una legua del parage en que estabamos surtos. Esta cascada parece poco considerable mirada desde abaxo, pero subiendo unas doscientas varas, la vimos claramente, y presentaba un espectáculo muy bello. Una columna transparente y plateada de unas diez varas de circunferencia, precipitándose con mucho impetu de un peñasco perpendicular de cien varas de altura, no podia menos de causar admiracion y placer. A la quarta parte de esta altura la columna encontrando la punta de una peña un poco inclinada, forma una tabla tersa de unas veinte y cinco varas de ancho: su superficie rizada se rompe al caer sobre todas las puntas sobresalientes, y las aguas se reunen por fin en un bello estanque de unas cien varas de circunferencia, rodeado por tres partes de peñas, y se abre paso por entre ellas hasta el mar. Todas las cercanias de esta cascada á distancia de cien varas estan cubiertas de vapores que produce la violencia de la caida; esta niebla era tan húmeda, que penetraba nuestros vestidos en pocos minutos. Subí sobre la peña mas alta del recinto del estanque, y mirando acia abaxo, ví un bellísimo arco iris de figura perfectamente circular, formado por la refraccion de los rayos solares en el vapor de la cascada: mas alla de este cír-

culo lo restante de la niebla estaba teñido de colores prismáticos, refractados en orden inverso. A mi izquierda veia rocas escarpadas de color pardo, festoneadas sus cumbres de árboles y arbustos, y á la derecha un cúmulo prodigioso de gruesas piedras que la fuerza de la corriente probablemente habia arrancado de la montaña. De allí se eleva un banco inclinado de unas setenta varas de alto, coronado de árboles y verdura: mas allá á la derecha las peñas estan cubiertas de musgo, helecho, yerbas y flores, y los dos lados de la corriente estan poblados de arbustos y árboles, que tienen hasta quarenta pies de alto. El estruendo de la cascada es tan fuerte, y los ecos vecinos lo repiten tan constantemente, que sobrepuja á qualquier otro ruido. El canto de varias aves á lo lejos daba la ultima perfeccion á este quadro tan delicioso. Esparciendo la vista por los contornos se descubre una espaciosa bahia, sembrada de isletas, adornadas de elevados árboles; mas allá montañas magestuosas por una parte elevan hasta las nuves sus cimas cubiertas de nieve, y por la otra el Océano termina el orizonte. Es imposible expresar con palabras la magnificencia de este quadro. Despues de haber gozado del espectáculo encantador de esta perspectiva, exâminamos las flores que animaban el terreno, y los páxaros que cantaban y revolaban por to-

das partes. La creacion vegetal y animal era mas bella y abundante en esta bahia que en ninguna otra parte de las que habiamos visto. Las rocas y piedras de esta cascada eran de granito, de *saxum*, y de una especie de talco moreno y arcilloso, dispuesto en capas, que es comun en toda la Nueva Zelanda.

Esta cascada está á la punta oriental de una ensenada que corre Sudoeste por el espacio de dos millas, que llamamos *ensenada de la cascada.* Hay en ella un buen fondeadero, y todo lo necesario para los navegantes. A la entrada se ve una isla, á cada lado de la qual hay un canal; el de la parte Oriental es mas ancho que el otro. En esta ensenada fue donde vimos por la primera vez á los habitantes del pais. Estos no se atrevieron á subir á bordo del navio hasta al cabo de diez y nueve dias de nuestra llegada. El xefe se presentó con una hija, al mismo tiempo que lo restante de la familia iba á pescar en la piragua. Mostreles nuestras cabras y carneros, y los miraron por un rato con una insensibilidad estupida; pero en fin nos los pidieron, y no se los dimos, porque los hubieran dexado morir de hambre. Antes de subir al navio, este hombre se apartó un poco, colocó en sus orejas una pata de ave y unas plumas blancas, y arrancó un ramo verde de un arbol cercano. Con este ramo dió algunos golpes en los costados del navio, re-

pitiendo una oracion ó formula, que parecia tener cadencias regulares, y un metro como poesia. Concluida ésta, arrojó el ramo y entró en el navio: aunque la muchacha no hizo despues mas que reir y danzar, se mantubo muy serena durante la harenga al lado de su padre. Esta costumbre de pronunciar con pompa y respeto un discurso á los estrangeros, es general entre los Isleños del mar del Sur; pero yo creo que en todas las ceremonias que hizo este Zelandés, habia mucho de supersticion.

Conduxe á estos dos Isleños á mi camarote, donde estabamos almorzando; sentaronse á la mesa, pero no quisieron probar ningun manjar. El hombre queria averiguar donde dormiamos, y no hacia mas que registrar por todos los rincones del camarote, causándole la mayor admiracion cada una de las cosas que allí veia, pero no podia fixar su atencion un momento sobre ningun objeto. Las obras del arte le hacian la misma impresion que las de la naturaleza, y comprehendia tan poco de las unas como de las otras; sin embargo, parece que le causaban mayor admiracion las varias partes del navio. Antes de entrar me habia presentado una pieza de tela y una hacha de talco verde; dió otra pieza á Forster, y la muchacha regaló otra á Mr. Hodges, nuestro pintor, cuya arte habia admirado viéndole di-

bujar. Esta costumbre de regalar es muy general en todas las islas del mar del Sur, pero no sabia yo que se practicase tambien en la Nueva Zelanda. De todo lo que dí á nuestro huesped, ninguna cosa le agradó mas que las hachas y los clavos: luego que tomaba alguna de estas cosas, no las queria soltar, al mismo tiempo que dexaba caer y no hacia caso de los demas regalos. Nuestros huèspedes riñeron; el hombre dió de golpes á la joven, la qual le correspondió con otros tantos, y echó á llorar. No sabemos lá causa de esta pendencia; pero si la muchacha era hija del Zelandés, parece que no respetan mucho el derecho paterno.

Nuestros gansos los divirtieron mucho; tambien hicieron varias caricias á un gato muy lindo, pero siempre le manoseaban contra pelo, aunque les mostrabamos á hacerlo al reves: quizá lo que mas les agradaba era lo espeso y largo del pelo. No quisieron entrar en nuestros camarotes sino despues de muchas instancias; quedaron muy admirados de ver el uso que haciamos de las sillas, y de que las mudasemos de un sitio á otro.

Entre las varias caricias que nos hicieron, el hombre sacó de debaxo de su vestido una bolsita de cuero, y metiendo los dedos en ella con mucha ceremonia, los sacó untados en aceyte, y quiso ungirme los cabellos; pero reusé aceptar este honor, porque el ungüen-

to que seria para los Zelandeses un perfume delicioso, era para mi un hedor intolerable, y la suciedad de la bolsa acabó de fastidiarme. Hodges se vió precisado á sufrir esta operacion, porque la muchacha habiendo untado con aceyte un manojo de plumas se empeñó en adornarle con ellas el cuello, y por complacerla hubo de guardar aquel hediondo regalo.

Luego que me desembaracé de ellos, los conduxeron á la Santa-Bárbara, y se prepararon dos chalupas para ir á exâminar el fondo de la bahia. Yo subí por la parte meridional, y llegamos á lo interior de la bahia al ponerse el sol: apartándonos del mar hallamos las montañas mas elevadas, escarpadas y esteriles. Lo alto y grueso de los árboles iba disminuyéndose insensiblemente; no se veia mas que matorrales, lo qual no se observa en otros paises, pues en lo interior siempre hay mas bellos bosques y mas frondosidad que en las costas del mar. Veiamos con mucha distincion las montañas meridionales, cuya cumbre estaba cubierta de nieve: pasamos cerca de algunas islas baxas, donde habia algunas ensenadas y arroyuelos: en una de las puntas descubrimos una bella cascada y un gran peñasco cubierto de árboles y matorrales. El mar estaba en leche, y en su superficie serena y cristalina se veia pintado como en un espejo todo el pais de al

rededor: una multitud de perspectivas pintorescas con grandes masas de luz y de sombra producian un efecto admirable.

Pareciome haber visto salir humo de lo interior de la bahia, pero me engañé, porque en la noche siguiente no vimos ningun fuego. Dormimos en tierra, y al dia siguiente fui á uno de los lados de la bahia, donde vi algunos patos: acercándome á ellos con silencio por entre la maleza, logré matar uno. Al punto que disparé, los naturales, á quienes no habiamos descubierto, levantaron el grito en dos ó tres parages cerca de nosotros: respondimosles con otros gritos, y nos retiramos á la chalupa, que estaba como media milla de allí. Los Zelandeses continuaron sus gritos, pero sin seguirnos: despues conocí que no podian hacerlo, porque mediaba un brazo del rio; su número no era proporcionado al ruido que hacian. Luego que ví el rio subí por él con la chalupa, matando patos, y de quando en quando oiamos á los naturales por entre el bosque. En fin se presentaron un hombre y una muger á la orilla del rio; la muger agitaba en la mano una cosa blanca, como en señal de amistad. Es muy digno de notarse que casi todas las naciones del mundo, sin convenio entre sí, han adoptado el color blanco, y los ramos verdes para anunciar sus disposiciones pacificas, y con estos emblemas en la mano se

confian á la buena fe de los estrangeros; cosa bien estraña, pues bien considerado, ni este color, ni los ramos verdes no tienen la menor conexîon intrinseca con la idea de la paz y amistad.

Forster por su parte marchó á un cerro por entre helechos, árboles podridos y bosques espesos, y llegó á un lago muy bello, de media milla de circunferencia. El agua era clara y de buen gusto, pero las hojas de los árboles que caian por todos lados la habian dado un color obscuro; no vió mas que una especie de peces pequeños sin escamas, negros, y con manchas amarillas, parecidos á la trucha. Una selva sombria compuesta de grandes árboles rodeaba el lago, y al rededor se elevaban montañas de varias formas. Las cercanías estaban desiertas, y no se oia ni el canto de ninguna ave, ni habia planta alguna que produxese flores, tanto era el frio de aquella altura: aquel lugar silencioso inspiraba una dulce melancolia.

Intenté en vano tener una conferencia con otros dos Zelandeses que se presentaron en la orilla opuesta del rio, porque segun yo iba acercándome, ellos se retiraban á lo interior del bosque, tan espeso, que se ocultaban á nuestra vista. Volví despues á acercarme á otros dos que nos llamaban á gritos: como yo iba acompañado de dos

de los nuestros, se iban retirando á medida que yo me acercaba; pero me esperaron quando marché solo. Me costó alguna dificultad persuadirles que dexasen sus lanzas; uno de ellos la dexó, y salió á encontrarme, llevando en la mano una planta, de la qual me alargó una punta, y él la tenia asida de la otra. En esta disposicion empezó un discurso, de que no entendí palabra: hizo algunas pausas como para pensar lo que habia de decir, y quando yo empezaba á decirle alguna palabra, continuaba su arenga. Concluida esta ceremonia, que duró poco, nos saludamos uno á otro: quitose despues su vestido, y me lo echó á la espalda, con lo que se dió por ajustada la paz entre nosotros. Mis compañeros se acercaron sin que se asustasen los Zelandeses, antes bien iban saludándolos segun llegaban.

Sus facciones eran algo salvages, pero regulares; su color moreno era como el de la familia del Zelandés de la isla; tenian el cabello espeso, y la barba negra y crespa. Su estatura, aunque mediana, era fornida; sus piernas y muslos eran delgados, y las rodillas demasiado gruesas. Debe admirarse su valor, porque á pesar de su inferioridad no se ocultaron, aunque no podian conocer nuestro carácter ni intenciones. En medio de tantas islas, ensenadas y sel-

vas nos hubiera sido imposible descubrir la familia del Indio, si no se nos hubiera presentado. No intentaron atacarnos de improviso, aunque tuvieron mil ocasiones quando andabamos dispersos por los bosques. Nos dieron varias muestras de valor: el Zelandes que vino á visitarnos con la jóven, habiendo visto tirar fusilazos, quiso disparar él tambien, y se lo consentimos. La muchacha, que nos pareció hija suya, se postró delante de él, y llena de terror le suplicó no lo hiciese; pero él no hizo caso, y disparó un fusilazo, y despues otros con mucha firmeza.

Como yo no tenia otra cosa á mano, dí un cuchillo y una hacha á cada uno de estos Indios, que eran las alhajas mas utiles para ellos y que mas les agradaban. Deseaban llevarnos á sus habitaciones, y nos dixeron que nos darian algunos alimentos; pero la marea y otras circunstancias no me permitieron aceptar su convite. Descubrimos otros habitantes á la orilla del bosque, pero no quisieron acercarse á nosotros, quiza serian sus mugeres é hijos. Al separarnos de ellos nos siguieron hasta nuestra chalupa, y viendo los fusiles que estaban arrimados á la trasera, hicieron señas que los quitasemos: dimosles este gusto, y entonces se acercaron y nos ayudaron á embarcarnos. No se atrevieron á tocarlos, porque como habian visto

matar con ellos anades, los miraban como instrumentos de muerte. Tuvimos que estar muy alerta con ellos, porque se les antojaba todo lo que veian. No vimos ninguna piragua ni canoa: dos ó tres maderos unidos les servian para atravesar el rio, á cuya orilla vivian. Los peces y las aves son allí tan abundantes que no necesitan ir á buscar lejos su alimento, ni los inquietan sus vecinos, que son en mùy corto número. Todos los Zelandeses de este canton se reducian, á mi parecer, á tres familias.

Volviendo á nuestro navio, supe que el Zelandés y su hija habian estado á bordo hasta mediodia, y que habiéndoles dicho que yo habia dexado peces en la ensenada de la cascada, habian ido á tomarlos. Esta reducida familia permaneció en nuestra vecindad hasta el 20 de Abril; pero al cabo de este tiempo se marchó sin que volviesemos á saber de ella, cosa bien estraña, pues siempre los habiamos agasajado y colmado de regalos.

El dia 22 fuí á las islas con una partida á matar vacas marinas: no pudimos desembarcar mas que en un solo parage, donde matamos diez de ellas. Estos animales nos eran de la mayor utilidad: sus pieles nos servian para hacer cuerdas: su grasa nos daba aceyte para alumbrarnos, y su carne era para nosotros un regalo.

El Doctor Sparman, que nos acompa-

ñaba en este viage, fue con otros á la ensenada de la cascada con intento de subir á la cumbre de una montaña: de vuelta de su excursion me dixeron que en lo interior del pais no se descubria mas que montañas esteriles cubiertas de nieve, rocas escarpadas, precipicios horribles, separados por valles ó mas bien por abismos espantosos.

Nos quedaban cinco gansos de los que habiamos traido del Cabo de Buena-Esperanza, y fuí á dexarlos en una ensenada que por esta causa la llamé *de los gansos*. Resolví dexarlos en aquel parage, porque no habia habitantes que pudiesen incomodarlos, y como hay allí mucho alimento para ellos, creo que se habran multiplicado mucho, esparciendose por la Nueva Zelanda para auxîlio de otros navegantes que puedan arribar á aquel pais.

El dia 28 estaba ya todo prevenido para hacernos á la vela saliendo á mar ancha por un nuevo paso que yo habia descubierto. Como no habia ya nada sobre la costa, pegamos fuego á varios parages del terreno que habiamos ocupado, y cabandolos sembramos varias hortalizas: el terreno no prometia grandes ventajas para nuestra siembra, pero no hallé otro mejor. Las mejoras que habiamos hecho en aquel lugar manifiestan bien la superioridad de los hombres civilizados sobre los salvajes. En pocos dias diez Europeos habian

desmontado el bosque por espacio de una aranzada de terreno; cincuenta Zelandeses en tres meses no pudieran haber hecho otro tanto con sus instrumentos de piedra. Aquel terreno, que por su confusion de plantas amontonadas parecia un cahos, se habia convertido por nuestra industria en un campo agradable, en que cien hombres exercitaban su industria. Derribamos los árboles grandes, haciendo de ellos tablas: á la orilla de un arroyo, al qual facilitamos el desague al mar, pusimos una larga fila de pipas, que llenamos de agua con la mayor facilidad. Mas allá se sacaban de plantas indigenas, cuyas propiedades ignoraban los habitantes, bebidas agradables y sanas que refrescaban á los trabajadores. Los marineros trabajaban en el navio: los dibujantes copiaban los animales, plantas y perspectivas de aquel pais salvage. Un observatorio astronómico, provisto de los mejores instrumentos, ocupaba el centro del campamento: los Filosófos observaban las plantas, y todas las producciones del pais; en una palabra, se veia por todas partes el nacimiento de las artes y de las ciencias en un pais sepultado en la mayor ignorancia. Pero esta escena era pasagera, y todo se desvaneció como un meteoro: todos nuestros instrumentos fueron transportados á bordo, y unas escasas reliquias de cultivo fueron los únicos

testimonios que quedaron de nuestra existencia en aquel pais. Las espinas sufocarán bien pronto las plantas utiles que habiamos cultivado, y no quedando ningun rastro de nuestros trabajos, volverá aquella costa á su primer cahos.



CARTA CCLXXXVII.

Continuacion del Viage.

Saliendo de la bahia Dusky, me dirigí á lo largo de la costa por el *Canal de la Reyna Carlota*, donde esperaba encontrar *la Aventura*. La tierra parecia baxa y arenisca cerca de la costa del mar, pero en lo interior se elevaba en altas montañas cubiertas de nieve. Observamos seis trompas marinas; quatro de ellas se elevaron y rebentaron entre nuestro navio y la tierra; la quinta estaba á nuestra izquierda: la sexta apareció al principio ácia el Sudoeste á cosa de dos ó tres millas del navio: su movimiento progresivo fue Nordeste, no en linea recta, sino formando una curba, y pasó á distancia de cincuenta varas de nuestra popa, sin causar ningun efecto sobre nosotros. Juzgué que el diametro de la basa de esta trompa seria de cincuenta á sesenta pies, es decir,

que el mar en este espacio estaba muy agitado, y arrojaba espuma á una grande altura. Sobre esta basa se formaba un tubo ó columna redonda, por la qual el agua ó el ayre, ó ambos elementos se elevaban con movimiento espiral hastà las nubes. La columna era brillante y amarilla quando el sol la iluminaba; su anchura se aumentaba algo hacia la extremidad superior. Algunos de la tripulacion dixeron que habian visto una ave en una de estas trompas cerca de nosotros, arrebatada de la violencia y subiendo espiralmente. Mientras duraron estas trompas tuvimos algunas ráfagas de viento por todos los puntos de la bruxula, y algunas ligeras turbonadas de agua, que caía en gotas gruesas. El tiempo estuvo rebuelto y nubloso algunas horas despues: en fin se fixo el viento, y el cielo se serenó. Algunas de estas trompas parecian estar á veces paradas: otras veces tomaban un movimiento progresivo veloz, pero desigual y siempre en linea curba, ya ácia un lado, ya ácia otro, de suerte que observamos que se cruzaron una ó dos veces. Segun el movimiento de ascenso del ave, y por otras circunstancias es evidente que estas trompas son producidas por remolinos; que el agua es arrebatada con violencia ácia arriba, y que no baxan de las nubes como algunos han creido. Se manifiestan al principio por la violenta agitacion y elevacion del

agua ; poco despues se ve una columna redonda ó tubo, que se desprende de las nubes que estan encima , y que en la apariencia baxa hasta que se reune con el agua agitada : digo *en apariencia* , porque creo que este descenso no es real y verdadero , sino que el agua agitada que está debaxo, ha formado ya el tubo , el qual por ser al principio muy delgado no se percibe. Quando este tubo se hace visible , se aumenta su diametro aparente , y se hace bastante grande; despues se disminuye , y en fin se rompe ó se hace invisible por la parte inferior. Inmediatamente despues el agua de abaxo recobra su estado natural, y las nubes atraen poco á poco el tubo , hasta que se disipa enteramente. Este tubo tiene á veces una direccion vertical , otras curba ó inclinada. Quando la ultima trompa se desvaneció , se advirtió un relampago sin explosion. Nuestra situacion durante este fenómeno era muy critica : estas trompas que servian de punto de reunion entre el mar y las nubes , nos llenaban de terror y espanto, y nuestros mas expertos marinos no sabian que hacer ; la mayor parte de ellos habian descubierto otras veces á lo lejos semejantes fenómenos , pero jamas se habian visto rodeados por todas partes ; y todos sabiamos los funestos efectos que causan quando se rompen sobre un navio. Amainamos todas las velas, pero todos conocia-

mos que á pesar de esto naufragariamos sin remedio, si por desgracia nos cogia el remolino. El relampago que observamos, da á entender que la electricidad tiene en estos fenómenos mucha parte, si ya no es su unica causa eficiente. Estas trompas duraron como tres quartos de hora, y el fondo era de treinta y seis brazas: el parage en que estabamos es análogo á la mayor parte de aquellos en que se han observado estos fenómenos; á lo menos estabamos en un mar cerrado ó en un estrecho. Shaw y Thevenot las vieron en el Mediterraneo y en el golfo Pérsico; son comunes en las islas de América, en el estrecho de Malaca, y en el mar de la China. Me han dicho que un cañonazo las disipa, y siento no haber hecho la prueba, mayormente estando á tan corta distancia; pero pasado el peligro, no pensé en mas que en asegurarme; y estaba demasiado ocupado en contemplar estos meteoros extraordinarios.

En la travesía del cabo *Farewel* hasta el cabo *Stephens* ví la costa mejor que en mi primer viage, y observé que á cosa de seis leguas al Este del primer cabo hay una bahia espaciosa, á la qual una punta baxa de tierra pone á cubierto del mar. Creo que esta es la misma en que Tasman estuvo surto en 1642, y la llamó *bahia de los asesinos*, porque los naturales del pais le mataron al-

gunos de la tripulacion. La bahia que en mi primer viage llamé *de los ciegos*, yace al Sudeste de esta, y parece que corre bastante por lo interior ácia el Sur. El dia 18 habiendo atravesado el canal *de la Reyna Carlota*, descubrimos *la Aventura* por las señales que nos hizo: seria preciso haberse hallado en una situacion semejante á la nuestra para comprender nuestra alegria.

Un Teniente de *la Aventura* pasó á nuestro bordo, y nos dixo que el Capitan Furneaux nos estaba esperando allí, cerca de seis semanas. Este Capitan que pasó despues á bordo, me dió el diario de su derrotero y operaciones despues de nuestra separacion, cuyo extracto es como sigue.

»Quando nos separamos, oimos un cañonazo que creimos venia por babor; hice disparar un pedrero á cada media hora, pero no se me respondió, ni volvimos á ver *la Resolucion*, por lo qual proseguí mi rumbo. Perdida toda esperanza de juntarnos, me dirigi á nuestro quartel de invierno, distante mil y quatrocientas leguas, por medio de un mar absolutamente desconocido. El 26 por la tarde observamos al Nordoeste un meteoro extraordinariamente brillante: dirigia su curso ácia el Sudoeste, y estaba iluminado todo el Orizonte con un resplandor semejante á lo que en el Norte llamamos *aurora boreal*. Vimos este resplandor por muchas

noches, y lo mas notable es que no encontramos mas que una isla de hielo desde nuestra separacion hasta que llegamos á la Nueva Zelanda, aunque me mantuve la mayor parte del tiempo á dos ó tres grados al Sur de la latitud donde habiamos visto las primeras. Seguiannos todos los dias grandes vandadas de aves marinas, y vimos con freqüencia tiburones con manchas blancas y negras.

„El 5 de Marzo descubrimos una tierra que parecia medianamente elevada y desigual cerca del mar: las colinas de mas atras formaban una costa doble mucho mas alta: en el espacio de quatro leguas á lo largo de la costa hay tres islas de cerca de dos millas de largo, y muchos peñascos. Despues de haber pasado estas islas encontramos una tierra que corria como unas diez y seis leguas; acercamonos á la costa que es montuosa y cubierta de árboles. Envié á tierra al segundo Teniente con una chalupa á registrar si habia alguna ensenada ó bahia: habiendo desembarcado con mucho trabajo, hallaron varios parages donde habian estado Indios, y en particular uno que, segun las señas, hacia poco que habian desamparado, estaba aun encendido el fuego entre una gran multitud de conchas, de las quales trajeron algunas á bordo con algunos tizones y ramos verdes. Sin duda habia alguna senda que desde aquel parage conducia á las ha-

bitaciones, pero el mal tiempo les impidió penetrar. El terreno parecia muy fertil; el pais estaba lleno de árboles, principalmente ácia las colinas; se precipitaba abundancia de agua de las peñas al mar en bellas cascadas que tenian de doscientos á trescientos pies de elevacion perpendicular; pero no encontraron ningun surgidero seguro.

„Desde allí nos hicimos á la vela para la bahia de *Federico Henrique*: corrimos lo largo de la costa quarta al Nordeste, llegando á la punta mas occidental de una bahia muy profunda, llamada por Tasman *bahia de las Tempestades*. Desde el Oeste á la punta Este de esta bahia hay varias isletas y peñascos negros que llamamos *los Monges*. El 11 de Marzo se descubrió una excelente ensenada, donde permanecimos cinco dias. El pais es muy agradable, el terreno negro, fertil y ligero: las faldas de los cerros estan cubiertas de árboles elevados, gruesos, y que crecen hasta una grande altura antes de empezar á echar ramas. Estan siempre verdes, la madera es muy vidriosa, y se hiende con facilidad; hay pocas especies diferentes, pues no observamos mas que dos. Las hojas de la una son largas y estrechas, la grana tiene la forma de un boton, y es aromática. La otra tiene las hojas semejantes al laurel hembra; su olor y sabor es agradable, como de especería. Cortando algunos ramos de estos ár-

boles para quemar, salió una goma, que nuestro Cirujano llamó goma-laca. La mayor parte de estos árboles tienen quemados ó tostados los troncos, porque los naturales del pais pegan fuego á los matorrales en los parages mas freqüentados, y de este modo se abren camino por los bosques.

»Entre las aves que observamos, una era semejante al cuerbo, otras varias de la especie de la corneja eran negras, con las puntas de las alas y de la cola blancas, el pico largo y muy puntiagudo. Uno de los nuestros mató un páxaro blanco del tamaño de un milano: hay tambien papagayos, y otros paxaros pequeños. De aves marinas ví anades, zercetas y patos. Por lo que hace á quadrupedos, no vimos mas que uno que era un *opossum* ó *sariga*, pero hallamos estiercol de algunos otros, que juzgamos serian de la especie de los gamos. Hay pocos pescados en la bahia: sin embargo, cogimos tiburones, perros marinos, otros llamados *nodrizas* por nuestros marineros, parecidos al perro marino, excepto que estan cubiertos de manchitas blancas, y en fin otros peces pequeños. Las lagunas, que son de agua salobre, estan llenas de truchas y de algunos otros peces de que pescamos muchos con caña, pero no pudimos echar la red, porque el fondo estaba lleno de troncos de árboles.

„Mientras permanecimos allí, descubrimos varias humaradas y hogueras á unas ocho ó diez millas de la costa al Norte, pero no vimos á ningun habitante: sin embargo, freqüentan mucho esta bahia, porque vimos varias chozas en que encontramos sacos y redes de yerba, en los quales á mi parecer transportan sus provisiones y utensilios, que se reducian á una piedra con que èncienden fuego, una mecha de corteza de arbol, y una de sus lanzas. Tomé estos muebles y en su lugar dexé algunas medallas, piedras de fusil, clavos y un barril viejo con cercos de hierro. Parece que no tienen noticia alguna de los metales: las ramas de árboles de que hacen sus chozas, estan arrancadas ó hendidas, y trabadas en forma circular con yerba: la extremidad mas gruesa de estas ramas está metida en tierra, y la mas delgada que remata en punta, está cubierta de helecho y yerba: su construccion es tan mala, que no puede defenderlos de una llubia fuerte. El fogon está enmedio, y está rodeado de montones de conchas de marisco y despojos de cangrejos, que creo es su principal alimento, aunque no vimos ninguno de estos pescados. Duermen al rededor del fuego sobre la tierra ó sobre yerba seca. Me parece que no tienen domicilio fixo, pues sus casas estan fabricadas como para pocos dias: andan veguean-

do de sitio en sitio en tropas muy cortas, para buscar alimento, porque ningun otro motivo es capaz de hacerles mudar de asiento. Jamas ví arriba de tres ó quatro chozas en un mismo parage; cada una de ellas cabrá tres ó quatro personas, y lo mas notable es que no vimos rastro ninguno de piragua ó canoa, y todos juzgamos que no las tienen. En fin esta raza es en sumo grado ignorante y miserable, aunque vive en uno de los mas bellos climas, y el terreno es capaz de producir todo lo necesario para la vida. No vimos ninguna muestra de minerales ni de metales.

»Despues de habernos provisto de agua y de leña, salimos de aquella bahia, que llamé *de la Aventura*. El dia 16 pasamos *las islas de Maria* llamadas así por Tasman, las quales no parecen separadas de la gran tierra. El 17 habiendo llegado á la ultima de las islas de Schouten, me acerqué mas á la gran tierra, siguiendo su costa á lo largo á dos ó tres leguas de distancia. El pais parece está muy habitado en esta parte, porque observamos hogueras continuas. La tierra en estas cercanias es mas agradable, baxa é igual, pero no hay bahia ni ensenada donde poder fondear con seguridad.

»La costa de la bahia *de la Aventura* corre al Sur por espacio de setenta y cinco leguas, y me parece que no hay ningun es-

trecho entre la Nueva Holanda y la tierra de Van-Diemen, sino solamente una bahia muy profunda. Yo hubiera seguido por mas tiempo ácia el Norte, pero el viento me precisó á dirigirme á la Nueva Zelanda, adonde llegué el 7 de Abril."

Estos fueron los descubrimientos del Capitan Fourneaux despues que se separó de nosotros. Conviene advertir, que habiéndose visto precisado por los baxos á mantenerse muchas veces fuera de la vista de la costa, no se puede asegurar positivamente que no haya estrecho entre la Nueva Holanda y la tierra de Van-Diemen. Quizá no hay parte alguna del mundo que merezca mas bien el exâmen de los Viageros que el gran continente de la Nueva Holanda, del qual no se han reconocido hasta ahora mas que las orillas, y casi todas sus producciones son ignoradas. Segun todos los navegantes que allí han arribado, tiene pocos habitantes: éstos viven cerca del mar, andan del todo desnudos, y parece que su vida es mas salvage que la de ninguna otra nacion de los climas calientes. Lo interior de esta region igual á la Europa, y situado entre los Trópicos, es desconocido, y quizá está despoblado. Segun la inmensa variedad de producciones animales y vegetales que se recogieron en mi primer viage, lo interior del pais debe contener tesoros de historia natural, que serán de la mayor uti-

lidad para la nacion que lo descubriere. La punta Sudoeste de este continente, que aun no se ha reconocido, quizá proporcionará una entrada para lo interior, porque no es probable que una extension tan vasta de tierra baxo el Trópico carezca de algun rio grande, y ninguna parte de la costa parece mas propia para la desembocadura de un rio.

Continuando nuestras observaciones sobre la Nueva Zelanda en el estrecho de la *Reyna Carlota*, pasamos el 20 de Mayo al fuerte de los naturales del pais, donde se habia establecido el observatorio astronómico. Está situado sobre un peñasco escarpado, absolutamente separado de todos los otros; solamente es accesible por uno de los lados por una senda muy estrecha y dificil, que no admite dos de frente. La cumbre habia estado rodeada de una empalizada, pero la habian quitado, y nos aprovechamos de lo restante para leña. Las chozas de los Zelandeses estaban amontonadas dentro del recinto, compuestas de un techo inclinado, y abiertas por los lados. La tripulacion de la *Aventura* las encontró llenas de pulgas, de lo que se puede inferir que acababan de ser abandonadas. En efecto, es probable que los naturales no habitan en estas fortalezas sino quando se creen en peligro, y las desamparan luego que éste cesa. Vimos tambien gran número de ratas, las quales parecen indige-

nas de la Nueva Zelanda, á lo menos las habia quando llegaron á ella los primeros descubridores.

Visitamos los jardines en que Mr. Fourneaux habia sembrado varias especies de legumbres, las quales se hallaban en estado muy floreciente, y pudieran ser muy utiles á los naturales si cuidasen de su cultivo. Las producciones de estos jardines se nos servian ya en las mesas, aunque el invierno estaba muy adelantado; pero el clima de esta parte de la Nueva Zelanda es muy benigno, y á pesar de la cercania de las montañas cubiertas de nieve, creo que rara vez hiela en el *canal de la Reyna Carlota*, á lo menos durante nuestra mansion no heló hasta el 6 de Junio.

Esta isla se compone de una larga cordillera, cuyas faldas son escarpadas, y la cima llana. Hay pantanos cubiertos de varias yerbas; ademas de algunas antiescorbúticas, la planta de lino de la Nueva Zelanda (*formium*) crecia al rededor de algunas chozas abandonadas.

Subimos á la cumbre de la cordillera, que estaba cubierta de yerba seca, y de algunos matorrales llenos de codornices enteramente semejantes á las de Europa. Algunas cañadas hondas y estrechas que se extendian hasta el mar, estaban llenas de árboles y de zarzas, donde habitan muchos páxaros

pequeños y halcones; las peñas estaban pendientes perpendicularmente sobre el agua. Las piedras de la mayor parte de las colinas de las cercanias del *canal de la Reyna Carlota* son arcillosas y dispuestas en capas obliquas, que por lo comun se inclinan algo ácia el Sur. Las peñas encierran tambien una piedra de talco verde, muy dura, susceptible de pulimento, y medio transparente. Los naturales hacen de ella hachas y patupatus: otras especies mas blandas, enteramente opacas y de un verde pálido, son mas abundantes que las primeras. Recogimos tambien en la ribera varios pedernales, guijarros, pedazos de basalto negro, fuerte y pesado, del que algunos Zelandeses hacen sus patupatus. La pizarra arcillosa parecia llena de partículas de hierro: esta circunstancia y otras que observamos, dan fundamento para presumir, que en esta parte de la Nueva Zelanda hay minas de hierro, y quizá tambien de otros metales. Al embarcarnos descubrimos sobre la costa algunos pedazos de piedra pomez blanquizca, lo que junto con la lava de basalto indica que hay volcanes en la Nueva Zelanda.

El 23 recibimos la primera visita de los naturales del pais en número de cinco, que comieron con nosotros y no poco: por la tarde los despachamos cargados de regalos. Son parecidos á los Zelandeses de la bahia

Dusky, pero parecen mas familiares y mas indolentes: compramosles sus pescados. No quisieron beber sino agua, sin ser posible hacerles tragar una gota de vino ni de aguardiente. Eran tan revoltosos que durante la comida corrian de una pieza á otra sin cesar, en cáda mesa devoraban todo lo que les ofrecian, y mostraron mucha pasion al agua mezclada con azucar. Echaban mano á todo lo que veian, pero al punto que se les hacia señas para que lo volviesen, lo soltaban sin dificultad. Apreciaban sobre todo las botellas; luego que veian alguna, la señalaban con el dedo, y volviendo la mano á su pecho, pronunciaban la palabra *mock*, de que usaban siempre para pedirnos lo que se les antojaba. Luego que les mostramos el uso y la dureza del hierro, le preferian á las cosas de vidrio, á las cintas y al papel blanco. Nuestros marineros se sirvieron de sus piraguas por la tarde para ir á tierra; y los Zelandeses que habian comprehendido mi autoridad sobre los demas, vinieron á darme quejas de este agravio: yo se las hice entregar, y se marcharon muy contentos.

Dos dias despues otros Indios vinieron á bordo; preguntamosles sus nombres, y no nos comprendieron sino al cabo de tiempo por muchas señas; en fin pronunciaron unas palabras, que tenian una singular mezcla de

vocales y de consonantes guturales. El mas joven de ellos, que tendria de doce á catorce años, parecia el mas vivo y capaz de todos ellos; comió con voracidad de una empanada de aves, y contra lo que esperabamos, preferia la pasta. Ofrecimosle vino de Madera, y bebió mas de un vaso, haciendo contorsiones: presentamosle despues un vaso de vino dulce del Cabo, y le gustó tanto, que se relamia los labios, y pidió otro. Este segundo trago le puso tan alegre, que hablaba sin cesar con una prodigiosa volubilidad, andaba cabrioleando por todo el navio, y se le antojaba todo lo que veia, quedando tan sentido de que todo se le negase, que daba patadas en el suelo, echaba amenazas, y se puso tan enfadado, que no quiso hablar mas. La conducta de este joven nos mostró el caracter impaciente de esta nacion, al mismo tiempo que veiamos con dolor los funestos efectos de los licores fuertes. Es gran fortuna que estos habitantes no conozcan ningun licor que embriague, porque embriagados serian muy feroces é indomitos.

El 29 vinieron á visitarnos unos treinta Zelandeses, trayéndonos gran cantidad de pescado, que trocaron por clavos y otras buxerias. Llevé á uno de ellos al jardin en que se habian sembrado algunas patatas con muy buenas esperanzas de que producirian bien.

El Zelandés mostró tanto contento, que sin que nadie se lo advirtiese, empezó á escarbar la tierra al rededor de las plantas. Conduxeronle despues á los demas jardines, y le hicieron ver los rábanos, zanahorias, nabos, y otras raices, que con las patatas les serian realmente mas utiles que todo lo que habiamos sembrado en otras partes. Nos fue facil darles idea de estas raices, cotejándolas con otras que ellos conocian.

Entre ellos se hallaban varias mugeres, que tenian los labios llenos de agujeritos pintados de un azul muy obscuro; tenian pintadas las mexillas de un color roxo muy vivo, formado de una tierra encarnada mezclada con aceyte. Sus piernas como las de los habitantes de la bahia Dusky, eran delgadas y torcidas, y las rodillas muy gruesas, lo que provendrá sin duda del poco exercicio que hacen, y de la costumbre de sentarse con las piernas cruzadas, postura en que se mantienen continuamente sobre sus piraguas. Su color era bazo, sus cabellos negros, la cara redonda, la nariz y los labios algo gruesos, pero no chatos, los ojos negros, bastante vivos, y no sin expresion. Toda la parte superior de su cuerpo era bien proporcionada, y sus facciones bastante agradables. Nuestros marineros nos dieron fundamento para no formar gran concepto de la castidad de las Zelandesas; pero

sus favores no dependian de ellas solas, pues consultaban siempre á los hombres, sin duda para pedirles licencia. Conseguida ésta, mediante algun regalo, la muger exîgia despues otro. Algunas se resistieron mucho á esta vil prostitucion, y á no haber sido por las amenazas de los hombres, no hubieran cedido á la brutalidad de unos estrangeros, que no se conmovian con sus lágrimas y lamentos. Los infelices Zelandeses seducidos con el interes andan brindando con sus mugeres é hijas. Sin embargo, aquellos brutales marineros no pudieron seducir á ninguna casada, porque la fe conyugal las impone una fidelidad muy rigurosa. (Así que la visita de los Ingleses habrá contribuido á corromper las costumbres de aquellos pobres Salvages, y en cambio de unos objetos de mero luxo, ó que pronto se les quedarian inutiles, como eran los clavos, habrán perdido todo pudor, conociendo al mismo tiempo otras necesidades facticias de que antes carecian, y que ya no podrán satisfacer.)

Convidamos á varios Zelandeses á entrar en nuestros camarotes, entreteniéndolos con algunas vagatelas para poderlos dibujar. Por lo general tenian una fisonomía expresiva, principalmente los viejos, que tienen blanca la barba y el pelo: el cabello ensortijado y muy espeso que colgaba desordenadamente sobre el rostro de los jóvenes

contribuia á aumentar la ferocidad de su aspecto. Su estatura es la misma que la de los habitantes de Dusky: tenian vestidos de lienzo; pero los mas ricos, en vez de adornarlos con plumas, tenian colgados algunos pedazos de piel de perro. Como empezaba á hacer frio y las lluvias eran freqüentes, llevaban casi siempre rodeadas al cuello aquellas piezas de telas de que hablé en mi primer viage. Los demas vestidos eran por lo comun viejos y sucios: sus cabellos estaban dispuestos con bastante esmero, y tenian un adorno en la cabeza como el que describí en aquella carta.

A pocas horas despues de haber entrado en el navío se dieron á robar y á ocultar todo lo que hallaban á mano: arrojamos ignominiosamente á estos ladrones, y no los dexamos volver á bordo. Irritados por este tratamiento nos hicieron amenazas desde su piragua y gesticulaciones furiosas. Habiendo desembarcado sacaron á tierra su piragua: hicieron unas chozas de ramas, encendieron fuego, y asaron sus peces para cenar.

Dos ó tres familias de estos Indios establecieron sus habitaciones cerca de nosotros: cada dia se aplicaban á la pesca, y nos suministraban el fruto de su trabajo. Bien pronto experimentamos la grande utilidad de tenerlos por vecinos, porque es-

tabamos muy lejos de igualarlos en la habilidad para pescar, y el método que usan es muy superior á todos los nuestros.

Fin del Quaderno LI.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO XVII.

QUADERNO QUARENTA Y NUEVE.

CARTA CCLXIX.

Usos y costumbres de la Nueva Zelanda.

CARTA CCLXX.

Continuacion del viage.

CARTA CCLXXI.

La Nueva Holanda.

CARTA CCLXXII.

Habitantes de la Nueva Holanda.

CARTA CCLXXIII.

Primer viage de Mendaña.

CARTA CCLXXIV.

Segundo viage de Mendaña.

CARTA CCLXXV.

Continuacion del viage.

CARTA CCLXXVI.

Desgracias en esta isla.

CARTA CCLXXVII.

Viage de Quirós.

Fin del Quaderno XLIX.

QUADERNO CINCUENTA.

CARTA CCLXXVIII.

Viage de Quirós á Lima.

CARTA CCLXXIX.

Descubrimientos de Quirós.

CARTA CCLXXX.

Continuacion del mismo asunto.

CARTA CCLXXXI.

Continuacion del Viage.

CARTA CCLXXXII.

Primer viage de los Españoles á Otaheti.

CARTA CCLXXXIII.

Descripcion de la isla de Amat.

Fin del Quaderno L.

QUADERNO CINCUENTA Y UNO.

CARTA CCLXXXIV.

Diario del segundo viage á Otaheti.

CARTA CCLXXXV.

Continuacion del Diario.

CARTA CCLXXXVI.

Segundo viage de Coock.

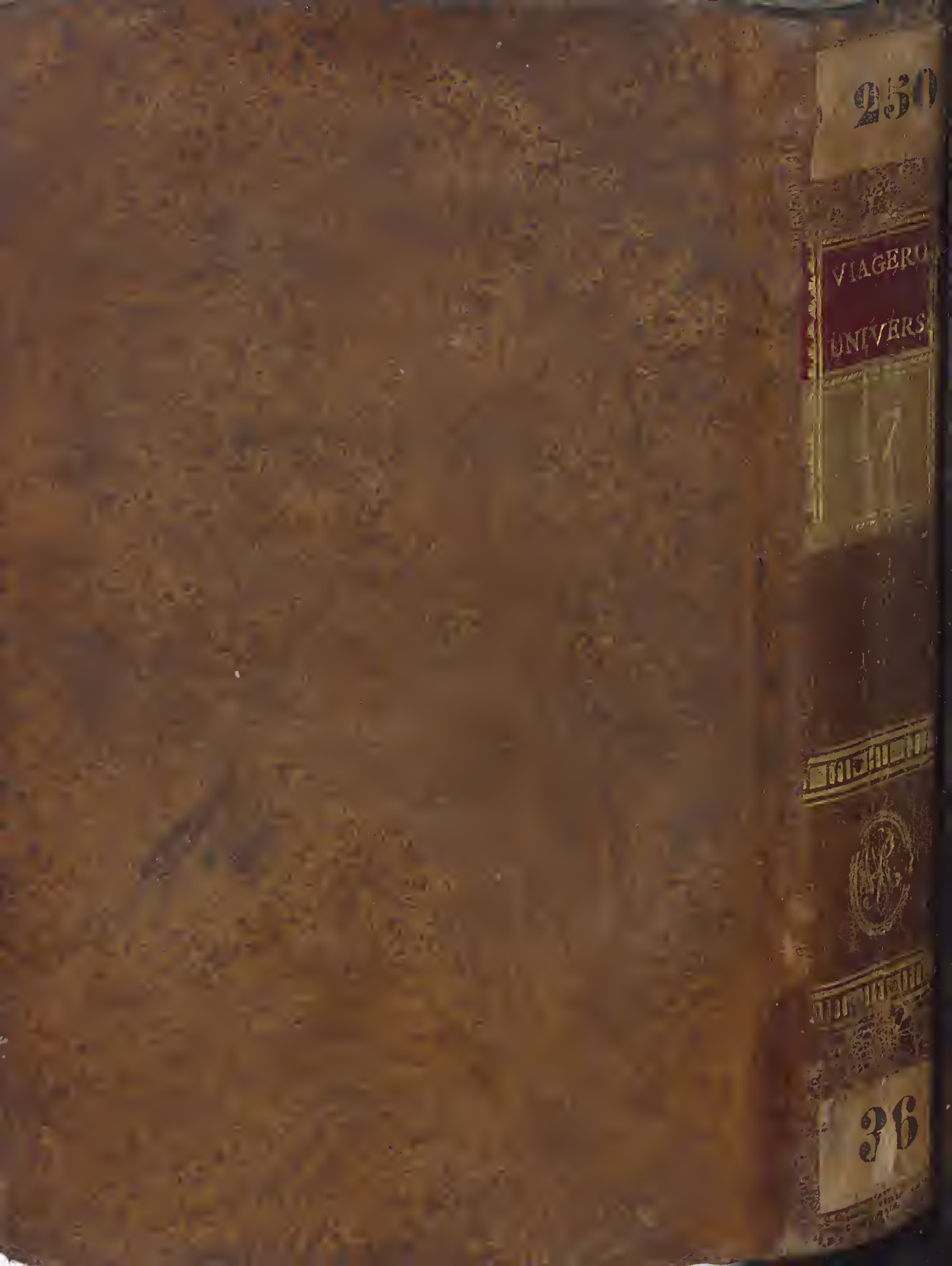
CARTA CCLXXXVII.

Continuacion del viage.

FIN.




UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600987861


250
VIAGERO
UNIVERS
7
36